

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº I

ENERO 2010



NUESTRA PORTADA:

AÑO SANTO COMPOSTELANO

Santiago Sedente. Atribuido a Ferreiro segunda mitad de siglo XVIII. Catedral de Ourense.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXIII

Enero 2010

Nº 1

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Carta a Manos Unidas, 2010 “Contra el hambre, defiende la Tierra” 5
Actividades del Sr. Obispo 8

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

- Nombramientos y defunciones 13

Vicaría General

- Algunas normas canónicas u orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis 15

Vicaría de Pastoral

- II Semana de Teología. *Con Santiago en los caminos y la historia de Ourense* 32
II Semana de Teología. *Año Santo Compostelano* 33
II Semana de Teología. *Adoremus a Cristo realmente presente en la Eucaristía* 49
Delegación de Liturgia. *La participación activa y fructuosa II* 58

Archivo Histórico Diocesano

- Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2009 57

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

- Mensaje de los Obispos con motivo de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos 83

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

- Ángelus 91
Audiencias 102
Discursos 117
Homilías 156
Mensajes 178

CRÓNICA DIOCESANA

- Enero 191



LA VOZ DEL PRELADO

Carta a Manos Unidas, 2010

Contra el hambre, defiende la Tierra

Manos Unidas se centra un año más en una campaña que nos llama a la solidaridad para erradicar, día a día y año tras año, la pobreza y el hambre en el mundo, inspirada en los valores del Evangelio y de la doctrina social de la Iglesia.

La campaña de este año nos anima a hacernos más sensibles ante la necesidad que tenemos de cuidar nuestra tierra, nuestro mundo, que es en definitiva nuestra casa, teniendo en cuenta principalmente las consecuencias que el cambio climático origina para la vida de los más pobres. El Papa, Benedicto XVI, en el Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 8 de enero del año 2009 se preguntaba: *“¿cómo no evocar la crisis alimentaria y el cambio climático, que dificultan todavía más el acceso a los alimentos y al agua a los habitantes de las regiones más pobres?”*.

Manos Unidas nos trae este año un mensaje de lucha contra el hambre y la pobreza, pero teniendo en cuenta el cambio climático como un factor altamente agravante. Las cuestiones relacionadas con el cambio climático tienen que ver fundamentalmente con problemas de justicia y equidad, y no sólo con asuntos medioambientales. Por eso, los seres humanos han de ser el centro de las preocupaciones del desarrollo y de la cuestión del cambio climático.

El hombre y la mujer tienen una responsabilidad primordial en la conservación de la creación. Esta responsabilidad ha de ser un compromiso con la justicia, asegurando una vida digna para todos (Cfr. Constitución *Gaudium et Spes*, n^{os} 12, 69).

Es necesario forjar otro mundo con otro concepto de desarrollo. Se trata de luchar contra la pobreza, proteger el medio ambiente, buscar el ser más que el tener, vivir mejor con menos.

La Palabra de Dios, de manera concreta en el domingo que celebramos la Campaña de Manos Unidas, nos invita a examinar nuestra conciencia. Dios no soporta al soberbio, ni al que se refugia en sus seguridades, sino que nos llama a vivir las bienaventuranzas y la cercanía con el pobre y los necesitados. Éstos son los hijos predilectos del Padre y nosotros tenemos, como cristianos y como creyentes, unas obligaciones de caridad con ellos. Por eso, tenemos que comprometernos más compartiendo algo más de nuestros bienes y riquezas.

El Evangelio de las bienaventuranzas mantiene su plena actualidad. Jesús no llama *dichosos* a los pobres, por el mero hecho de ser pobres, sino porque *el Reino de Dios les pertenece*. La existencia de la pobreza en el mundo es una denuncia, y hemos de ser conscientes de que en lugares concretos hay

pobres porque alguien los empobrece, hay hambre porque otros les quitan el pan y hay lágrimas porque alguien los hace llorar.

El Señor nos invita a que hagamos una opción por los pobres, por los más pobres. Que nos pongamos al lado de los que erradican la pobreza, que nos pongamos al lado del que reparte el pan y del que limpia las lágrimas. Y, para eso, tenemos que desprendernos de nuestras pretensiones y aceptar la cruz de Cristo en nuestro caminar de cristianos.

Todo esto que decimos, que reflexionamos, que cada año escuchamos desde la Campaña de Manos Unidas, ojalá nos ayude a despertar de nuestro acomodo y nos comprometamos más con el necesitado. Somos cristianos y estamos llamados a la caridad.

Sepamos ser solidarios con aquellos que más nos necesitan.

Os saluda y bendice

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta a Manos Unidas, 2010

Contra a fame, defende a Terra

Mans Unidas céntrase un ano máis nunha campaña que nos chama á solidariedade para erradicar, día a día e ano tras ano, a pobreza e a fame no mundo, inspirada nos valores do Evanxeo e da doutrina social da Igrexa.

A campaña deste ano anímanos a facernos máis sensibles ante a necesidade que temos de coida-la nosa terra, o noso mundo, que é en definitiva a nosa casa, tendo en conta principalmente as consecuencias que o cambio climático orixina para a vida dos máis pobres. O Papa, Benedicto XVI, no Discurso ó Corpo Diplomático acreditado ante a Santa Sé, o 8 de xaneiro do ano 2009 preguntábase: “¿como

non evoca-la crise alimentaria e o cambio climático, que dificultan aínda máis o acceso ós alimentos e a auga ós habitantes das rexións máis pobres?”.

Mans Unidas tráenos este ano unha mensaxe de loita contra a fame e a pobreza, pero tendo en conta o cambio climático como un factor altamente agravante. As cuestións relacionadas co cambio climático teñen que ver fundamentalmente con problemas de xustiza e equidade, e non só con asuntos medio ambientais. Por iso, os seres humanos han de se-lo centro das preocupacións do desenvolvemento e da cuestión do cambio climático.

O home e a muller teñen unha responsabilidade primordial na conservación da creación. Esta responsabilidade ten que ser un compromiso coa xustiza, asegurando unha vida digna para todos (Cfr. Constitución *Gaudium et Spes* nn. 12, 69).

Énos necesario forxar outro mundo con outro concepto de desenvolvemento. Trátase de loitar contra a pobreza, protexe-lo medio ambiente, busca-lo ser máis que o ter, vivir mellor con menos.

A Palabra de Deus, de maneira concreta no domingo que celebrámo-la Campaña de Mans Unidas, convídanos a examina-la nosa conciencia. Deus non soporta ó soberbio, nin ó que se refuxia nas súas seguridades, senón que nos chama a vivi-las benaventuranzas e a proximidade cos pobres e os precisados. Estes son os fillos predilectos do Pai e nós temos, como cristiáns e como crentes, unhas obrigas de caridade con eles. Por iso, temos que nos comprometer máis, compartindo algo máis dos nosos bens e riquezas.

O Evanxeo das benaventuranzas mantén a súa plena actualidade. Xesús non chama *ditosos* ós pobres, polo mero feito de ser pobres, senón porque *o Rei-*

no de Deus perténcelles. A existencia da pobreza no mundo é unha denuncia, e haberemos de ser conscientes de que en lugares concretos hai pobres porque alguén os empobrece, hai fame porque outros lles quitan o pan e hai bágoas porque alguén nos fai chorar.

O Señor convídanos a que fagamos unha opción polos pobres, polos máis pobres. Que nos poñamos á beira dos que erradican a pobreza, que nos poñamos ó carón do que reparte o pan e do que limpa as bágoas. E, para iso, temos que nos desprender das nosas pretensións e acepta-la cruz de Cristo no noso camiñar de cristiáns.

Todo isto que dixemos, que reflexionamos, que cada ano escoitamos dende a Campaña de Mans Unidas, oxalá nos axude a espertar do noso acomodo e nos comprometa máis cos necesitados. Somos cristiáns e estamos chamados á caridade.

Saibamos ser solidarios con aqueles que máis nos precisan.

Saúdavos e bendivos

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

DICIEMBRE

- Día 23: Bendice el belén navideño del Complejo Hospitalario Cristal-Piñor y visita varios enfermos.
Celebración Navideña de todos los miembros que trabajan en el Obispado.
Asiste al acto de presentación del Instituto Ourense de Estudios Sociales y Políticos “Atlántida”, en el Centro Cultural de la Diputación de Ourense.
- Día 24: Entrevista en la COPE con motivo de las fiestas Navideñas.
- Día 25: Misa Pontifical de la Natividad del Señor en la S. I. Catedral.
- Día 27: Concelebración en la Santa Misa por la familia cristiana en Madrid en la fiesta de la Sagrada Familia.
- Día 28: Reunión del Consejo Presbiteral en la Casa diocesana de Ejercicios.
- Día 31: Participa en la Solemne Apertura del Año Santo Compostelano 2010 en la S.A.M.I. Catedral de Santiago de Compostela.

ENERO

- Día 1: Preside la Celebración Eucarística en la Solemnidad de Santa María Madre de Dios en la iglesia de Santa María Madre.
- Días 10-16: Ejercicios Espirituales en Pozuelo de Alarcón (Madrid).
- Día 19: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 19-22: Asiste al Ciclo de Conferencias en el Liceo de Ourense, pronunciadas por el Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela y los Sres. Obispos de Mondoñedo-Ferrol y Lugo, con motivo de la IIª Semana de Teología y organizadas dentro del Octavario por la Unidad de los Cristianos.
- Día 20: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. José Álvarez Bugallo en la Parroquia de Santa María do Mundil.
- Día 22: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.
- Días 22-24: Santa Visita Pastoral a la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora en el Arciprestazgo de Ourense Este.

- Día 23: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Vicente de Reádegos con motivo de un homenaje de esta Parroquia a su sancristán.
Preside la Celebración de Vísperas y Santa Misa en la S. I. Catedral con motivo de la Oración por la Unidad de los Cristianos, clausurando la IIª Semana de Teología.
- Día 24: Preside el Acto de Toma de Posesión del nuevo Deán-Presidente del Cabildo Catedral.
Preside la Celebración Eucarística en Visita Pastoral y la Bendición de la remodelada iglesia en la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora.
- Día 26: Encuentro con los periodistas en el Seminario Mayor con motivo de la festividad de San Francisco de Sales, Patrono de los escritores y periodistas.



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **29 de diciembre de 2009**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el siguiente nombramiento: **Rvdo. D. José Joaquín Borrajo Iglesias**, Administrador parroquial de **San Breixo de Os Blancos**.

Con fecha **20 de enero de 2010**, ha prolongado por 6 años el nombramiento del **Rvdo. D. Santiago Cabido Ferreño**, como párroco de Santiago de Albarellos de Monterrey.

Con fecha **18 de enero de 2010**, ha prolongado por 5 años los nombramientos de **D. Miguel Ángel Pérez de Juan Romero**, como Presidente de Cáritas Diocesana y de **D. Juan Carlos González Iglesias**, como Secretario General.

Con fecha 22 de enero de 2010, de acuerdo con los estatutos, ha nombrado a **D^a Concepción Rodríguez Lage**, **Presidenta-Delegada Diocesana de Manos Unidas**, por un período de 3 años.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. José Álvarez Bugallo**. Fallecido el día 19 de enero de 2010, a los 82 años, en la Casa Sacerdotal de Ourense. Había nacido el 14 de julio de 1927 en Cartelle. Fue ordenado presbítero perteneciente a la Orden de los

Hermanos Menores (OFM), en Santiago de Compostela, el 4 de septiembre de 1952. En 1971 se incardinó en la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol. El año 1991 se trasladó a la Diócesis de Ourense donde se encargó como administrador parroquial de la parroquia de San Pedro de Mosteiro de Ramirás y Santiago de Rubiás y Capellán de las Clarisas Reparadoras de Mosteiro de Ramirás, hasta el año 1998 en que se jubiló.

+ Sor M^a del Carmen Fernández Arias, Religiosa Misionera del Divino Maestro. Había nacido en Lugo el 15 de Febrero de 1915, en una familia numerosa, once hermanos. Entró en la Congregación de las Misioneras del Divino Maestro hace más de 50 años. Después de su profesión perpetua, fue destinada a Francia, a un pueblo, Saint Pons, en donde realizó su labor en el campo sanitario. Estuvo destinada en Madrid varios años. Allí atendía el dispensario y visitaba a los enfermos pobres del barrio de Caraque. Los últimos años, los pasó en la comunidad de Montealegre en Ourense. Entregó su alma al Señor, el día 23 de enero, a los 94 años.

VICARÍA GENERALALGUNAS NORMAS CANÓNICAS U ORIENTACIONES
PASTORALES VIGENTES EN ESTA DIÓCESIS

Como en años anteriores, se recuerdan o se concretan aquí, con la oportuna aprobación del Obispo, algunas normas canónicas u orientaciones pastorales, vigentes en esta diócesis, que todos debemos tener presentes para dar mayor cohesión y eficacia a nuestro ministerio pastoral. Se intenta así, desde esta Vicaría, prestar a todos los sacerdotes un servicio fraterno que muchos consideran útil.

BAUTISMO

Es obligado recordar y llevar a la práctica el “Directorio del Sacramento del Bautismo”, elaborado por el Consejo Presbiteral y promulgado por el Ordinario (Cfr. B.O.O., abril 1989, pp. 90-126). De él entresacamos algunas disposiciones concretas:

Petición del Bautismo:

“Antes de determinar la fecha de la celebración, y aún el lugar en algunos casos, los padres han de pedir lo más pronto posible en la parroquia de su residencia el bautismo de sus hijos para iniciar el diálogo y contactos pastorales que han de acompañara todo bautismo”. “En el caso de negligencia por parte de los padres, la acción pastoral de la parroquia tratará de remediar tal dejadez” (Cfr. Directorio citado, 5.2).

Preparación:

“Toda parroquia que celebre el bautismo tiene la ineludible obligación de realizar los encuentros y diálogos preparatorios”... “La asistencia de los padres se considera obligatoria y muy

recomendable la de los padrinos” (ib. 5.4).

Padrinos:

“Los padrinos, o al menos uno de ellos, han ser católicos, que lleven una vida congruente con la fe y con la función que asumen y han de cumplir las condiciones establecidas en el canon 874. Ya en las primeras entrevistas se ha de hablar de los padrinos y (le las condiciones requeridas” (ib. 5.8).

Edad:

“La Iglesia quiere que los hijos de padres católicos sean bautizados “en las primeras semanas” después del nacimiento”... “Si se pide el bautismo de un niño que ha superado con mucho ese tiempo habrá que aclarar si los motivos de esta dilación son razonables” (i). 5.3).

Lugar de la Celebración:

“Los niños han de recibir el bautismo, siempre que sea posible, en la parroquia de los padres... Para aceptar el bautismo de un feligrés de otra parroquia se habrán de cumplir estas

tres condiciones: a) Que los que piden el bautismo tengan alguna relación habitual con la iglesia donde realizan la petición. B) Han de contar con la licencia escrita de la parroquia propia o del Vicario General. Este modo de contacto entre las dos parroquias (y de las dos con la familia) no se ha de entender como una competencia de “poderes” sino como colaboración y expresión viva de la comunión eclesial. c) También se ha de requerir que los padres asistan o acrediten haber asistido a las reuniones preparatorias. Sería preferible que estas reuniones se celebren en las parroquias de origen” (ib. 5.5).

Situaciones especiales:

a) Padres creyentes con poca práctica religiosa. El sacerdote con actitud de acogida, comprensión y diálogo procurará hacer avanzar la situación de modo que se pueda lograr una esperanza fundada y libremente acogida de educación en la fe...

b) *Padres católicos casados canónicamente, divorciados civilmente y casados de nuevo por lo civil u otras situaciones sin salida legal.* Se podría conceder este bautismo cuando el párroco conoce la situación y está persuadido de que la educación en la fe se logrará. Se tendría que evitar el escándalo (pusilorum) y aspirar a que este bautismo pueda ser incluso un testimonio positivo.

c) *Padres católicos casados civilmente o sin vínculo institucional.* El rechazar

el sacramento del matrimonio indica alguna quiebra en la fe. La actitud del párroco no debería ser negativa sistemática; es una oportunidad de diálogo y quizá sirva para que la situación mejore.

Habría que ponderar muy despacio las motivaciones de la petición y a partir de estos motivos persuadirse de la suficiencia y autenticidad de las garantías ofrecidas. Si las motivaciones no tienen validez y las garantías no son suficientes el bautismo no debe ser concedido. Todo ha de suceder de manera que esto no parezca una sanción por no estar casados, ni una coacción para que se casen, sino el reconocimiento de que la petición, al menos de momento, no está “madura”, y una invitación siempre a seguir dialogando.

d) *Padres no creyentes o no católicos.* Aquí se impone un discernimiento mucho más claro aún de los motivos de la petición, y las garantías de la futura educación en la fe tendrían que ser tales que no ofreciesen ninguna duda, de otra manera no se podría bautizar (ib. Anexo).

CONFIRMACIÓN

1. -El ámbito propio y específico de la celebración del Sacramento de la confirmación y de la preparación adecuada de los candidatos a la recepción del mismo es la comunidad parroquial.

Por eso, en cada parroquia o grupo de parroquias ha de organizarse de forma estable una catequesis que capacite a los que deseen ser confirmados, a recibir responsablemente este sacramento y asumir los compromisos que implica.

2.- El párroco es el responsable de discernir la idoneidad de los candidatos. Con la debida antelación ha de solicitar del Obispo de la diócesis la celebración del Sacramento para los miembros de sus parroquias, que considere capacitados. Por eso, al comienzo de cada curso, ha de comunicar a la Delegación de Catequesis, bien sea directamente, bien a través del arcipreste, el número de candidatos que desea que se confirmen. No serán admitidos, a no ser que el Ordinario disponga lo contrario, aquellos confirmandos cuyo párroco no haya hecho la notificación al obispado en su momento oportuno.

3.- La edad mínima para poder acceder a la Confirmación está fijada en esta diócesis en los trece-catorce años, que debiera corresponder al final del curso escolar de 2º de E.S.O.. Las excepciones a esta norma deberán estar basadas en razones muy serias.

4.- Se ha elaborado a nivel diocesano un plan orgánico de Catequesis, de Confirmación, que exige para su desarrollo cuarenta horas. Se prevé la conveniencia de una reunión semanal de una hora durante los dos años anteriores. Con todo, queda siempre a

discreción del párroco el establecer las mejores condiciones para cumplir dicho plan.

5.- A no ser en circunstancias especiales, las confirmaciones se celebrarán en los días comprendidos entre el quince de mayo y el quince de julio.

6.- En las parroquias de la ciudad y de las principales villas normalmente se celebrará la Confirmación todos los años. En las demás parroquias del ámbito rural corresponderá al arciprestazgo el determinar las fechas y lugares de celebración del Sacramento. Ha de tenerse en cuenta, no obstante, la conveniencia de que el número de confirmandos no sea superior a cincuenta, en orden a lograr una mayor vivencia y participación.

7.- El Vicario General y los Vicarios Episcopales que integran el Consejo Episcopal, mientras perseveren en el oficio, tienen facultad de administrar el sacramento de la Confirmación dentro del ámbito de la diócesis, en las situaciones ordinarias.

PENITENCIA

Licencias ministeriales

Todo sacerdote, secular o religioso; nombrado por el obispo para una misión pastoral en esta diócesis, recibe, con el nombramiento y mientras éste dure, las licencias ministeriales para oír confesiones. Los jubilados y quienes

gozan de excedencia temporal legítima conservan las mismas licencias que tenían en el momento de la jubilación o de la concesión de la excedencia, mientras no se les indique lo contrario.

A no ser que- el Ordinario disponga lo contrario en cada caso concreto, «quienes tienen facultad de oír confesiones, tanto por razón del oficio como por concesión del Ordinario del lugar de incardinación o del lugar en que tienen su domicilio», las pueden también ejercer en esta diócesis a tenor del c. 967 p.º 2.

Quienes no estén incluidos en los casos anteriores deberán solicitar las oportunas licencias ministeriales para oír confesiones del Ordinario diocesano.

Absolución de reservados

Durante el tiempo del cumplimiento pascual todos los sacerdotes que gozan de licencia para oír confesiones en esta diócesis, quedan facultados para absolver «in actu sacramentali confessionis» de todas las censuras reservadas, con excepción de las reservadas a la Sede Apostólica.

EUCARISTÍA

Binaciones

1.- Los sacerdotes de esta diócesis pueden, con justa causa, celebrar la Misa dos veces, incluso en días no festivos (c. 905 p.º 2). «Justa causa» puede ser la atención pastoral a una segunda

comunidad suficientemente numerosa o cualificada, la celebración de exequias, matrimonios...; pero no el mero hecho de tener encargada una Misa con estipendio. Tampoco es justa causa para binar, concelebrando, la mera asistencia a una Misa de exequias o similares, ni el deseo de solemnizar o dar esplendor externo a una celebración.

2.- En los domingos y fiestas de precepto, cada sacerdote podrá celebrar hasta tres veces, si lo exige una verdadera necesidad pastoral (c. 905 p.º 2).

3.- Para celebrar más de tres veces se requiere la dispensa del obispo diocesano (c. 87 p.º 1). De tal manera que ni siquiera el dar facilidades a los fieles para cumplir el precepto dominical justifica la celebración de más de tres Misas sin obtener la dispensa requerida. Esta no será concedida, de manera habitual, cuando sea posible atender las necesidades reales de los fieles con una o dos celebraciones vespertinas en el día anterior.

N. B.: Según la mente de la Iglesia, no es aconsejable que un sacerdote celebre habitual o frecuentemente la Eucaristía más de tres veces en un mismo día. Es preferible, como mal menor, que algunos fieles y comunidades no cuenten todos los domingos con las facilidades deseables para participar en la Eucaristía.

Ante el progresivo agravamiento de la escasez de sacerdotes se impone el

ir preparando y poniendo en práctica nuevas iniciativas. V. g r.:

a) En la ciudad, una organización más racional de los horarios entre parroquias y otros lugares de culto próximos, que seguramente podrá ahorrar celebraciones innecesarias.

b) Mayor disponibilidad de los sacerdotes que no tienen ministerio parroquial u otro compromiso semejante en domingo, para prestar este servicio (habitualmente o por temporadas) donde sean requeridos, hasta distancias aceptables.

c) Celebraciones dominicales no eucarísticas (c. 1248, p^o 2) bien preparadas, que puedan ser dirigidas por religiosas o laicos, a quienes tras la debida formación y con las ayudas oportunas, pueda confiárseles esta misión.

d) Turnos entre las comunidades menos numerosas que posibiliten la celebración eucarística en todas ellas cada dos o tres domingos.

e) Celebraciones de la Eucaristía en otro día de la semana, donde no sea posible el domingo o la tarde del sábado. Pero, en este caso, debe explicarse a los fieles que la participación en estas celebraciones no exime del precepto dominical a quienes puedan cumplirlo.

Misa «Pro pópulo»

Los párrocos y administradores de parroquias tienen obligación de aplicar la Misa «pro pópulo» los domingos y

fiestas que sean de precepto en la propia diócesis; si bien, una sola Misa, aunque sean varias las parroquias que les están encomendadas (c. 534). El cumplimiento de esta obligación es incompatible con la percepción de cualquier clase de estipendio por tal Misa.

Pero el sacerdote que aplica una Misa “pro populo”, si legítimamente celebra otra u otras Misas en el mismo día (de acuerdo con la norma para binaciones o trinaciones), puede retener para si el estipendio de una de estas.

Distribución de la Comunión

Sólo el Obispo, el presbítero y el diácono son ministros ordinarios de la sagrada Comunión (c. 901 , p^o I). Para que pueda actuar, como ministro extraordinario, un acólito o un fiel no ordenado (c. 910, p.^o 2), debe ser expresamente designado para ello por el Ordinario del lugar.

El así designado sólo podrá distribuir la sagrada Comunión cuando no esté presente o disponible un ministro Ordinario, o cuando sea verdaderamente necesaria su actuación, vgr. porque el número de fieles que deseen comulgar es tan elevado que la Celebración se prolongaría demasiado (Cf. c. 910e instr. «Inmensae caritatis»).

Recepción de la Eucaristía

Según interpretación auténtica del c. 917, los fieles que han recibido la santísima Eucaristía pueden recibirla de nuevo el mismo día solamente una

segunda vez, aunque participen más veces en su celebración (Cfr. respuesta de la C. P. para la interpretación auténtica del C. D. C.. en A.A.S. 1984 p. 74C).

Lugar de la Primera Comunión

El lugar propio de la primera Comunión es la parroquia a la que pertenece el niño (ya que por la primera Comunión el niño se incorpora plenamente a la comunidad cristiana adulta).

En consecuencia debe hacerse lo posible para que todos los niños reciban la primera Comunión en la celebración o celebraciones comunitarias de la misma que la parroquia organice. Sólo en casos excepcionales y por causa justa podrá celebrarse la primera Comunión en lugar distinto de la parroquia del niño. En tales casos deberá acreditarse por escrito la suficiente preparación catequética del niño.

NORMATIVA SOBRE ESTIPENDIOS

1.- La Iglesia aprueba la costumbre tradicional de que el sacerdote que celebra o concelebra la Misa pueda recibir estipendio para que la aplique por una determinada intención (c. 945, p.º 1).

Pero, al hacerlo. «recomienda encarecidamente a los sacerdotes que celebren la Misa por las intenciones de los fieles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban estipendio alguno» (c. 945, p.º 2); y manda que en materia de estipendios se evite hasta la más pequeña apariencia de negociación (c. 947).

2.- La normativa canónica sobre estipendios responsabiliza gravemente la conciencia de los sacerdotes, hasta el punto de que «quien obtiene ilegítimamente un lucro con el estipendio de la

Misa, debe ser castigado con una censura o con otra pena justa» (c. 1385).

3.- Cuando los fieles entregan para estipendios una cantidad de dinero, sin concretar el número de Misas, han de aplicarse según el arancel diocesano, a no ser que conste claramente otra intención de los donantes (c. 950).

4.- El sacerdote, aunque celebre legítimamente más de una vez al día, solamente puede reservar para sí un estipendio, salvo el día de Navidad. Los estipendios de binación o trinación deben enviarse al Fondo Común Diocesano, con destino a la mutua ayuda sacerdotal (c. 95 l, p.º 1).

5.- Nadie podrá exigir mayor estipendio por una segunda u tercera Misa. Pero, si éstas ocasionan gastos de desplazamiento,

to y similares, no cubiertos de otro modo, el celebrante podrá reservar para sí la mitad del estipendio (c. 951, p.º 1).

6.- Por una segunda Misa, si ésta es concelebrada, no puede recibirse estipendio bajo ningún título (c. 95 l, p.º2), ni siquiera con destino al Fondo Común Diocesano o a otros fines de caridad o de apostolado.

7.- Los sacerdotes que celebren legítimamente segunda o tercera Misa en el mismo día pueden aplicarla «ad mentem episcopi». En ese caso lo comunicarán a la Colecturía Diocesana al final de cada semestre (junio y diciembre).

Nota aclaratoria:

Algunos sacerdotes han planteado dudas o interrogantes sobre esta norma. Como respuesta, ténganse en cuenta las siguientes aclaraciones:

7.1.- *No podrá aplicar “ad mentem Episcopi” el sacerdote que celebre una sola misa en el día.*

7.2.- *Tampoco, quien legítimamente (=de acuerdo con las normas sobre binaciones – véanse más arriba -) aplique la segunda o tercera Misa por otras intenciones particulares, con la consiguiente obligación de entregar el estipendio (si lo recibe) al Fondo Común Diocesano.*

7.3.- *Tampoco, quien actúe como concelebrante en una segunda o tercera Misa (véase el nº 6.-)*

7.4.- *A la hora de cubrir el impreso de aportación al Fondo Común diocesano deben distinguirse correctamente el concepto relativo a “estipendios de binaciones” (en el que debe anotarse la cantidad que se entrega por tal concepto) y el relativo a “Nº DE MISAS AD MENTEM EPISCOPI” (en el que sólo se anotará el número de estas Misas que se hayan celebrado por esta intención durante el año correspondiente.*

8.- Nadie puede aceptar, para celebrar Misas personalmente, más estipendios de los que puede satisfacer en el plazo de un año (c. r)53).

9.- Los estipendios de Misas que no se han aplicado, deberán entregarse al final de cada año en Colecturía Diocesana, que se encargará de que las Misas se celebren cuanto antes (c. 956).

También aquellos sacerdotes o iglesias, que reciben más encargos de Misas de los que pueden cumplir al ritmo normal, deben entregar los estipendios en Colecturía, que los transmitirá a sacerdotes que carecen de ellos (c. 954).

10.- Todo sacerdote debe anotar cuidadosamente los encargos de Misas recibidos y los ya satisfechos (c. 955, p.º4). Asimismo, en las iglesias donde se reciben ordinariamente estipendios, debe haber un libro especial donde se anoten tanto los estipendios recibidos como las Misas celebradas (c. 958).

NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES

Los “LIBROS PARROQUIALES” tienen gran importancia en orden a conocer el estado jurídico-canónico de los fieles en relación con su capacidad para diversos actos o funciones en la Iglesia. Son un fiel reflejo de la situación humana, espiritual y material de la parroquia.

Teniendo además carácter de documentos públicos de la Iglesia, constituyen una valiosa contribución al patrimonio cultural de la misma Iglesia y de la sociedad.

Ello requiere un exquisito cuidado en su redacción y conservación por parte de los responsables. Con ánimo de ayudarles en esta tarea, el Obispo anterior, D. Carlos Osoro Sierra, aprobó y promulgó una completa “*NORMATIVA SOBRE LOS LIBROS PARROQUIALES*” (Cfr. BOO, enero 2000, pp. 27-44), que conserva toda su vigencia y que se ha distribuido a todos los sacerdotes, también en edición separada del Boletín Oficial del Obispado.

De esta “*NORMATIVA*” se recuerdan aquí y se urgen de nuevo algunos puntos, especialmente aquellos que siguen siendo menos atendidos y puestos en práctica.

TÍTULO I

Normas generales

CAPÍTULO I

Libros parroquiales y competencias

1. Todas las parroquias de la Diócesis de Ourense dispondrán, convenientemente actualizados, de los siguientes libros parroquiales:

temente actualizados, de los siguientes libros parroquiales:

- 1.- Libro de Bautizados (cc. 535 & 1 y 877).
- 2.- Libro de Confirmados (c. 895 y I DG CEE, art. 5).
- 3.- Libro de Matrimonios (cc. 535 & 1 y 1121).
- 4.- Libro de Difuntos (cc. 535 & 1 y 1182).
- 5.- Libro de Cuentas (c. 1284 & 2, 7?).
- 6.- Libro de Inventarios (c. 1283).

CAPÍTULO II

Normas de inscripción

6. Dado su carácter oficial y su pervivencia en el tiempo como documentos únicos, los libros, las tintas y la caligrafía empleadas han de ser las adecuadas para una buena conservación y correcta interpretación de su contenido.

11. Se pondrá especial cuidado en que los datos inscritos en las partidas coincidan con los datos contenidos en los registros civiles.

12. Junto a cada una de las partidas se dejará un espacio conveniente donde se puedan inscribir las preceptivas notas marginales, siempre firmadas por el responsable del archivo.

13. Todas las partidas, los certificados que se refieran al estado canónico

de los fieles, así como cualquier acta que pueda tener valor jurídico, han de estar convenientemente selladas y firmadas por el párroco o la persona que legítimamente haga sus veces, aunque la inscripción la haya realizado otro (535 & 3).

14. Cada parroquia ha de tener su propio sello (c. 535 & 3) en buen estado, de manera que su estampa pueda ser fácilmente legible y reconocible. Este sello, por su carácter público, deberá ser aprobado por el Ordinario del lugar mediante decreto que deberá transcribirse en cada uno de los libros parroquiales. Tras su aprobación, el sello de cada parroquia quedará inscrito en el Libro Registro que, a tal efecto, se abrirá en la curia diocesana a partir de la entrada en vigor de esta normativa; y no podrá ser cambiado sin nueva autorización del Ordinario.

CAPÍTULO III

Corrección de partidas

15. Dado el carácter de documento jurídico de las partidas, no admiten raspaduras, tachaduras, sobrescritos ni el empleo de materiales que impidan leer el fragmento errado, de modo que cualquiera de éstos u otros métodos pueda inducir a fraude; las enmiendas que deban hacerse durante la inscripción, han de salvarse siempre entre paréntesis, de manera que sea legible el error, y con nota al final de la partida firmada por el responsable del archivo.

16. Las partidas debidamente firmadas y selladas no son susceptibles de modificación sin el permiso escrito del Ordinario del lugar, previo expediente de corrección debidamente informado, cuyo formulario facilitará la secretaría general de la curia.

17. Las partidas no inscritas en el momento y lugar oportunos sólo podrán ser extendidas con autorización del Ordinario del lugar, previo expediente de entable, cuyo formulario facilitará la secretaría general de la curia; dicha autorización ha de conservarse adherida, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida.

18. Cualquier rectificación debidamente autorizada del texto de una partida, debe quedar consignada al margen de la misma, y el documento que la autoriza debe conservarse adherido, mediante pegamento, en el lomo interior del libro junto a la partida modificada.

CAPÍTULO IV

Archivo parroquial

20. Cuando un mismo sacerdote atiende varias parroquias puede tener un único archivo parroquial en donde se custodien, en las condiciones expuestas en el artículo anterior, los libros y documentos de las distintas parroquias, cuidando en cualquier caso que ninguno de ellos se extravíe o confunda con los de otras parroquias. En este caso conservará una única colec-

ción completa del Boletín Oficial del Obispado.

22. A principios de cada año debe enviarse a la secretaría general de la curia copia literal de todas las partidas inscritas durante el año anterior en los Libros de Bautizados, Confirmados, Matrimonios y Difuntos, utilizando los correspondientes impresos oficiales para certificaciones literales.- Esta norma puede cumplirse, si se prefiere, enviando un extracto de las mismas partidas conforme al modelo oficial (Anexo VIII).

TÍTULO II

Normativa especial sobre cada libro parroquial

CAPÍTULO I

Libro de Bautizados

24. Compete al párroco del lugar donde se celebró el bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, extender diligentemente y sin demora la partida en el libro de bautizados teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (c.877). (Anexo II). N.B. Debe anotarse el lugar del nacimiento (c.877), que por errata, no figura en el modelo.

27. La partida de bautismo ha de ser única, de tal modo que no se autorizarán transcripciones de partidas pro-

venientes de otros libros de bautismo, cualquiera que sea su procedencia.

CAPÍTULO II

Libro de Confirmados

29. & 1. En las celebraciones de ámbito parroquial, compete al párroco del lugar donde se celebra la confirmación o la persona que legítimamente haga sus veces:

1.- anotar la relación completa de los confirmados en su parroquia, cualquiera que sea su parroquia de origen, teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo III);

2.- inscribir la correspondiente nota marginal en la partida de bautismo de los confirmados bautizados en su parroquia observando el art. 12;

3.- en su caso, notificar el hecho al párroco del lugar del bautismo o la persona que legítimamente haga sus veces, para que haga la anotación preceptiva a tenor del c.535 & 2.

& 2. En las celebraciones interparroquiales, compete lo estipulado en el & 1, a cada uno de los párrocos o la persona que legítimamente haga sus veces, respecto de los confirmados que haya presentado.

CAPÍTULO V

Libro de Cuentas

33. Compete al párroco o la persona que legítimamente haga sus veces,

anotar diligentemente los ingresos y gastos que lleva consigo la administración económica de la parroquia en sus diversos aspectos (c. 1284 & 2, 7?), ateniéndose al modelo oficial vigente en la diócesis (Libro Cuentas de Gestión). En esta tarea, será auxiliado por el consejo parroquial de asuntos económicos en aquellos lugares donde éste haya sido constituido (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994).

34. & 1. Cada año, durante el mes de enero siguiente a cada ejercicio (ECPAE, art.3.7: BOO, noviembre 1994), se rendirán cuentas al Ordinario del lugar (c. 1287 & 1).

& 2. Anualmente, en tiempo oportuno a juicio del párroco o de la persona que legítimamente haga sus veces, se rendirán cuentas a los fieles acerca de los bienes que éstos entreguen a la iglesia, además de dar cuenta puntual de lo recaudado y entregado en cada colecta especial (c. 1287 & 1).

CAPÍTULO VI

Libro de Inventarios

35. 1. Compete al párroco, o la persona que legítimamente haga sus veces, mantener diligentemente actualizado el inventario parroquial, teniendo en cuenta las formalidades prescritas en esta normativa y ateniéndose al modelo oficial (Anexo VI y sus indicaciones complementarias); renovándolo, cuando no se den cambios significativos, al menos cada cinco años; y siempre que

se produzca un cambio de párroco o administrador parroquial, el saliente entregará el inventario, actualizado y firmado, al entrante; y éste, tras la oportuna comprobación, firmará su conformidad en el mismo inventario. Si no hubiera conformidad, los interesados darán cuenta inmediatamente al arcipreste para que provea, por sí mismo o bien recurriendo al Ordinario del lugar (EA, art. 14: BOO, octubre-noviembre 1991).

2. Si el relevo se produce por fallecimiento del anterior titular o por otro motivo que no permita la comparecencia simultánea de antecesor y sucesor, éste comprobará el inventario existente. Si se advierte alguna anomalía significativa procederá como se indica en el & 1.

TÍTULO III

Otros libros parroquiales

CAPÍTULO I

Libro del Cementerio

36. En las parroquias que tengan cementerio parroquial debe haber un Libro del Cementerio (RCP, arts. 9, 10, 18 y 23: BOO, diciembre 1990). Si una misma parroquia tiene varios cementerios parroquiales dispondrá de un Libro del Cementerio distinto para cada uno de ellos.

37. Cada Libro del Cementerio llevará anejo un plano del cementerio co-

rrespondiente (RCP, arts. 9 y 10), que incluirá todas las sepulturas en uso y todas las parcelas edificables en el futuro convenientemente numeradas. Este plano abarcará unitariamente tanto el cementerio primitivo como sus ampliaciones con una numeración única. Una copia de este plano deberá entregarse en la curia diocesana.

38. Supuestas las normas generales contenidas en el Título I de la presente normativa, se destinará un folio por las dos caras para la inscripción de cada sepultura en uso con el fin de dejar espacio para anotar las actuaciones que vaya habiendo en ella desde el momento de su inscripción en el Libro del Cementerio. La inscripción se hará conforme a las indicaciones del modelo oficial para el registro de cada sepultura (Anexo VII).

39. & 1. El Libro del Cementerio, mientras sea admitido por las competentes autoridades sanitarias como válido a los efectos previstos en el *Decreto 134/1998, do 23 de abril* de la *Xunta de Galicia* y en la *Orde do 12 de mayo de 1998*, está sujeto a la inspección y control por parte de las mencionadas autoridades cuando legítimamente lo requieran. A ello no deberá oponer dificultades el responsable del archivo parroquial.

& 2. Los sacerdotes responsables de cementerios y de sus libros correspondientes, que por negligencia culpable no cumplan a su debido tiempo con lo

dispuesto en esta normativa sobre el Libro del Cementerio, responderán ante el Ordinario del lugar de las sanciones impuestas por la Autoridad civil competente como consecuencia de tal incumplimiento.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

1. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, se cerrarán todos los libros parroquiales que contienen partidas impresas.

2. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias dispondrán del Libro de Cuentas oficial en nuestra diócesis (Cuentas de Gestión).

3. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente normativa, todas las parroquias que contengan en su Libro de Bautizados traslados de partidas originales de otros registros, aunque los padres del bautizado sean originarios de esa parroquia, enviarán notificación de todas las notas marginales inscritas en estos traslados a la parroquia donde se encuentra la partida original, si todavía no se ha hecho. A continuación se anularán todas esas partidas cruzándolas y dejando constancia de tal anulación en nota firmada al pie de página que haga mención de la presente normativa. En todo caso, a partir de la entrada en vigor de esta nor-

mativa, no se podrán expedir partidas auténticas a partir de estos traslados, ni hacer anotaciones marginales en ellas, sino que han de remitirse siempre a la partida original de la parroquia del lugar del bautismo.

4. En el plazo de un año, a partir de la entrada en vigor de la presente

normativa, los párrocos o administradores parroquiales deberán presentar en la curia diocesana el sello, en buen estado, de cada una de sus parroquias, para obtener la correspondiente aprobación del Ordinario y para su inscripción en el Libro Registro de la curia, a tenor del art. 14 de la presente normativa.

PARA LOS PÁRROCOS NOMBRADOS POR SEIS AÑOS

Parece oportuno recordar aquí, de entre las vigentes “*NORMAS PARA NOMBRAMIENTOS DE PÁRROCOS*”, una de ellas, dado su incumplimiento por la mayoría de los interesados:

5. Quienes sean nombrados párrocos, lo serán por un período de seis

años. *Tres meses antes de finalizar el período el interesado deberá solicitar la continuación en la misma parroquia o el traslado a otra.* Al Sr. Obispo compete juzgar sobre la oportunidad o no de dicha solicitud (Cfr. Normas Complementarias al Código, C.E.E., art. 4º; BOO mayo-junio 2000, p. 274).

CEMENTERIOS PARROQUIALES

Se recuerdan aquí algunos artículos del vigente Reglamento de Cementerios Parroquiales a los que debe prestarse especial atención:

Artículo 9.

1.- Para la construcción, ampliación o reforma de un cementerio parroquial se requiere la licencia escrita del Ordinario.

2.- Para obtener dicha licencia es necesario dirigir instancia al mismo Ordinario en la que se deberá indicar: a) Razones que hacen necesaria o aconsejable la obra. b) Solar en el que se llevará a cabo. Este solar deberá ser propiedad, plena y legalmente firme de la Iglesia, antes de iniciarse las obras previstas.

3.- Con la mencionada instancia deberán presentarse: a) Plano o proyecto técnico que exprese la configuración, situación, dimensiones, distribución interior (filas y clases de sepulturas subterráneas o aéreas con un máximo de cuatro compartimentos superpuestos, parcelas edificables o destinadas a inhumación en tierra, pasillos... etc.). Cada parcela o sepultura tendrá un número de referencia en este plano, de manera que resulte fácil su localización b) Presupuesto de las obras a realizar, con expresión de las fuentes de financiación.

Artículo 10.

También los cementerios ya existentes deberán contar, en el plazo de un año a partir de la entrada en vigor de este Reglamento, con un plano similar al mencionado en el artículo anterior. Este plano habrá de obtener la aprobación del Ordinario (previos los informes que considere necesarios). Un ejemplar se conservará en la Parroquia y otro en el Obispado; y la concesión de credenciales de usufructo y permisos de edificación o reforma de sepulturas se harán con referencia a dicho plano y de acuerdo con sus previsiones.

Artículo 11.

Los Cementerios deberán estar cerrados en todo su perímetro con materiales que no desentonen estéticamente del conjunto. En los de nueva construcción y en las ampliaciones de los antiguos el cierre ha de estar concluido antes de autorizar ningún sepelio en los mismos.

No se autorizará la construcción de sepulturas en terreno total u parcialmente exterior al perímetro cerrado del cementerio con el fin de incorporarlas al mismo.

Artículo 12.

1.- En los cementerios contiguos a la iglesia se evitará cualquier lápida, cruz o adorno incrustada o adosada a las paredes de aquélla o a los muros nobles que tenga el propio cementerio.

2.- Donde aún sea posible, se dejará sin sepulturas un espacio suficientemente amplio en torno al templo para las procesiones; y en todo caso ese espacio estará libre de cualquier edificación que sobresalga del nivel del suelo, incluidos testeros, lápidas, rejas o adornos de cualquier tipo que puedan dificultar la circulación procesional.

3.- En ningún caso se autorizará sepulturas subterráneas próximas a los muros de la iglesia, que pudieran perjudicar su cimentación.

4.- En ningún lugar de estos mismos cementerios se autorizarán nichos aéreos o panteones con altura total (incluidos testeros u otros remates) superior a 1,50 metros sobre el nivel del pavimento del templo, que pudieran restar visibilidad o perspectiva al mismo.

Artículo 13.

Con la necesaria prudencia pastoral y de acuerdo con los usufructuarios se

procurará ir adaptando a estas normas aquellas sepulturas, anteriormente construidas, que no se ajusten a ella. En ningún caso la existencia de tales sepulturas será considerada como razón para seguir construyendo otras similares.

Artículo 15.

Si en algún caso se considera necesario que la Parroquia promueva por sí misma, la construcción de un número prudente de sepulturas para su venta posterior, no podrá hacerse sin contar con la Comisión que asiste al párroco en la gestión del cementerio (art. 17) y con la aprobación del Ordinario. Esta deberá solicitarse previamente por escrito acompañado de proyecto y presupuesto detallado, en el que debe constar la tasa especial que los interesados deberán abonar al recibir el título de tales sepulturas.

Artículo 17.

La administración del cementerio parroquial corresponde al párroco; pero deberá estar asistido por el Consejo Parroquial de Asuntos Económicos (c. 537) u otra Comisión similar, o, al menos, por tres fieles laicos de la Parroquia convenientemente elegidos. Tal asistencia se considera especialmente imprescindible cuando se haya de reformar o ampliar el cementerio o deba construirse uno nuevo.

Artículo 18.

Son funciones de esta Administración:

a) Conservar debidamente ordenados los documentos acreditativos de la propiedad del cementerio y los demás libros y documentos referentes al mismo.

b) Informar las solicitudes que se dirijan al obispado para la obtención de títulos de usufructo, haciendo constar el número de la parcela asignada a cada solicitante o su lugar exacto con referencia al plano del cementerio, y el diseño y características de la construcción que se proyecta, si éstas no estuviesen previstas en el mencionado plano.

Artículo 22.

1.- La concesión de parcelas para la construcción de sepulturas se reserva al Ordinario, a quien habrán de solicitarlas los interesados en instancia informada por el párroco, de acuerdo con lo dispuesto en el artículo 18-b.

En la instancia se hará constar expresamente que el interesado se compromete a cumplir las normas diocesanas sobre cementerios

2- También se reserva al Ordinario la autorización (previa solicitud, informada por el párroco) de cualquier modificación que afecte a la estructura externa de las sepulturas.

Artículo 29.

A no ser que el Ordinario, en casos excepcionales, autorice otra cosa, en lo sucesivo nadie podrá ser titular de más de una parcela o sepultura en un mismo cementerio parroquial.

a) Estos y otros artículos suponen que debe obtenerse el título antes de la construcción o reforma de cualquier sepultura. En lo sucesivo no se concederán títulos para sepulturas ya construidas sin previa autorización del Ordinario.

b) La modificación del art. 25 del vigente Reglamento de Cemen-

terios Parroquiales, por decreto del Obispo de fecha 2 de enero de 1995, implica que todos los titulares de concesiones de parcelas para construcción de sepulturas (incluidos quienes las obtuvieron entre los años 1991-1994) tienen el derecho de uso de dichas parcelas sin límite de tiempo.

ARANCELES DE SEPULTURAS A PARTIR DEL 1 DE ENERO DE 2009

En la siguiente tabla se actualizan los aranceles de sepulturas de acuerdo con el decreto firmado por el Excmo. Sr. Obispo con fecha uno de febrero de 2005, que entró en vigor el día uno de marzo del mismo año, afectando

sólo a las tasas de fábrica y manteniendo los mismos “derechos de Curia”, cuyas variaciones son competencia de la Conferencia de Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela.

SEPULTURAS DE NUEVA CONCESIÓN			
TIPO DE SEPULTURA	FÁBRICA	CURIA	TOTAL
Sepultura baja	80,75	4,81	85,56
Sepultura baja con testero	112,15	4,81	116,96
Sepultura alta con 1 nicho	143,54	4,81	148,35
Sepultura alta con 2 nichos	174,95	9,02	183,97
Sepultura alta con 3 nichos	206,35	13,22	219,57
Sepultura alta con 4 nichos	237,75	17,43	255,18

CAMBIOS DE SEPULTURAS			
TIPO DE SEPULTURA	FÁBRICA	CURIA	TOTAL
Sepultura baja	40,37	4,81	45,18
Sepultura baja con testero	56,08	4,81	60,89
Sepultura alta con 1 nicho	71,78	4,81	76,59
Sepultura alta con 2 nichos	87,47	9,02	96,49

Sepultura alta con 3 nichos	103,17	13,22	116,39
Sepultura alta con 4 nichos	118,88	17,43	136,31
Testero	31,41	4,81	36,22
Cenicero	31,41	4,81	36,22
Cada nicho	31,41	4,81	36,22

N.B.: Cuando el cambio de titularidad se conceda a favor de herederos o por cesión de derecho hereditario entre coherederos, se abonarán únicamente los derechos de Curia.

EL VICARIO GENERAL

Fdo.: José Estévez Armada

VICARÍA DE PASTORAL

PONENCIAS DE LA SEMANA DE TEOLOGÍA ORGANIZADA POR LA VICARÍA DE PASTORAL DEL 20 AL 23 DE ENERO DE 2010

Con Santiago en los caminos y la historia de Ourense

Miguel Ángel González (Delegado Diocesano del Año Santo 2010).

Iglesia nacida al calor de la predicación de San Martín Dumienne, Ourense, cuando Santiago se convierte en meta de peregrinación, ocupa un puesto de relieve en los caminos que desde el Sur y de Castilla llevan a Compostela. El llamado Camino mozárabe o desviación del Camino de la Plata, fue gozoso itinerario que en los últimos años renace con fuerza. Camino que dejaba el consuelo del Santo Cristo de Ourense, la venerada imagen del siglo XIV que en la Catedral ha sido y es atractivo devoto en el mundo de la peregrinación jacobea.

Otro hito importante es el Monasterio cisterciense de Santa María de Oseira donde fue monje San Famiano, peregrino alemán que vino a Santiago y que es representado con el hábito de la orden y las insignias de peregrino jacobeo.

Y no debemos olvidar que Celanova por ser depositaria de las reliquias supuestas de San Torcuato, varón apostólico es referencia obligada de culto santiaguista.

Y porque los caminos regalan gozo y esperanza y suscitan agradecimiento

a Santiago, se multiplican en Ourense las representaciones del Apóstol.

Además de la razón de los Caminos, por ser titular de muchas parroquias, porque la Orden de Santiago tuvo notable presencia, por la devoción particular de algunos y porque siendo apóstol forma parte de los programas iconográficos en los que tienen presencia.

Obras de todos los siglos, de todos los estilos, de todas las técnicas, de todas las calidades, sorprendiendo particularmente algunas que son singulares.

Iconografía plural de Santiago, como Apóstol, como peregrino, como caballero defensor de la cristiandad, como maestro sereno que sedente enseña y acoge y como orante ante la Virgen del Pilar.

En el catálogo tan amplio, y la iconografía siempre es señal de afecto agradecido y de confiada devoción, destacan obras como el Santiago Sedente de la Catedral del siglo XIV con el libro de la Escritura y la espada de su martirio en la mano. Siguiendo los

modelos del Santiago Sedente del Pórtico de la Gloria de Mateo en el barroco se encargaron varias tallas entre las que destaca la conservada en la Catedral atribuible a Gambino.

El Santiago del Coro con la elegancia del manierismo que Juan de Angés aprende de Juni. Y el movido, representado como peregrino, también de Gambino, del Monasterio de Oseira.

El arte popular llena de ingenua belleza tantas representaciones de Santiago ecuestre, y viste de colores chillones a Santiago como peregrino.

No hay que olvidar dentro de la iconografía destacable el retablo de Magariños de la Iglesia de Santiago de A Ponte en Ourense, de comienzos del siglo XX, las imágenes contemporáneas llenas de ternura de Arturo Baltar o la nueva iconografía que incorpora temas nunca tratados con la que el Hermano Fray Luis de Oseira en estos mismos momentos enriquece un capítulo de tanta importancia, artística y de tanta relevancia devocional. Santiago al que acabaron por vestir de peregrino los propios peregrinos, viste ahora con su presencia tan intensa de ánimo y de gozo nuestro camino y nuestra historia.

Año Santo Compostelano

+ Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela

Sentido del Año Santo Compostelano

Esta tarde noche quiero compartir con Vds. esta reflexión con el deseo de ayudar a participar viva y gozosamente en este acontecimiento eclesial como es el Año Santo Compostelano 2010, en los tiempos de la llamada postmodernidad. En una época como la actual marcada por el desasosiego humano y la incertidumbre dramática que generan la crisis económica, la violencia y también por el malestar de una cultura laicista podemos preguntarnos si todavía puede haber lugar para el contenido doctrinal permanente y genuino del Hecho Jacobeo, una de cuyas ma-

nifestaciones más cabales es la peregrinación. Si analizamos los datos estadísticos disponibles, podemos constatar que en los últimos 25 años la evolución del número peregrinos ha ido siempre en aumento. Se hacían eco en 1988 los Obispos del Camino de Santiago en su Carta Pastoral cuando escribían: “El Camino de Santiago que conduce a la Tumba del apóstol Santiago, en la ciudad que lleva su nombre, Santiago de Compostela, en el Finisterre gallego, desde los puntos más diversos de España y de Europa ha vuelto a cobrar inusitada actualidad en los últimos años. El número de peregrinos que lo recorren al tradicional estilo de la ve-

nerable peregrinación medieval, junto a aquellos que lo hacen valiéndose de los medios modernos de locomoción, crece constantemente”.

Cada año es mayor el número de peregrinos que se ponen en camino a la Tumba del Apóstol Santiago el Mayor, siendo esta realidad, entre otras, un fiel reflejo de la Iglesia, pueblo de Dios que peregrina a la “ciudadanía de los santos”. En el Año Santo de 1999 quise acompañar al peregrino en su reflexión espiritual con la pastoral *Peregrinar en espíritu y en verdad* y en el de 2004 con la pastoral *Peregrinos por gracia*. En este segundo Año Santo Compostelano del Tercer Milenio del Cristianismo traigo a la memoria el relato de los discípulos de Emaús que nos refieren su encuentro con Cristo resucitado. Con la carta pastoral *Peregrinos de la fe y testigos de Cristo resucitado*, de alguna manera he querido hacerme peregrino con los peregrinos, ofreciéndoles esta reflexión desde la fe con la conciencia de saber que el Señor sale también a nuestro encuentro, nos ilumina con su presencia y su palabra, nos fortalece con la Eucaristía y nos libera de todo miedo. Pues desde su Tumba el Apóstol Santiago proclama que Cristo vive y el peregrino en su vuelta a casa ha de dar este testimonio.

Peregrinar a la Tumba del Apóstol expresa el deseo de recibir la abundancia de la misericordia divina como manifestación del amor de Dios en este Año de la Gran Perdonanza, confesan-

do la fe en Cristo resucitado. El sentido del Camino de Santiago, como camino de perdón, no debe desvirtuarse por otras motivaciones ajenas a su dinamismo espiritual. Dante decía que “el Camino de Santiago es el grande principio glorioso”. Consecuentemente¹, cabe preguntarnos: ¿Cuáles son los valores permanentes que nos ha legado la experiencia humano-cristiana del peregrino? ¿Qué antropología encierra? ¿Qué dice acerca del hombre y de la naturaleza? Cuestiones que no pueden ser ajenas a la peregrinación jacobea. El Camino de Santiago que ha configurado la realidad de una Europa con una ruta de estilos nuevos sin alardear de las rupturas con el pasado, se recorre fatigosa y gozosamente a la vez, pertenece y es primariamente del caminante, del peregrino, del que tiene la conciencia de vivir en el exilio, sabiendo que nuestra patria es la ciudadanía de los santos.

Como toda creación del hombre el Camino es un signo y así, en última instancia, es figura de la vida humana. La fatiga del Camino ayuda a comprender al hombre “viator” que ha sido creado por Dios y liberado por Cristo. En este contexto, el peregrino aprende a dar y a recibir, pues sólo es capaz de aceptar y de dar quien descubre que no lo posee todo y que la existencia es un caminar hacia su fin, que la vida es un camino. La experiencia religiosa de la peregrinación jacobea, teniendo como referencia al Apóstol Santiago nos anima a trabajar para que crezcan los va-

lores del espíritu, plasmando lo celeste en lo terreno, la eternidad en la historia como lo manifiesta el Pórtico de la Gloria.

La Peregrinación Jacobea que se hace “por penitencia” recorriendo los caminos de la acusación de los pecados, del perdón de las ofensas de nuestro prójimo, de la oración, de la limosna y de la humildad², debe vivirse con espíritu de conversión en el encuentro con la tradición apostólica de la mano del Apóstol Santiago, “varón por quien se visita Galicia”.

Riendo entonces Beatriz dijo:

Ínclita vida, por quien la largueza de nuestra basílica quedó escrita, haz resonar la esperanza en esta altura: tú lo sabes, que tantas veces la has figurado, cuantas Jesús a los tres mostró más gentileza. Alza la testa y haz que te Asegures; Esperanza, dije yo, es un aguardar certero de la gloria futura, que produce la gracia divina y los méritos previos. De muchas estrellas me viene esta lumbre; mas quien la destiló en mi corazón primero fue el supremo cantor del conductor supremo³.

Los cristianos en el transcurso del tiempo estamos llamados a crear una cultura cristiana sabiendo que el vino nuevo necesita odres nuevos y que nuestras raíces están en la eternidad pues somos de Cristo (1Cor 3,23) y no vivimos para nosotros mismos sino que vivimos y morimos para el Señor a quien pertenecemos enteramente

(Rom.14,7-9). Peregrinos en esta encrucijada de civilización e historia, hemos de discernir la realidad actual con la luz de la lámpara misteriosa de la fe, buscando con el deseo de encontrar y encontrando con el deseo de seguir buscando, como escribía san Agustín. Pues son “felices los que poseyendo la verdad, siguen buscándola con el fin de renovarla, profundizar en ella, darla a los demás. Dichosos quienes sin haberla encontrado caminan hacia ella con un corazón sincero: ¡que busquen la luz de mañana con la luz de hoy hasta la plenitud de la luz!”⁴. Así hemos de ir oteando horizontes nuevos, sabiendo de donde parte nuestra peregrinación y teniendo en cuenta la meta de la misma. Valles, montañas, llanuras, caminos fáciles de recorrer unas veces y difíciles otras, día y noche, son paradigmas en nuestro peregrinar religioso, espiritual, social y cultural. También hoy mientras peregrinamos por el desierto de nuestra existencia necesitamos los Moisés que cumplan el milagro golpeando en la roca de la verdad, de la bondad y de la belleza para que siga brotando el agua siempre fluyente de la espiritualidad católica.

La vida como peregrinación

El tiempo nos va llevando el presente hacia la historia. Y la memoria nos permite traer la historia al momento presente. La vida humana está hecha de memoria y de esperanza. La memoria mantiene lo vivido sobre lo que nos apoyamos para seguir avanzando, y

hace de ello el fundamento para construir la casa de nuestra vida. Es el agua subterránea que humedece los suelos en los que enraízan nuestros árboles y maduran sus frutos. No siempre es fácil lograr un equilibrio entre lo que una vida necesita del pasado y lo que puede necesitar del futuro. En todo caso el peregrino, fiel a sí mismo, hace el camino con esa seguridad que sólo dan las cosas de Dios venidas.

Al hombre contemporáneo le cuesta formarse una idea de cómo pudo llegar a adquirir tamaña y tan duradera importancia el fenómeno de la peregrinación, que en todas las sociedades, religiones, civilizaciones y culturas ha perdurado desde el alborar de los tiempos hasta nuestros días y que, a la vista de las experiencias inmediatas, parece afrontar el futuro rebosante de fuerza y vigor.

En el caso concreto de la peregrinación jacobea, la situación actual resulta tanto más desconcertante, si en sus orígenes en la primera mitad del siglo IX consideramos la situación geográfica periférica de su meta, en el *Finis terrae*, lejos de las grandes vías de civilización e intercambio comercial, características todas ellas nada halagüeñas de cara a una evolución positiva y próspera. Nada, pues, hacía presagiar en la primera mitad del siglo IX que Santiago de Compostela se convertiría en el futuro en una de las metas de peregrinos más importantes del mundo occidental.

Los precarios orígenes de esta meta remontan a la época prerromana con el asentamiento denominado Lovio, localizado en el interfluvio de los ríos Sar y Sarela, donde parece ser se ubicaba un lugar sagrado de culto. A lo largo del siglo IV, fue decayendo la influencia romana, llegando al abandono del asentamiento con la caída del Imperio. El antiguo asentamiento romano, abandonado y en ruinas, se fue convirtiendo en un bosque: el bosque del Libredón, al que los lugareños cualificaban como lugar santo -“*locus sanctus*”-por contener restos sagrados. A comienzos del siglo IX, Teodomiro, obispo de Iria, descubre en este bosque la tumba del apóstol Santiago y este hallazgo es confirmado por el rey Alfonso II el Casto, quien, en una peregrinación, restauró “la iglesia en honor de tan grande Apóstol [y] cambió el lugar de la residencia del obispo de Iria por este que llaman Compostela”⁵.

Éstos son, en resumen, los humildes orígenes de una meta de peregrinación que en algunos momentos de la historia se equiparó e incluso superó a las otras dos de Jerusalén y Roma. Compostela no ofrecía ni pasado ni presente. Era una villa insignificante, perdida en los confines de Galicia, en la que apareció una tumba en una vieja necrópolis abandonada. Es cierto que sobre esta tumba se va levantando en el tiempo un santuario de singular belleza y ornato. A su sombra, crece una pequeña ciudad no muy apreciada, como bien sabemos a través de los comentarios

de los viajeros. En suma, ¿qué puede atraer con esa fuerza y facilidad a los peregrinos y viajeros? La trayectoria del fenómeno jacobeo es sorprendente, si la examinamos objetivamente. De la nada y en la Alta Edad Media, surge, por un lado, una sede episcopal, que no sólo se hace un lugar en una Galicia ya llena de ellas, sino que prevalece sobre la ya existente Iria, hasta sustituirla en 1095.

La ciudad de Santiago, como comunidad y guardián de cuerpo del apóstol Santiago, de uno de los tesoros más preciados del Orbis Christianus, se convirtió en meta de peregrinos, encuentro de corrientes espirituales, de tendencias artísticas, económicas y sociales, que llegaban a ella a través de una tupida y densa red de caminos, tantos como los puntos de partida de los peregrinos. De esta forma, “la peregrinación a Santiago fue uno de los fuertes elementos que favorecieron la comprensión mutua de pueblos europeos tan diferentes como los latinos, los germanos, celtas, anglosajones y eslavos. La peregrinación acercaba, relacionaba y unía entre sí a aquellas gentes que, siglo tras siglo, convencidas por la predicación de los testigos de Cristo, abrazaban el Evangelio y contemporáneamente, se puede afirmar, surgían como pueblos y naciones”⁶.

Hoy lo que cuesta al hombre contemporáneo es más bien formarse una idea de cómo pudo llegar a adquirir tamaña y tan duradera importancia.

Dado que la peregrinación es un viaje, cuyo motivo primordial es religioso, es obligado detenerse a considerar qué suponía para el hombre antiguo viajar y qué relaciones se establecían entre los viajes, los caminos y la religión.

Fundamentos antropológicos de la peregrinación

Podemos decir que las dos facetas -el peligro (existencial) y la experiencia (cognoscitiva, epistemológica)-, consignadas en la etimología de la palabra peregrinación, son constitutivas de la misma. Por un lado, en la medida en que los viajes implicaban peligro y no uno cualquiera, sino un peligro de muerte, no es de extrañar que se estableciera una relación entre los viajes, las peregrinaciones, los caminos y la muerte, ni que cristalizaran cultos a dioses tutelares de los viajeros o peregrinos y adquirieran los viajes una componente religiosa. Por otro lado y como sugiere la etimología, viajar, peregrinar era lo que daba pericia y experiencia y, viceversa, sólo poniéndose en marcha o en camino, cabía adquirir experiencia.

En los tiempos pasados, viajar o peregrinar fue, pues, algo más que una acción meramente utilitaria -para intercambios comerciales- o placentera, al estilo de lo que hoy es para muchos el turismo. Era un medio de adquirir experiencia, conocimiento e incluso prestigio y, en la medida que peligroso, era también una aventura, un reto atrayente para los audaces. Viajar o pe-

regresar era lo que daba pericia y experiencia y, viceversa, sólo poniéndose en marcha o en camino cabe adquirir experiencia: “el empirismo o experiencia es un efectivo “andar y ver” como método, un pensar con los pies”. Dicho sea esto sin ánimo peyorativo, pues para Ortega y Gasset, el “episodio lingüístico” de la raíz pero entendida como viajar, “proporciona una comprensión de lo que es empirismo y experiencia mucho más concreta, viva y filosóficamente importante que todas las definiciones epistemológicas que de aquellos términos se puedan dar”⁷.

Asociar el viajar, el peregrinar y los caminos con el saber es una constante en todas las culturas por más ancestrales que sean. En este sentido, cuenta Julio César que los galos tenían al dios de los caminos y viajeros “por inventor de todas las artes”⁸. Esta asociación entre la inteligencia y el saber, por un lado, y los caminos, por otro, se dio asimismo en culturas más evolucionadas como la griega: el dios griego de los caminos, Hermes, era también dios de los saberes y de los engaños, siendo esto último un aspecto del saber, ya que sólo puede engañar bien quien sabe la verdad.

Todavía en el Renacimiento, hay quienes sostienen, como Cristóbal de Villalón en su obra *Viaje de Turquía*, que “aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conocer que natura puso en todos los hombres no puede mejor ejecutarse que con la peregrinación y ver tierras extrañas”⁹. Esta pretensión de

fundar el saber peregrinando, viajando o yendo a ver las cosas allí donde están, es también la del médico renacentista Paracelso, para quien “la naturaleza es un “códice” que es preciso leer “peregrinando” y vagabundeando por ella”¹⁰.

Pero, aunque ésta haya podido ser una de las motivaciones que incitaban en el pasado a viajar -una de cuyas modalidades era la peregrinación-, dista de ser la única clave que puede ayudarnos a interpretar el fenómeno de la peregrinación a Santiago de Compostela. En sentido estricto, peregrinar es viajar a un santuario más o menos distante, o sea, desplazarse lejos por una motivación religiosa, lo cual no quita que, junto a esta motivación, se puedan dar otras muy dispares. En este proceso, toma consistencia la idea de que el camino que hay que recorrer es el de la vida. Es el lentísimo paso del camino material al camino como símbolo, del culto externo al interno. O dicho con palabras de Tomás de Kempis en el siglo XV: “El que sabe andar dentro de sí y tener en poco las cosas exteriores, no busca lugares ni espera tiempos para entregarse a ejercicios devotos”¹¹.

Más, ¿qué caminos son los aptos e indicados para “andar dentro de sí” y qué viajes los que así se emprenden? Durante milenios, morir ha sido, según expresión todavía usual, “emprender el último viaje”. Y tan al pie de la letra se llegó a tomar esto, que entre los celtas era costumbre en el enterramiento de los poderosos, poner u ofrendar un ca-

ro para ese último viaje. Esta antiquísima concepción de la muerte como viaje sigue viva en el lenguaje. A los católicos moribundos se les administra el “viático”, palabra que entre los romanos designaba el dinero de bolsillo para los viajes y que en el catolicismo es el sacramento de la eucaristía que se administra a los enfermos en peligro de muerte. A esta concepción de que la muerte es el último viaje, Séneca en la *Consolación a Polibio* (II, 2) le añade un aspecto más claro y rotundo: “Toda vida no es otra cosa que un camino hacia la muerte”. Proposición, por otro lado, muy afín a la concepción cristiana de la vida que cargó también de simbolismo la noción de camino. Por lo pronto, fue el propio Cristo quien dijo de sí que era “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6), imagen que Pablo retoma cuando habla de el “camino nuevo y vivo inaugurado por él [Cristo] para nosotros” (Heb 10, 20). Pero quien desarrolló más el simbolismo del camino y de la vida como viaje fue quizás Agustín de Hipona, que insistió en que se viene al mundo, no para permanecer en él, sino de paso.

Todos estos precedentes cristalizan en la Baja Edad Media en la noción de homo viator, siendo la vida la vía a que alude el adjetivo latino viator. Gonzalo de Berceo, en la primera mitad del siglo XIII, lo expresó así en la introducción a los *Milagros de Nuestra Señora*:

“Todos cuantos vivimos que en piedes andamos siquiere en prisión, o en lecho

vayamos, todos somos romeros que caminamos San Pedro lo dice esto, por él os lo probamos cuanto aquí vivimos, en ajeno moramos”

Viaje la muerte, viaje la vida y viaje también lo que conduce a cualquier meta de índole espiritual. Éste es el presupuesto antropológico y religioso-teológico sobre el que se asienta la peregrinación a Santiago de Compostela. Es decir, la condición de viajero, propia del hombre, es algo que desde el principio forma parte de la historia humana, la historia tanto religiosa como la profana. Dentro de la perspectiva bíblica, está claro que el camino es algo importante, ya que inspira, en gran medida, la historia bíblica desde sus mismos inicios. Los acontecimientos básicos de esa historia tienen lugar, con frecuencia, en el camino. La concreción, manifestación y difusión del cristianismo pueden ser consideradas como resultado de la realización de determinados e importantes viajes. En este sentido, cabe afirmar que el camino no sólo simboliza las raíces de lo sagrado, sino que es expresión de las posibilidades históricas del cristianismo.

La peregrinación jacobea fue desde los comienzos, por su significación y por sus aportaciones múltiples, un fenómeno importante que condicionó el modo de ser de gran parte de Europa; y ello, porque el peregrino jacobeo ha venido cumpliendo ininterrumpidamente una vocación itinerante, que lo hace ser “viajero de lo sagrado” y

transmisor de saberes. El móvil fundamental era la devoción a Santiago, la búsqueda de una relación personal con la tradición apostólica. Ésa era la actitud del peregrino de fe y profundamente devoto del Apóstol, lo cual no excluía otras motivaciones tales como el deseo de una santificación personal, la necesidad de una mayor práctica de oración, el reconocimiento y gratitud por las gracias y favores recibidos, la obligación de cumplir una promesa, sin olvidar un cierto afán por conseguir indulgencias¹², la búsqueda del deseado milagro o también una cierta nostalgia por el martirio. Esencial en esa peregrinación era, sin duda alguna, el espíritu de penitencia. Se iba a Compostela “por penitencia”, ya fuera por decisión personal, ya por delegación o por encargo de alguien que no podía realizar ese viaje sagrado. El recorrido a pie, de todo o parte del camino, fue siempre uno de los medios humildes de hacer penitencia. Es decir, el Camino de Santiago y la peregrinación jacobea han sido desde sus inicios una historia de fe, de testimonio de vida cristiana, de caridad fraterna; una historia que configuró a la Europa cristiana.

El camino de Santiago como camino de esperanza

La peregrinación es la metáfora de la vida de quienes peregrinan hacia la ciudadanía de los santos. “Los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura”. Me hago eco de la palabra orante que Dan-

te ponía en boca de Beatriz dirigiéndose al Apóstol Santiago: “Haz que desde aquí resuene la esperanza”, sabiendo que Cristo es la nueva esperanza sobrenatural que no anula la natural. Esto “no remite simplemente a una perspectiva futura sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación”. “En esperanza hemos sido salvados” escribe san Pablo. “Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino”. Hablar de esperanza en clave no sólo de espera del futuro sino en clave de realización del Reino de Dios es retomar el centro del mensaje cristiano. La historia cambia y necesita ser constantemente evangelizada; necesita ser renovada en su interior y Cristo, el mismo de ayer, de hoy de siempre (Cf. *Hebreos* 13, 8), es la única verdadera novedad y Él es su pleno cumplimiento, el futuro luminoso del hombre y del mundo. Jesús es un don que cambia la vida de quien lo recibe, como demuestra la experiencia de muchos santos y santas. La vida eterna es el objeto de la esperanza. Pero a muchas personas, hoy, “la vida eterna no les parece algo deseable. No quieren la

vida eterna, sino la presente. Se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable”.

Dentro del momento cultural que estamos viviendo, se pretende que la fe y la esperanza queden reducidas a la esfera privada e individual de manera que aparece de forma evidente y en ocasiones dramática, que el hombre y el mundo tienen necesidad de Dios, ¡del verdadero Dios!, pues de lo contrario quedarían privados de esperanza. Por ello “el elemento distintivo de los cristianos” es “el hecho que tienen un futuro: saben que su vida no acaba en el vacío”. “El Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva”.

La humanidad de todos los tiempos ha buscado y sigue buscando una esperanza donde apoyarse. Y ésta no es la esperanza que puedan brindar ningún mesianismo político y temporal, ninguna revolución social. “El hombre no puede vivir sin esperanza: su vida condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable”¹³. En la Iglesia peregrinante, Dios es el Dios que promete, es fiel y poderoso para cumplir su promesa, por eso podemos estar confiados. “El hombre espera en

Dios y en él lo espera todo”. Pero la esperanza es inseparable del amor solidario. “No se puede abrir el proceso de la esperanza sin instituir al mismo tiempo el del amor”, porque la fe funda la esperanza y el amor la acrecienta. La esperanza se convierte en fuente de amor y de servicio al prójimo. En la modernidad, el hombre se ha creído soberano e independiente frente a la naturaleza, a la sociedad y al prójimo: se ha programado una antropología sin el prójimo y sin Dios, pero con tal planteamiento el hombre queda reducido a su sola soledad. “La suprema cuestión de la conciencia contemporánea es la legitimidad de la esperanza, para la vida personal y comunitaria, fundada racionalmente y no de forma mágica o meramente política”¹⁴. En nuestra condición de homo Viator, percibimos que “la esperanza no es desarraigable mientras vivimos. Preguntar por ella es otra forma de preguntar por la persona, por su valor sagrado, por su condición fiadora, confiable y amorosa; por su perduración personal; por su futuro ligado inexorablemente a la responsabilidad moral en el presente”¹⁵. La esperanza colectiva sólo será posible desde la reconstrucción de la persona. Pensar y hacer, pero también esperar.

Peregrinos de la fe y testigos de Cristo resucitado

En este propósito, ayudará al peregrino jacobeo recordar la experiencia vivida por los discípulos de Emaús. La peregrinación es un acontecimiento

espiritual que puede llevar a acoger el don de la fe en Jesucristo a quien no lo tiene, o a revitalizarlo a quien ya lo tiene, sabiendo que las piedras de las dificultades no se convierten en el pan del éxito fácil en el desierto de la vida. “Ser peregrino es descubrir que el hombre se va haciendo conciudadano de una ciudad superior a la terrena: la realidad esperada y que es posible gustar en la tierra”¹⁶. Así, el Camino de Santiago es un ámbito propicio para que quien peregrina en espíritu y en verdad dialogue con Dios, es un signo que le ayuda a sentirse creado por Dios y liberado por Cristo y es una experiencia en la que aprende a dar y a recibir posponiendo el tener por el ser..Realidad esta de la que sienten necesidad personas que, habiendo abandonado la fe en Cristo Salvador, muerto y resucitado, se han alejado silenciosamente de la Iglesia y que, protegidos por sus falsas seguridades, son presa de la desilusión, del escepticismo y del agobio sin tomar conciencia de la enfermedad espiritual que puede estar afectándoles. Tal vez no han visto cumplidos sus sueños y no les es fácil comprender y mucho menos aceptar el plan de Dios en sus vidas.

El Señor, como lo hizo con los de Emaús, sale al encuentro del peregrino en sus dudas e incertidumbres aunque el reconocerle sea fruto de recorrer el camino de la escucha y comprensión de su Palabra y de compartir la mesa de la Eucaristía. La meta de la peregrinación es un momento propicio en que el peregrino ha de rogarle insisten-

temente que se quede para acogerlo en su casa, es decir, en lo propio y específico del don de la fe pues esta acogida encuentra solamente explicación en el amor. La conversión, que ilumina nuestra propia ceguera para poder hacer un discernimiento sobre nosotros mismos, es consecuencia de la necesaria evangelización cuyo objetivo es la liberación interior.

Los de Emaús se levantaron y volvieron a Jerusalén después de haber reconocido al Resucitado. Esta forma de proceder nos muestra que el hombre necesita encontrarse con Cristo para tomar conciencia de si mismo, teniendo como referente a la Iglesia que lo anuncia y vive la fe en él. En la comunidad de Jerusalén ofrecieron el testimonio de la experiencia vivida. Dar testimonio no consiste en ponerse de ejemplo a imitar pues sólo a Cristo debemos imitar, sino en manifestar a los demás como han actuado la bondad y la misericordia divinas en nuestras vidas, proclamando la grandeza del Señor y alegrándonos en Dios nuestro Salvador. Vivir esto es sentir la necesidad de no alejarnos nunca de Dios que “no oprime nuestra vida, sino que la eleva y la hace grande: precisamente entonces se hace grande con el esplendor de Dios... El hombre es grande, sólo si Dios es grande. Con María debemos comenzar a comprender que es así. No debemos alejarnos de Dios, sino hacer que Dios esté presente, hacer que Dios sea grande en nuestra vida: así también nosotros seremos di-

vinos: tendremos todo el esplendor de la dignidad humana”.

Hemos de vivir con la conciencia de ser peregrinos, de lo contrario nos instalaremos en el estrecho margen de nuestras propias aspiraciones limitadas. “Seguir el Camino es ir abriendo cauces al misterio, al infinito, a Dios, en la cercanía de la misma interioridad. El gran descubrimiento del peregrino es desentrañar que en la esencia del mismo ser, en la historia de cada jornada en relación con el cosmos y con quienes se encuentran en el Camino, está presente la querencia de Dios, armonizado por la sinfonía total humana”. El que peregrina sabe de los secretos de la vida espiritual del Camino, descubriendo con san Juan de la Cruz que “para ir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes”.

Desde este convencimiento, los cristianos, a quienes el Señor acompaña hasta el final de los tiempos, son llamados también a ser testigos de su resurrección. En el texto de los de Emaús, se percibe que la fe pascual no emanó de un entusiasmo religioso, sino que se fundamentó en hechos, de cuya fuerza persuasiva no se pudieron librar los discípulos, pese a su escepticismo inicial. En el contexto de los acontecimientos pascales, se percibe que la duda no es ningún motivo para la debilidad de una fe pascual realista, sino un argumento positivo para una fe consciente y probada. “Ni los discípulos ni los apóstoles estaban dispuestos a aceptar la re-

surrección. La evidencia de ella había de abrirse camino por entre las dudas y la resistencia más obstinada de la naturaleza humana. Eran de las personas que más se resistían a dar crédito a tales consejos. Diríase que habían resuelto seguir siendo desgraciados, rehusando investigar la posibilidad de verdad que hubiera en aquel asunto”.

Jesús se le aparece a los discípulos en su íntegra y real corporeidad. Pese a todo, los discípulos en el camino de su peregrinación no lo reconocen, de forma que se hace necesario el supuesto de que la corporeidad del Resucitado es un misterio, que no puede ser esclarecido sólo con los sentidos corporales. Para detectar una aparición del Resucitado y, con ello, para percibir el mensaje pascual es precisa la apertura de los ojos, una iluminación, es decir, la fe. “No son ellos quienes le ven, porque en cuanto tal es invisible por pertenecer a otro ámbito de la realidad, sino que Dios se lo da a ver... En este sentido y sólo en éste, se puede decir que la resurrección es la conversión de los apóstoles, que se volvieron a Jesús, reconocieron su verdad, la legitimidad de su pretensión y la normatividad universal de su propuesta”. Por ello, la fe en el resucitado presupone la aceptación prepascual de la importancia y grandeza de Cristo. Con todo, para la fe pascual específica se necesita el encuentro con el Señor resucitado en su corporeidad, su aparición. Todos estos aspectos aparecen en la fe de “los peregrinos de Emaús”: los discípulos du-

daron, pero Jesús favorece en ellos una disponibilidad de espera creyente y en esta son capaces de comprender como tal el encuentro con el resucitado y de llegar a la fe en la resurrección. De la calidad del encuentro personal con el Resucitado, depende la calidad de la vuelta a los hermanos y el compromiso en la comunidad de cada peregrino.

Es bueno recordar las últimas instrucciones que Jesús da a los discípulos diciéndoles: “Éstas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba entre vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén” (Lc. 24, 44-47). Con estas enseñanzas Jesús les explica su resurrección desde las Escrituras y los instituye como testigos de la misma: “Vosotros sois testigos de estos hechos” (Lc 24,48).

El creyente no puede apoyarse en otros hombres, sino que tiene que edificar sólo sobre Dios y seguir el camino de Jesús que conduce a la cruz: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a si mismo, tome su cruz cada día y sígame”.(Lc 9,23). El mismo Jesús había dicho también: “Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a

todos hacia mí” (Jn 12,12), mostrándonos el objetivo de congregar en una nueva comunidad a los hombres aislados y desunidos. El nexo interno de este movimiento de unidad es la indivisible unión entre el amor de Dios y el amor al prójimo como subraya Jesús en la respuesta a uno de los fariseos que le preguntó cuál era el mandamiento mayor de la Ley: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 23, 37-39). La adhesión a Jesús no se asienta, pues, sobre el espontáneo instinto de pueblo o grupo, sino que exige una decisión: “Quien no está conmigo, está contra mí; y quien conmigo no recoge, desparrama” (Mt 12,30).

Jesús ya no es simple punto de convergencia externo, sino que en la fe es experimentado como presente por cada uno de los discípulos. La razón de la unidad se encuentra en lo más íntimo de los mismos discípulos. La comunión no está ya fundamentada en un movimiento, que congrega los hombres, sino que todos tienen participación en el Resucitado cuya muerte, “vista desde la resurrección como su verdadero intérprete, es el don que el Padre nos da a los hombres para que participemos de su vida”. La unión ya no es algo adicional, sino una realidad íntima, a la que le corresponde un nuevo vínculo externo. La fe en la resurrección no se dirige a un aconte-

cimiento pasado o a una figura del más allá. Solamente es fe cristiana auténtica si vive de la presencia del mismo Resucitado. La fe plena y contrastada está referida a aquellos que han conocido de vista a Jesús y a los que se le apareció resucitado. El testimonio apostólico es, pues, necesario. Sólo con su ayuda y a su luz se puede discernir en el propio interior entre la apreciación subjetiva y la presencia del Resucitado. El encuentro consciente con Él es sólo posible a través del testimonio de otros hombres según la gracia dada conforme a la medida del don de Cristo pues “Él a unos constituyó apóstoles, a otros profetas, a unos evangelistas y a otros pastores y doctores, a fin de perfeccionar a los cristianos en la obra de su ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4,7 ss). La fe remite totalmente a la comunión apostólica y lejos de crear una autosuficiencia elitista, suscita una nueva experiencia de comunión.

La verdadera comunión de fe tiene su razón de ser en la unidad interna del Espíritu, a partir de la cual por medio del testimonio apostólico (doctrina y ministerio) recibe su fuerza. De forma efectiva y no teórica esta prevalencia es reconocida si ante los creyentes se presenta un espacio libre para a partir de su propia experiencia interior progresar lentamente en el conocimiento del testimonio apostólico. Si, por el contrario, la comunidad eclesial intentase exclusivamente crear una simple unidad externa mediante la doctrina y la disciplina, desvirtuaría la comunión

verdadera. Por otra parte, el deseo o la presunción de querer vivir solamente la unidad del espíritu nos situaría en una ilusión piadosa y la fe se convertiría en ideología de un grupo y en el instrumento de su autoconservación.

El otro peligro radica en la convicción de poseer una verdad emanada de Dios, que puede conducir a una conciencia de élite y también a una presunción colectiva. Esta tentación puede llevar a los cristianos a dificultar la relación y el diálogo con los no cristianos. En la actualidad, se corre también el riesgo de tender a borrar las distinciones entre las religiones. Ante esto, el cristianismo como religión revelada puede mantener una verdadera relación con las religiones no cristianas y con las concepciones del mundo no por el camino de la exhibición superficial o del ocultamiento vergonzoso de su propia identidad, sino más bien por el camino de la concepción verdadera de su elevada misión que se asienta no en un saber exclusivo propio, sino en la comunicación del Resucitado. La expresión de la fe propia es punto de partida y propuesta para un diálogo abierto y vivencial.

La resurrección de Jesús, más que los signos y los milagros realizados para autentificar su palabra, viene a proclamar que su obra se sitúa verdaderamente en los designios de Dios, que por ella se cumple finalmente la voluntad del Padre, y el mundo ha encontrado la salvación. Ésta es la causa de que las

primeras comunidades cristianas, en el frescor de su fe iluminada totalmente por la experiencia pascual, hayan centrado su oración y su vida en los dos acontecimientos de la muerte y de la resurrección. En su predicación, los apóstoles se presentarán esencialmente como los testigos de la resurrección. De esta forma, su propio testimonio y por ello el de la Iglesia, se apoya en el del mismo Jesús y en el del Padre. Su finalidad es el de conducir a sus oyentes a la meta del acontecimiento pascual para que puedan ver allí el único perfecto testimonio, el que el Hijo le da al Padre entregando su vida, y el que el Padre le da al Hijo devolviéndosela, mediante la fuerza del Espíritu Santo que lo hace experiencia de vida para cada creyente.

Mediante la resurrección de Cristo el creyente es introducido en la eternidad de Dios, en el “octavo día” que rompe los límites de la caducidad de nuestro tiempo. Mas con ello no es arrancado de su mundo, ya que la pascua introduce dicha eternidad en nuestra historia. El cristiano, aun cuando sienta el anhelo de la patria celeste, no es un fugitivo del mundo, sino al contrario el encargado de inyectar proyección y sentido eternos a cuanto hace y a cuantos encuentra. En este horizonte, el Año Jubilar es el año de la gracia anunciada con júbilo; es el anuncio de una fiesta que remite a la misericordia que viene; es una fiesta que da paz.

El compromiso del peregrino ad limina beati Iacobi, como el de los “pe-

regrinos de Emaús”, ha de entenderse en el contexto de ese testimonio pascual, y tiene que realizarse en la totalidad de su vida, una vez reincorporado a su quehacer cotidiano. Si toda la vida del peregrino se desenvuelve íntegramente “en la pascua de Jesús”, ¿cómo no va a tener sus mismas dimensiones y cómo no va a arraigarse en su misma profundidad? Lo que una vez por todas ocurrió en la Cabeza se sigue desarrollando actualmente, hasta la parusía, en el cuerpo y en sus miembros, según un proceso de asimilación progresiva de los miembros a la vida de la Cabeza, para llegar los fieles a la plenitud del Señor glorificado.

Por todo eso, como Jesús y “en Jesús”, el peregrino es ante todo testigo por lo que es. Su propia vida, con la condición de que asuma darle a Dios la respuesta que espera de él y que la viva con la fidelidad al evangelio y al germen de la resurrección depositado en él en el instante del bautismo, proclama a la faz del mundo el poder del amor de Dios por el que se siente redimido. En esta perspectiva, es en la que adquieren importancia no tanto las palabras cuanto el compromiso testimonial del peregrino.

El peregrino de retorno a los suyos, a su casa, a su parroquia y al ejercicio de su profesión, al verlo, al contemplar su forma de obrar, es preciso que cuantos lo rodean perciban en el peregrino la presencia activa del amor del Padre, en sus dos dimensiones, adquirida en el ca-

mino de peregrinación que culminó en la Tumba del Apóstol. En su dimensión descendente: El peregrino en su ámbito ordinario tiene que vivir como salvado, o sea, como hombre lleno de la misericordia y de la fidelidad de Dios. La participación de la resurrección del Señor, adquirida por el bautismo y pensada en el rito de la peregrinación, reaviva su condición de hijo adoptivo del Padre. Y esta experiencia filial debe irradiarse en su vida cotidiana. En su dimensión ascendente, en cuanto que no es suficiente que el peregrino dé testimonio de que está inmerso en el amor de Dios sino que debe testimoniar además el poder dinámico de esta amistad. Jesús manifestaba que en él estaba presente el amor de su Padre en la entrega de su vida a sus hermanos. De la misma forma, el peregrino proclama la verdad del evangelio viviendo en conformidad con él, sirviendo así de cauce y de instrumento al amor de Dios, pues el evangelio tiene que deducirse simplemente y comprenderse a través de la actuación de los cristianos. Al ver cómo obran, “cómo se aman”, necesariamente están dando testimonio de la resurrección de Jesús: “Vosotros sois testigos de estos hechos” (Lc 24,48). El creyente, por el mero hecho de serlo, es un testigo de su fe. Si no confiesa su fe públicamente es porque no ha llegado a su madurez. La fe privada es una fe raquítica o tal vez una incredulidad escondida. Con frecuencia se oye decir: “Soy creyente pero no practico”. No hay fe sin testimonio: “Creí y por eso hablé; también nosotros creemos, y también por

eso hablamos” (2Cor 4,13); “No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hech 4,20).

Los dos peregrinos de Emaús, transformados por la visión del Resucitado, salieron inmediatamente de la casa y regresaron a Jerusalén. De la misma manera que la mujer samaritana abandonó junto al brocal del pozo su cántaro y corrió, presa de emoción, a comunicar lo que le había acaecido (Jo 4,28ss.), así también los dos peregrinos se olvidaron de la intención con que habían ido a Emaús y regresaron a la Ciudad Santa. Allí encontraron reunidos a los once apóstoles y, con ellos, a otros seguidores y discípulos que les anuncian: “Era verdad: ¡ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro!” (Lc 24,34).

“Jerusalén” es para el evangelista Lucas el símbolo de la continuidad entre el tiempo del Jesús terreno y el tiempo de la Iglesia naciente. Como lugar de la muerte y resurrección del Señor, es no sólo la ciudad de la realización histórico-salvífica, sino además, en sentido teológico, el centro de la joven Iglesia. El círculo de los once y de sus compañeros de Jerusalén es el centro de la joven Iglesia y, al mismo tiempo, su prototipo permanente. Por eso regresan los peregrinos de Emaús a Jerusalén. Es el único lugar donde en verdad acaba su camino.

El relato de los peregrinos de Emaús contiene un mensaje de incalculable valor tanto para solucionar las dudas y

la problemática moderna frente al misterio pascual como para la clarificar los objetivos de la peregrinación jacobea. Muestra por qué y cómo puede creerse también hoy en el Resucitado, verdad central de nuestra fe cristiana. La iglesia no puede hacer más que alimentar y crear un ambiente apropiado para que esta fe pueda desarrollarse a través de la evangelización mediante la Palabra contenida en la Escritura, la conversión por el sacramento de la penitencia y la celebración eucarística, memorial de Jesucristo, todos ellos elementos integrantes de la peregrinación jacobea.

El peregrino jacobeo, que mediante una forma de vida determinada por la conversión como ruptura con la vida anterior se ha puesto en camino y que ha escuchado la palabra de Dios, experimenta en la celebración eucarística

la prolongación transformada de la comunidad con el Jesús hecho histórico. A diferencia del relato de Emaús, en el que sólo se identifica a uno de los dos con el nombre de Cleofás, el peregrino jacobeo retornado sólo puede salir de su anonimato si realmente da testimonio de su experiencia de “lo que ha visto y oído”. Ser testigo hoy significa ante todo que, si hay fe y debe seguir habiéndola, también el testimonio debe seguir dándose con todas sus implicaciones.

La Iglesia particular de Santiago de Compostela sale al encuentro de todos los peregrinos, ofreciéndoles su acogida y animándoles a renovar la memoria de la tradición apostólica y a fortalecer la fe para ser testigos de Cristo en los acontecimientos de la vida de cada día.

NOTAS:

- 1 Cf. E. ROMERO POSE, *Raíces cristianas de Europa. Del Camino de Santiago a Benedicto XVI*, Madrid 2006, 196-202.
- 2 Cf. SAN JUAN CRISOSTOMO, Homilía 2 sobre el diablo tentador, 6: PG 49,263-264.
- 3 DANTE ALIGHIERI, Cántico tercero de la *Divina Comedia*. El Paraíso, Canto XXV.
- 4 Mensaje del Concilio a la humanidad: Clausura del Concilio Vaticano II.
- 5 *Historia Compostelana*, ed. de M. SUÁREZ y J. CAMPELO, Santiago de Compostela 1950, 21s.
- 6 Cf. E. MORENO BAEZ, *Los cimientos de Europa*, Santiago de Compostela 1996, 7-8. Cit. por en Peregrinos por gracia. Carta pastoral del Arzobispo de Santiago en el Año Santo Compostelano 2004, Santiago de Compostela 2002, 102
- 7 *Ibid.*, 193 s.
- 8 *Guerra de las Galias*, Lib. VI, 17
- 9 C. de VILLALÓN, *Viaje de Turquía*, Buenos Aires - México, 1946, 13.

10 Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *Ob.cit.*, 192 s.

11 TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Libro II, cap. 1

12 En 1294 el papa Celestino V concedió por primera vez una indulgencia plenaria por peregrinar.

13 *Ibid.*, 10.

14 O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca 1995, 12.

15 *Ibid.*

16 E. ROMERO POSE, *Raíces...*, 198.

Adoremos a Cristo realmente presente en la Eucaristía

+ Alfonso Carrasco Rouco, Obispo de Lugo

1. La presencia de Dios

Uno de los himnos eucarísticos más frecuentemente cantados en los momentos de adoración comienza con las palabras. “Cantemos al Amor de los amores, cantemos al Señor. Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor”.

¡Dios está aquí! En este anuncio, en estas breves palabras se dice lo singular de la adoración eucarística: estar ante la presencia real y verdadera de Dios.

Ésta es la afirmación primera, que caracteriza siempre, de modo más o menos explícito, la experiencia del adorador: la cercanía de Dios, su presencia, su visita. Es Dios mismo quien se aproxima y trae consigo toda novedad; su presencia despierta la expectativas más hondas de nuestro ser, la posibilidad de que se cumplan las promesas de la vida, escondidas en el corazón,

ya olvidadas o apenas percibidas, por no haber recibido nunca la luz que las puede reavivar.

En la adoración, renace la persona, también el hombre moderno, orgulloso de sí y de no confiar en nadie, pero solo, cansado de la dura e inacabable labor. Ante la Eucaristía se realiza el deseo profundo del hombre, bien expresado por Dostoievski: poder arrojarse ante el infinitamente grande, sin ser retenido en los propios límites y por el propio pecado.

2. La presencia real de Jesucristo el Señor

Toda la tradición nos enseña que en este santísimo sacramento la presencia del Señor tiene una intensidad única; que la Eucaristía contiene lo absolutamente sagrado, a Jesucristo en cuerpo, alma y persona divina, y no sólo su gracia o una fuerza suya¹. Podemos

encontrarnos con Dios escuchando su Palabra, que nos habla en la Sagrada Escritura, o en el prójimo, sobre todo en nuestros hermanos más pequeños, pobres, hambrientos, heridos; podemos recibir su gracia de muchas maneras, especialmente por el poder santificador de los sacramentos, comenzando por el bautismo. Pero la Eucaristía, en palabras del concilio Vaticano II, “contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”².

La Iglesia guardó esta conciencia desde el principio como un tesoro. Más adelante, en el contexto del renacimiento carolingio y de los inicios de lo que sería la gran teología universitaria occidental, el debate teológico hará madurar una reflexión amplia y sistemática sobre lo implicado en estas afirmaciones; y, en concreto, sobre la presencia real de Jesucristo en el sacramento, sobre el cambio que ello significa en la realidad del pan y del vino consagrados, y que fue denominado con el término nuevo, pero adecuado, de “transustanciación”³. El surgir de la adoración eucarística puede considerarse históricamente como un fruto que acompaña esta profundización de la conciencia eclesial.

A la reflexión, la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, por la conversión de la sustancia del pan y del vino en la de su Cuerpo y su Sangre, aparece ciertamente como una obra

que sobrepasa toda capacidad humana, al alcance sólo de Dios. De hecho, la explicación teológica había exigido a la razón, de la mano de la fe, el uso de todas sus capacidades, abrirse más allá de sus propios límites.

Y, sin embargo, el deseo cada vez más extendido de contemplar y adorar las especies eucarísticas no provenía simplemente de la admiración ante la obra maravillosa, inalcanzable a toda creatura -el milagro- que realiza el Espíritu Santo por medio de las palabras de la consagración que el sacerdote pronuncia en la celebración de la Santa Misa; sino del asombro de quien contempla con los ojos de la fe la realidad de la presencia del mismo Dios, de las posibilidades que el creyente descubría en esta cercanía del Señor: si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?⁴

Hoy día, sin embargo, estas afirmaciones de nuestra tradición pueden parecer cuestionables a muchos. Ciertamente, en otras religiones y culturas se habla de un actuar divino en el mundo; pero, ¿podemos nosotros ir más allá y seguir presentando a la Eucaristía como sacramento de la verdadera presencia de Dios, en todo el sentido de la palabra?

Grandes corrientes de nuestra cultura moderna afirman insistentemente que no se ven signos de tal presencia de Dios entre nosotros, que no se percibe un poder divino que actúe y cambie las cosas en el mundo, que el hombre

ha de vivir como si Dios no existiese, y que, de hecho, en el mundo y en la historia no se lo encuentra, sino que todo es obra de un poder humano cada vez más articulado y fuerte.

Así, para adecuarse al mundo actual, ser mejor aceptado y facilitar el diálogo con sus contemporáneos, el cristiano puede ser tentado de reducir el significado de la presencia real en la Eucaristía, de situarla al nivel de otros signos, símbolos y tradiciones que nos hablan de Dios, que nos recuerdan a Cristo y su enseñanza, que potencian momentos de encuentro y fraternidad, de modo semejante a lo que puede suceder en otros términos en otras religiones.

Pero con ello, se pone en cuestión la identidad y la obra misma de Jesucristo, y la relación del hombre con Él. Pues el sacramento de la Eucaristía es la forma escogida por Cristo mismo para garantizar su presencia en medio de la historia.

De hecho, la Iglesia no ha cesado nunca de testimoniar esta verdad profunda, que fundamenta su identidad: en el don de la Eucaristía, Jesucristo amó a los suyos hasta el extremo, entregándoles su cuerpo y su sangre, e “instituyó una misteriosa contemporaneidad” entre su misterio pascual y “el transcurrir de los siglos”⁵; de modo que “desde aquel momento y hasta el fin de los siglos, la Iglesia se edifica a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios inmolado por nosotros”⁶.

3. El mismo Jesús nacido de María, muerto en la cruz

La adoración eucarística es expresión pura de la fe cristiana, surge de la fe como el florecer del primer instante, el abrirse de los ojos asombrados y del corazón conmovido, que forman siempre y perpetuamente el despertar y el vivir de la fe.

Y la fe es fe en Jesucristo. Por Él y por su palabra creemos en la Eucaristía. Él la instituyó y encomendó a sus apóstoles su celebración, hasta que vuelva; la Iglesia, el Pueblo de la Nueva Alianza, obedeció fielmente su mandato hasta hoy, todos los días de su historia⁷. Esta obediencia a la intención, los gestos y palabras del Señor, ha determinado conscientemente desde el inicio la forma de la celebración eucarística⁸ y de la vida cristiana.

También la adoración tiene su fundamento en las palabras del Señor. Se trata, en primer lugar, de las palabras de la “institución”, de los gestos de Cristo en la Última Cena. Pero estas palabras tienen su contexto propio, el único en el que pueden ser bien entendidas, en el conjunto de la vida y la misión de Jesús, tal como lo presenta el testimonio apostólico.

Sería un error pensar que la fe en la presencia real, la devoción eucarística, puede vivir y desarrollarse fundamentada en las solas afirmaciones dogmáticas de la “conversión de las sustancias”, sin

relación con las perspectivas bíblicas y particularmente evangélicas.

De hecho, la crítica a la fe y a la piedad eucarística tradicional ha insistido frecuentemente en la contraposición entre las teorías teológicas que la fundamentan, que estarían enraizadas en el pensamiento filosófico griego, y el mundo y la enseñanza de la Escritura, en el que se situaría en particular la figura histórica de Jesús.

Sin embargo, la mejor teología bíblica ha mostrado que no hay oposición alguna entre la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía y su vida y misión histórica en el mundo.

En efecto, la Última Cena, en sus gestos y palabras singulares, puede ser vista como la síntesis de la misión de Jesús al servicio de la venida del Reino de Dios. En aquel momento culminante de su destino, cuando va a morir en la cruz, el Señor reafirma su amor y confianza inquebrantable en el Padre, anuncia el Reino ya próximo y la resurrección de los muertos, y ofrece participación en ello a los representantes de todo el pueblo de la Alianza. Así, Jesús manifiesta de modo particular la unión radical entre la venida del Reino y su misma persona.

De hecho, para los discípulos, la experiencia de la cercanía del Reino y la esperanza de su venida futura dependía desde el inicio de la presencia de Jesús; Él mismo, con sus hechos y palabras,

había asociado estrechamente el Reino con su destino personal⁹. Esta singularidad incomparable de Jesús no permitía que su persona desapareciese, fuese sustituida o separada de algún modo del anuncio de la venida del Reino. Se comprende así la catástrofe que podía significar su muerte para los discípulos y el significado definitivo de su resurrección. Sin ella, toda la historia de Jesús se hubiese quedado en un episodio profético más del judaísmo¹⁰ y la Eucaristía cristiana no hubiese existido. La resurrección, en cambio, confirma definitivamente la verdad de la misión de Cristo y la vinculación de sus discípulos con Él.

La comprensión católica de una presencia real en los dones de la Última Cena se corresponde, pues, profundamente a los datos históricos: Jesús quiere ofrecer a los hombres los bienes escatológicos del Reino, en los que se participa aceptando entrar en aquella forma de unidad con Él que, en el cumplimiento de su misión, hace posible a los hombres. Esta comunión nueva y extraordinaria es originada sólo por la persona de Jesús, en la forma que Él determina con la entrega de su cuerpo y de su sangre, como participación en su misma humanidad.

La afirmación creyente de la presencia real salvaguarda ante todo el significado insustituible de la persona y de la misión de Jesús. En este sentido, cabría proponer incluso una cierta analogía entre la lucha apasionada al inicio del

segundo milenio por afirmar la presencia real del Señor en la Eucaristía –aún a costa de defenderla en términos provenientes de la filosofía griega, como “sustancia” y “accidentes”– y el esfuerzo primero por defender la verdadera filiación divina de Jesucristo contra la herejía arriana. Estaba en juego de nuevo el fundamento de la economía de la salvación: nada puede sustituir la comunión en la humanidad del Verbo hecho carne. No se podía ceder en la defensa de esta presencia real de Cristo, pleno e íntegro, en toda su humanidad y divinidad, en el sacramento de la Eucaristía, sin poner en cuestión la naturaleza de la relación con Él, el origen mismo de la identidad de la Iglesia.

Se comprende así la insistencia, que culmina en Trento, en “la excelencia de la santísima Eucaristía sobre los demás sacramentos”, y el significado radical de la consagración de las formas, por la que antes incluso de su administración al fiel, antes de todo uso, el autor mismo de la santidad está presente en ella¹¹.

En la adoración de la Eucaristía, por tanto, la Iglesia vive y defiende el realismo de la Encarnación, la vinculación definitiva de la salvación y la vida eterna con la presencia histórica del Verbo hecho carne. Estas perspectivas, profundamente bíblicas, son testimoniadas con claridad en el sexto capítulo de Juan: Quien cree en Jesús como enviado del Padre, quien acepta que el Logos, el Hijo de Dios se ha hecho carne

(sarx), que es el pan de vida bajado del cielo (manducatio spiritualis) aceptará la entrega por Jesús de su carne como el principio de la vida del mundo (manducatio sacramentalis). La insistencia es profundamente realista: en la Eucaristía se trata de la presencia verdadera de la carne y de la sangre, como don propio de Cristo a los hombres¹²; y su fruto es la participación en la vida eterna, que sólo es posible en Jesucristo, permaneciendo en Él, viviendo de su vida, como Él vive por el Padre¹³.

La fe cristiana plena en el Verbo hecho carne implica, pues, la acogida de Jesucristo según la forma histórica en que él ha realizado su misión y ha llamado a los hombres a su seguimiento y a la comunión con Él, y que pone de manifiesto en la Última Cena. Por el contrario, no se acogerá plenamente la Palabra de Dios cuando no se acepte la comunicación de sí que Jesús ofrece gratuitamente en el don de su cuerpo y de su sangre¹⁴.

La adoración eucarística no puede subsistir tampoco alejada del conocimiento de la figura histórica de Jesucristo, de los rasgos sustanciales de su misión, de la escucha de sus palabras, con las que Él mismo ilumina la voluntad de Dios y el corazón del hombre, e indica el camino de la salvación.

La contemplación de la Eucaristía es contemplación del Señor, memoria viva de su Persona, de su palabra y de su misión histórica. Es acogida de

la Palabra de Dios en toda la plenitud de su comunicación y, por tanto, de la Sagrada Escritura, que, escuchada en el seno de la Iglesia, ha de resonar y acompañar siempre la oración de adoración.

4. El Salvador del mundo

La presencia sustancial de Cristo en el sacramento de la Eucaristía no puede separarse de la forma concreta en que Él ha llevado a cumplimiento su misión, es decir del sacrificio de la cruz. Se comprende así la enseñanza insistente de la Iglesia, especialmente a partir de la Reforma y el Concilio de Trento, que la santa Misa hace presente el sacrificio expiatorio de Cristo en la forma del memorial sacramental.

También la adoración, que es hecha posible por la certeza de la presencia real de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, será siempre, en su núcleo mismo, reconocimiento y contemplación del misterio de la redención; y, por tanto, será siempre también un gesto de acción de gracias al Padre, a quien Cristo quiere presentar un universo y una humanidad salvadas.

En efecto, la profundidad de este sacrificio de Cristo, sólo se desvela a partir de su relación personal con el Abba, como enseña claramente el testimonio evangélico. Si se olvida que Jesús se entrega al Padre en obediencia plena a su voluntad, no se entiende bien ni su Persona ni su obra. Pues la cruz sólo

puede ser aceptada y convertirse en fundamento de la fe, cuando se reconoce en ella la manifestación máxima del amor de Dios: amor de Dios Padre, que “entrega” al Hijo, pues le permite ir hasta la obediencia absoluta de la pobreza y de la disponibilidad, que significará llevar el pecado de muchos¹⁵; y amor del Hijo, que por amor se identifica con los pecadores¹⁶ y cumple así en libertad la voluntad del Padre de salvar al hombre, de abrirle el camino de la vida eterna.

El sacrificio de Jesucristo es radicalmente expresión de su unidad con la voluntad del Padre, y la acción de gracias definitiva por todos sus dones: por la vida y la creación, por sus beneficios incontables y, sobre todo, por el Reino prometido y que el Padre va a entregar a los hombres por el camino de la cruz y la resurrección de Cristo.

Con su persona y con su sacrificio, presente en el memorial eucarístico, Jesús habla y conduce siempre al Padre, introduce al creyente en la unidad con el Padre, en un mismo Espíritu. Contemplando el misterio presente en las especies consagradas, el hombre contempla el Amor de Dios, se acerca a la fuente que mana y corre, al corazón de la Trinidad.

En la Eucaristía encuentran los hombres la gracia que conduce la vida y el universo a su verdad definitiva, la “prenda de la vida futura”¹⁷; y el fiel adora a Jesucristo como el verdadero

Señor del mundo y de la historia, dando gracias al Padre por la inmensidad de sus dones, ante todo por la entrega y el sacrificio de su Hijo.

5. El don supremo de la comunión

La Encarnación tenía como objeto conducir al género humano a la comunión con Dios –inalcanzable para el hombre– por la vía de la humanidad del Hijo eterno. Este designio alcanza en el misterio pascual su forma plena y definitiva; pues en la cruz y la resurrección se desvelan las últimas consecuencias de la ascensión por Cristo de la naturaleza humana pecadora, destinada a la muerte. Jesucristo muere llevando el peso de los pecados del mundo y, desde este punto de vista, su sacrificio es la manifestación suprema de la comunión en la que ha querido entrar con el hombre. Pero Cristo asume lo nuestro, nuestra naturaleza caída, para que el hombre pueda participar de lo suyo, la naturaleza humana conducida a la gloria de la plena comunión con el Dios salvador. En esta perspectiva, la comunión que Cristo ofrece a los hombres aparece como la verdad profunda de su sacrificio.

De hecho, en la Última Cena, Jesucristo entrega plenamente lo suyo a sus discípulos, su cuerpo y su sangre, la oblación de su vida al Padre como única vía de salvación. Ciertamente, este gesto de Jesucristo –cumplido en el Triduo pascual– es único e insustituible, singular y definitivo; pero Jesús ha

querido donarlo igualmente a los suyos como expresión plena de la comunión a la que los llama. El don de Cristo en la Cena es realmente Él mismo, con toda su presencia y con toda su obra, en su oblación de la propia humanidad al Padre.

Unirse a Cristo, haciendo propio su sacrificio único, es ratificar personalmente la voluntad del Padre, manifestada en la ofrenda de sí mismo que Cristo le presenta para la salvación del mundo. En la celebración de la Eucaristía, la Iglesia ofrece así al Padre el mismo y único sacrificio de Jesucristo; no quiere presentarse ante Él con ningún otro sacrificio diferente, sino reconociendo su propia salvación y su propia vida en el de Cristo.

La dimensión existencial del sacrificio que la Iglesia presenta al Padre es, pues, la acogida de la misión histórica de Cristo; es decir, la acogida de la comunión que Él dona y establece en su cuerpo y en su sangre.

En la adoración eucarística, cada fiel se une a este sacrificio de la Iglesia, se ofrece a sí mismo en el modo agradable al Padre: a través del gesto mismo de la fe, que se adhiere verdaderamente a Jesucristo como Aquél en quien y por quien viene el Reino de Dios al mundo, como el único nombre en que es posible salvarse¹⁸.

Con su gesto de adoración, el fiel reconoce que no es posible sustituir

la relación con Jesucristo, la unidad en Él, con ninguna otra acción ética o religiosa; es decir, abandona la pretensión de una propia justicia¹⁹, de poder alcanzar con las solas fuerzas humanas la perfección y la gloria, y se pone en manos de Cristo.

El verdadero núcleo existencial de este sacrificio no radica en el reconocimiento de la propia incapacidad para alcanzar la salvación, sino, en primer lugar, en la adhesión y la obediencia a Cristo, aun cuando su misión exija la obediencia de la cruz. Por ello, ha podido decirse que el asentimiento de María, pronunciado bajo la cruz como expresión suprema de fe y amor de la criatura al Hijo, constituye –y asegura– la forma perfecta de la participación de la Iglesia y del cristiano en el sacrificio de Cristo²⁰.

También la adoración eucarística encuentra su realización y su modelo perfecto en este asentimiento de la Madre dolorosa, que contemplaba al Hijo en el don plenamente verdadero de su cuerpo y de su sangre, que permaneciendo al pie de la cruz no quería dejar de seguir unida a Él, que con todo su corazón participaba de su dolor y de su destino, de su amor y de su entrega en manos del Padre.

En silencio ante el Santísimo Sacramento, el fiel cristiano se une al sí de María, a su fe y su unidad inquebrantable con el Hijo, manifestada radicalmente al pie de la cruz. La adoración

eucarística se dirige también al Hijo, realmente presente en las formas consagradas, asiente y se une a la entrega sacrificial de su cuerpo y de su sangre, lo reconoce como el Dios-con-nosotros y el único Salvador. La adoración es expresión pura de la fe, que supera el escándalo de la encarnación y de la cruz, en obediencia al designio de Dios; y es expresión del amor y de la gratitud al Padre, que ha querido poner a nuestro alcance en la humanidad de su Hijo todos los tesoros de la vida y de la gloria.

En pocas palabras, la adoración, en sus muchas formas, es parte intrínseca de toda celebración de la Eucaristía²¹. Y expresa particularmente bien el asombro, la ternura, el agradecimiento sin límites que acompaña a la verdadera fe en Jesucristo el Salvador, al reconocimiento del amor inmenso de Dios.

La presencia de la adoración eucarística en la Iglesia es, sin duda alguna, un fruto del actuar más propio del Espíritu Santo, el Único que verdaderamente sabe gustar y admirar con todo el corazón, dar a entender y a gozar la belleza del amor del Padre y del Hijo, revelado a nuestros ojos en su designio salvífico y expresado en la Eucaristía. El espíritu de la verdadera adoración es el Espíritu del Amor, es el Espíritu Santo.

Conclusión

Toda reflexión y toda devoción eucarística ha de conservar siempre su mirada dirigida a la “misteriosa con-

temporaneidad” de Jesucristo, de lo acontecido en el Triduo Pascual, a la que es introducido el hombre en la celebración del sacramento²².

Tal intensidad única de la presencia del Señor en el misterio de la Eucaristía hace surgir el asombro en el creyente, como actitud primera. Este asombro, entreverado de gratitud y de alegría, permanece siempre en el corazón de la fe verdadera y conduce a la adoración, ante el don completamente desproporcionado del Hijo eterno, ante el amor inmenso e inexplicable del Señor, que

se abaja, lava los pies, entrega su vida en rescate por cada uno de nosotros, y que además, en el memorial eucarístico, instituye el modo en que este amor y esta obra suya permanecen siempre presentes y vivos, contemporáneos a los hombres hasta el fin de los tiempos.

Ante este Misterio, la razón humana experimenta su propia limitación, pero, concluye Juan Pablo II, “el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites”²³.

NOTAS:

- 1 Cf. St. Tomás de Aquino, *STH* III, q. 73
- 2 PO 5; cf. Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* 1
- 3 Cf. Concilio de Trento, *Doctrina et canones de sanctissimo missae sacrificio*: DH 1738-1759
- 4 Cf. Rm 8,31
- 5 *Ecclesia de Eucharistia*, 5b
- 6 *Ib.*, 21c
- 7 *Ib.*, 1
- 8 Cf., por ejemplo, S. Cipriano, *Carta* 63
- 9 Esto puede observarse también en las comidas celebradas con Jesús: en ellas el criterio de participación era la relación con Jesús mismo, y la comunión con el Dios de la Alianza, que necesariamente implicaban para el judío piadoso, era hecha posible asimismo para publicanos y pecadores por la presencia de Jesús, que hace presente la misericordia del Padre, incluso en el gesto implícito del perdón de los pecados. Cf., por ej., Mc 2,15-17 par; Lc 7,36-50; 19,5-10.
- 10 Cf. M. Hengel, *Der stellvertretende Sühnetod Jesu. Ein Beitrag zur Entstehung des christlichen Kerygmas*: *IkaZ* 23 (1980) 20-21.
- 11 *Decretum de sanctissimo Eucharistiae sacramento*, cap. 3; canon 4: DH 1639.1654. Cf. también, por ej., Tomás de Aquino, *STh* III, q. 73, a. 1 ad 3
- 12 Cf.: “Wer [docetas gnósticos] den Empfang des Fleisches und Blutes Jesu ablehnt, leugnet seine Inkarnation (sarx) und seinen blutigen Kreuzestod (haima). Die Eucharistie bezeugt den Kreuzestod Jesu als die unvergängliche und unaufhebbare Quelle des Heils ... und den geschichtlichen Erlöser, der im Fleisch gekommen ist“ (R. Schnackenburg, *Das Johannesevangelium*, II [Freiburg-Basel-Wien 1971] 91). La mayoría de los autores comprenden la

- terminología usada (comer y beber, verdadera comida y bebida) como una interpretación realista de las afirmaciones de los relatos de la Cena, queriendo evitar todo posible docetismo.
- 13 Cf. Jn 6,54.56-58.
- 14 Se comprende así la insistencia de *Dominus Iesus* (17b) en vincular la forma plena de la Iglesia con la presencia del sacramento de la Eucaristía; cf. A. Carrasco Rouco, “Unicidad y unidad de la Iglesia en la declaración *Dominus Iesus*: RET 61 (2001) 344-345.
- 15 Is 53, 11-12.
- 16 Cf. Hb 2,11-15.
- 17 *Ecclesia de Eucharistia*, 18
- 18 Cf. Hch 4,12.
- 19 Cf., por ej., Flp 3,3-11. En el mismo sentido comenta Agustín: “Ac per hoc qui esurit hunc panem, esuriat iustitiam; sed iustitiam quae de caelo descendit, iustitiam quam dat Deus, non quam sibi facit homo. (...) Inde erant istit qui panem de caelo descendentem non intelligebant, quia sua iustitia saturati, iustitiam Dei non esuriebant” (*In Iohannis Evangelium*, XXVI, 1).
- 20 Cf. H. U. von Balthasar, *Die Messe, ein Opfer der Kirche?* in: Id., “Spiritus Creator”, Einsiedeln 1967, 201 ss.
- 21 “Nemo autem illam carnem manducat, nisi prius adoraverit”: S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos*, 98, 9 (CCL XXXIX 1385). Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 66
- 22 *Ecclesia de Eucharistia*, 59a
- 23 *Ib.*, 62b

DELEGACIÓN DE LITURGIA

La participación litúrgica activa y fructuosa II.

(A partir del “*Sacramentum Caritatis*”).

Continuamos con el tema de la *participación activa y fructuosa*, como elemento importantísimo para conducir a las fieles al contenido de gracia de los misterios de Cristo en la celebración litúrgica. Nos vamos a centrar en la reflexión que Benedicto XVI hace en “*Sacramentum caritatis*” (=Sca) (nn 52-63) refiriéndose a la participación en la celebración de la Eucaristía, pero lo dicho allí puede extenderse con todo

derecho, “mutatis mutandis”, a toda participación en las celebraciones sacramentales y litúrgicas de la Iglesia (ya sean en grandes celebraciones, n 61, ya de pequeños grupos, n 63, ya en lenguas vernáculas, ya en latín, n 62).

El Papa encuadra su reflexión en la *II parte* de la exhortación (Eucaristía, misterio que se ha de celebrar) y después de hacer un repaso por los ele-

mentos estructurales del *Ordinario de la Misa*, desde la liturgia de la Palabra hasta el “Ite Missa est” (nn 43-51). En los números inmediatamente antes mencionados ofrece una breve pero sustanciosa catequesis mistagógica y pastoral para la formación y vivencia de todos.

La “actuosa participatio”.

El Papa reconoce la importancia decisiva del concepto y realidad de la participación litúrgica a partir de la reforma del Vaticano II, en orden a celebrar y vivir la Eucaristía. Pero precisa que se trata de una “participación activa, plena y fructuosa” reclamada a “todo el Pueblo de Dios” (n 52). *Los tres adjetivos son determinantes.* La participación en la Eucaristía y, en general en toda celebración litúrgica, *implica:* una actitud despierta, esforzada, activa y, por tanto excluyente de todo lo que sea pasividad, somnolencia, dejadez, insensibilidad, pasotismo. Una actitud participativa con todas las facultades y potencias de la persona: inteligencia, voluntad, sensibilidad, memoria, afectos. Y, por fin, reclama una condición de arrepentimiento de las faltas, súplica de perdón, apertura a la Palabra de Dios y acogida humilde de la gracia y del misterio, sintonía con la llamada de Dios para que se produzca el diálogo y el encuentro.

En este sentido, Benedicto XVI reconoce sin ambages que la renovación litúrgica de los años de postconcilio

“ha favorecido notables progresos en la dirección deseada por los Padres conciliares”. Es muy importante *destacar* esta afirmación de Benedicto XVI para aplaudir el esfuerzo de la reforma en orden a facilitar a todo el Pueblo de Dios una más fácil y fructuosa entrada en la hondura de vida del misterio actualizado en la Liturgia, para que los fieles encontraran con seguridad el “agua que salta hasta la vida eterna”, sacia su sed y robustece la vida “en Cristo”. Sin los grandes esfuerzos de reforma de los ritos y textos, sin unos documentos orientados a la correcta aplicación de la liturgia, sin pastores y catequetas de la acción litúrgica no habría podido darse el reconocimiento explícito de Benedicto XVI. Cuando se participa en las celebraciones de la Eucaristía dominical, en la Semana Santa, en celebraciones de sacramentos, en celebraciones de santuarios, etc., en muchas ocasiones, se percibe sin esfuerzo cómo los fieles participan fructuosamente y cómo se crea un clima donde los signos, gestos, palabras, canto y silencios hablan de lo que “no se ve” mediante “lo que se ve”. Allí los fieles alaban, dan gracias, suplican, se ofrecen, contemplan, oyen en silencio y miran asombrándose.

El Papa no oculta el hecho de que se ha dado incomprensión “precisamente sobre el sentido de esta participación”. Esto es totalmente correspondiente con la realidad en frecuentes ocasiones. Se ha confundido con frecuencia *participar* en la liturgia con *hacer cosas, realizar gestos o movimientos, estar en*

movimiento. Y es verdad que la participación externa muestra la actividad y el dinamismo de los que participan. Pero puede quedarse y, de hecho así ha sucedido en ocasiones, en activismo externo, que termina en eso y no más.

La participación litúrgica de la que habla SC (como hemos visto en el trabajo anterior) es una participación definida por diversos adjetivos y, en ocasiones, adverbios. Sólo se podrá definir como “auténtica” (Sca.n 52) cuando cumple los contenidos de los adjetivos y adverbios: activa, fructuosa, consciente, interna y externa, plena, piadosa, etc. El Concilio reclama *muchas condiciones* a la participación litúrgica en las celebraciones, para ser “medio y meta” en orden a la vivencia de la fe y de la espiritualidad. Por eso, el Papa dice que tal participación “se ha de comprender en términos más sustanciales”. ¿Cómo explicarlo?

Benedicto XVI aclara que la *participación litúrgica* no se reduce “a una simple actividad externa durante la celebración”. Ello no implicaría toda la persona del fiel ni del ministro ordenado, sino solamente su dimensión más periférica. Lo *sustancial* de la participación litúrgica, por parte de los fieles, ha de brotar “de una mayor toma de conciencia del misterio que se celebra”. Esa toma de conciencia deriva del conocimiento, de la apertura del alma, de la humildad con que uno se sitúa ante Cristo-Misterio del Padre-, de la acogida gozosa y generosa, de la fe, del

deseo anhelante de encuentro, del silencio que vacía de uno mismo, de la actitud de alabanza y agradecimiento, de la experiencia que se tiene, de la glorificación o doxología. Piénsese en el misterio pascual celebrado en la noche vigiliar, de la celebración de Navidad, de la Cuaresma o tiempo pascual, de una solemnidad de la Virgen o de un santo...

Por otra parte, la participación litúrgica recibe su sustancia de la relación que el misterio celebrado (sintetizado en Cristo muerto y resucitado) tiene “con la vida cotidiana”. El misterio celebrado se contextualiza en la acción litúrgica mediante el tiempo (ciclo litúrgico, día, estación, novena, etc.), en el espacio concreto de cada comunidad (con sus circunstancias, sus alegrías, penas, esperanzas), en la persona de cada participante (su circunstancia, sus condiciones, exigencias, etc.). Estos aspectos de la vida cotidiana y de las circunstancias especiales condicionan para bien o para menos bien la participación litúrgica.

El Papa, en nombre del Sínodo, reitera la recomendación de SC, que “siga siendo totalmente válida” (Sca 52) e invita a los fieles a no comportarse en la Eucaristía “como espectadores mudos o extraños”. Desgraciadamente, en ocasiones, algunos fieles se comportan así cuando no contestan a las interpelaciones del sacerdote, cuando no cantan, cuando se quedan al fondo de la iglesia, cuando se mantienen cerrados en su

individualidad, etc. El Papa les reitera con el Concilio Vat. II la invitación a una participación “consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada”. Algunos fieles no han dado todavía el paso del “yo al nosotros” (R. Guardini).

Siguiendo al Concilio, Benedicto XVI precisa todavía algunos elementos centrales de la participación litúrgica: la instrucción que brota de la Palabra de Dios, el alimento con el Cuerpo del Señor, dar gracias a Dios, ofrecer la Víctima inmaculada por manos del sacerdote y junto con él, aprender a ofrecerse ellos mismos con Cristo al Padre, crecer en la unidad con Dios y con los hermanos por Cristo Mediador (Sca 52).

Hay en este párrafo un precioso contenido de lo que implica la participación fructuosa en la Eucaristía: asimilar la Palabra de Dios, encontrarse en ella con el Logos-Persona, con Cristo-Palabra de Dios en la fuerza del Espíritu Santo; comulgar el Pan de la vida en el Banquete del Cuerpo del Señor; vivir la acción de gracias que es la Eucaristía; aprender a ofrecer a Cristo, Sacrificio-Víctima sacramental que se ofrece al Padre por nosotros, ofreciéndonos en espíritu con Él; perfeccionar de día en día nuestra unidad con Dios y con los hermanos por la mediación de Jesucristo (= Cuerpo místico que se ofrece al Padre en el Espíritu Santo para alabanza de la gloria de Dios).

El Papa profundiza aun esta *participación litúrgica* refiriéndose a los minis-

terios (n 53), a la concreción contextual-cultural (n 54), a las disposiciones personales (n 55), a la plena Comunión con la Iglesia (n 56), a los medios de comunicación social (n 57), a la situación de enfermedad (n 58), a los presos (n 59), emigrantes (n 60), las grandes celebraciones (n 61-62) y celebraciones eucarísticas en pequeños grupos (n 63). En todos estos campos la participación litúrgica se concreta y adquiere matices importantes. Veamos a continuación algunos de estos campos.

1) *Las condiciones personales para una participación activa.*

De entre ellas, los Padres sinodales han insistido en “el espíritu de conversión continua que ha de caracterizar la vida de cada fiel” (n 55). Es una de las actitudes imprescindible para acoger la gracia de Dios y disponerse adecuadamente a celebrar conforme al espíritu de la Liturgia. Por eso, la celebración eucarística comienza con un acto penitencial. Pero en general, al comienzo de toda celebración litúrgica, el fiel y la comunidad se preparan a encontrarse con el Señor en un clima de purificación, de silencio en la humildad y conciencia de lo que vamos a hacer y cómo conviene estar limpios de faltas.

La *participación en la liturgia* no será fructuosa si “se asiste superficialmente, sin antes examinar la propia vida”. Es preciso traspasar el umbral de lo ordinario y entrar conscientemente en el ámbito de la fe, de lo espiritual, de lo

misterioso, que es el del encuentro con Cristo en sus diversas presencias. Y en este nuevo ámbito es necesario mirarnos a nosotros mismos, descubrir dónde estamos, qué nos preocupa, cómo estamos ante Dios y cuáles son nuestras disposiciones y actitudes.

Se evitará “un cierto automatismo entre los fieles, como si por el solo hecho de encontrarse en la iglesia durante la liturgia se tenga ya el derecho o quizás incluso el deber de acercarse a la mesa eucarística” (n 55). Desgraciadamente en algunos fieles parece que funciona este “automatismo” y cuentan menos las disposiciones internas necesarias.

Estas disposiciones interiores se verán favorecidas por “el recogimiento y el silencio..., el ayuno y cuando sea necesario, la confesión sacramental”. Es importante que el Sínodo se haya fijado en detalles aparentemente pequeños, pero que encierran actitudes muy necesarias a la hora de comenzar la celebración litúrgica por parte de la asamblea y de cada fiel. *Destaco* el recogimiento y el silencio sobre todo interno. En muchas iglesias cuesta mucho recogerse y guardar silencio, dado que la gente charla excesivamente y sin necesidad. Es significativo que se hable del ayuno antes de la Eucaristía, pero creo que habrá que interpretarlo en su profundo significado de privarse de todo lo que nos estorba para correr al encuentro de Cristo con más ligereza y libertad. No se olvida la “confesión

sacramental”, cuando el fiel la necesite para poder acercarse dignamente a la mesa del Señor. No es superfluo decir que algunos fieles se acercan a recibir la comunión sacramental sin examinar seriamente su conciencia y harían muy bien en recibir antes el perdón de Dios. Quizás por eso, el Papa dice que “un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación” (n 55).

¿Cómo puede darse una verdadera y auténtica *participación* en el misterio de entrega de Cristo hasta la muerte por nosotros y la comunicación de la fuerza de su resurrección si nuestro interior está alejado de Dios por el pecado? ¿Cómo se puede compaginar la unión y alianza profunda con el Señor (que expresa la comunión sacramental) si la vida personal es expresión de una ruptura seria con Dios y con el prójimo? ¿Cómo será expresión de comunión en el amor entre Dios y el hombre si éste no es fiel a los preceptos y actitudes que pide esa comunión y alianza? Por eso, es preciso examinarse bien y trabajar constantemente por tener un corazón contrito, humillado y reconciliado.

Desde otro punto de vista, la participación fructuosa reclama de los fieles tomar “parte activa en la vida eclesial en su totalidad, la cual comprende también el compromiso misionero de llevar el amor de Cristo a la sociedad” (n 55). Ésta es una *exigencia* que brota de la *participación* en los “sagrados Misterios” y una *buen preparación* a la celebración fructuosa de los mismos.

Quien celebra conscientemente y con fervor los misterios del Señor, el misterio que los condensa todos (el misterio pascual) descubre las actitudes de ofrenda total y servicio hasta dar la vida de Cristo, para que a los hombres todos llegue la salvación. Quien se ha ofrecido sacrificialmente con Cristo al Padre y aprende a ofrecerse con Él en la Eucaristía, es urgido por este amor a colaborar con la Iglesia, sacramento por excelencia de Cristo, en orden a proclamar el Evangelio y extender su Reino en el mundo. Por eso, *la participación activa y fructuosa* en la Liturgia exige tomar “parte activa en la vida eclesial en su totalidad” (n 55). Esta *totalidad* incluye el ministerio de la Palabra, el litúrgico y el de la caridad y los tres ámbitos penetrados de la “koinonía” (la comunión que crea el Espíritu Santo). El documento sinodal precisa que se debe “persuadir a los fieles” de la profunda conexión entre la *participación litúrgica y la eclesial global*. Es decir, la participación en los misterios y la participación en la vida y la misión de la Iglesia entera. La participación en el misterio pascual de Jesucristo y en la vida y misión de su Cuerpo que es la Iglesia entera. De lo contrario, la *participación litúrgica* será material y hasta cierto punto inauténtica.

Pero, la *participación plena* en la Eucaristía tiene lugar “cuando nos acercamos también personalmente al altar para recibir la comunión” (n 55; Cf. CCE 1388; SC 55). Después de participar en la comunión con los her-

manos (en la asamblea), en la escucha de la Palabra de Dios, en la comunión jerárquica con la persona del sacerdote, en la oración eclesial, la *Comunión sacramental en las especies eucarísticas* es la Comunión culminante en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Ahí Cristo se nos entrega totalmente en su Cuerpo y Sangre y nosotros somos asimilados y configurados con/por Él. Ahí se hace realidad aquello de: “todo lo tuyo es mío y todo lo mío es tuyo”. “Te me entregas entero en intimidad y yo lo hago también”.

Por fin la Exhortación sinodal se refiere al caso de quienes no pueden “acercarse a la comunión sacramental”, pero siguen necesitando de la *participación en la Misa*, siendo ésta aún “válida, significativa y fructuosa” (n 55). Habrá que *catequizar* a los fieles sobre estos tres adjetivos calificativos de la *participación litúrgica eucarística*. Es una participación en la que, aunque el fiel no pueda aprovecharse de lo máximo (el Cuerpo y Sangre eucarísticos del Señor), sí se puede beneficiar de otros dones que el Señor le ofrece: el don de la fe, la acogida de la comunidad, la oración de la Iglesia en su favor, el fomento de las actitudes de conversión, de humildad, de oración sincera a Dios, etc. Por todo esto, se trata de una participación “fructuosa” y “significativa” para el fiel que le esté prohibido comulgar sacramentalmente.

En el caso inmediatamente mencionado se invitará a los fieles a “cultivar el

deseo de la plena unión con Cristo, practicando, por ejemplo, la comunión espiritual, recordada por Juan Pablo II (E d E 34)” (n 55) y los maestros espirituales.

2) *La participación fructuosa de los enfermos.*

El Papa, en este contexto, tiene un recuerdo especial para los enfermos y ancianos que no pueden acudir a los lugares de culto. Llama la atención de toda la comunidad cristiana sobre la importancia de “asegurar la asistencia espiritual” (n 58) tanto a los que viven en sus casa, como a los que están en hospitales o residencias. Este tipo de personas son cada vez más en las comunidades y en muchos casos no están suficientemente atendidos. El Sínodo en distintas ocasiones se ha referido a ellos.

Se ha de asegurar que “puedan recibir con frecuencia la Comunión sacramental”. Ésta es la preocupación del Sínodo y ha de ser la de los pastores de almas. Privarles de ello, es privarles de algo fundamental para la vivencia de su fe, para contar con la fuerza para llevar la enfermedad y mantener viva la comunión con Cristo y toda la Iglesia. Los enfermos y ancianos están llamados a completar en ellos lo que falta a la pasión de Cristo y su oración por la Iglesia es una gran palanca para la evangelización.

Dice al respecto la Exhortación sinodal: “Al reforzar así la relación con Cristo crucificado y resucitado, podrán sentir su propia vida integrada ple-

namente en la vida y la misión de la Iglesia mediante la ofrenda del propio sufrimiento en unión con el sacrificio de nuestro Señor” (n 58). El enfermo, en su situación opaca y difícil, refuerza su relación con el Cristo crucificado y resucitado, puede ofrecer su sufrimiento unido al sacrificio de Cristo y experimentará su vida totalmente integrada en la vida y misión de la Iglesia. Es muy importante para el enfermo saberse formando parte de la vida y la misión salvadora y misionera de la Iglesia. Es precisamente esto lo que hace su vida dentro de la Iglesia “redentora” y fecunda. Cuando esta fe está presente, no existe la tentación de la eutanasia y menos del suicidio asistido, al que tristemente llaman “muerte digna”, los defensores de la cultura de la muerte. Esta participación del enfermo en la vida y misión de la Iglesia llega a su cumbre en la Comunión sacramental con el Cuerpo entregado de Cristo y su Sangre, derramada en sacrificio.

La Exhortación sinodal extiende la participación litúrgica en la Eucaristía también, cuando sea posible, a los “discapacitados” (n 58) e incluso a los “discapacitados mentales” (n 58) que hayan sido bautizados y confirmados.

3) *El caso de los presos.*

La Exhortación recoge una “tradición espiritual de la Iglesia” fiel al mandato de Cristo (Cf. Mt 25, 36), que ha visto una de las obras de misericordia corporal en la visita a los presos. El Papa afirma

que quienes viven esta situación necesitan, de modo especial, ser visitados por Cristo Eucaristía. Es una afirmación valiente y realista desde la fe, por parte del Papa. Es, para quien se encuentra en estas circunstancias, un período particular y doloroso. La Iglesia debe entrar también en este dolor y hay personas que en tal situación reflexionan, repiensen su vida e incluso deciden cambiar de vida. Por eso, les hace bien experimentar la cercanía de la Iglesia, tomar parte en la celebración eucarística y recibir la Comunión para iluminar su propio camino de fe y reinsertarse plenamente en la sociedad. La asamblea del sínodo y el Papa piden que las diócesis pongan los medios adecuados para atender espiritualmente a los presos. Ello lleva consigo una pastoral llena de humanismo, penetrada de amor al hombre y sobre todo a quienes, en muchos casos, son víctimas de una sociedad que exalta la libertad a toda costa y no forma para actuar responsablemente dentro de ella. Primero lanza a las personas al ejercicio irresponsable e instintivo de todas las pasiones y cuando cae víctima de sus efectos le deja abandonado a su destino y dislates. Así de inhumana es en muchos casos la sociedad secularizada, relativista y hedonista en la que vivimos. Y la Iglesia está llamada a poner valores permanentes, humanos y trascendentes en esta sociedad en que vivimos.

4) *Los emigrantes.*

El Papa en el contexto de la participación eucarística recuerda también a

los emigrantes. Es un rasgo de sensibilidad hacia los fieles que viven lejos de su tierra y sus Iglesias locales, pero sobre todo un gesto de preocupación pastoral sincera. El Sínodo expresó una “particular gratitud” hacia quienes atienden pastoralmente a los emigrantes. En especial el Papa recomienda atención a los católicos orientales y a cuantos tienen dificultad para *participar* en la Eucaristía conforme al propio rito. Donde haya posibilidades se les facilitará “ser asistidos por sacerdotes de su rito”. Los Obispos les acogerán “en la caridad de Cristo”. Los fieles de diversos ritos se enriquecerán entre sí encontrándose humana y espiritualmente. Es sobre todo el clero quien particularmente se puede beneficiar mediante “el conocimiento de las diversas tradiciones”. Tal conocimiento se puede fomentar en el seminario mediante iniciativas adecuadas (Cf. n 60; *Proposición 45*).

Conclusión.

Benedicto XVI trata el tema tan destacado por la Constitución de Liturgia de la participación fructuosa en la Eucaristía subrayando las notas positivas allí exigidas por el Vaticano II. Hace referencia también a las situaciones en que no se ha aplicado bien las pautas deseadas e invita a corregirlas y lograr la verdadera participación activa y piadosa, la participación plena que exige toda celebración litúrgica y máxime la Eucaristía. Esta participación es verdadera fuente y

medio precioso para adquirir el verdadero espíritu cristiano.

Es de destacar que el Papa se refiere de modo expreso a la participación fructuosa en la Eucaristía por parte de los enfermos y ancianos, los presos y emigrantes. Son tres situaciones de la vida del cristiano, que requieren una

atención pastoral más fundamentada en la caridad y más exigente para los pastores. Quienes viven estas circunstancias necesitan más imperantemente la ayuda de Cristo Eucaristía para contar con la fortaleza necesaria y a la vez con el cariño y cercanía de la Iglesia como Madre que se preocupa más de sus hijos más necesitados.

ARCHIVO HISTÓRICO DIOCESANO

MEMORIA DEL ARCHIVO HISTORICO DIOCESANO DE OURENSE AÑO 2009

Cumple el Archivo un año más con el deber de informar a la Iglesia Diocesana a cuyo servicio está del vivir de esta institución durante este periodo de tiempo, dando cuenta sencilla de lo más sobresaliente de sus actividades y dando las gracias a quienes colaboran con esta institución que si está viva lo está para mayor Gloria de Dios y para servicio de la Iglesia y de los ciudadanos.

La actividad de un Archivo es, por su propia naturaleza, silenciosa; el trabajo que en él se realiza no es por lo general llamativo ni busca la eficacia de la inmediatez sino el asegurar que la memoria de la Diócesis queda salvaguardada en la medida que ello es posible, para el futuro. Por eso con serena seriedad procuramos hacer las cosas con el mejor criterio y con la más exigente responsabilidad.

La catalogación de fondos, la atención de infinitas demandas de datos por parte de familias de emigrantes, la cotidiana presencia de investigadores, las peticiones de la curia y la recogida de documentos son las principales ocupaciones de este y de los demás archivos de la Iglesia de ello, damos más puntual información, agradeciendo a todos los que lean esta memoria su interés que es sin duda amor preocupado por la Iglesia y por la Diócesis.

Laus Deo.

Instalaciones y mobiliario

Siendo como es vital para la conservación de los trabajos y las catalogaciones se ha seguido con rigor realizando las copias de seguridad con la debida actualización de los antivirus. La empresa DMA de Ourense se responsabilizará de controlar la eficacia de estas copias. (Diariamente se hace copia de seguridad y mensualmente la citada empresa realiza tres y una al final de

año que queda también en tres discos independientes)

También se han dispuesto en el segundo piso estanterías metálicas para recoger la Biblioteca del catedrático Jaime Ferreiro Alemparte. Se han rotulado con placas de cobre las salas en las que se ubican las Bibliotecas de Autor donadas al Archivo. Se han colocado en un rellano del primer piso dos tapices donados por la familia Bravo Bosch.

Reglamento y servicios del Archivo

El archivo se rige por el reglamento de la Asociación de Archiveros de la Iglesia en España y adopta en la solicitud de documentos para su consulta la normativa del Archivo Secreto Vaticano. También se tiene en cuenta la legislación civil que le afecta en esta materia. Está abierto a todos los investigadores presentando el DNI u otro documento acreditativo de su identidad.

La entrada es libre y gratuita.

-Consulta directa de los fondos en sala.

-Consulta indirecta de fondos (por correo postal, o electrónico, y teléfono)

-Información sobre los fondos y orientación sobre búsquedas

-Realización de visitas guiadas a estudiantes y profesionales

-Biblioteca auxiliar para la investigación,

-Expedición de informes técnicos y compulsas y certificaciones

-El Archivo ofrece a los investigadores servicio de fotocopidora (cuando los documentos lo permiten) y de scanner y fotografía digital.

Catalogación

Se ha seguido informatizando fondos documentales de las siguientes series: Patrimonio Histórico-Artístico, Expedientes matrimoniales 2007, Protocolos Notariales, Judicial, Casas Rectorales, Asociaciones Religiosas, Fondos Parroquiales ingresados en el año. Inventarios. Seminario.

En total se ha llegado a 61.138 fichas informatizadas y 8.473 las cajas con documentación.

Ingresos de documentación año 2009

(Por orden alfabético de Parroquias o Lugares)

AGUIS, San Martiño: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismo, defunción, confirmados)

ALBERGUERIA, Santa María: Difuntos (1853-2009)

ALMOITE, Santa María: Bautizados (1854-1888). Casados (1854-1917). Difuntos (1829-1854). Fábrica (1888-1997)

AMARANTE, Santa María: Fábrica (1845-1940)

AMBÍA, San Estebo: Bautizados (1855-1879). (1879-1896). (1896-1929). Casados (1852-1888). Difuntos (1877-1884)

AMOROCE, Santiago: Bautizados (1852-1890) Casados (1852-1904)

BANDE, San Pedro - Capilla de Santa Mariña. Loeda. Informe de restauración del retablo. Capilla de Santa Mariña. Loeda

BARRA, Santa María: Bautizados (1859-1906). Casados (1799-1859). Difuntos (1766-1837). Difuntos (1859-1909)

BEADE, Santa María: Difuntos (1893-1928)

BEIRO, San Pedro: Proyecto de restauración de la talla barroca de San Pedro.

BERAN, San Breixo: Lote de libros de Mariano Vidal Leira

CABREIROA, San Salvador: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, difuntos)

CARBALLEDA, Santa María: Fábrica (1892-2006)

CASTRELO DE ABAIXO, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos)

CASTRELO DE CALDELAS, Santa María: Proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de Iglesia parroquial de Santa María de Castrelo de Caldelas - San Xoán de Río. Libro manual del seminarista (1848) - Madrid

COBAS, Santiago: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismo, confirmados)

COIRAS, San Xoán: Bautizados (1922-1949) Fábrica (1976-2006)

CORNA, Santa María do Desterro: Fábrica (1900-2006)

COUSO DE LIMIA, Santa María: Casados (1852-1876). Cofradía de San Roque (1740-1853). Libro del cánon de la casa rectoral (1900-1984)

CRISTOSENDE, San Salvador: Cofradía del Santísimo Rosario (1897-1917).

ESTEVEESIÑOS, San Mamede: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, difuntos)

FITOIRO, San Paio: Conferencias Morales (1905-1939)

FONTEITA, San Andres: Bautizados (1852-1890)

GUAMIL, Santa María: Fábrica (1897-1997).

GUDIÑA, Beato Sebastián Aparicio: Duplicados de Sacramento de la Confirmación, año 2008

GUNTÍN, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Defunción, matrimonio)

GUSTEI, Santiago: Casados (1784-1857) con Difuntos (1782-1857). Casados (1852-1883)

HOSPITAL ANTITUBERCULOSO DEL SANTO CRISTO DE PIÑOR (Anejo de Piñor, San Lourenzo): Difuntos (1938-1963), (1964-1986)

LAIAS (Balneario): Proyecto de restauración: Virgen Inmaculada. AS (Capilla), San Pablo, San Pedro.

LAIAS, Santa Baia: Proyecto de restauración del retablo mayor de la Iglesia de Santa Baia de Laias

LAZA, San Xoán: Fábrica (1820-1949)

LEIRADO, San Pedro: Bautizados (1882-1917). Bautizados (1918-1953). Difuntos (1857-1903). Difuntos (1903-1944)

MEDOS, Santa María: Proyecto básico y de ejecución de rehabilitación de Iglesia parroquial de Santa María de Medos - San Xoán de Río

MILMANDA, Santa Eufemia: Bautizados (1901-1920)

MONTELONGO, Santa Cristina: Bautizados (1852-1923)

MOREIRAS, San Martín: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (defuncion)

MOREIRAS, Santa Marta: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, matrimonios)

MOURAZOS, San Martiño: Bautizados (1857-1915). Bautizados (1915-1995). Casados (1857-1945)

OSEIRA - MONASTERIO: Proyecto de adaptación de la antigua tahona del monasterio de Oseira, para la actividad de transformación y comercialización del licor eucaliptine

OSMO, San Miguel: Difuntos (1714-1853)

OURENSE. OBISPADO: Documentación varia sobre catequética. Expedientes Matrimoniales 2007

OURENSE. ADORACION NOTURNA: Dos impresos sección adoradora nocturna de Orense (Años: 1917-1918)

OURENSE SEMINARIO: Secretaría y Administración. 50 archivadores

OURENSE-CENTRO, Santa Eufemia: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, confirmados, matrimonios, defunciones)

PENTES, San Lourenzo: Bautizados (1821-1852). Bautizados (1852-1876). Difuntos (1848-1851)

PENTES, San Mamede: Bautizados (1632-1654) con Casados (1632-1661)

con Difuntos (1633-1656). Bautizados (1668-1718) con Casados (1669-1709) con Difuntos (1604-1713). Bautizados (1766-1835). Bautizados (1851-1868). Casados (1852-1885). Varia: Confirmados (1776-1924). Varia (papeles diversos). Varia: Conferencias Morales (1933-1964)

PEROXA, San Eusebio: Proyecto de restauración del retablo mayor de la parroquia de San Eusebio de A Peroxa. Coles

PEXEIROS, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Defunción)

PIÑOR. HOSPITAL ANTITUBERCULOSO: Difuntos (1938-1963), (1964-1986)

PRADO DE LIMIA, San Salvador: Informe final de la restauración del retablo de la Capilla de San Mamed de Reparade

PRADO DE MIÑO, Santa María: Bautizados (1852-1907)

PRESQUEIRA, San Martiño: Bautizados (1874-1911). Casados (1876-1952).

PROENTE, San Andres y su anejo FORXAS, San Xoán: Bautizados (1639-1721) con Casados (1627-1701) con Difuntos (1643-1726); Bautizados (1724-1805) Bautizados (1805-1858). Bautizados (1858-1885). Casados

(1753-1858). Casados (1858-1926). Difuntos (1749-1858). Difuntos (1858-1893). Difuntos (1893-1971). Fábrica (1661-1728). Fábrica (1729-1928). Fábrica (1829-1996). Libro de visitas (1797-1977). Libro de Confirmados (1765-1970). Cofradía de San Bernabé (1627-1793). Cofradía del Santísimo Rosario (1920). Hermandad de las Animas (1703-1793). Hermandad de Nuestra Señora del Rosario (1686-1793). Libros del canon de la rectoral (1907-1977). Padrón Parroquial (1930). Padrón Parroquial (1968)

QUEIZAS, San Pedro: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, difuntos)

RABAL, Santa María: Conferencias Morales (1948-1953). Estatutos de Hermandad de labradores (1932). Padrón Parroquial (1930-1932)

RASELA, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, difuntos)

RIOS, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos)

SEIXADAS, San Xoán: Bautizados (1879-1911). Difuntos (1883-1934)

SOUTOMANDRAS, San Salvador: Bautizados (1871-1899) con Casados (1871-1900) con Difuntos (1871-1899)

TABOADELA, San Miguel: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, defunciones) Proyecto de restauración y conservación. Imágenes de la Piedad y San Juan Bautista

TAMAGUELOS, Santa María: Bautizados (1855-1881). Bautizados (1881-1900). Bautizados (1900-1941). Casados (1922-1959)

TAMEIRON, Santa María: Varia (Circulares, cartas pastorales, cuentas...1688-1868)

TORAN, Santa María: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (Bautismos, defunciones, matrimonios)

TORREZUELA, Santiago: Fábrica (1892-2006)

TOUZA, San Xurxo: Duplicados de Partidas Sacramentales, año 2008 (defunciones, matrimonios)

VIDE DE BAÑOS - Santuario Nuestra Señora de los Milagros: Cofradía de San Roque (1883-1977)

VIDE DE MIÑO, San Salvador: Bautizados (1846-1922). Casados (1852-1949). Difuntos (1851-2004)

VILAVELLA. Varia. Libro del Arciprestazgo (1907-1968)

Particularmente significamos nuestros reconocimientos a los Rvdos Se-

ñores que este año han hecho llegar documentación al Archivo

Alvarez Pérez, Emilio
 Alvarez Sánchez, Roberto
 Álvarez Tejada, Luis
 Armada Díaz, Delmiro
 Armesto Santiso, José Manuel
 Blanco Sierra, Natalio
 Conde Santamaria, Laureano
 Dominguez Lorenzo, Evencio
 Doval Baltar, Camilo
 Estévez Alvarez, Jorge
 Feijoo Mirón, José Angel
 Fernández Blanco, Antonio
 Gil Fernández, Emilio José
 González Álvarez, María
 Iglesias Cid, Celso
 Lourido Díaz, Cesareo
 Marra Gómez, José Luis
 Mera Martínez, Manuel
 Mera Rodríguez, Benito
 Míguez González, Carlos
 Montero Viso, Emerio
 Nogueiras Gómez, Rafael
 Pérez Cobelas, Angel Manuel
 Prieto Fernández, Francisco José
 Rodríguez Fernández, Felisindo
 Rodríguez Fernández, Manuel
 Rodríguez Martínez, José
 Salgado López, Luis
 Sobrino Fernández, José Manuel
 Soto Domínguez, Francisco

Biblioteca

La Biblioteca se ha incrementado con 120 nuevos títulos en su mayor

parte obras de historia local, revistas y trabajos de investigadores que según la reglamentación del Archivo se comprometen a entregar una copia de sus trabajos. Además de varias instituciones, como el Xacobeo, el Consello da Cultura galega y la Diputación de Ourense han donado libros, el Excmo. Sr Obispo Don Luis Quinteiro la familia Bravo.Bosch, D. Miguel Angel González García, José Ricardo Rodríguez Pérez, Carlos de la Peña, José Ramón Estévez Pérez.

Bibliotecas personales

El Archivo es depositario de tres importantes bibliotecas que se mantienen individualizadas y son de gran valor por contar con importante fondos especializados. Este año los espacios que ocupan en el archivo (piso 2º) han sido rotulados con el nombre de sus titulares

Biblioteca Pilar de Torres Luna

Catedrática Emérita de Geografía de la Universidad de Santiago. Biblioteca especializada en temas de Geografía además de otros fondos de tema gallego. En el presente año ha seguido enviando nuevas aportaciones.

Biblioteca José Luis Soto, OFM

Historiador e Investigador franciscano. Importante fondo bibliográfico de tema americano y franciscano. Han sido durante este año varios los cientos incorporados al mismo que de este

modo se enriquece de modo muy significativo.

Biblioteca Jaime Ferreiro Alemparte

Catedrático de la Universidad del Francfort del Meno, medievalista e investigador. Nacido en Cabanelas es una de las más altas autoridades en la figura y obra del poeta Rainer María Rilke y medievalista de fama internacional. Su viuda e hijos han querido que la memoria de tan eximio investigador se vincule a este Archivo de su tierra y han donado, en el mes de julio de este año, al mismo su importante biblioteca especializada en la temática dicha con importante aportación de estudios y documentos de Cabanelas.

Investigadores

Recordamos que es documentación reservada la que no tiene más de 75 años. Por lo cual el año 2008 se pudo consultar hasta 1934. Se abrió ficha a 96 investigadores que han acudido al Archivo por primera vez, Siendo un total de 1039 los investigadores atendidos durante el año. Además de sacerdotes y otras personas que hacen consultas puntuales que no se asientan como investigadores.

Enero	70
Febrero.....	92
Marzo.....	97
Abril.....	129

Mayo.....	150
Junio	71
Julio	117
Agosto	Vacaciones
Septiembre	54
Octubre.....	70
Noviembre	81
Diciembre	72

Por correspondencia convencional y por correo electrónico 612 consultas.

Por teléfono 1260.

Además se han atendido de la Secretaría Xeral de Emigración 66 solicitudes de partidas de emigrantes directamente. La mayor parte de las consultas por correo son de emigrantes buscando datos de sus antepasados para fines de nacionalización. Así mismo se han atendido solicitudes pedidas Oficina de Ayuda al Emigrante retornado de la Diputación Provincial de Ourense.

Publicaciones realizadas con documentación consultada en este Archivo

Algunos aunque su fecha de edición es anterior aparecieron realmente el año 2008 por lo que figuran en este listado.

BANDE RODRÍGUEZ, Enrique. Mandatos pastorais e trazos antropológicos nas parroquias raianas Duen de Bux. Ourense, 2008.

DÍAZ FERNÁNDEZ, Emilio. San Martiño de Cornoces. Os Chaos de Amoeiro. Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño. Ourense, 2009.

DÍAZ-FIERROS VIQUEIRA, Francisco (Coordinador). Historia da metereoloxía e da climatoloxía de Galicia. Consello da Cultura Galega. Santiago de Compostela, 2008.

ESTÉVEZ PÉREZ, José Ramón. Aportaciones para un diccionario de artistas y artesanos en Ribadavia y el ribeiro, Siglos XVII y XVIII, PORTADA AIRA Nº 12 “Separata”. Ourense, 2008.

FERNÁNDEZ DÍAZ, José Luis. Pioneros Protestantes en la Atenas de Galicia. Andamio. Ourense. 2009

GÓMEZ PARENTE, Odilo. La parroquia santa María de Cerdedelo entre dos poderes (II).

Diversarum Rerum, Nº 4 Ourense, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Los comienzos del boletín eclesiástico de la Diócesis de Ourense y una desconocida publicación precedente. Memoria Ecclesiae XXXIII Oviedo, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Los impresos menores de una Catedral (Propuesta de clasificación).

Memoria Ecclesiae XXXIII. Oviedo, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Noticia de Macario Gallego, pintor de Pontedeume en Ourense. Cátedra - Revista eumesa de estudios, Nº 16. Pontedeume, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel, A parroquia da Madalena de Ribadavia (Apuntamentos sobre a súa historia e a súa arte) Cadernos de Ribadavia, Serie 2 Arte - Año VII, Nº 9 Ribadavia Outubro 2008.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. El retablo de Francisco de Moure para Gerónimo López de Guadalupe: nota documental

PORTA DA AIRA Nº 12. Ourense, 2008.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Fiesta y lección, sueños y esperanzas: teatro y vida en la historia de Ourense. PORTA DA AIRA Nº 12 . Ourense, 2008

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Hambre, peste, enfermedad y muerte en el Ourense del Siglo XIX (Apuntes para una historia de la Beneficencia). XXVII Ruta Cicloturística del Románico internacional. Pontevedra 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Interesante inventario de la

parroquia de Santa María de Reza, de 1897. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 2, Ourense. 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. La muerte repentina de Fray Santiago Domínguez, lego exclaustrado y sacristán de San Eufemia del Centro. Historias menores de la Catedral-Basílica de San Martín, 13 Archivo Capitular de Ourense, Ourense, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. La sacristía de Santo Tomé de Moreiras 1879. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 4, Ourense, 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Retazos de historia. 1739 El robo de la plata de la Iglesia de Entrimo Auria - Año XIII, Nº 147, Ourense julio 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Retazos de historia. Dos olvidados pintores ourensanos en Portugal. Auria - Año XII Nº 143. Ourense, marzo 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Retazos de historia. El obispo Cerviño y los presos de Ourense (1936-1941) Auria - Año XII, Nº 141. Ourense, enero 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Retazos de historia. La alimentación de los monjes de Melón en el

siglo XVIII Auria - Año XIII N° 151. Ourense noviembre 2009.

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. San Paio de Ventosela. Priorato de Oseira. Curiosidades

XXVI Ruta Cicloturística del Románico internacional, Ourense 2008

GONZÁLEZ GARCÍA, Miguel Ángel. Santa Phara su falsificación hagiográfica y su imagen en Melón. Delegación Diocesana de Patrimonio - Notas de Patrimonio Auriense 3, Ourense, 2009.

HERNANDEZ FIGUEIREDO, José Ramón. Don Evaristo. Párroco de Carballino y promotor de la Vera Cruz. Parroquia San Cibrao de O Carballino, Ourense, 2009.

PEÑA VIDAL, Carlos de la. Os Cárdenas da casa de Sabariz. Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia - Boletín N°. 7. Pontevedra, 2008.

PROL CID, Rosa María - GONZÁLEZ IGLESIAS, María Elena. Los protocolos notariales como fuente para el estudio de la historia: Los hermanos Obregones en tierras ourensanas. Temperamentvm N° 10. Madrid, 2009.

REY OLLEROS, Manuel. La música medieval en Ourense: Pergaminos del Archivo Histórico Diocesano. Armonía Universal Ourense, 2008

RODRÍGUEZ PÉREZ, José Ricardo. Los Reinoso y los Pazos de Cornoces, Lodeiro, Banga Casa do Cabido y Casa Grande Canedo. Boletín N° 7 - Estudios de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria de Galicia. Pontevedra, 2008.

RODRIGUEZ PÉREZ, Xosé Ricardo. Santa Comba do Treboedo. Parroquia de las tierras de Maside. Diversarum Rerum, N° 4, Ourense, 2009.

RODRIGUEZ PÉREZ, Xosé-Ricardo. O reloxo da Abadía de Oseira na Torre de Maside, Duen de Bux. Ourense, 2009.

Destacamos de todos ellos el libro de Manuel Rey Olleros, con prólogo del Director del Archivo Diocesano y presentado el 10 de junio de 2009 por ser Catalogación muy valioso de los pergaminos musicales del Archivo.

Personal y becarios

Director: M.I.Sr. D. Miguel Angel González García

Auxiliares (merced a un convenio de colaboración con la Diputación Provincial, que permite la atención del archivo y un horario constante. Por lo que el Archivo y la Diócesis reiteran su reconocimiento y gratitud al Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación, D. José Luis Baltar Pumar, que de modo muy

personal siempre ha atendido las peticiones que le hemos presentado)

D. Francisco Javier Sierra Gómez.

D. Emilio Formoso Montero

(de abril a septiembre)

También colabora con el Archivo en ordenación de fondos y de modo voluntario el Rvdo. D. Manuel Casas Domínguez a quien agradecemos su generosa aportación.

Economía

Los gastos de mantenimiento corren a cargo de la administración Diocesana. Un convenio con la Secretaria Xeral de Emigración de la Xunta de Galicia firmado el 2009, con el Archivo, que facilitó fichas de duplicados de partidas con valor de información sobre emigrantes, aportó la Cantidad de 6000 € que se han invertido en las mejoras de mobiliario.

Diversas actividades

- El Director del Archivo ha dado a lo largo del curso 10 conferencias de temas relacionados con la investigación.

- Han hecho, como otros años, visitas organizadas al Archivo Alumnos de cursos de Archivos y Bibliotecas, también diversos colegios.

- Colabora siendo sede circunstancial con la Asociación de Belenistas de Ourense y con el Grupo Francisco de Moure.

- Con el Liceo de Ourense ha colaborado en la convocatoria de la XIV edición del ciclo de Jóvenes Investigadores celebrado en el mes de febrero.

- Ha colaborado con el IV Congreso del Cister en Portugal y Galicia, celebrado en Braga en el mes de octubre de 2009.

- Ha intercambiado y donado publicaciones con diversas instituciones similares de Galicia y de otras partes de España y Portugal

- Se ha instalado una vitrina con medallas conmemorativas y sellos parroquiales que han quedado en desuso. Se pide a los párrocos no dejen de depositar en el Archivo estos sellos porque tienen interés histórico.

- El Archivo se constituye también en depósito de diversas obras de arte destinadas al futuro Museo Diocesano, llevándose registro minucioso de las mismas.

Diversarum Rerum

Importante complemento a la Actividad del Archivo ha sido la publicación con el Archivo Capitular del

nº 4 de la Revista DIVERSARUM RERUM, subvencionada en parte por CAIXANOVA a cuyo Presidente D, Julio Fernández Ganoso agradecemos

La acogida e intercambio con otras publicaciones ha sido muy positiva y es un acertado medio para significar la vitalidad de estas instituciones, dar cabida a trabajos de investigación histórica sobre la Diócesis y alentar el trabajo de los jóvenes investigadores.

El índice de trabajos del nº 4 es el siguiente

-Notas históricas sobre el paso de los franceses por la provincia de Ourense. Los desastres de la guerra en las tenencias del cabildo. Miguel Ángel González García. pags. 9-22

-Tras la estela de Juni: una nueva atribución a Angés el Mozo y una reflexión sobre sus fuentes en el retablo orensano de las Nieves. Manuel Arias Martínez pags. 23-34

-El monasterio de san Salvador de Alveos. Ernesto Iglesias Almeida y Manuel Carlos González Fernández. pags. 35-52

-Casa y granja de la Quinza perteneciente al convento de Santo Domingo de Bonaval de Santiago de Compostela. Memoria e inventario año de 1756. José Ramón Estévez Pérez. pags. 53-60

-Ordenanzas para el régimen del coro promulgadas por el obispo Pedro Ruiz de Valdivieso en 1620. José Manuel Uruburu Ventura, pags. 61-64

-Santa Comba do Treboedo. Parroquia de las tierras de Maside. Xosé Ricardo Rodríguez Pérez. pags. 65-96

-La Virgen de la Leche en la medicina y el arte. Nazareth Martinón Torres. pags. 97-122

-A granxa e fincas ourensás da Carballreira, O Poexo e Regueiro Fozados documentos do arquivo da casa da Porta (Gomariz-Leiro). SS. XVI-XIX. Nieves Amado Rolán. pags. 123-172

-San Rafael Arnáiz Barón en Oseira. María Damián Yáñez Neira. pags. 173-192

-Tabla de los obispos que han sido en esta santa Iglesia de Orense. María Belén Pumar Diéguez, pags. 193-226

-A morte feminina no Ourense baixomedieval. Graciela Gómez Cid. pags. 227-242

-La parroquia de santa María de Cerdedelo entre dos poderes (II). Odilo Gómez Parente Pags. 243-296

-Catalogación del fondo de provisión de canongías y beneficios del Archivo Capitular de Ourense. Eduardo Breogán Nieto Muñiz y Miguel Angel González García. pags. 297-354

-El coste de la reforma de los monasterios benedictinos gallegos, castellano-leoneses, riojanos y otros (1514 y 1532). Ernesto Zaragoza i Pascual. Pags. 355-374

Los índices completos de los tres números están en el servicio DIALNET de la Universidad de La Rioja y en la página web de la Biblioteca de la Diputación de Pontevedra.

Dirección y horarios

El Archivo Histórico Diocesano está ubicado en el Seminario Mayor, en el pabellón derecho.

✉ Vista Hermosa.
Carretera del Seminario s/n.
32002 OURENSE

La correspondencia puede también dirigirse al apartado 142. 32080 OURENSE

☎ 988 36 63 35

✉ archivohistorico@obispadodeourense.com

Las noticias e informaciones del Archivo pueden también consultarse en la página web del obispado.

www.obispadodeourense.com

Horario

De lunes a viernes de 9 a 13.

Vacaciones:

Mes de agosto

Semana Santa desde el jueves santo al lunes de Pascua, ambos inclusive.

Navidad del 24 de diciembre al 2 de enero.

Las fiestas nacionales, locales, de la Diócesis y del Seminario (11 y 12 de noviembre y 28 de enero).

Miguel Ángel González García
Director del Archivo Histórico Diocesano



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Mensaje de los Obispos con motivo de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Comisión Episcopal para las Relaciones Interconfesionales

18-25 de enero de 2010

Dar testimonio de Cristo, lema para el Octavario

“Vosotros sois testigos...” (Lc 24,48)

El lema que este año orienta el Octavario de oración por la unidad de las Iglesias son las palabras del Resucitado a los discípulos: “Vosotros sois testigos de todas estas cosas” (Lc 24,48). Con ellas, Jesús resucitado les recuerda que ya antes de padecer les había hablado de su misión y cómo el designio del Padre sobre él incluía su pasión y muerte, para dar así cumplimiento a cuanto estaba escrito de él “en la ley de Moisés, en los libros de los profetas y en los salmos” (Lc 24,44). El Resucitado recordaba que los discípulos habían de dar testimonio público de cómo, en verdad, había encontrado cumplimiento cuanto la Escritura hablaba de él. En consecuencia, debían proclamar la Buena Noticia del amor misericordioso de Dios por la humanidad, revelado en Jesús, fundamento de una esperanza nueva y cierta que abrió la historia humana al futuro de salvación, que aguarda a cuantos creen que Jesús murió y resucitó por nosotros.

Este mensaje que el mismo Resucitado encomendó a los discípulos es el

mensaje de la Iglesia de ayer, de hoy y de todos los tiempos, la misma «Iglesia una y santa» que el Señor “entregó a Pedro (cf. Jn 21,17), para que la pastoreara; encargándole a él y a los demás Apóstoles que la extendieran y gobernarán (cf. Mt 28,18s), y la erigió como columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3,15)”¹.

La Iglesia es apostólica porque no anuncia otro mensaje que el evangelio de la vida y la salvación predicado por los Apóstoles, para dar a conocer a Cristo a los hombres y mujeres de todas las latitudes, culturas y lenguas, a quienes les ha sido dado oír la predicación apostólica por medio de la Iglesia. Por su universalidad pudo ser llamada desde la Antigüedad cristiana «la Católica», implantada ampliamente en el mundo, pero cuya tarea sigue siendo dar a conocer a Cristo como revelador del Padre y redentor del mundo.

El recuerdo de la Conferencia de Edimburgo de 1910, estímulo para la misión de los cristianos en la unidad de la fe.

El Octavario de Oración por la unidad de los cristianos tiene este año de 2010 un motivo particular para orar por la fidelidad permanente de la Iglesia a su misión evangelizadora. Este año se cumple el primer centenario de la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo, convocada por las sociedades misioneras protestantes en 1910, a la que se sumaron con entusiasmo muchos anglicanos próximos al catolicismo. Se trataba de superar el obstáculo de la división de las nuevas comunidades cristianas en los territorios de misión, donde las «Iglesias jóvenes» se enfrentaban al difícil interrogante que suscitaban las misiones: ¿dónde hallar el verdadero cristianismo? Las sociedades misioneras habían comprendido por propia experiencia que era necesario, por fidelidad a Cristo, superar la rivalidad y el proselitismo y aunar esfuerzos en la común tarea de llevar a Cristo al corazón de los pueblos.

La magna asamblea misionera de Edimburgo ayudó de modo decisivo a descubrir hasta qué punto las diferencias doctrinales y las distintas estructuras o «constitución» de las Iglesias demandaban un diálogo doctrinal que impulsara el ecumenismo, para mejor predicar a Cristo. Cien años después, las Iglesias cristianas han realizado un largo recorrido hacia la unidad visible de la Iglesia. Los católicos afirmamos con el Concilio Vaticano II que la Iglesia fundada por Cristo y “constituida y ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católi-

ca”, pero al mismo tiempo reconocemos que la única Iglesia de Cristo tiene en las otras Iglesias y Comunidades cristianas “muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, empujan hacia la unidad católica”².

Los Obispos de la Comisión para las Relaciones Interconfesionales desearíamos que este año, al orar por la unidad de los cristianos, tuviéramos presente cuánto se ha conseguido ya en el camino hacia la unidad doctrinal en la fe y en la misión. Hoy, después de más de cuatro décadas de diálogo y colaboración desde la clausura del Vaticano II, el ecumenismo cuenta en su haber con una aproximación cada vez mayor de las Iglesias al misterio de la Iglesia como sacramento de salvación para el mundo. Sus logros son un don del Señor que nos anima e impulsa a superar nuevos obstáculos. Entre estos obstáculos, se encuentran todavía los recelos que suscita la presencia de unas Iglesias en territorio donde históricamente se hallan otras implantadas, inseparables de la identidad de pueblos y naciones cuya identidad se halla modelada por la fe cristiana.

Respeto a la libertad religiosa de las personas y a los derechos de las comunidades eclesiales.

La cuestión, sin embargo, de los llamados «territorios canónicos» todavía es causa de perturbación en la vida de las Iglesias. Pidamos al Señor que nin-

gún modelo de misión cristiana ceda a la tentación del proselitismo, y que todos los cristianos respetemos los derechos de la conciencia de las personas, derechos que ampara la verdadera libertad religiosa, garantía de una conducta religiosa ejercida en libertad ante Dios y los hombres tanto para las personas como para las comunidades de las Iglesias.

Hemos de orar para que definitivamente se cierren las heridas del pasado, conscientes de que los cristianos de hoy vivimos en una sociedad en libertad, de mentalidad y cultura que nos hacen diferentes a los cristianos de las sociedades confesionales de otro tiempo. Recordemos las palabras del Papa Juan Pablo II, cuando afirmaba en su Encíclica sobre el empeño ecuménico a favor de la unidad, que “el compromiso ecuménico debe basarse en la conversión de los corazones y en la oración, lo cual llevará incluso a la necesaria purificación de la memoria histórica”³.

La Iglesia Católica respeta el carácter histórico y la impregnación cultural que las Iglesias ortodoxas tienen en los países del Oriente Europeo, sin dejar de atender pastoralmente a los católicos de rito latino y a los que conservan el rito oriental y han querido mantener su comunión plena con el Sucesor de Pedro dentro de la unidad católica. La inmigración nos ha puesto en contacto con muchos católicos de rito oriental que han tenido que sufrir a causa de

esta voluntad de plena comunión con la Sede Apostólica.

Hoy tenemos entre nosotros comunidades de estos católicos orientales que forman parte de nuestras Iglesias diocesanas. Su presencia nos ayuda a comprender mejor a los hermanos ortodoxos, que comparten con ellos la tradición litúrgica, la espiritualidad oriental y la disciplina eclesiástica. Hemos de acoger a nuestros hermanos ortodoxos sin olvidar la plena comunión que tenemos con nuestros hermanos católicos orientales; y tratar de construir, especialmente en estos momentos de crisis social y económica, una relación de afecto y fraterna preocupación por unos y otros, conscientes de las necesidades que han dado lugar a las migraciones que ellos ahora, igual que tantos españoles antes, han padecido en común. Tengamos en cuenta las palabras de san Pablo: “En todo caso, es el amor de Cristo el que nos apremia” (2 Cor 5,14). La caridad de Cristo, en verdad, nos urge y nos interpela, ayudándonos con su ejemplo de amor total hasta la muerte por nosotros a vivir en permanente entrega a los hermanos.

Exhortamos a los sacerdotes a tener en cuenta tanto las Orientaciones pastorales que los Obispos aprobamos para la atención de los católicos orientales en España en 2003, como las que aprobamos para prestar la mejor hospitalidad pastoral posible a los orientales no católicos en 2006. Creemos que

estas orientaciones prestan un servicio indudable a la mejor relación entre cristianos de distintas confesiones y ritos, y ayudan a llevar adelante un compromiso ecuménico que enriquece nuestro recíproco conocimiento y estima.

El caso de los anglicanos que han pedido la plena comunión de la Iglesia Católica

Ante las numerosas y reiteradas peticiones de entrada en la plena comunión católica, el Papa Benedicto XVI ha publicado recientemente la Constitución *Anglicanorum coetibus* (4 de noviembre de 2009), que abre a los anglicanos que así lo deseen, obrando en conciencia y en el pleno ejercicio de su libertad religiosa, la posibilidad de entrada en comunión con la Sede Apostólica, manteniendo la tradición espiritual y litúrgica que les es propia, mediante su adscripción a los Ordinariatos personales, para cuantos corporativamente quieran entrar en la Iglesia Católica.

Es éste un caso particular que no responde a ninguna acción de carácter proselitista por parte de la Iglesia Católica, que en palabras del Papa, sigue empeñada en la prosecución del diálogo ecuménico doctrinal y del diálogo de la caridad con las Iglesias de la Comunión anglicana, igual que con las demás Iglesias y Comunidades eclesiales. Al abrir esta puerta de entrada en la Iglesia Católica, la Santa Sede no toma una iniciativa contraria al diálogo ecu-

ménico, porque, en efecto, “la Iglesia Católica asume con esperanza la acción ecuménica como un imperativo de la conciencia cristiana iluminada por la fe y guiada por la caridad”⁴. Estas palabras de Juan Pablo II, las hacía suyas Benedicto XVI, añadiendo que el diálogo ecuménico “es un intercambio de dones en el que las Iglesias y las comunidades eclesiales pueden poner a disposición su propio tesoro”⁵. Al crear estos Ordinariatos para los grupos anglicanos que vienen a la Iglesia Católica, el Santo Padre quiere dar “una respuesta generosa a la legítima aspiración de estos grupos anglicanos”⁶.

Por otra parte, la Declaración del Arzobispo católico de Westminster y del Primado anglicano de Cantorbery, del pasado 20 de octubre, decía: “La Constitución Apostólica representa el reconocimiento de un acuerdo sustancial en fe, doctrina y espiritualidad que se da entre la Iglesia Católica y la tradición anglicana. Sin los diálogos de estos últimos cuarenta años no hubiera sido posible, ni cabría alimentar la esperanza de lograr la plena unidad visible”. Así, pues, los anglicanos que ahora han pedido la plena comunión católica tienen este importante respaldo ecuménico.

Con estas palabras, queremos contribuir a aclarar la importante decisión tomada por el Santo Padre y al mismo tiempo reiterar la voluntad de nuestro compromiso ecuménico con nuestros hermanos anglicanos.

Sólo nos queda encomendar a la oración de todos los mejores logros de la unidad, porque siempre son fruto del Espíritu Santo; y alentar a la misión común obedeciendo el mandato de Cristo de llevar a los hombres de nuestro tiempo el mensaje de la salvación.

- + Adolfo, Obispo de Almería, Presidente
- + José, Obispo de Tui-Vigo
- + Román, Obispo de Vic
- + César Augusto, Obispo auxiliar de Madrid

NOTAS:

- 1 Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, 8.
- 2 *Lumen gentium*, 8.
- 3 Juan Pablo II, Encíclica *Ut unum sint*, 2.
- 4 *Ut unum sint*, 8.
- 5 Benedicto XVI, Discurso en el encuentro ecuménico de Colonia (19 de agosto de 2005).
- 6 Cf. Comunicado de prensa que acompañó la publicación de la Constitución



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

IV Domingo de Adviento, 20 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con el IV domingo de Adviento, la Navidad del Señor está ya ante nosotros. La liturgia, con las palabras del profeta Miqueas, invita a mirar a Belén, la pequeña ciudad de Judea testigo del gran acontecimiento: “Pero tú, Belén de Efratá, la más pequeña entre las aldeas de Judá, de ti saldrá el jefe de Israel. Su origen es desde lo antiguo, de tiempo inmemorial” (*Mi 5, 1*). Mil años antes de Cristo, en Belén había nacido el gran rey David, al que las Escrituras concuerdan en presentar como antepasado del Mesías. El Evangelio de san Lucas narra que Jesús nació en Belén porque José, el esposo de María, siendo de la “casa de David”, tuvo que dirigirse a esa aldea para el censo, y precisamente en esos días María dio a luz a Jesús (cf. *Lc 2, 1-7*). En efecto, la misma profecía de Miqueas prosigue aludiendo precisamente a un nacimiento misterioso: “Dios los abandonará -dice- hasta el tiempo en que la madre dé a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel” (*Mi 5, 2*).

Así pues, hay un designio divino que comprende y explica los tiempos y los lugares de la venida del Hijo de Dios al mundo. Es un designio de paz, como anuncia también el profeta hablando del Mesías: “En pie pastoreará con la fuerza del Señor, por el nombre glorioso del Señor su Dios. Habitarán tranquilos porque se mostrará grande hasta los confines de la tierra. Él mismo será nuestra paz” (*Mi 5, 3-4*).

Precisamente este último aspecto de la profecía, el de la paz mesiánica, nos lleva naturalmente a subrayar que Belén es también una ciudad-símbolo de la paz, en Tierra Santa y en el mundo entero. Por desgracia, en nuestros días, no se trata de una paz lograda y estable, sino una paz fatigosamente buscada y esperada. Dios, sin embargo, no se resigna nunca a este estado de cosas; por ello, también este año, en Belén y en todo el mundo, se renovará en la Iglesia el misterio de la Navidad, profecía de paz para cada hombre, que compromete a los cristianos a implicarse en las cerrazones, en los dramas, a menudo desconocidos y ocultos, y en los conflictos del contexto en el que viven, con los sentimientos de Jesús, para ser en todas partes instrumentos y mensajeros de paz, para llevar amor donde hay

odio, perdón donde hay ofensa, alegría donde hay tristeza y verdad donde hay error, según las bellas expresiones de una conocida oración franciscana.

Hoy, como en tiempos de Jesús, la Navidad no es un cuento para niños, sino la respuesta de Dios al drama de la humanidad que busca la paz verdadera. “Él mismo será nuestra paz”, dice el profeta refiriéndose al Mesías. A nosotros nos toca abrir de par en par las puertas para acogerlo. Aprendamos de María y José: pongámonos con fe al servicio del designio de Dios. Aunque no lo comprendamos plenamente, confiemos en su sabiduría y bondad. Busquemos ante todo el reino de Dios, y la Providencia nos ayudará. ¡Feliz Navidad a todos!

Plaza de San Pedro. Sábado, 26 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón aún lleno de asombro e inundado de la luz que proviene de la gruta de Belén, donde con María, José y los pastores, hemos adorado a nuestro Salvador, hoy recordamos al diácono san Esteban, el primer mártir cristiano. Su ejemplo nos ayuda a penetrar más en el misterio de la Navidad y nos testimonia la maravillosa grandeza del nacimiento de aquel Niño, en el que se manifiesta la gracia de Dios, que trae la salvación a los hombres (cf. *Tt* 2, 11). De hecho, el niño que da vagidos

en el pesebre es el Hijo de Dios hecho hombre, que nos pide que testimonиеmos con valentía su Evangelio, como lo hizo san Esteban, quien, lleno de Espíritu Santo, no dudó en dar la vida por amor a su Señor. Como su Maestro, muere perdonando a sus perseguidores y nos ayuda a comprender que la llegada del Hijo de Dios al mundo da origen a una nueva civilización, la civilización del amor, que no se rinde ante el mal y la violencia, y derriba las barreras entre los hombres, haciéndolos hermanos en la gran familia de los hijos de Dios.

San Esteban es también el primer diácono de la Iglesia, que haciéndose servidor de los pobres por amor a Cristo, entra progresivamente en plena sintonía con él y lo sigue hasta el don supremo de sí. El testimonio de san Esteban, como el de los mártires cristianos, indica a nuestros contemporáneos, a menudo distraídos y desorientados, en quién deben poner su confianza para dar sentido a la vida. De hecho, el mártir es quien muere con la certeza de saberse amado por Dios y, sin anteponer nada al amor de Cristo, sabe que ha elegido la mejor parte. Configurándose plenamente a la muerte de Cristo, es consciente de que es germen fecundo de vida y abre en el mundo senderos de paz y de esperanza. Hoy, presentándonos al diácono san Esteban como modelo, la Iglesia nos indica asimismo que la acogida y el amor a los pobres es uno de los caminos privilegiados para vivir el Evangelio y testimoniar a los hombres de modo creíble el reino de Dios que viene.

La fiesta de san Esteban nos recuerda igualmente a los numerosos creyentes que en varias partes del mundo se ven sometidos a pruebas y sufrimientos a causa de su fe. Encomendándolos a su celestial protección, comprometámonos a sostenerlos con la oración y a realizar sin cesar nuestra vocación cristiana, poniendo siempre en el centro de nuestra vida a Jesucristo, a quien en estos días contemplamos en la sencillez y en la humildad del pesebre. Por eso, invoquemos la intercesión de María, Madre del Redentor y Reina de los mártires, con la oración del Ángelus.

Plaza de San Pedro. Domingo, 27 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Se celebra hoy el domingo de la Sagrada Familia. Podemos seguir identificándonos con los pastores de Belén que, en cuanto recibieron el anuncio del ángel, acudieron a toda prisa, y encontraron “a María y a José, y al niño acostado en el pesebre” (Lc 2, 16). Detengámonos también nosotros a contemplar esta escena, y reflexionemos en su significado. Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, no sólo encontraron al Niño Jesús, sino también a una pequeña familia: madre, padre e hijo recién nacido. Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios. Dios

es Trinidad, es comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia que existe entre el Misterio de Dios y su criatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable del Dios amor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, en el matrimonio llegan a ser en “una sola carne” (Gn 2, 24), es decir, una comunión de amor que engendra nueva vida. En cierto sentido, la familia humana es icono de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor.

La liturgia de hoy propone el célebre episodio evangélico de Jesús, que a los doce años se queda en el templo, en Jerusalén, sin saberlo sus padres, quienes, sorprendidos y preocupados, lo encuentran después de tres días discutiendo con los doctores. A su madre, que le pide explicaciones, Jesús le responde que debe “estar en la propiedad”, en la casa de su Padre, es decir, de Dios (cf. Lc 2, 49). En este episodio el adolescente Jesús se nos presenta lleno de celo por Dios y por el templo.

Preguntémonos: ¿de quién había aprendido Jesús el amor a las “cosas” de su Padre? Ciertamente, como hijo tenía un conocimiento íntimo de su Padre, de Dios, una profunda relación personal y permanente con él, pero, en su cultura concreta, seguro que aprendió de sus padres las oraciones, el amor al templo y a las instituciones de Israel. Así pues, podemos afirmar que la decisión de Jesús de quedarse en el templo era fruto sobre todo de su íntima rela-

ción con el Padre, pero también de la educación recibida de María y de José. Aquí podemos vislumbrar el sentido auténtico de la educación cristiana: es el fruto de una colaboración que siempre se ha de buscar entre los educadores y Dios. La familia cristiana es consciente de que los hijos son don y proyecto de Dios. Por lo tanto, no pueden considerarse como una posesión propia, sino que, sirviendo en ellos al plan de Dios, está llamada a educarlos en la mayor libertad, que es precisamente la de decir "sí" a Dios para hacer su voluntad. La Virgen María es el ejemplo perfecto de este "sí". A ella le encomendamos todas las familias, rezando en particular por su preciosa misión educativa.

Y ahora me dirijo, en lengua española, a quienes participan en la fiesta de la Sagrada Familia en Madrid.

Saludo cordialmente a los pastores y fieles congregados en Madrid para celebrar con gozo la Sagrada Familia de Nazaret. ¿Cómo no recordar el verdadero significado de esta fiesta? Dios, habiendo venido al mundo en el seno de una familia, manifiesta que esta institución es camino seguro para encontrarlo y conocerlo, así como un llamamiento permanente a trabajar por la unidad de todos en torno al amor. De ahí que uno de los mayores servicios que los cristianos podemos prestar a nuestros semejantes es ofrecerles nuestro testimonio sereno y firme de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, salvaguar-

dándola y promoviéndola, pues ella es de suma importancia para el presente y el futuro de la humanidad. En efecto, la familia es la mejor escuela donde se aprende a vivir aquellos valores que dignifican a la persona y hacen grandes a los pueblos. También en ella se comparten las penas y las alegrías, sintiéndose todos arropados por el cariño que reina en casa por el mero hecho de ser miembros de la misma familia. Pido a Dios que en vuestros hogares se respire siempre ese amor de total entrega y fidelidad que Jesús trajo al mundo con su nacimiento, alimentándolo y fortaleciéndolo con la oración cotidiana, la práctica constante de las virtudes, la recíproca comprensión y el respeto mutuo. Os animo, pues, a que, confiando en la materna intercesión de María santísima, Reina de las familias, y en la poderosa protección de san José, su esposo, os dedicéis sin descanso a esta hermosa misión que el Señor ha puesto en vuestras manos. Contad además con mi cercanía y afecto, y os ruego que llevéis un saludo muy especial del Papa a vuestros seres queridos más necesitados o que pasan dificultades. Os bendigo a todos de corazón.

Plaza de San Pedro. Viernes 1 de enero de 2010.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy el Señor nos concede iniciar un nuevo año en su nombre y bajo la

mirada de María santísima, de la que celebramos la solemnidad de la Maternidad Divina. Me alegra encontrarme con vosotros para este primer Ángelus de 2010. Me dirijo a vosotros, reunidos en gran número en la plaza de San Pedro, y también a los que se unen a nuestra oración mediante la radio y la televisión: a todos deseo que el año que acaba de comenzar sea un tiempo en el que, con la ayuda del Señor, podamos ir al encuentro de Cristo, de la voluntad de Dios, y así también mejorar nuestro mundo.

Un objetivo que todos podemos compartir, condición indispensable para la paz, es el de administrar con justicia y sabiduría los recursos naturales de la Tierra. “Si quieres promover la paz, protege la creación”: a este tema, de gran actualidad, he dedicado mi *Mensaje* para la XLIII Jornada mundial de la paz de hoy. Mientras se publicaba el *Mensaje*, los jefes de Estado y de Gobierno estaban reunidos en Copenhague para la cumbre sobre el clima, donde se hizo evidente una vez más la urgencia de directrices concordadas a nivel global. Sin embargo, en este momento, quiero destacar la importancia que tienen también, en la tutela del medio ambiente, las elecciones de las personas, de las familias y de las administraciones locales. “Resulta indispensable un cambio de mentalidad efectivo, que lleve a todos a adoptar nuevos estilos de vida” (cf. *Mensaje*, n. 11). En realidad, todos somos responsables de la protección y del cuidado de

la creación. Por ello, también en este campo, es fundamental la educación: para aprender a respetar la naturaleza; orientarse cada vez más “a construir la paz a partir de opciones de gran calado en el ámbito personal, familiar, comunitario y político” (*ib.*).

Si debemos cuidar las criaturas que nos rodean, ¡qué consideración deberemos tener con las personas, nuestros hermanos y hermanas! ¡Qué respeto por la vida humana! En el primer día del año, quiero dirigir un llamamiento a las conciencias de los que forman parte de grupos armados de cualquier tipo. A todos y a cada uno digo: ¡Deteneos, reflexionad, y abandonad el camino de la violencia! En un primer momento, este paso os podrá parecer imposible, pero, si tenéis la valentía de darlo, Dios os ayudará, y sentiréis que vuelve a vuestro corazón la alegría de la paz, que quizás desde hace tiempo habéis olvidado. Encomiendo este llamamiento a la intercesión de la santísima Madre de Dios, María. Hoy la liturgia nos recuerda que, ocho días después del nacimiento del Niño, ella y su esposo José lo hicieron circuncidar, según la ley de Moisés, y le pusieron por nombre Jesús, como había sido llamado por el ángel (cf. *Lc 2, 21*). Este nombre, que significa “Dios salva”, es el cumplimiento de la revelación de Dios. Jesús es el rostro de Dios, es la bendición para todos los hombres y para todos los pueblos, es la paz para el mundo. ¡Gracias, Madre santa, que has dado a luz al Salvador, el Príncipe de la paz!

*Domingo, 3 de enero de 2010**Queridos hermanos y hermanas:*

En este domingo -segundo después de Navidad y primero del año nuevo- me alegra renovar a todos mi deseo de todo bien en el Señor. No faltan los problemas, en la Iglesia y en el mundo, al igual que en la vida cotidiana de las familias. Pero, gracias a Dios, nuestra esperanza no se basa en pronósticos improbables ni en las previsiones económicas, aunque sean importantes. Nuestra esperanza está en Dios, no en el sentido de una religiosidad genérica, o de un fatalismo disfrazado de fe. Nosotros confiamos en el Dios que en Jesucristo ha revelado de modo completo y definitivo su voluntad de estar con el hombre, de compartir su historia, para guiarnos a todos a su reino de amor y de vida. Y esta gran esperanza anima y a veces corrige nuestras esperanzas humanas.

De esa revelación nos hablan hoy, en la liturgia eucarística, tres lecturas bíblicas de una riqueza extraordinaria: el capítulo 24 del *Libro del Sirácida*, el himno que abre la *Carta a los Efesios* de san Pablo y el prólogo del *Evangelio de san Juan*. Estos textos afirman que Dios no sólo es el creador del universo -aspecto común también a otras religiones- sino que es Padre, que “nos eligió antes de crear el mundo (...) predestinándonos a ser sus hijos adoptivos” (*Ef* 1, 4-5) y que por

esto llegó hasta el punto inconcebible de hacerse hombre: “El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros” (*Jn* 1, 14). El misterio de la Encarnación de la Palabra de Dios fue preparado en el Antiguo Testamento, especialmente donde la Sabiduría divina se identifica con la Ley de Moisés. En efecto, la misma Sabiduría afirma: “El creador del universo me hizo plantar mi tienda, y me dijo: “Pon tu tienda en Jacob, entra en la heredad de Israel”” (*Si* 24, 8). En Jesucristo, la Ley de Dios se ha hecho testimonio vivo, escrita en el corazón de un hombre en el que, por la acción del Espíritu Santo, reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad (cf. *Col* 2, 9).

Queridos amigos, esta es la verdadera razón de la esperanza de la humanidad: la historia tiene un sentido, porque en ella “habita” la Sabiduría de Dios. Sin embargo, el designio divino no se cumple automáticamente, porque es un proyecto de amor, y el amor genera libertad y pide libertad. Ciertamente, el reino de Dios viene, más aún, ya está presente en la historia y, gracias a la venida de Cristo, ya ha vencido a la fuerza negativa del maligno. Pero cada hombre y cada mujer es responsable de acogerlo en su vida, día tras día. Por eso, también 2010 será un año más o menos “bueno” en la medida en que cada uno, de acuerdo con sus responsabilidades, sepa colaborar con la gracia de Dios. Por lo tanto, dirijámonos a la Virgen María, para aprender de ella esta actitud espiritual. El Hijo de Dios

tomó carne de ella, con su consentimiento. Cada vez que el Señor quiere dar un paso adelante, junto con nosotros, hacia la “tierra prometida”, llama primero a nuestro corazón; espera, por decirlo así, nuestro “sí”, tanto en las pequeñas decisiones como en las grandes. Que María nos ayude a aceptar siempre la voluntad de Dios, con humildad y valentía, a fin de que también las pruebas y los sufrimientos de la vida contribuyan a apresurar la venida de su reino de justicia y de paz.

Después del Ángelus *(En español)*

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española que participan en esta oración mariana. El Evangelio de hoy nos recuerda el grandioso acontecimiento del misterio de la Navidad: la Palabra de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros, para que podamos contemplar su gloria y ser hijos de Dios, si creemos en su nombre. En ese nombre, se ha abierto hace pocos días en Santiago de Compostela la puerta del Año santo, puerta por la que pasan desde hace muchos siglos multitud de peregrinos en busca de la luz de la fe y la gracia del perdón, tras contemplar el majestuoso “Pórtico de la Gloria” del templo que guarda una particular memoria del apóstol Santiago el Mayor, en los extremos confines de Europa continental. Invito a todos a dejarse iluminar por Cristo, luz del mundo, y renacer así a la esperanza, a una nueva vida y a un mundo nuevo, lleno de paz y concordia. ¡Feliz domingo!

Plaza de San Pedro. Miércoles, 6 de enero de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la gran fiesta de la Epifanía, el misterio de la manifestación del Señor a todas las gentes, representadas por los Magos, venidos de Oriente para adorar al Rey de los judíos (cf. *Mt 2*, 1-2). San Mateo, que narra el acontecimiento, subraya que llegaron a Jerusalén siguiendo una estrella, avistada al surgir e interpretada como signo del nacimiento del Rey anunciado por los profetas, es decir, del Mesías. Sin embargo, al llegar a Jerusalén, los Magos necesitaron las indicaciones de los sacerdotes y de los escribas para conocer exactamente el lugar a donde debían dirigirse, es decir, Belén, la ciudad de David (cf. *Mt 2*, 5-6; *Mi 5*, 1). La estrella y las Sagradas Escrituras fueron las dos luces que guiaron el camino de los Magos, los cuales se nos presentan como modelos de los auténticos buscadores de la verdad.

Los Magos eran sabios, que escrutaban los astros y conocían la historia de los pueblos. Eran hombres de ciencia en sentido amplio, que observaban el cosmos considerándolo casi un gran libro lleno de signos y de mensajes divinos para el hombre. Su saber, por tanto, lejos de considerarse autosuficiente, estaba abierto a ulteriores revelaciones y llamadas divinas. De hecho, no se avergüenzan de pedir instrucciones a los jefes religiosos de los ju-

díos. Podrían haber dicho: actuamos por nuestra cuenta, no necesitamos a nadie, evitando, según nuestra mentalidad actual, toda “contaminación” entre la ciencia y la Palabra de Dios. En cambio, los Magos escuchan las profecías y las aceptan; y, en cuanto se vuelven a poner en camino hacia Belén, ven nuevamente la estrella, casi como confirmación de una perfecta armonía entre la búsqueda humana y la Verdad divina, una armonía que llenó de alegría su corazón de auténticos sabios (cf. *Mt 2*, 10). El culmen de su itinerario de búsqueda fue cuando se encontraron ante “el niño con María su madre” (*Mt 2*, 11). Dice el Evangelio que “postrándose lo adoraron”. Podrían haber quedado decepcionados, más aún, escandalizados. En cambio, como verdaderos sabios, se abren al misterio que se manifiesta de modo sorprendente; y con sus dones simbólicos demuestran que reconocen en Jesús al Rey y al Hijo de Dios. Precisamente en ese gesto se cumplen los oráculos mesiánicos que anuncian el homenaje de las naciones al Dios de Israel.

Un último detalle confirma, en los Magos, la unidad entre inteligencia y fe: es el hecho de que “avisados en sueños que no volvieran donde Herodes, se retiraron a su país por otro camino” (*Mt 2*, 12). Lo natural hubiera sido volver a Jerusalén, al palacio de Herodes y al Templo, para proclamar su descubrimiento. En cambio, los Magos, que han elegido como su

soberano al Niño, lo protegen en el ocultamiento, según el estilo de María, o mejor, de Dios mismo y, tal como habían aparecido, desaparecen en el silencio, satisfechos, pero también cambiados por el encuentro con la Verdad. Habían descubierto un nuevo rostro de Dios, una nueva realidad: la del amor. Que la Virgen María, modelo de verdadera sabiduría, nos ayude a ser auténticos buscadores de la verdad de Dios, capaces de vivir siempre la profunda sintonía que hay entre razón y fe, entre ciencia y revelación.

Plaza de San Pedro. Domingo, 10 de enero de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, durante la santa misa celebrada en la Capilla Sixtina, he administrado el sacramento del Bautismo a varios recién nacidos. Esta costumbre está unida a la fiesta del Bautismo del Señor, con la que se concluye el tiempo litúrgico de la Navidad. El Bautismo expresa muy bien el sentido global de las festividades navideñas, en las que el tema de *llegar a ser hijos de Dios* gracias a la venida del Hijo unigénito en nuestra humanidad constituye un elemento dominante. Él se hizo hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios. Dios *nació* para que nosotros podamos *renacer*. Estos conceptos

aparecen continuamente en los textos litúrgicos navideños y constituyen un motivo entusiasmante de reflexión y esperanza. Pensemos en lo que escribe san Pablo a los Gálatas: “Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Ga* 4, 4-5); o en lo que dice san Juan en el Prólogo de su Evangelio: “A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios” (*Jn* 1, 12). Este estupendo misterio, que constituye nuestro “segundo nacimiento” -el renacimiento de un ser humano de *lo alto*, de Dios (cf. *Jn* 3, 1-8)- se realiza y se resume en el signo sacramental del Bautismo.

Con este sacramento, el hombre se convierte realmente en *hijo*, en hijo de Dios. Desde ese momento el fin de su existencia consiste en alcanzar de manera libre y consciente aquello que desde el inicio era y es el destino del hombre. “Conviértete en lo que eres”, constituye el principio educativo básico de la persona humana redimida por la gracia. Este principio tiene muchas analogías con el crecimiento humano, en el que la relación de los padres con los hijos pasa, a través de alejamientos y crisis, de la dependencia total a la conciencia de ser hijo, al agradecimiento por el don de la vida recibida, y a la madurez y la capacidad de dar la vida. Engendrado por el Bautismo a una nueva vida, también el cristiano comienza

su camino de crecimiento en la fe que lo llevará a invocar conscientemente a Dios como “Abbá - Padre”, a dirigirse a él con gratitud y a vivir la alegría de ser su hijo.

Del Bautismo deriva también un modelo de sociedad: la de los *hermanos*. La fraternidad no se puede establecer mediante una ideología y mucho menos por decreto de un poder constituido. Nos reconocemos hermanos a partir de la humilde y profunda conciencia del ser hijos del único Padre celestial. Como cristianos, gracias al Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, se nos ha concedido el don y el compromiso de vivir como hijos de Dios y como hermanos, para ser como “levadura” de una humanidad nueva, solidaria y llena de paz y esperanza. En esto nos ayuda la conciencia de tener, además de un Padre en los cielos, también una madre, la Iglesia, de la que la Virgen María es modelo perenne. A ella le encomendamos los niños recién bautizados y sus familias, y le pedimos para todos la alegría de renacer cada día “de lo alto”, del amor de Dios, que nos hace sus hijos y hermanos entre nosotros.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas, dos hechos me han llamado particularmente la atención en estos últimos días: el caso de la situación de los emigrantes, que buscan una vida mejor en países que, por diferentes motivos,

tienen necesidad de su presencia, y las situaciones de conflicto, en varias partes del mundo, en las que los cristianos son objeto de ataques, en ocasiones violentos.

Es necesario partir del corazón del problema. Hay que partir del significado de la persona. Un inmigrante es un ser humano, diferente por proveniencia, cultura y tradiciones, pero es una persona que hay que respetar, y que tiene derechos y deberes, en particular en el ámbito laboral, donde es más fácil la tentación de la explotación, así como en el ámbito de las condiciones concretas de vida. La violencia no debe ser nunca, para nadie, la manera de resolver las dificultades. El problema es ante todo humano. Invito a contemplar el rostro del otro y a descubrir que tiene un alma, una historia y una vida: es una persona y Dios lo ama como me ama a mí.

Quisiera hacer consideraciones similares por lo que se refiere al hombre en su diversidad religiosa. La violencia contra los cristianos en algunos países ha suscitado la indignación de muchos, entre otras razones porque se ha producido en los días más sagrados de la tradición cristiana. Es necesario que tanto las instituciones políticas como las religiosas-lo repito- no dejen de cumplir su deber. No puede haber violencia en el nombre de Dios, ni se puede pensar en honrarlo ofendiendo la dignidad y la libertad de los semejantes.

Plaza de San Pedro. Domingo, 17 de enero de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo se celebra la Jornada mundial del emigrante y del refugiado. La presencia de la Iglesia al lado de estas personas ha sido constante en el tiempo, alcanzando objetivos singulares a principios del siglo pasado: baste pensar en las figuras del beato obispo Juan Bautista Scalabrini y de santa Francisca Cabrini. En el mensaje que envié para la ocasión, llamé la atención sobre los emigrantes y los refugiados menores de edad. Jesucristo, que recién nacido vivió la dramática experiencia del refugiado a causa de las amenazas de Herodes, enseña a sus discípulos a acoger a los niños con gran respeto y amor. En efecto, también el niño sea cual sea su nacionalidad o el color de su piel, debe ser considerado ante todo y siempre como persona, imagen de Dios, que se ha de promover y tutelar contra todo tipo de marginación y explotación. En especial, es necesario poner el máximo cuidado para que los menores que viven en un país extranjero tengan garantías a nivel legislativo y, sobre todo, se les acompañe en los innumerables problemas que deben afrontar. A la vez que animo encarecidamente a las comunidades cristianas y a los organismos que se dedican al servicio de los menores emigrantes y refugiados, exhorto a todos a mantener viva la sensibilidad educativa y

cultural hacia ellos, según el auténtico espíritu evangélico.

Hoy por la tarde, casi veinticuatro años después de la histórica visita del venerable Juan Pablo II, me dirigiré a la gran sinagoga de Roma, llamada Templo mayor, para encontrarme con la comunidad judía de la ciudad y abrir una nueva etapa en el camino de concordia y amistad entre católicos y judíos. De hecho, a pesar de los problemas y las dificultades, entre los creyentes de las dos religiones se respira un clima de gran respeto y de diálogo, atestigüando cuánto han madurado las relaciones, y el compromiso común de valorar lo que nos une: la fe en el único Dios, ante todo, pero también la tutela de la vida y de la familia, la aspiración a la justicia social y a la paz.

Recuerdo, por último, que mañana comienza la tradicional Semana de oración por la unidad de los cristianos. Cada año, para cuantos creen en Cristo, constituye un tiempo propicio para reavivar el espíritu ecuménico, para encontrarse, conocerse, orar y reflexionar juntos. El tema bíblico, tomado del evangelio de san Lucas, recoge las palabras de Jesús resucitado a los Apóstoles: "Vosotros seréis testigos de esto" (*Lc 24, 48*). Nuestro anuncio del Evangelio de Cristo será tanto más creíble y eficaz cuanto más estemos unidos en su amor, como verdaderos hermanos. Por tanto, invito a las parroquias, a las comunidades religiosas, a las asociaciones y a los movimien-

tos eclesiales a orar sin cesar, de modo especial durante las celebraciones eucarísticas, por la plena unidad de los cristianos.

Encomendemos estas tres intenciones -nuestros hermanos emigrantes y refugiados, el diálogo religioso con los judíos y la unidad de los cristianos- a la intercesión maternal de María santísima, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia.

Después del Ángelus

En estos días, nuestro pensamiento está dirigido a las queridas poblaciones de Haití, y se convierte en oración apremiante. El nuncio apostólico, que gracias a Dios está bien, me mantiene constantemente informado; así, me enteré de la dolorosa desaparición del arzobispo, como también de numerosos sacerdotes, religiosos y seminaristas. Sigo y animo el esfuerzo de las numerosas organizaciones caritativas, que se están haciendo cargo de las inmensas necesidades del país. Rezo por los heridos, por las personas sin techo y por cuantos han perdido trágicamente la vida.

En esta Jornada mundial del emigrante y del refugiado, me alegra saludar a los representantes de diversas comunidades étnicas aquí reunidas. Deseo a todos que participen plenamente en la vida social y eclesial, conservando los valores de sus culturas de origen.

AUDIENCIAS

Miércoles, 23 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con la Novena de Navidad que estamos celebrando en estos días, la Iglesia nos invita a vivir de modo intenso y profundo la preparación al Nacimiento del Salvador, ya inminente. El deseo, que todos llevamos en el corazón, es que la próxima fiesta de la Navidad nos dé, en medio de la actividad frenética de nuestros días, una serena y profunda alegría para que nos haga tocar con la mano la bondad de nuestro Dios y nos infunda nuevo valor.

Para comprender mejor el significado de la Navidad del Señor quisiera hacer una breve referencia al origen histórico de esta solemnidad. De hecho, el Año litúrgico de la Iglesia no se desarrolló inicialmente partiendo del nacimiento de Cristo, sino de la fe en su resurrección. Por eso la fiesta más antigua de la cristiandad no es la Navidad, sino la Pascua; la resurrección de Cristo funda la fe cristiana, está en la base del anuncio del Evangelio y hace nacer a la Iglesia. Por lo tanto, ser cristianos significa vivir de modo pascual, implicándonos en el dinamismo originado por el Bautismo, que lleva a morir al pecado para vivir con Dios (cf. *Rm* 6,4).

El primero que afirmó con claridad que Jesús nació el 25 de diciembre fue Hipólito de Roma, en su comentario al

libro del profeta Daniel, escrito alrededor del año 204. Algún exegeta observa, además, que ese día se celebraba la fiesta de la Dedicación del Templo de Jerusalén, instituida por Judas Macabeo en el 164 antes de Cristo. La coincidencia de fechas significaría entonces que con Jesús, aparecido como luz de Dios en la noche, se realiza verdaderamente la consagración del templo, el Adviento de Dios a esta tierra.

En la cristiandad la fiesta de Navidad asumió una forma definida en el siglo IV, cuando tomó el lugar de la fiesta romana del “*Sol invictus*”, el sol invencible; así se puso de relieve que el nacimiento de Cristo es la victoria de la verdadera luz sobre las tinieblas del mal y del pecado. Con todo, el particular e intenso clima espiritual que rodea la Navidad se desarrolló en la Edad Media, gracias a san Francisco de Asís, que estaba profundamente enamorado del hombre Jesús, del Dios-con-nosotros. Su primer biógrafo, Tomás de Celano, en la *Vita secunda* narra que san Francisco “por encima de las demás solemnidades, celebraba con inefable premura el Nacimiento del Niño Jesús, y llamaba fiesta de las fiestas al día en que Dios, hecho un niño pequeño, había sido amamantado por un seno humano” (*Fonti Francescane*, n. 199, p. 492). De esta particular devoción al misterio de la Encarnación se originó la famosa celebración de la Navidad en Greccio. Probablemente, para ella san

Francisco se inspiró durante su peregrinación a Tierra Santa y en el pesebre de Santa María la Mayor en Roma. Lo que animaba al *Poverello* de Asís era el deseo de experimentar de forma concreta, viva y actual la humilde grandeza del acontecimiento del nacimiento del Niño Jesús y de comunicar su alegría a todos.

En la primera biografía, Tomás de Celano habla de la noche del belén de Greccio de una forma viva y conmovedora, dando una contribución decisiva a la difusión de la tradición navideña más hermosa, la del belén. La noche de Greccio devolvió a la cristiandad la intensidad y la belleza de la fiesta de la Navidad y educó al pueblo de Dios a captar su mensaje más auténtico, su calor particular, y a amar y adorar la humanidad de Cristo. Este particular enfoque de la Navidad ofreció a la fe cristiana una nueva dimensión. La Pascua había concentrado la atención sobre el poder de Dios que vence a la muerte, inaugura una nueva vida y enseña a esperar en el mundo futuro. Con san Francisco y su belén, se ponían de relieve el amor inerte de Dios, su humildad y su benignidad, que en la Encarnación del Verbo se manifiesta a los hombres para enseñar un modo nuevo de vivir y de amar.

Celano narra que, en aquella noche de Navidad, le fue concedida a san Francisco la gracia de una visión maravillosa. Vio que en el pesebre yacía inmóvil un niño pequeño, que se desper-

tó del sueño precisamente por la cercanía de san Francisco. Y añade: “Esta visión coincidía con los hechos, pues, por obra de su gracia que actuaba por medio de su santo siervo Francisco, el niño Jesús fue resucitado en el corazón de muchos que le habían olvidado, y quedó profundamente grabado en su memoria amorosa” (*Vita prima, op. cit.*, n. 86, p. 307). Este cuadro describe con gran precisión todo lo que la fe viva y el amor de san Francisco a la humanidad de Cristo han transmitido a la fiesta cristiana de la Navidad: el descubrimiento de que Dios se revela en los tiernos miembros del Niño Jesús. Gracias a san Francisco, el pueblo cristiano ha podido percibir que en Navidad Dios ha llegado a ser verdaderamente el “Emmanuel”, el Dios-con-nosotros, del que no nos separa ninguna barrera ni lejanía. En ese Niño, Dios se ha hecho tan próximo a cada uno de nosotros, tan cercano, que podemos tratarle de tú y mantener con él una relación confiada de profundo afecto, como lo hacemos con un recién nacido.

En ese Niño, se manifiesta el Dios-Amor: Dios viene sin armas, sin la fuerza, porque no pretende conquistar, por decir así, desde fuera, sino que quiere más bien ser acogido libremente por el hombre; Dios se hace Niño inerte para vencer la soberbia, la violencia, el afán de poseer del hombre. En Jesús, Dios asumió esta condición pobre y conmovedora para vencer con el amor y llevarnos a nuestra verdadera identidad. No debemos olvidar

que el título más grande de Jesucristo es precisamente el de “Hijo”, Hijo de Dios; la dignidad divina se indica con un término que prolonga la referencia a la humilde condición del pesebre de Belén, aunque corresponda de manera única a su divinidad, que es la divinidad del “Hijo”.

Su condición de Niño nos indica además cómo podemos encontrar a Dios y gozar de su presencia. A la luz de la Navidad podemos comprender las palabras de Jesús: “Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (*Mt* 18, 3). Quien no ha entendido el misterio de la Navidad, no ha entendido el elemento decisivo de la existencia cristiana. Quien no acoge a Jesús con corazón de niño, no puede entrar en el reino de los cielos; esto es lo que san Francisco quiso recordar a la cristiandad de su tiempo y de todos los tiempos, hasta hoy. Oremos al Padre para que conceda a nuestro corazón la sencillez que reconoce en el Niño al Señor, precisamente como hizo san Francisco en Greccio. Así pues, también a nosotros nos podría suceder lo que Tomás de Celano, refiriéndose a la experiencia de los pastores en la Noche Santa (cf. *Lc* 2, 20), narra a propósito de quienes estuvieron presentes en el acontecimiento de Greccio: “Cada uno volvió a su casa lleno de inefable alegría” (*Vita prima, op. cit.*, n. 86, p. 479).

Éste es el deseo que os expreso con afecto a todos vosotros, a vuestras fa-

milias y a vuestros seres queridos. ¡Feliz Navidad a todos!

Miércoles 30 de diciembre de 2009
Pedro Lombardo

Queridos hermanos y hermanas:

En esta última audiencia del año quiero hablaros de Pedro Lombardo, un teólogo que vivió en el siglo XII y gozó de gran fama, porque una de sus obras, titulada *Sentencias*, fue adoptada como manual de teología durante muchos siglos.

¿Quién era, por tanto, Pedro Lombardo? Aunque las noticias sobre su vida son escasas, podemos reconstruir las líneas esenciales de su biografía. Nació entre los siglos XI y XII cerca de Novara, en el norte de Italia, en un territorio que, en otro tiempo, pertenecía a los Longobardos; precisamente por eso le pusieron el sobrenombre de “Lombardo”. Pertenecía a una familia de escasos recursos, como podemos deducir de la carta de presentación que san Bernardo de Claraval escribió a Gilduino, superior de la abadía de san Víctor en París, para pedirle que hospedara gratis a Pedro, el cual quería ir a esa ciudad para estudiar allí. De hecho, incluso en la Edad Media, no sólo los nobles o los ricos podían estudiar y llegar a ocupar cargos importantes en la vida eclesial y social, sino también personas de origen humilde, como por

ejemplo Gregorio VII, el Papa que se enfrentó al emperador Enrique IV, o Mauricio de Sully, el arzobispo de París que mandó construir Notre-Dame y que era hijo de un campesino pobre.

Pedro Lombardo inició sus estudios en Bolonia, luego se trasladó a Reims y, por último, a París. Desde 1140 enseñó en la prestigiosa escuela de Notre-Dame. Estimado y apreciado como teólogo, ocho años después el Papa, Eugenio III, le encargó que examinara las doctrinas de Gilberto Porretano, que suscitaban muchos debates, porque no parecían del todo ortodoxas. Ordenado sacerdote, fue nombrado obispo de París en 1159, un año antes de su muerte, que aconteció en 1160.

Como todos los maestros de teología de su tiempo, también Pedro escribió discursos y textos en los que comentaba la Sagrada Escritura. Su obra maestra, sin embargo, son los cuatro libros de las *Sentencias*. Se trata de un texto que nació con vistas a la enseñanza. Según el método teológico utilizado en esos tiempos, era preciso ante todo conocer, estudiar y comentar el pensamiento de los Padres de la Iglesia y de otros escritores a los que se consideraba autorizados. Por eso, Pedro recogió una documentación muy amplia, constituida principalmente por las enseñanzas de los grandes Padres latinos, sobre todo de san Agustín, y abierta a la contribución de teólogos contemporáneos suyos. Utilizó también, entre otras, una obra enciclopé-

dica de teología griega que desde hacía poco tiempo se conocía en Occidente: *La fe ortodoxa*, compuesta por san Juan Damasceno. El gran mérito de Pedro Lombardo consiste en haber ordenado todo el material, que había recogido y seleccionado con esmero, en un cuadro sistemático y armonioso. De hecho, una de las características de la teología es organizar de modo unitario y ordenado el patrimonio de la fe. Por eso, él distribuyó las sentencias, es decir, las fuentes patrísticas sobre los distintos temas, en cuatro libros. En el primero se trata de Dios y del misterio trinitario; en el segundo, de la obra de la creación, del pecado y de la gracia; en el tercero, del misterio de la Encarnación y de la obra de la Redención, con una amplia exposición sobre las virtudes. El cuarto libro está dedicado a los sacramentos y a las realidades últimas, las de la vida eterna, llamadas *Novísimos*. La visión de conjunto que se obtiene incluye casi todas las verdades de la fe católica. Esta mirada sintética y la presentación clara, ordenada, esquemática y siempre coherente, explican el éxito extraordinario de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, que permitían a los alumnos un aprendizaje fiable y a los maestros, que las usaban en sus clases, profundizar ampliamente. Un teólogo franciscano, Alejandro de Hales, que vivió una generación después de la de Pedro, introdujo en las *Sentencias* una subdivisión que hizo más fácil su consulta y su estudio. Incluso los más grandes teólogos del siglo XIII, san Alberto Magno, san Buenaventura de Bagnoregio y

santo Tomás de Aquino, iniciaron su actividad académica comentando los cuatro libros de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, enriqueciéndolas con sus reflexiones. El texto de Lombardo fue el libro que se usó en todas las escuelas de teología hasta el siglo XVI.

Deseo destacar que la presentación orgánica de la fe es una exigencia irrenunciable. De hecho, las distintas verdades de la fe se iluminan recíprocamente y, en una visión total y unitaria, se aprecia la armonía del plan de salvación de Dios y la centralidad del misterio de Cristo. Invito a todos los teólogos y a los sacerdotes a tener siempre presente, a ejemplo de Pedro Lombardo, la visión completa de la doctrina cristiana, evitando los peligros actuales de fragmentación y devaluación de las diferentes verdades. El Catecismo de la Iglesia católica, así como el Compendio de dicho Catecismo, nos ofrecen precisamente este cuadro completo de la Revelación cristiana, que es necesario acoger con fe y gratitud. Por eso, quiero animar también a los fieles y a las comunidades cristianas a aprovechar estos instrumentos para conocer y profundizar en el contenido de nuestra fe. Así se nos presentará como una maravillosa sinfonía, que nos habla de Dios y de su amor, y que estimula nuestra firme adhesión y nuestra respuesta activa.

Para tener una idea del interés que sigue suscitando la lectura de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, propongo

dos ejemplos. Inspirándose en el comentario de san Agustín al libro del Génesis, Pedro se pregunta el motivo por el cual la creación de la mujer se realizó a partir de la costilla de Adán y no de su cabeza o de sus pies. Y explica: “Dios no estaba formando una dominadora ni una esclava del hombre, sino una compañera suya” (*Sentencias* 3, 18, 3). Luego, también apoyándose en la enseñanza patristica, añade: “En esta acción, está representado el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, como la mujer fue formada de la costilla de Adán mientras éste dormía, así la Iglesia nació de los sacramentos que comenzaron a fluir del costado de Cristo que dormía en la cruz, es decir, de la sangre y el agua, con que fuimos redimidos del castigo y purificados de la culpa” (*Sentencias* 3, 18, 4). Son reflexiones profundas, que siguen siendo válidas hoy que la teología y la espiritualidad del matrimonio cristiano han profundizado mucho en la analogía con la relación esponsal entre Cristo y su Iglesia.

En otro pasaje de su obra principal, Pedro Lombardo, tratando de los méritos de Cristo, se pregunta: “¿Por qué razón, entonces, [Cristo] quiso sufrir y morir, si sus virtudes eran ya suficientes para obtenerle todos los méritos?”. Su respuesta es incisiva y eficaz: “Por ti, no por sí mismo”. Luego prosigue con otra pregunta y otra respuesta, que parecen reproducir los debates que se mantenían durante las lecciones de los maestros de teología de la Edad Media:

“Y ¿en qué sentido sufrió y murió por mí? Para que su pasión y muerte fueran para ti ejemplo y causa. Ejemplo de virtud y de humildad, causa de gloria y de libertad; ejemplo dado por Dios obediente hasta la muerte, causa de tu liberación y de tu felicidad” (*Sentencias* 3, 18, 5).

Entre las contribuciones más importantes de Pedro Lombardo a la historia de la teología, quisiera recordar su tratado sobre los sacramentos, de los que dio una definición que podría considerarse definitiva: “Se llama sacramento en sentido propio lo que es signo de la gracia de Dios y forma visible de la gracia invisible, de tal modo que lleva su imagen y es su causa” (4, 1, 4). Con esta definición, Pedro Lombardo capta la esencia de los sacramentos: son causa de la gracia, tienen la capacidad de comunicar realmente la vida divina. Los teólogos sucesivos no abandonarán ya esta visión y utilizarán también la distinción entre elemento material y elemento formal, introducida por el “Maestro de las Sentencias”, como se solía llamar a Pedro Lombardo. El elemento material es la realidad sensible y visible; el formal son las palabras pronunciadas por el ministro. Ambos son esenciales para una celebración completa y válida de los sacramentos: la materia, la realidad con la cual el Señor nos toca visiblemente, y la palabra que da el significado espiritual. En el Bautismo, por ejemplo, el elemento material es el agua que se derrama sobre la cabeza del niño, y el elemento

formal son las palabras: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Lombardo, además, aclaró que sólo los sacramentos transmiten objetivamente la gracia divina y que son siete: Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden y Matrimonio (cf. *Sentencias* 4, 2, 1).

Queridos hermanos y hermanas, es importante reconocer cuán preciosa e indispensable es para todo cristiano la vida sacramental, en la que el Señor, en la comunidad de la Iglesia, a través de esta materia nos toca y nos transforma. Como reza el Catecismo de la Iglesia católica, los sacramentos son “fuerzas que brotan del Cuerpo de Cristo, siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo” (n. 1116). En este Año sacerdotal, que estamos celebrando, exhorto a los sacerdotes, sobre todo a los ministros que ejercen la cura de almas, a que ellos mismos sean los primeros en tener una intensa vida sacramental, para que luego ayuden a los fieles. La celebración de los sacramentos debe caracterizarse por la dignidad y el decoro, y favorecer el recogimiento personal y la participación comunitaria, el sentido de la presencia de Dios y el celo misionero. Los sacramentos son el gran tesoro de la Iglesia y a cada uno de nosotros corresponde la tarea de celebrarlos con fruto espiritual. En ellos toca nuestra vida un acontecimiento siempre sorprendente: Cristo, a través de signos visibles, sale a nuestro encuentro, nos purifica, nos

transforma y nos hace partícipes de su amistad divina.

Queridos amigos, hemos llegado al final de este año y a las puertas del año nuevo. Os deseo que la amistad de nuestro Señor Jesucristo os acompañe cada día del año que está a punto de comenzar. Que esta amistad de Cristo sea nuestra luz y guía, ayudándonos a ser hombres de paz, de su paz. ¡Feliz año a todos!

Miércoles 13 de enero de 2010
Las Ordenes Mendicantes

Queridos hermanos y hermanas:

Al inicio del nuevo año, miremos la historia del cristianismo, para ver cómo se desarrolla una historia y cómo puede renovarse. En ella, podemos ver que los santos, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos mismos están profundamente renovados, están en contacto con la verdadera novedad: la presencia de Dios en el mundo. Esta consoladora realidad, o sea, que en cada generación nacen santos y traen la creatividad de la renovación, acompaña constantemente la historia de la Iglesia en medio de las tristezas y los aspectos negativos de su camino. De hecho, vemos cómo

siglo a siglo nacen también las fuerzas de la reforma y de la renovación, porque la novedad de Dios es inexorable y da siempre nueva fuerza para seguir adelante. Así sucedió también en el siglo XIII con el nacimiento y el extraordinario desarrollo de las Órdenes Mendicantes: un modelo de gran renovación en una nueva época histórica. Se las llamó así por su característica de “mendigar”, es decir, de recurrir humildemente al apoyo económico de la gente para vivir el voto de pobreza y cumplir su misión evangelizadora. De las Órdenes Mendicantes que surgieron en ese periodo, las más conocidas e importantes son los Frailes Menores y los Frailes Predicadores, conocidos como Franciscanos y Dominicos. Se les llama así por el nombre de sus fundadores, san Francisco de Asís y santo Domingo de Guzmán, respectivamente. Estos dos grandes santos tuvieron la capacidad de leer con inteligencia “los signos de los tiempos”, intuyendo los desafíos que debía afrontar la Iglesia de su época.

Un primer desafío era la expansión de varios grupos y movimientos de fieles que, a pesar de estar impulsados por un legítimo deseo de auténtica vida cristiana, se situaban a menudo fuera de la comunión eclesial. Estaban en profunda oposición a la Iglesia rica y hermosa que se había desarrollado precisamente con el florecimiento del monaquismo. En recientes catequesis, hablé de la comunidad monástica de Cluny, que había atraído a numerosos jóvenes y, por

tanto, fuerzas vitales, como también bienes y riquezas. Así se había desarrollado, lógicamente, en un primer momento, una Iglesia rica en propiedades y también inmóvil. Contra esta Iglesia, se contrapuso la idea de que Cristo vino a la tierra pobre y que la verdadera Iglesia debería ser precisamente la Iglesia de los pobres; así el deseo de una verdadera autenticidad cristiana se opuso a la realidad de la Iglesia empírica. Se trata de los movimientos llamados “pauperísticos” de la Edad Media, los cuales criticaban ásperamente el modo de vivir de los sacerdotes y de los monjes de aquel tiempo, acusados de haber traicionado el Evangelio y de no practicar la pobreza como los primeros cristianos, y estos movimientos contrapusieron al ministerio de los obispos una auténtica “jerarquía paralela”. Además, para justificar sus propias opciones, difundieron doctrinas incompatibles con la fe católica. Por ejemplo, el movimiento de los cátaros o albigenses volvió a proponer antiguas herejías, como la devaluación y el desprecio del mundo material -la oposición contra la riqueza se convierte rápidamente en oposición contra la realidad material en cuanto tal-, la negación de la voluntad libre y después el dualismo, la existencia de un segundo principio del mal equiparado a Dios. Estos movimientos tuvieron éxito, especialmente en Francia y en Italia, no sólo por su sólida organización, sino también porque denunciaban un desorden real en la Iglesia, causado por el comportamiento poco ejemplar de varios representantes del clero.

Los Franciscanos y los Dominicos, en la estela de sus fundadores, mostraron en cambio que era posible vivir la pobreza evangélica, la verdad del Evangelio como tal, sin separarse de la Iglesia; mostraron que la Iglesia sigue siendo el lugar verdadero, auténtico, del Evangelio y de la Escritura. Más aún, santo Domingo y san Francisco sacaron la fuerza de su testimonio precisamente de su íntima comunión con la Iglesia y con el Papado. Con una elección totalmente original en la historia de la vida consagrada, los miembros de estas Órdenes no sólo renunciaban a la posesión de bienes personales, como hacían los monjes desde la antigüedad, sino que ni siquiera querían que se pusieran a nombre de la comunidad terrenos y bienes inmuebles. Así pretendían dar testimonio de una vida extremadamente sobria, para ser solidarios con los pobres y confiar únicamente en la Providencia, vivir cada día de la Providencia, de la confianza de ponerse en las manos de Dios. Este estilo personal y comunitario de las Órdenes Mendicantes, unido a la total adhesión a las enseñanzas de la Iglesia y a su autoridad, fue muy apreciado por los Pontífices de la época, como Inocencio III y Honorio III, que apoyaron plenamente estas nuevas experiencias eclesiales, reconociendo en ellas la voz del Espíritu. Y no faltaron los frutos: los grupos “pauperísticos” que se habían separado de la Iglesia volvieron a la comunión eclesial o lentamente se redujeron hasta desaparecer. También hoy, a pesar de vivir en una sociedad en la que a

menudo prevalece el “tener” sobre el “ser”, la gente es muy sensible a los ejemplos de pobreza y solidaridad que dan los creyentes con opciones valientes. En nuestros días, tampoco faltan iniciativas similares: los movimientos, que parten realmente de la novedad del Evangelio y lo viven con radicalidad en la actualidad, poniéndose en las manos de Dios, para servir al prójimo. El mundo, como recordaba Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, escucha de buen grado a los maestros, cuando son también testigos. Ésta es una lección que no hay que olvidar nunca en la obra de difusión del Evangelio: ser los primeros en vivir aquello que se anuncia, ser espejo de la caridad divina.

Franciscanos y Dominicos fueron testigos, pero también maestros. De hecho, otra exigencia generalizada en su época era la de la instrucción religiosa. No pocos fieles laicos, que vivían en las ciudades en vías de gran expansión, deseaban practicar una vida cristiana espiritualmente intensa. Por tanto, trataban de profundizar en el conocimiento de la fe y de ser guiados en el arduo pero entusiasmante camino de la santidad. Las Órdenes Mendicantes supieron felizmente salir al encuentro también de esta necesidad: el anuncio del Evangelio en la sencillez y en su profundidad y grandeza era un objetivo, quizás el objetivo principal, de este movimiento. En efecto, se dedicaron con gran celo a la predicación. Eran muy numerosos los fieles -a menudo auténticas multitudes- que se reunían en las iglesias y

en lugares al aire libre para escuchar a los predicadores, como san Antonio, por ejemplo. Se trataban temas cercanos a la vida de la gente, sobre todo la práctica de las virtudes teologales y morales, con ejemplos concretos, fácilmente comprensibles. Además, se enseñaban formas para alimentar la vida de oración y la piedad. Por ejemplo, los Franciscanos difundieron mucho la devoción a la humanidad de Cristo, con el compromiso de imitar al Señor. No sorprende entonces que fueran numerosos los fieles, mujeres y hombres, que elegían ser acompañados en el camino cristiano por frailes Franciscanos y Dominicos, directores espirituales y confesores buscados y apreciados. Nacieron así asociaciones de fieles laicos que se inspiraban en la espiritualidad de san Francisco y santo Domingo, adaptada a su estado de vida. Se trata de la Orden Tercera, tanto franciscana como dominicana. En otras palabras, la propuesta de una “santidad laical” conquistó a muchas personas. Como recordó el concilio ecuménico Vaticano II, la llamada a la santidad no está reservada a algunos, sino que es universal (cf. *Lumen gentium*, 40). En todos los estados de vida, según las exigencias de cada uno de ellos, es posible vivir el Evangelio. También hoy cada cristiano debe tender a la “medida alta de la vida cristiana”, sea cual sea el estado de vida al que pertenezca.

Así la importancia de las Órdenes Mendicantes creció tanto en la Edad Media que instituciones laicales como

las organizaciones de trabajo, las antiguas corporaciones y las propias autoridades civiles, recurrían a menudo a la consulta espiritual de los miembros de estas Órdenes para la redacción de sus reglamentos y, a veces, para solucionar sus conflictos internos y externos. Los Franciscanos y los Dominicos se convirtieron en los animadores espirituales de la ciudad medieval. Con gran intuición, pusieron en marcha una estrategia pastoral adaptada a las transformaciones de la sociedad. Dado que muchas personas se trasladaban del campo a las ciudades, ya no colocaron sus conventos en zonas rurales, sino en las urbanas. Además, para llevar a cabo su actividad en beneficio de las almas, era necesario trasladarse según las exigencias pastorales. Con otra decisión totalmente innovadora, las Órdenes Mendicantes abandonaron el principio de estabilidad, clásico del monaquismo antiguo, para elegir otra forma. Frailes Menores y Predicadores viajaban de un lugar a otro, con fervor misionero. En consecuencia, se dieron una organización distinta respecto a la de la mayor parte de las Órdenes monásticas. En lugar de la tradicional autonomía de la que gozaba cada monasterio, dieron mayor importancia a la Orden en cuanto tal y al superior general, como también a la estructura de las provincias. Así los mendicantes estaban más disponibles para las exigencias de la Iglesia universal. Esta flexibilidad hizo posible el envío de los frailes más adecuados para el desarrollo de misiones específicas, y las Órdenes Mendicantes

llegaron al norte de África, a Oriente Medio y al norte de Europa. Con esta flexibilidad se renovó el dinamismo misionero.

Otro gran desafío eran las transformaciones culturales que estaban teniendo lugar en ese periodo. Nuevas cuestiones avivaban el debate en las universidades, que nacieron a finales del siglo XII. Frailes Menores y Predicadores no dudaron en asumir también esta tarea y, como estudiantes y profesores, entraron en las universidades más famosas de su tiempo, erigieron centros de estudio, produjeron textos de gran valor, dieron vida a auténticas escuelas de pensamiento, fueron protagonistas de la teología escolástica en su mejor período e influyeron significativamente en el desarrollo del pensamiento. Los más grandes pensadores, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, eran mendicantes, trabajando precisamente con este dinamismo de la nueva evangelización, que renovó también la valentía del pensamiento, del diálogo entre razón y fe. También hoy hay una “caridad de la verdad y en la verdad”, una “caridad intelectual” que ejercer, para iluminar las inteligencias y conjugar la fe con la cultura. El empeño puesto por los Franciscanos y los Dominicos en las universidades medievales es una invitación, queridos fieles, a hacerse presentes en los lugares de elaboración del saber, para proponer, con respeto y convicción, la luz del Evangelio sobre las cuestiones fundamentales que afectan al hombre, su

dignidad, su destino eterno. Pensando en el papel de los Franciscanos y de los Dominicos en la Edad Media, en la renovación espiritual que suscitaron, en el soplo de vida nueva que infundieron en el mundo, un monje dijo: “En aquel tiempo, el mundo envejecía. Pero en la Iglesia surgieron dos Órdenes, que renovaron su juventud, como la de un águila” (Burchard d’Ursperg, *Chronicon*).

Queridos hermanos y hermanas, precisamente al inicio de este año, invoquemos al Espíritu Santo, eterna juventud de la Iglesia: que él haga que cada uno sienta la urgencia de dar un testimonio coherente y valiente del Evangelio, para que nunca falten santos, que hagan resplandecer a la Iglesia como esposa siempre pura y bella, sin mancha y sin arruga, capaz de atraer irresistiblemente el mundo hacia Cristo, hacia su salvación.

Miércoles 20 de enero de 2010

Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos a mitad de la Semana de oración por la unidad de los cristianos, una iniciativa ecuménica, que se ha ido estructurando desde hace más de un siglo, y que cada año llama la atención sobre un tema, el de la unidad visible entre los cristianos, que implica

la conciencia y estimula el compromiso de quienes creen en Cristo. Y lo hace, ante todo, con la invitación a la oración, como imitación de Jesús mismo, que pide al Padre para sus discípulos: “Que sean uno, para que el mundo crea” (*Jn* 17, 21). La exhortación perseverante a la oración por la comunión plena entre los seguidores del Señor manifiesta la orientación más auténtica y profunda de toda la búsqueda ecuménica, porque la unidad es ante todo don de Dios. En efecto, como afirma el concilio Vaticano II: “El santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Cristo excede las fuerzas humanas” (*Unitatis redintegratio*, 24). Por lo tanto, además de nuestro esfuerzo por desarrollar relaciones fraternas y promover el diálogo para aclarar y resolver las divergencias que separan a las Iglesias y las comunidades eclesiales, es necesaria la confiada y concorde invocación al Señor.

El tema de este año está tomado del Evangelio de san Lucas, de las últimas palabras de Cristo Resucitado a sus discípulos: “Vosotros sois testigos de todo esto” (*Lc* 24, 48). La propuesta del tema la pidió el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, de acuerdo con la Comisión *Fe y Constitución* del Consejo mundial de Iglesias, a un grupo ecuménico de Escocia. Hace un siglo la *Conferencia mundial para la consideración de los problemas relativos al mundo no cristiano* tuvo lugar precisa-

mente en Edimburgo, Escocia, del 13 al 24 de junio de 1910. Entre los problemas que se discutieron entonces, estaba el de la dificultad objetiva de proponer con credibilidad el anuncio evangélico al mundo no cristiano por parte de los cristianos divididos entre sí. Si a un mundo que no conoce a Cristo, que se ha alejado de él o que se muestra indiferente al Evangelio, los cristianos se presentan desunidos, más aún, con frecuencia contrapuestos, ¿será creíble el anuncio de Cristo como único Salvador del mundo y nuestra paz? La relación entre unidad y misión ha representado desde ese momento una dimensión esencial de toda la acción ecuménica y su punto de partida. Y por esta aportación, específica esa Conferencia de Edimburgo es uno de los puntales del ecumenismo moderno. La Iglesia católica, en el concilio Vaticano II, retomó y confirmó con vigor esta perspectiva, afirmando que la división entre los discípulos de Jesús no sólo “contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, sino que además es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura” (*Unitatis redintegratio*, 1).

En ese contexto teológico y espiritual, se sitúa el tema propuesto para esta Semana dedicada a la meditación y la oración: la exigencia de un testimonio común de Cristo. El breve texto propuesto como tema, “Vosotros sois testigos de todo esto”, hay que

leerlo en el contexto de todo el capítulo 24 del Evangelio según san Lucas. Recordemos brevemente el contenido de este capítulo. Primero las mujeres van al sepulcro, ven los signos de la resurrección de Jesús y anuncian lo que han visto a los Apóstoles y a los demás discípulos (v. 8); después el mismo Jesús resucitado se aparece a los discípulos de Emaús en el camino, luego a Simón Pedro y, sucesivamente, “a los Once y a los que estaban con ellos” (v. 33). Les abre la mente para que comprendan las Escrituras acerca de su muerte redentora y su resurrección, afirmando que “se predicará en su nombre a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados” (v. 47). A los discípulos que se encuentran “reunidos” y que han sido testigos de su misión, el Señor resucitado les promete el don del Espíritu Santo (cf. v. 49), a fin de que juntos lo testimonien a todas las naciones. De ese imperativo -“de todo esto”, de esto vosotros sois testigos (cf. *Lc 24, 48*)-, que es el tema de esta Semana de oración por la unidad de los cristianos, brotan para nosotros dos preguntas. La primera: ¿qué es “todo esto”? La segunda: ¿cómo podemos nosotros ser testigos de “todo esto”?

Si nos fijamos en el contexto del capítulo, “todo esto” significa ante todo la cruz y la resurrección: los discípulos han visto la crucifixión del Señor, ven al Resucitado y así comienzan a entender todas las Escrituras que hablan del misterio de la pasión y del don de la

resurrección. “Todo esto”, por lo tanto, es el misterio de Cristo, del Hijo de Dios hecho hombre, que murió por nosotros y resucitó, que vive para siempre y, de ese modo, es garantía de nuestra vida eterna.

Pero conociendo a Cristo -éste es el punto esencial- conocemos el rostro de Dios. Cristo es sobre todo la revelación de Dios. En todos los tiempos, los hombres perciben la existencia de Dios, un Dios único, pero que está lejos y no se manifiesta. En Cristo este Dios se muestra, el Dios lejano se convierte en cercano. Por lo tanto, “todo esto” es, principalmente el misterio de Cristo, Dios que se ha hecho cercano a nosotros. Esto implica otra dimensión: Cristo nunca está solo; él vino entre nosotros, murió solo, pero resucitó para atraer a todos hacia sí. Cristo, como dice la Escritura, se crea un cuerpo, reúne a toda la humanidad en su realidad de la vida inmortal. Y así, en Cristo, que reúne a la humanidad, conocemos el futuro de la humanidad: la vida eterna. De manera que todo esto es muy sencillo, en definitiva: conocemos a Dios conociendo a Cristo, su cuerpo, el misterio de la Iglesia y la promesa de la vida eterna.

Pasemos ahora a la segunda pregunta. ¿Cómo podemos nosotros ser testigos de “todo esto”? Sólo podemos ser testigos conociendo a Cristo y, conociendo a Cristo, conociendo también a Dios. Pero co-

nocer a Cristo implica ciertamente una dimensión intelectual -aprender cuanto conocemos de Cristo- pero siempre es mucho más que un proceso intelectual: es un proceso existencial, es un proceso de la apertura de mi yo, de mi transformación por la presencia y la fuerza de Cristo, y así también es un proceso de apertura a todos los demás que deben ser cuerpo de Cristo. De este modo, es evidente que conocer a Cristo, como proceso intelectual y sobre todo existencial, es un proceso que nos hace testigos. En otras palabras, sólo podemos ser testigos si a Cristo lo conocemos de primera mano y no solamente por otros, en nuestra propia vida, por nuestro encuentro personal con Cristo. Encontrándonos con él realmente en nuestra vida de fe nos convertimos en testigos y así podemos contribuir a la novedad del mundo, a la vida eterna. El *Catecismo de la Iglesia católica* nos da una indicación también para entender el contenido de “todo esto”. La Iglesia ha reunido y resumido lo esencial de cuanto el Señor nos ha dado en la Revelación, en el “*Símbolo llamado niceno-constantinopolitano*, que debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros concilios ecuménicos (325 y 381)” (n. 195). El Catecismo precisa que este Símbolo “sigue siendo todavía hoy común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente” (*ib.*). En este Símbolo, por lo tanto, se encuentran las verdades de fe que

los cristianos pueden profesar y testimoniar juntos, para que el mundo crea, manifestando, con el deseo y el compromiso de superar las divergencias existentes, la voluntad de caminar hacia la comunión plena, la unidad del Cuerpo de Cristo.

La celebración de la Semana de oración por la unidad de los cristianos nos lleva a considerar otros aspectos importantes para el ecumenismo. Ante todo, el gran avance logrado en las relaciones entre Iglesias y comunidades eclesiales después de la Conferencia de Edimburgo de hace un siglo. El movimiento ecuménico moderno se ha desarrollado de modo tan significativo que en el último siglo se convirtió en un elemento importante en la vida de la Iglesia, recordando el problema de la unidad entre todos los cristianos y sosteniendo también el crecimiento de la comunión entre ellos. No sólo favorece las relaciones fraternas entre las Iglesias y las comunidades eclesiales en respuesta al mandamiento del amor, sino que también estimula la investigación teológica. Además, implica la vida concreta de las Iglesias y las comunidades eclesiales con temáticas que tocan la pastoral y la vida sacramental, como, por ejemplo, el reconocimiento mutuo del Bautismo, las cuestiones relativas a los matrimonios mixtos, los casos parciales de *communicatio in sacris* en situaciones particulares bien definidas. En la estela de este espíritu ecuménico, los contactos se han ido

ampliando también a movimientos pentecostales, evangélicos y carismáticos, para un mayor conocimiento recíproco, si bien no faltan problemas graves en este sector.

La Iglesia católica, desde el concilio Vaticano II, ha entablado relaciones fraternas con todas las Iglesias de Oriente y las comunidades eclesiales de Occidente, especialmente organizando con la mayor parte de ellas diálogos teológicos bilaterales, que han llevado a encontrar convergencias o también consensos en varios puntos, profundizando así los vínculos de comunión. En el año que acaba de concluir, los distintos diálogos han dado pasos positivos. Con las Iglesias ortodoxas, la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico, en la XI Sesión plenaria que tuvo lugar en Paphos, Chipre, en octubre de 2009, comenzó el estudio de un tema crucial en el diálogo entre católicos y ortodoxos: *El papel del obispo de Roma en la comunión de la Iglesia en el primer milenio*, es decir, en el tiempo en que los cristianos de Oriente y de Occidente vivían en la comunión plena. Este estudio se extenderá sucesivamente al segundo milenio. Otras veces ya he solicitado la oración de los católicos por este diálogo delicado y esencial para todo el movimiento ecuménico. También con las antiguas Iglesias ortodoxas de Oriente (copta, etiópica, siria, armenia), la análoga Comisión mixta se reunió del 26 al 30 de enero del año pasado. Estas importantes iniciativas

demuestran que se está llevando a cabo un diálogo profundo y rico de esperanzas con todas las Iglesias de Oriente que no están en comunión plena con Roma, en su propia especificidad. Durante el año pasado, con las comunidades eclesiales de Occidente se han examinado los resultados alcanzados en los distintos diálogos de estos cuarenta años, deteniéndose especialmente en los diálogos con la Comunión anglicana, con la Federación luterana mundial, con la Alianza reformada mundial y con el Consejo mundial metodista. Al respecto, el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos ha realizado un estudio para dilucidar los puntos de convergencia a los que se ha llegado en los relativos diálogos bilaterales, y señalar, al mismo tiempo, los problemas abiertos sobre los que será preciso comenzar una fase nueva de confrontación.

Entre los eventos recientes, quiero mencionar la conmemoración del décimo aniversario de la *Declaración común sobre la doctrina de la justificación*, celebrado conjuntamente por católicos y luteranos el 31 de octubre de 2009, para estimular la continuación del diálogo, como también la visita a Roma del arzobispo de Canterbury, doctor Rowan Williams, quien mantuvo también conversaciones sobre la situación particular en que se encuentra la Comunión anglicana. El compromiso común de continuar las relaciones y el diálogo son un signo positivo, que manifiesta cuán intenso

es el deseo de la unidad, pese a todos los problemas que la obstaculizan. Así vemos que existe una dimensión de nuestra responsabilidad en hacer todo lo posible para llegar realmente a la unidad, pero también existe la otra dimensión, la de la acción divina, porque sólo Dios puede dar la unidad a la Iglesia. Una unidad “auto-confeccionada” sería humana, pero nosotros deseamos la Iglesia de Dios, hecha por Dios, el cual creará la unidad cuando quiera y cuando nosotros estemos preparados. Debemos tener presentes también los avances reales que se han alcanzado en la colaboración y en la fraternidad en todos estos años, en estos últimos cincuenta años. Al mismo tiempo, debemos saber que la labor ecuménica no es un proceso lineal. En efecto, problemas viejos, nacidos en el contexto de otra época, pierden su peso, mientras que en el contexto actual surgen nuevos problemas y nuevas dificultades. Por lo tanto, debemos estar siempre dispuestos para un proceso de purificación, en el que el Señor nos haga capaces de estar unidos.

Queridos hermanos y hermanas, pido la oración de todos por la compleja realidad ecuménica, por la promoción del diálogo, como también para que los cristianos de nuestro tiempo den un nuevo testimonio común de fidelidad a Cristo ante nuestro mundo. Que el Señor escuche nuestra invocación y la de todos los cristianos, que en esta semana se eleva a él con especial intensidad.

DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el 25º Aniversario del Centro
Televisivo Vaticano***

Sala del Consistorio. Jueves, 18 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros, empleados, colaboradores y consejeros del Centro Televisivo Vaticano, acompañados de vuestros familiares, para conmemorar el 25º aniversario de la fundación de vuestro Centro. Saludo en particular al señor cardenal John P. Foley y al director general, padre Federico Lombardi, al que agradezco las palabras de saludo que me ha dirigido, ilustrando la realidad del Centro. También deseo recordar al doctor Emilio Rossi, recientemente fallecido, que durante muchos años fue presidente del Centro y después presidente de su consejo de administración, dando testimonio de un servicio generoso y competente a la Iglesia y a la sociedad.

El Centro fue promovido, en 1983, por mi predecesor, Juan Pablo II, consciente de que la Santa Sede, además de los medios de comunicación de los que ya disponía, debía dotarse de un Centro televisivo propio, para que el servicio del Papa a la Iglesia universal y a la humanidad pudiera valerse también de este medio, cuya eficacia se estaba manifestando cada vez con mayor evi-

dencia. *Videre Petrum*, ver al Papa, es un deseo que ha traído a Roma a innumerables peregrinos. Este deseo puede hacerse realidad hoy, al menos en parte, también gracias a la radio y la televisión, que han permitido a muchísimas personas participar, primero mediante la voz y ahora también mediante las imágenes, en las celebraciones y en los acontecimientos que se realizan en el Vaticano o en los demás lugares a los que el Papa va para cumplir su ministerio.

Así pues, ante todo prestáis un servicio muy valioso con vistas a la comunión en la Iglesia. La colaboración con las televisiones católicas ha caracterizado a vuestro Centro ya desde sus orígenes. En Italia, Telepace y SAT2000 transmiten casi todas vuestras filmaciones, pero es muy estimulante saber que no pocas televisiones católicas en diversas regiones del mundo están en conexión con vosotros. De este modo, un número cada vez mayor de fieles puede seguir, en directo o en diferido, lo que acontece en el centro de la Iglesia.

Pero la televisión no sólo llega a los fieles católicos. Al poner las imágenes a disposición de las mayores agencias televisivas mundiales y de las grandes televisiones nacionales o comerciales, favorecéis una información adecuada e inmediata sobre la vida y la enseñanza de la Iglesia en el mundo de hoy, al servicio de la dignidad de la persona humana, la justicia, el diálogo y la paz.

Las relaciones de buena colaboración que os esforzáis por mantener en el vasto mundo de la comunicación televisiva, de modo especial con ocasión de los viajes internacionales del Papa, han ensanchado el campo de vuestro servicio, podríamos decir, hasta los confines del mundo, respondiendo a las expectativas humanas y espirituales de innumerables contemporáneos nuestros.

En vuestro servicio, con mucha frecuencia estáis llamados a tomar y difundir las imágenes de importantes y espléndidas celebraciones litúrgicas que se realizan en el centro de la cristiandad. La liturgia es verdaderamente la cumbre de la vida de la Iglesia, tiempo y lugar de relación profunda con Dios. Seguir el acontecimiento litúrgico a través del ojo atento de la cámara de televisión, para permitir una auténtica participación espiritual también a quienes no pueden estar físicamente presentes, es tarea elevada y comprometida, que os exige tener una preparación seria y una verdadera sintonía espiritual con lo que, en cierto sentido, transmitís. La buena colaboración con la Oficina de las celebraciones litúrgicas, que mantenéis desde hace mucho tiempo, os ayudará a crecer cada vez más en este valioso servicio espiritual a los telespectadores de todo el mundo.

Las imágenes que habéis tomado a lo largo de los años y que ahora conserváis celosamente, convierten vuestro archivo en un valioso recurso, no sólo para la producción de programas televisivos ac-

tuales o futuros, sino también -podríamos decir- para la historia de la Santa Sede y de la Iglesia. Conservar adecuadamente la grabación de las voces y las imágenes es una empresa técnicamente difícil y económicamente costosa, pero es una de vuestras tareas institucionales, que os animo a afrontar con confianza. Para que la Iglesia siga estando presente con su mensaje “en el gran areópago” de la comunicación social, como lo definía Juan Pablo II, y no se encuentre ajena a los espacios en los que innumerables jóvenes navegan en busca de respuestas y de sentido para su vida, debéis tratar de encontrar caminos para difundir, de un modo nuevo, voces e imágenes de esperanza a través de la red telemática que envuelve nuestro planeta con mallas cada vez más tupidas.

Por lo demás, no sois los únicos en afrontar vuestra misión. Hoy precisamente se habla de la “convergencia” entre los diversos medios de comunicación social. Los confines entre esos medios se difuminan y las sinergias aumentan. Naturalmente, también los medios de comunicación social al servicio de la Santa Sede experimentan esta evolución y se deben insertar en ella consciente y activamente. Desde siempre la colaboración entre vuestro Centro y Radio Vaticano ha sido muy estrecha y ha ido creciendo, porque en las transmisiones la imagen y el sonido no pueden separarse.

Pero hoy internet invita a una integración cada vez mayor de la comunicación escrita, sonora y visual, y por tanto

desafía a ensanchar e intensificar las formas de colaboración entre los medios de comunicación social que están al servicio de la Santa Sede. A eso también contribuirá, de modo particular, la relación positiva con el Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, con el que os aliento a desarrollar iniciativas y profundizaciones fructuosas.

Así pues, ¡ánimo! La modesta entidad de vuestra estructura en comparación con la grandeza de las tareas no os debe asustar. Muchas personas gracias a vuestro trabajo pueden sentirse más cercanas al corazón de la Iglesia. Sed conscientes también de la gratitud del Papa, el cual sabe que os dedicáis generosamente a un trabajo que contribuye a la amplitud y la eficacia de su servicio diario. El Señor que viene, y cuya salvación queréis anunciar a través de vuestras imágenes, os acompañe. Con este deseo y con un augurio especial de ¡Feliz Navidad!, que extendiendo a todos vuestros seres queridos, os bendigo de corazón.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Oficina para los Asuntos
Laborales de la Sede Apostólica***

Sala de los Papas. Viernes, 19 de diciembre de 2008

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra daros la bienvenida a todos los que participáis en este encuentro, a pocos días del 20º aniversario de la institución de la Oficina para los asuntos laborales de la Sede apostólica (Ulsa), por obra de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, con el motu proprio “Nel primo anniversario” del 1 de enero de 1989.

Saludo al cardenal Francesco Marchisano, presidente de la Ulsa, al que agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido y aprovecho la ocasión para expresarle viva gratitud por el largo servicio que ha prestado a la Santa Sede. Saludo al vicepresidente, obispo Franco Croci; al director, doctor Massimo Bufacchi; a los miembros de la presidencia, del consejo, del colegio de conciliación y arbitraje, así como a vuestros demás colaboradores.

En el *motu proprio* de institución de la Ulsa, el siervo de Dios, Juan Pablo II, como ha recordado vuestro presidente, expresó el deseo de que “se respete de modo efectivo la dignidad de cada colaborador; se reconozcan, tutelen, armonicen y promuevan los derechos económicos y sociales de cada miembro; se cumplan cada vez con mayor fidelidad los respectivos deberes; se estimule un vivo sentido de responsabilidad; y se dé un servicio cada vez mejor” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de febrero de 1989, p. 21).

En el sucesivo *motu proprio* de 1994, titulado “La sollecitudine”, con el que

aprobó el Estatuto definitivo de la Oficina, escribió: “Deseo ahora reafirmar la función, atribuida a la Oficina para los asuntos laborales de la Sede apostólica, de órgano de la misma que tiene una identidad institucional específica y se encarga de la tutela de los intereses legítimos de los que pertenecen a la comunidad de trabajo de la Santa Sede, para asegurar armonía e igualdad, en la pluralidad, diversidad y especificidad de las funciones, favoreciendo una aplicación correcta de los principios de la justicia social, como garantía de la unidad de esa comunidad y del crecimiento de las relaciones interpersonales en el seno de la misma”.

Se trata de orientaciones muy claras, que me complace reafirmar, poniendo de relieve la tarea peculiar que la Oficina para los asuntos laborales de la Sede apostólica está llamada a realizar en la formación del personal, a fin de hacer que la actividad de la comunidad laboral de la Santa Sede sea cada vez más eficiente y solidaria.

Otro importante servicio que presta vuestra Oficina es el de prevenir cualquier eventual conflicto concerniente a los trabajadores que dependen de la Sede apostólica, y a buscar, si fuera necesario, su oportuna solución mediante un diálogo sincero y objetivo, actuando los procedimientos de conciliación y arbitraje previstos.

Todo ello con el fin de consolidar dicha comunidad de trabajo, llevando

a cabo las intervenciones oportunas para el pleno cumplimiento de las normas establecidas con vistas a su salvaguardia, y resolviendo eventuales cuestiones de carácter administrativo o socioeconómico que se produjeran en los diversos organismos de la Santa Sede. Precisamente así, cooperando para una mejor organización de la comunidad de trabajo de la Sede apostólica, vuestra Oficina consigue las finalidades para las que fue constituida.

En esta circunstancia, quiero subrayar que la comunidad de trabajo constituida por quienes colaboran en las diversas oficinas y organismos de la Santa Sede, forma una singular “familia”, cuyos miembros no sólo están unidos por vínculos funcionales, sino también por una misma misión: ayudar al Sucesor de Pedro en su ministerio al servicio de la Iglesia universal. La actividad profesional que realizan constituye, por tanto, una “vocación” que es preciso cultivar con esmero y espíritu evangélico, viendo en ella un camino concreto hacia la santidad.

Esto exige que el amor a Cristo y a los hermanos, juntamente con un sentido eclesial compartido, anime y vivifique la competencia y la dedicación, la profesionalidad, el compromiso honrado y correcto, la responsabilidad atenta y madura, convirtiendo de este modo en oración el trabajo mismo, cualquiera que sea.

Podríamos decir que todo ello es una tarea formativa y espiritual per-

manente, a la que pueden contribuir todos: cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. En efecto, si es importante el respeto de los principios de la justicia y de la solidaridad, bien desarrollados por la doctrina social de la Iglesia, es indispensable sobre todo el esfuerzo común sostenido por la adhesión convencida a Cristo y por el amor sincero a su Iglesia.

Así pues, a la vez que aprovecho esta oportunidad para expresar mi agradecimiento a todos los que trabajan en los diversos dicasterios y oficinas, de buen grado formulo el deseo de que en todos y cada uno no cesen la búsqueda de la justicia y la constante aspiración a la santidad.

Al mismo tiempo, deseo que la Oficina para los asuntos laborales de la Sede apostólica, en el ámbito de su competencia, contribuya a la consecución de ese objetivo. Además, la cercanía de la santa Navidad me lleva casi naturalmente a pensar en la crisis del trabajo que preocupa a toda la humanidad. Quienes tienen la posibilidad de trabajar deben dar gracias al Señor y abrir con generosidad su corazón a quienes se encuentran en dificultades laborales y económicas.

El Niño Jesús, que en la noche santa de Belén se hizo hombre para salir al encuentro de nuestras dificultades, mire con bondad a todos los que se encuentran duramente probados por esta crisis mundial y suscite en todos senti-

mientos de auténtica solidaridad.

En el Mensaje para la próxima Jornada mundial de la paz, recuerdo que “la lucha contra la pobreza necesita hombres y mujeres que vivan en profundidad la fraternidad y sean capaces de acompañar a las personas, familias y comunidades en el camino de un auténtico desarrollo humano” (n. 13: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de diciembre de 2008, p. 9).

De buen grado formulo este deseo, que pongo en las manos de la Virgen y de san José, para vuestra Oficina, para los empleados de la Sede apostólica, y lo extendiendo a todo el mundo del trabajo. A la vez que deseo a todos una santa y serena Navidad, de corazón os bendigo a vosotros, a vuestras familias y a vuestros seres queridos. ¡Feliz Navidad!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los muchachos de la Acción
Católica italiana***

Sala del Consistorio. Sábado, 20 de diciembre de 2008

Queridos muchachos de la Acción católica:

Me complace que también este año, al acercarse la santa Navidad, hayáis venido a alegrar con vuestra presencia

estos palacios solemnes, en los que, por lo demás, siempre reina la alegría de servir al Señor. Os saludo a vosotros y a vuestros educadores, así como al presidente de la Acción católica italiana, al consiliario general y a vuestro nuevo consiliario nacional, don Dino.

Muchos dicen que los muchachos son caprichosos, que no se contentan con nada, que consuman juegos, uno tras otro, sin quedar nunca satisfechos. Vosotros, en cambio, decís a Jesús: tú me bastas. Esto significa: tú eres nuestro amigo más querido, que nos hace compañía cuando jugamos y cuando vamos a la escuela, cuando estamos en casa con nuestros padres, abuelos, hermanos y hermanas más pequeños, y cuando salimos con los amigos. Tú nos abres los ojos para que nos demos cuenta de nuestros compañeros tristes y de los numerosos niños del mundo que sufren hambre, enfermedad y guerra. Tú, Señor Jesús, nos bastas. Tú nos das la alegría verdadera, la alegría que no acaba como nuestros juegos, sino que penetra en nuestra alma y nos hace buenos.

Tú nos bastas sobre todo cuando te rezamos, porque tú siempre escuchas nuestras oraciones, que hacemos para que el mundo sea más hermoso y mejor para todos. Tú nos bastas porque nos perdonas cuando hacemos alguna travesura. Tú nos bastas porque, si nos perdemos, nos vienes a buscar y nos cargas sobre tus hombros como hiciste con la oveja perdida. Tú nos bastas

porque tienes una Madre hermosísima que, antes de morir en la cruz, quisiste que fuera también nuestra madre.

Queridos pequeños amigos, ¿queréis también ayudar a vuestros compañeros a estar así con Jesús? Un muchacho de la Acción católica, cuando va a Jesús, procura llevar consigo algún amigo, porque quiere que también él lo conozca; no sólo piensa en sí mismo, sino que tiene un corazón grande y atento a los demás. Vosotros tenéis muchos educadores que os ayudan a vivir juntos, a orar y a crecer en el conocimiento del Evangelio. La verdadera finalidad de la Acción católica es ayudaros a ser santos. Por eso, os ayuda a encontraros con Jesús, a amar a su Iglesia y a interesaros por los problemas del mundo. ¿No es verdad que os estáis interesando por los niños y los muchachos más desafortunados que vosotros? ¿No es verdad que con el “mes de la paz” podéis hacer que también muchos adultos aprecien la paz, porque sabéis vivir en paz entre vosotros?

Sí, queridos muchachos, vosotros podéis pedir al Señor que cambie el corazón de los fabricantes de armas, que haga recapacitar a los terroristas, que convierta el corazón de quienes piensan siempre en la guerra y que ayude a la humanidad a construir un futuro mejor para todos los niños del mundo. Estoy seguro de que también vais a orar por mí, ayudándome así en la misión, nada fácil, que el Señor me ha encomendado.

Por mi parte, os aseguro mi afecto y mi oración. Y ahora con mucho gusto os bendigo a vosotros y a todos vuestros seres queridos. ¡Feliz Navidad a vosotros, a vuestras familias y a todos los muchachos de la Acción católica!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Instituto Pontificio de
Arqueología Cristiana***

Sala Clementina. Sábado, 20 de diciembre de 2008

Señor cardenal; queridos hermanos y hermanas:

Con verdadero placer os doy la bienvenida y os saludo a cada uno de vosotros, que formáis parte del *Instituto pontificio de arqueología cristiana*. Saludo en primer lugar al gran canciller, cardenal Zenon Grocholewski, y le agradezco las palabras con las que se ha hecho amable intérprete de los sentimientos de todos. Saludo al rector, al cuerpo de profesores, a los colaboradores y a los estudiantes. Este grato encuentro me brinda la oportunidad de manifestar mi vivo aprecio por la valiosa y fecunda actividad cultural, literaria y académica que lleva a cabo vuestro instituto, al servicio de la Iglesia y, más en general, de la cultura.

En efecto, sé que, en los ámbitos tradicionales de la arqueología, son de notable relevancia científica los cursos

ordinarios y de especialización mediante los cuales vuestro *Instituto pontificio de arqueología cristiana* se propone dar a conocer los monumentos paleocristianos sobre todo de Roma, con amplias referencias a las demás regiones del *Orbis christianus antiquus*. También la “*Revista*” y la actividad científica de profesores y ex alumnos, así como la promoción de congresos internacionales busca, según vuestras intenciones, salir al encuentro de las expectativas de cuantos se interesan por el conocimiento y estudio de las ricas memorias históricas de la comunidad cristiana. La finalidad principal de vuestro instituto es precisamente el estudio de los vestigios de la vida eclesial a través de los siglos. Ofrecéis la oportunidad, a quien elige esta disciplina, de internarse en una realidad compleja, la de la Iglesia de los primeros siglos, para “comprender” el pasado haciéndolo presente a los hombres de hoy. Para vosotros “comprender” es como identificarse con el pasado que emerge a través de los ámbitos típicos de la arqueología cristiana: la iconografía, la arquitectura, la epigrafía y la topografía. Cuando se trata de describir la historia de la Iglesia, que es “signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen gentium*, 1), la investigación paciente del arqueólogo no puede prescindir de penetrar también en las realidades sobrenaturales, aunque sin renunciar al análisis riguroso de los restos arqueológicos.

En efecto, como bien sabéis, no es posible una visión completa de la realidad de una comunidad cristiana, antigua o reciente, si no se tiene en cuenta que la Iglesia está compuesta de un elemento humano y de un elemento divino. Cristo, su Señor, habita en ella y la ha querido como “comunidad de fe, de esperanza, de caridad, como organismo visible a través del cual difunde a todos la verdad y la gracia” (*ib.*, 8). Desde esta perspectiva teológica, el criterio de fondo no puede menos de ser el de dejarse conquistar por la verdad investigada en sus fuentes auténticas, con la mente libre de pasiones y prejuicios, dado que la arqueología cristiana es una ciencia histórica y, por tanto, se basa en el estudio metódico de las fuentes.

La difusión de la cultura artística e histórica en todos los sectores de la sociedad proporciona a los hombres de nuestro tiempo los medios para volver a encontrar sus propias raíces y para tomar de ellas los elementos culturales y espirituales que les ayuden a edificar una sociedad de dimensión verdaderamente humana. Todo hombre, toda sociedad necesita una cultura abierta a la dimensión antropológica, moral y espiritual de la existencia. Por tanto, deseo fervientemente que, también gracias a la labor de vuestro benemérito instituto, prosiga e incluso se intensifique la búsqueda de las raíces cristianas de nuestra sociedad. La experiencia de vuestro instituto demuestra que el estudio de la arqueología, especialmente

de los monumentos paleocristianos, permite profundizar en el conocimiento de la verdad evangélica que se nos ha transmitido, y ofrece la oportunidad de seguir a los maestros y testigos de la fe que nos han precedido.

Conocer la herencia de las generaciones cristianas pasadas permite a las sucesivas mantenerse fieles al *depositum fidei* de la primera comunidad cristiana y, siguiendo su mismo camino, continuar haciendo que en todo tiempo y lugar resuene el Evangelio inmutable de Cristo. Precisamente por eso, además de los importantes resultados obtenidos en el campo científico, vuestro instituto se preocupa con razón de dar una provechosa contribución al conocimiento y a la profundización de la fe cristiana. Acercarse a los “vestigios del pueblo de Dios” es una forma concreta de constatar que los contenidos de la fe idéntica e inmutable han sido acogidos y traducidos en vida cristiana, a lo largo de muchos siglos, según las cambiantes condiciones históricas, sociales y culturales.

Queridos hermanos y hermanas, continuad promoviendo la conservación y profundización de la vastísima herencia arqueológica de Roma y de las diversas regiones del mundo antiguo, conscientes de la misión propia de vuestro instituto, es decir: servir a la historia y al arte valorando los numerosos testimonios que la “ciudad eterna” posee de la civilización occidental, de la cultura y de la espiritua-

lidad católica. Se trata de un patrimonio valioso que se ha formado en el decurso de estos dos milenios, un tesoro inestimable del que sois administradores y del que es necesario, como hace el escriba del Evangelio, sacar continuamente lo nuevo y lo viejo (cf. *Mt* 13, 52).

Con estos deseos, en la inminencia de la santa Navidad, os felicito cordialmente a vosotros y a vuestros seres queridos, mientras que os bendigo de corazón a todos.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Curia Romana con ocasión del intercambio de felicitaciones por la Navidad

Sala Clementina. Lunes, 22 de diciembre de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado; queridos hermanos y hermanas:

El Nacimiento del Señor está a las puertas. Cada familia siente el deseo de reunirse para disfrutar del clima único e irrepetible que esta fiesta es capaz de crear. También la familia de la Curia romana se vuelve a reunir, esta mañana, siguiendo una hermosa tradición gracias a la cual tenemos la alegría de encontrarnos e intercambiar las felicitaciones en este clima espiritual particular.

A cada uno dirijo mi saludo cordial, lleno de gratitud por la apreciada colaboración prestada al ministerio del Sucesor de Pedro. Doy vivamente las gracias al cardenal decano Angelo Sodano, que, con la voz de un ángel, se ha hecho intérprete de los sentimientos de todos los presentes y también de quienes están trabajando en las diversas oficinas, incluidas las representaciones pontificias.

Al inicio me referí al clima especial de la Navidad. Me complace pensar que es casi una prolongación de la misteriosa alegría, del íntimo júbilo que sintieron la Sagrada Familia, los ángeles y los pastores de Belén la noche en que nació Jesús. Yo lo definiría “el clima de la gracia”, pensando en la expresión de san Pablo en la *carta a Tito*: “*Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus*” (cf. *Tt* 2, 11). El Apóstol afirma que la gracia de Dios se manifestó “a todos los hombres”: podríamos decir que en eso consiste también la misión de la Iglesia y, en particular, la del Sucesor de Pedro y de sus colaboradores, es decir: contribuir a que la gracia de Dios, del Redentor, se haga cada vez más visible a todos, y que a todos lleve la salvación.

El año que está a punto de concluir ha estado lleno de miradas retrospectivas sobre fechas importantes de la historia reciente de la Iglesia, pero también ha estado lleno de acontecimientos que implican signos de orientación para nuestro camino hacia

el futuro. Hace cincuenta años moría el Papa, Pío XII, y hace cincuenta años Juan XXIII era elegido Pontífice. Han pasado cuarenta años desde la publicación de la encíclica *Humanae vitae* y treinta desde la muerte de su autor, el Papa Pablo VI. El mensaje de estos acontecimientos ha sido recordado y meditado de muchas maneras a lo largo del año; por eso, en este momento no quiero detenerme de nuevo en él.

Nuestra memoria, sin embargo, se ha remontado aún más lejos, más allá de los acontecimientos del siglo pasado, y precisamente de este modo nos ha remitido al futuro: la tarde del 28 de junio, en presencia del Patriarca ecuménico, Bartolomé I, de Constantinopla y de representantes de muchas otras Iglesias y comunidades eclesiales, inauguré en la basílica de San Pablo extramuros el Año paulino, para recordar el nacimiento del Apóstol de los gentiles, acontecido hace dos mil años.

Para nosotros san Pablo no es una figura del pasado. Mediante sus cartas nos sigue hablando. Y quien entra en diálogo con él, es impulsado por él hacia Cristo crucificado y resucitado. El Año paulino es un año de peregrinación, no sólo en el sentido de un camino exterior hacia los lugares paulinos, sino también, y sobre todo, en el de una peregrinación del corazón, junto con san Pablo, hacia Jesucristo. En definitiva, san Pablo nos enseña también que la Iglesia es Cuerpo de Cristo, que la Cabeza y el Cuerpo son inseparables

y que no puede existir amor a Cristo sin amor a su Iglesia y su comunidad viva.

Tres acontecimientos específicos del año que está a punto de concluir destacan de modo especial. Ante todo, la Jornada mundial de la juventud en Australia, una gran fiesta de fe que reunió a más de doscientos mil jóvenes de todas las partes del mundo y no sólo los acercó exteriormente, en sentido geográfico, sino también interiormente, gracias a que compartieron la alegría de ser cristianos.

Además de esa Jornada, cabe destacar los dos viajes, uno a Estados Unidos y otro a Francia, en los que la Iglesia se hizo visible ante el mundo y para el mundo como una fuerza espiritual que señala caminos de vida y, mediante el testimonio de la fe, lleva luz al mundo. Efectivamente, esas jornadas irradiaron mucha luz; irradiaron confianza en el valor de la vida y en el compromiso en favor del bien.

Por último, hay que recordar el Sínodo de los obispos: pastores procedentes de todo el mundo se reunieron en torno a la Palabra de Dios, situada en medio de ellos en un lugar destacado; en torno a la Palabra de Dios, cuya gran manifestación se encuentra en la Sagrada Escritura. Lo que en nuestra vida diaria damos ya demasiado por descontado, lo volvimos a captar en su sublimidad: el hecho de que Dios hable, de que Dios responda a nues-

tras preguntas; el hecho de que hable él en persona, aunque sea con palabras humanas, y que nosotros podamos escucharlo y, al escucharlo, podamos aprender a conocerlo y a comprenderlo; el hecho de que él entre en nuestra vida modelándola y nosotros podamos salir de nuestra vida y entrar en la amplitud de su misericordia.

Así, nuevamente nos dimos cuenta de que Dios en su Palabra se dirige a cada uno de nosotros, de que habla al corazón de cada uno. Si nuestro corazón se despierta y nuestro oído interior se abre, entonces cada uno puede aprender a escuchar la Palabra dirigida expresamente a él. Pero precisamente si escuchamos a Dios que nos habla de este modo tan personal a cada uno, comprendemos que su Palabra está presente para que también nosotros nos acerquemos los unos a los otros, para que encontremos la manera de salir de lo que es solamente personal. Esta Palabra ha forjado una historia común y quiere seguir forjándola.

Así pues, nuevamente nos dimos cuenta de que, precisamente porque la Palabra es tan personal, sólo podemos comprenderla de modo correcto y total en el “nosotros” de la comunidad instituida por Dios: siendo siempre conscientes de que nunca podemos agotarla por completo, que siempre tiene algo nuevo que decir a cada generación. Comprendimos que, ciertamente, los escritos bíblicos fueron redactados en épocas determinadas y, por tanto, en

este sentido constituyen ante todo un libro procedente de un tiempo pasado. Pero vimos que su mensaje no se limita al pasado ni puede quedar encerrado en él: en el fondo, Dios habla siempre en presente, y sólo escucharemos de modo pleno la Biblia cuando descubramos este “presente” de Dios, que nos llama ahora.

Por último, era importante experimentar que también hoy en la Iglesia hay un Pentecostés, es decir, que la Iglesia habla en muchas lenguas; y esto no sólo en el sentido exterior de que en ella, están representadas todas las grandes lenguas del mundo, sino sobre todo en un sentido más profundo: en ella están presentes los múltiples modos de la experiencia de Dios y del mundo, la riqueza de las culturas; sólo así se manifiesta la amplitud de la existencia humana y, a partir de ella, la amplitud de la Palabra de Dios.

Sin embargo, también nos dimos cuenta de que Pentecostés sigue “en marcha”, de que aún no se ha completado: existen numerosas lenguas que aún esperan la Palabra de Dios contenida en la Biblia. Fueron conmovedores también los múltiples testimonios de fieles laicos de todas partes del mundo, que no sólo viven la Palabra de Dios, sino que también sufren por ella. Una valiosa contribución fue el discurso de un rabino sobre las Sagradas Escrituras de Israel, que precisamente son también nuestras Sagradas Escrituras.

Un momento importante para el Sínodo, más aún, para el camino de la Iglesia en su conjunto, fue cuando el Patriarca Bartolomé, a la luz de la tradición ortodoxa, con un penetrante análisis nos abrió un acceso a la Palabra de Dios. Esperamos ahora que las experiencias y las aportaciones del Sínodo influyan de un modo eficaz en la vida de la Iglesia: en la relación personal con las Sagradas Escrituras, en su interpretación en la liturgia y en la catequesis, así como en la investigación científica, a fin de que la Biblia no sea sólo una Palabra del pasado, sino que su vitalidad y actualidad se lean y abran en la amplitud de las dimensiones de sus significados.

También en los viajes pastorales de este año se trató de la presencia de la Palabra de Dios, de Dios mismo en el momento actual de la historia: el verdadero sentido de los viajes sólo puede ser el de servir a esa presencia. En esas ocasiones la Iglesia se hace perceptible públicamente, y con ella también la fe y por eso al menos la cuestión sobre Dios. Esta manifestación pública de la fe constituye un reclamo para todos los que tratan de comprender el tiempo presente y las fuerzas que actúan en él. Especialmente el fenómeno de las Jornadas mundiales de la juventud se hace cada vez más objeto de análisis, con el fin de comprender esta especie de cultura juvenil, por decirlo así.

Nunca antes, ni siquiera con ocasión de las Olimpiadas, Australia había vis-

to tanta gente de todos los continentes como durante la Jornada mundial de la juventud. Y si antes se temía que la presencia de tantos miles de jóvenes pudiera implicar alguna alteración del orden público, paralizar el tráfico, obstaculizar la vida diaria, provocar violencia y dar espacio a la droga, todo eso se demostró infundado. Fue una fiesta de alegría, una alegría que, al final, invadió también a los reacios: al final nadie se sintió molestado. Las jornadas se transformaron en una fiesta para todos; más aún, sólo entonces se cayó verdaderamente en la cuenta de lo que es en realidad una fiesta: un acontecimiento en el que todos, por decirlo así, salen de sí mismos, van más allá de sí mismos y precisamente así están consigo y con los demás.

Así pues, ¿cuál es la naturaleza de lo que sucede en una Jornada mundial de la juventud? ¿Cuáles son las fuerzas que actúan en ella? Algunos análisis que están de moda tienden a considerar estas jornadas como una variante de la cultura juvenil moderna, como una especie de festival rock modificado en sentido eclesial con el Papa como estrella. Con fe o sin fe, en el fondo estos festivales serían siempre lo mismo; y así se piensa dejar de lado la cuestión sobre Dios. También hay voces católicas que van en esta dirección, considerando todo ello como un gran espectáculo que, aunque sea hermoso, sería de poco significado para la cuestión sobre la fe y sobre la presencia del Evangelio en nuestro tiempo. Serían momentos

de un éxtasis festivo, pero que, en fin de cuentas, luego dejarían todo como estaba antes, sin influir profundamente en la vida.

De ese modo, sin embargo, la peculiaridad de estas Jornadas y el carácter particular de su alegría, de su fuerza creadora de comunión, no encuentran ninguna explicación. Ante todo, es importante tener en cuenta el hecho de que las Jornadas mundiales de la juventud no consisten sólo en la única semana en que se hacen visibles públicamente al mundo. Hay un largo camino exterior e interior que lleva a ellas. La cruz, acompañada por la imagen de la Madre del Señor, realiza una peregrinación a través de los países. La fe, a su modo, necesita ver y tocar. El encuentro con la cruz, que es tocada y llevada, se transforma en un encuentro interior con Aquel que en la cruz murió por nosotros. El encuentro con la cruz suscita en lo más íntimo de los jóvenes el recuerdo del Dios que quiso hacerse hombre y sufrir con nosotros. Y vemos a la mujer que él nos dio como Madre. Las Jornadas solemnes son sólo la culminación de un largo camino, en el que se encuentran unos con otros, y juntos se encuentran con Cristo.

En Australia, no por casualidad, el largo *vía crucis* a través de la ciudad se convirtió en el acontecimiento culminante de esas jornadas. Ese *vía crucis* resumía una vez más todo lo que había acontecido en los años anteriores e indicaba a Aquél que nos reúne a to-

dos: el Dios que nos ama hasta la cruz. Asimismo, el Papa no es la estrella en torno a la cual gira todo. Es totalmente y sólo vicario. Remite a Otro que está en medio de nosotros.

Por último, la liturgia solemne es el centro de todo el conjunto, porque en ella, acontece lo que nosotros no podemos realizar y que, sin embargo, siempre esperamos. Él está presente. Él entra en medio de nosotros. Se ha rasgado el cielo y esto hace luminosa la tierra. Esto es lo que hace alegre y abierta la vida, y une a unos y otros en una alegría que no se puede comparar con el éxtasis de un festival rock. Friedrich Nietzsche dijo en cierta ocasión: “El arte no consiste en organizar una fiesta, sino en encontrar personas capaces de alegrarse en ella”. Según la Escritura, la alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. *Ga* 5, 22). Este fruto se pudo constatar abundantemente en los días de Sydney.

Del mismo modo que un largo camino precede a las Jornadas mundiales de la juventud, así también de ellas deriva el camino sucesivo. Se hacen amistades que estimulan a un estilo de vida diverso y lo sostienen desde dentro. Las grandes Jornadas tienen también como finalidad suscitar esas amistades y hacer que, de este modo, surjan en el mundo lugares de vida en la fe, que son a la vez lugares de esperanza y de caridad vivida.

La alegría como fruto del Espíritu Santo: así llegamos al tema central de

Sydney, que era precisamente el Espíritu Santo. A este respecto, quiero aludir, aunque sea brevemente, a la orientación implícita en ese tema. Teniendo presente el testimonio de la Escritura y de la Tradición, en el tema del “Espíritu Santo” se reconocen fácilmente cuatro dimensiones.

1. Ante todo, está la afirmación que encontramos ya desde el inicio del relato de la creación. Allí se habla del Espíritu creador que aletea sobre las aguas, crea el mundo y lo renueva sin cesar. La fe en el Espíritu creador es un contenido esencial del *Credo* cristiano. El dato de que la materia lleva consigo una estructura matemática, de que está llena de espíritu, es el fundamento en el que se apoyan las ciencias modernas de la naturaleza. Nuestro espíritu sólo es capaz de interpretarla y de modificarla activamente porque la materia está estructurada de modo inteligente.

El hecho de que esta estructura inteligente procede del mismo Espíritu creador que nos dio el espíritu también a nosotros, implica a la vez una tarea y una responsabilidad. En la fe sobre la creación, está el fundamento último de nuestra responsabilidad con respecto a la tierra, la cual no es simplemente propiedad nuestra, que podemos explotar según nuestros intereses y deseos. Más bien, es don del Creador que trazó sus ordenamientos intrínsecos y de ese modo nos dio las señales de orientación a las que debemos atenernos como administradores de su creación. El hecho

de que la tierra, el cosmos, reflejan el Espíritu creador significa también que sus estructuras racionales -que, más allá del orden matemático, se hacen casi palpables en el experimento- llevan en sí también una orientación ética. El Espíritu que los ha plasmado es más que matemática, es el Bien en persona, el cual, mediante el lenguaje de la creación, nos señala el camino de la vida recta.

Dado que la fe en el Creador es parte esencial del *Credo* cristiano, la Iglesia no puede y no debe limitarse a transmitir a sus fieles sólo el mensaje de la salvación. Tiene una responsabilidad con respecto a la creación y debe cumplir esta responsabilidad también en público. Al hacerlo, no sólo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. También debe proteger al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario que haya algo como una ecología del hombre, entendida correctamente. Cuando la Iglesia habla de la naturaleza del ser humano como hombre y mujer, y pide que se respete este orden de la creación, no es una metafísica superada. Aquí, de hecho, se trata de la fe en el Creador y de escuchar el lenguaje de la creación, cuyo desprecio sería una autodestrucción del hombre y, por tanto, una destrucción de la obra misma de Dios.

Lo que con frecuencia se expresa y entiende con el término “*gender*”, se reduce en definitiva a la auto-emanipación del hombre de la creación y

del Creador. El hombre quiere hacerse por sí solo y disponer siempre y exclusivamente por sí solo de lo que le atañe. Pero de este modo vive contra la verdad, vive contra el Espíritu creador. Ciertamente, los bosques tropicales merecen nuestra protección, pero también la merece el hombre como criatura, en la que está inscrito un mensaje que no significa contradicción de nuestra libertad, sino su condición. Grandes teólogos de la Escolástica calificaron el matrimonio, es decir, la unión de un hombre y una mujer para toda la vida, como sacramento de la creación, que el Creador mismo instituyó y que Cristo, sin modificar el mensaje de la creación, acogió después en la historia de la salvación como sacramento de la nueva alianza. El testimonio en favor del Espíritu creador presente en la naturaleza en su conjunto y de modo especial en la naturaleza del hombre, creado a imagen de Dios, forma parte del anuncio que la Iglesia debe transmitir. Partiendo de esta perspectiva, sería conveniente releer la encíclica *Humanae vitae*: el Papa, Pablo VI, tenía la intención de defender el amor contra la sexualidad como consumo, el futuro contra la pretensión exclusiva del presente y la naturaleza del hombre contra su manipulación.

2. Sólo voy a hacer una breve alusión a las demás dimensiones de la pneumatología. Si el Espíritu creador se manifiesta ante todo en la grandeza silenciosa del universo, en su estructura inteligente, la fe, además de eso, nos

dice algo inesperado, o sea, que este Espíritu también habla, por decirlo así, con palabras humanas; ha entrado en la historia y, como fuerza que forja la historia, es también un Espíritu que habla, más aún, es la Palabra que sale a nuestro encuentro en los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

San Ambrosio, en una de sus cartas, explica de modo admirable lo que significa esto para nosotros: “También ahora, mientras leo las divinas Escrituras, Dios pasea por el paraíso” (*Ep.* 49, 3). En cierto modo, al leer la Escritura, podemos también hoy andar en el jardín del paraíso y encontrarnos con Dios que pasea por allí: entre el tema de la Jornada mundial de la juventud en Australia y el del Sínodo de los obispos existe una profunda conexión interior. Los dos temas: “Espíritu Santo” y “Palabra de Dios” están unidos. Sin embargo, al leer la Escritura aprendemos también que Cristo y el Espíritu Santo son inseparables entre sí. Si san Pablo, con desconcertante síntesis, afirma: “El Señor es el Espíritu” (*2 Co* 3, 17), en el fondo no sólo aparece la unidad trinitaria entre el Hijo y el Espíritu Santo, sino sobre todo su unidad respecto de la historia de la salvación: en la pasión y resurrección de Cristo se rasgan los velos del sentido meramente literal y se hace visible la presencia del Dios que está hablando. Al leer la Escritura juntamente con Cristo, aprendemos a escuchar en las palabras humanas la voz del Espíritu Santo y descubrimos la unidad de la Biblia.

3. Así hemos llegado ya a la tercera dimensión de la pneumatología, que consiste precisamente en la inseparabilidad de Cristo y del Espíritu Santo. Tal vez se manifiesta del modo más hermoso en el relato de san Juan sobre la primera aparición del Resucitado ante los discípulos: el Señor sopla sobre los discípulos y así les infunde el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el sopro de Cristo. Y del mismo modo que el sopro de Dios en la mañana de la creación había transformado el polvo de la tierra en el hombre viviente, así el sopro de Cristo nos acoge en la comunión ontológica con el Hijo, nos hace nueva creación. Por eso, es el Espíritu Santo quien nos hace decir, juntamente con el Hijo: “Abbá, Padre” (cf. *Jn* 20, 22; *Rm* 8, 15).

4. Así, como cuarta dimensión, emerge espontáneamente la conexión entre Espíritu e Iglesia. San Pablo, en el capítulo 12 de la primera *carta a los Corintios* y en el capítulo 12 de la *carta a los Romanos*, ilustró la Iglesia como Cuerpo de Cristo y precisamente así como organismo del Espíritu Santo, en el que los dones del Espíritu Santo funden a los individuos en una unidad viva. El Espíritu Santo es el Espíritu del Cuerpo de Cristo. En el conjunto de este Cuerpo, encontramos nuestra tarea, vivimos los unos para los otros y los unos en dependencia de los otros, viviendo en profundidad de Aquél que vivió y sufrió por todos nosotros y que mediante su Espíritu nos atrae a sí en la unidad de todos los hijos de Dios.

“¿Quieres vivir también tú del Espíritu de Cristo? Entonces, permanece en el Cuerpo de Cristo”, dice san Agustín a este respecto (*Tr. in Jo.* 26, 13).

Así, con el tema “Espíritu Santo”, que orientaba las jornadas en Australia y, de modo más oculto, también las semanas del Sínodo, se hace visible toda la amplitud de la fe cristiana, una amplitud que desde la responsabilidad respecto de la creación y de la existencia del hombre en sintonía con la creación lleva, a través de los temas de la Escritura y de la historia de la salvación, hasta Cristo y de allí a la comunidad viva de la Iglesia, en sus órdenes y responsabilidades así como en su amplitud y libertad, que se manifiesta tanto en la multiplicidad de los carismas como en la imagen pentecostal de la multitud de las lenguas y de las culturas.

La alegría es parte integrante de la fiesta. La fiesta se puede organizar; la alegría no. Sólo se puede ofrecer como don; y, de hecho, nos ha sido donada en abundancia. Por esto damos gracias. Al igual que san Pablo califica la alegría como fruto del Espíritu Santo, así también san Juan en su evangelio unió estrechamente el Espíritu y la alegría. El Espíritu Santo nos da la alegría. Y él es la alegría. La alegría es el don en el que se resumen todos los demás dones. Es la manifestación de la felicidad, de estar en armonía consigo mismo, lo cual sólo puede derivar de estar en armonía con Dios y con su creación. La alegría, por su propia naturaleza, debe

irradiarse, debe comunicarse. El espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso de comunicar la alegría que nos ha sido dada. Mi deseo al concluir este año es que esté siempre viva en nosotros y que, por tanto, se irradie al mundo en sus tribulaciones. Junto con la expresión de mi agradecimiento por todos vuestros esfuerzos y trabajos, os deseo a todos que esta alegría que brota de Dios nos sea dada en abundancia también en el año nuevo.

Encomiendo estos deseos a la intercesión de la Virgen María, *Mater divinae gratiae*, pidiéndole que vivamos las festividades navideñas en la alegría y en la paz del Señor. Con estos sentimientos, a todos vosotros y a la gran familia de la Curia romana imparto de corazón la bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a formadores, alumnos y ex
alumnos del Pontificio Colegio
Norteamericano***

Aula de las Bendiciones. Sábado, 9 de enero de 2010

Eminencias, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:

Me alegra recibir a los ex alumnos del Pontificio Colegio Norteamericano, junto con su rector, la facultad y los estudiantes del seminario en la colina del Janículo y a los estudiantes sacer-

dotes de la Casa Santa María de la Humildad. Nuestro encuentro tiene lugar al término de las celebraciones del 150° aniversario de la fundación del Colegio por parte de mi predecesor, el beato Pío IX. En esta feliz ocasión, me uno de buen grado a vosotros en la acción de gracias al Señor por los numerosos modos en los que el Colegio se ha mantenido fiel a su visión originaria, formando generaciones de dignos predicadores del Evangelio y ministros de los sacramentos, leales al Sucesor de Pedro y comprometidos en la construcción de la Iglesia en Estados Unidos.

Considero apropiado, en este Año sacerdotal, que hayáis vuelto al Colegio y a esta ciudad eterna para dar gracias por la formación académica y espiritual que ha alimentado vuestro ministerio sacerdotal a lo largo de los años. Esta reunión es una oportunidad no sólo para recordar con gratitud el tiempo de vuestros estudios, sino también para reafirmar vuestro afecto filial a la Iglesia de Roma, recordar la labor apostólica de los innumerables ex alumnos que os han precedido y comprometeros de nuevo con los elevados ideales de santidad, fidelidad y celo pastoral que abrazasteis el día de vuestra ordenación. Asimismo, es una ocasión para renovar vuestro amor por el Colegio y vuestra estima por su misión particular en favor de la Iglesia en vuestro país.

Durante mi visita pastoral a Estados Unidos expresé mi convicción de que

la Iglesia norteamericana está llamada a cultivar “una “cultura” intelectual que sea auténticamente católica, que confíe en la armonía profunda entre fe y razón, y dispuesta a llevar la riqueza de la fe en contacto con las cuestiones urgentes que conciernen al futuro de la sociedad norteamericana” (*Homilía en el Estadio National’s Park de Washington: L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 5). Como muy bien había previsto el beato Pío IX, el Pontificio Colegio Norteamericano en Roma está especialmente preparado para contribuir a afrontar este perenne desafío. En los ciento cincuenta años transcurridos desde su fundación, el Colegio ha ofrecido a sus estudiantes una experiencia excepcional de la universalidad de la Iglesia, de la amplitud de su tradición intelectual y espiritual, y de la urgencia de su mandato de llevar la verdad salvadora de Cristo a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. Espero que, poniendo de relieve estos rasgos distintivos de una educación romana en cada aspecto de su programa de formación, el Colegio siga preparando pastores sabios y generosos, capaces de transmitir la fe católica en su integridad, llevando la infinita misericordia de Cristo a los débiles y los extraviados, y permitiendo a los católicos estadounidenses ser levadura del Evangelio en la vida social, política y cultural de su nación.

Queridos hermanos, pido que, en estos días, seáis renovados en el don

del Espíritu Santo que recibisteis el día de vuestra ordenación. En la capilla del Colegio, dedicada a la santísima Virgen María bajo el título de Inmaculada Concepción, Nuestra Señora está representada en compañía de cuatro excepcionales modelos y patronos de la vida y el ministerio sacerdotales: san Gregorio Magno, san Pío X, san Juan María Vianney y san Vicente de Paúl. Que durante este Año sacerdotal, estos grandes santos sigan velando por los estudiantes que rezan diariamente entre ellos; que os guíen y sostengan en vuestro ministerio e intercedan por los sacerdotes de Estados Unidos. Con mis mejores deseos de fecundidad espiritual en el futuro, y con gran afecto en el Señor, os imparto mi bendición apostólica, que con gusto extendo a todos los alumnos y amigos del Pontificio Colegio Norteamericano.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los miembros del Cuerpo
Diplomático acreditado ante la
Santa Sede durante el intercambio
de felicitaciones de Año Nuevo***

Sala Regia. Lunes, 11 de enero de 2010

Excelencias, Señoras y Señores

Este tradicional encuentro al comienzo del año, dos semanas después de la celebración del nacimiento del Verbo encarnado, representa para mí

una gran alegría. Como hemos proclamado en la liturgia, en el misterio de la Navidad, «el que era invisible en su naturaleza se hace visible al adoptar la nuestra; el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra vida temporal para asumir en sí todo lo creado, para reconstruir lo que estaba caído y restaurar de este modo el universo» (*Prefacio II de Navidad*). Por tanto, en Navidad, hemos contemplado el misterio de Dios y el de la creación: por el anuncio de los ángeles a los pastores, hemos conocido la buena nueva de la salvación del hombre y de la renovación de todo el universo. Por eso, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de ese año, he invitado a todas las personas de buena voluntad, a las que los ángeles prometieron precisamente la paz, a proteger la creación. Con este mismo espíritu, me complace saludaros con afecto, en particular a los que participáis por primera vez en esta ceremonia. Agradezco vivamente los sentimientos de los que se ha hecho intérprete vuestro decano, el Señor Embajador Alejandro Valladares Lanza, y os manifiesto de nuevo mi aprecio por la misión que desarrolláis ante la Santa Sede. A través de vosotros, deseo enviar un cordial saludo y mis deseos de paz y bienestar a las Autoridades y a todos los habitantes de los países que dignamente representáis. Pienso también en las demás naciones de la tierra: el Sucesor de Pedro tiene su puerta abierta a todos y desea establecer con todos relaciones que contribuyan al progreso de la familia humana. Desde hace algu-

nas semanas, se han establecido plenas relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la Federación Rusa, y esto es un motivo de profunda satisfacción. Ha sido también muy significativa la visita que me ha hecho recientemente el Presidente de la República Socialista de Vietnam, país que siento muy cercano, donde la Iglesia celebra su presencia multiseular con un Año Jubilar. Con este espíritu de apertura, he recibido durante el año 2009 a numerosas personalidades políticas de diversos países; he visitado algunos de ellos y me propongo continuar haciéndolo en el futuro, en la medida de lo posible.

La Iglesia está abierta a todos porque, en Dios, ella existe para los demás. Ella, por tanto, comparte intensamente la suerte de la humanidad que, en este año apenas comenzado, aparece todavía marcada por la crisis dramática que ha golpeado la economía mundial, provocando una grave y vasta inestabilidad social. En la Encíclica *Caritas in veritate*, he invitado a buscar las raíces profundas de esta situación, que se encuentran, a fin de cuentas, en la vigente mentalidad egoísta y materialista, que no tiene en cuenta los límites inherentes a toda criatura. Quisiera subrayar hoy que dicha mentalidad amenaza también a la creación. Cada uno de nosotros podría citar, probablemente, algún ejemplo de los daños que ella produce en el medio ambiente en todas las partes del mundo. Cito uno, entre tantos otros, de la historia reciente de Europa: hace veinte años, cuando

cayó el muro de Berlín y se derrumbaron los regímenes materialistas y ateos que habían dominado durante varios decenios una parte de este continente, ¿acaso no fue posible calcular el alcance de las profundas heridas que un sistema económico carente de referencias fundadas en la verdad del hombre había infligido, no sólo a la dignidad y a la libertad de las personas y de los pueblos, sino también a la naturaleza, con la contaminación de la tierra, las aguas y el aire? La negación de Dios desfigura la libertad de la persona humana, y devasta también la creación. Por consiguiente, la salvaguardia de la creación no responde primariamente a una exigencia estética, sino más bien a una exigencia moral, puesto que la naturaleza manifiesta un designio de amor y de verdad que nos precede y que viene de Dios.

Por eso, comparto la gran preocupación que causa la resistencia de orden económico y político a la lucha contra el deterioro del ambiente. Se trata de dificultades que se han podido constatar aun recientemente, durante la XV Sesión de la Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el cambio climático, que tuvo lugar en Copenhague del 7 al 18 de diciembre pasado. Espero que a lo largo de este año, primero en Bonn y después en México, sea posible llegar a un acuerdo para afrontar esta cuestión de un modo eficaz. Se trata de algo muy importante puesto que lo que está en juego es el destino mismo de

algunas naciones, en particular ciertos Estados insulares.

Sin embargo, conviene que esta atención y compromiso por el ambiente esté bien establecido en el conjunto de los grandes desafíos a los que se enfrenta la humanidad. Si se quiere construir una paz verdadera, ¿cómo se puede separar, o incluso oponer, la protección del ambiente y la de la vida humana, comprendida la vida antes del nacimiento? En el respeto de la persona humana hacia ella misma, es donde se manifiesta su sentido de responsabilidad por la creación. Pues, como enseña santo Tomás de Aquino, el hombre representa lo más noble del universo (cf. *Summa Theologiae*, I, q. 29, a. 3). Además, como ya recordé en la reciente Cumbre Mundial de la FAO sobre la Seguridad Alimentaria, «la tierra puede alimentar suficientemente a todos sus habitantes» (*Discurso*, 16 noviembre 2009, n. 2), con tal de que el egoísmo no lleve a algunos a acaparar los bienes destinados a todos.

Quisiera subrayar, además, que la salvaguardia de la creación implica una gestión correcta de los recursos naturales de los países y, en primer lugar, de los más desfavorecidos económicamente. Pienso en el continente africano, que tuve la dicha de visitar en el pasado mes de marzo, en mi viaje a Camerún y Angola, y al que se dedicaron los trabajos de la reciente Asamblea especial del Sínodo de Obispos. Los Padres sinodales señalaron con preocupación la erosión

y la desertificación de grandes extensiones de tierra de cultivo, a causa de una explotación desmedida y de la contaminación del medio ambiente (cf. *Proposición 22*). En África, como en otras partes, es necesario adoptar medidas políticas y económicas que garanticen «formas de producción agrícola e industrial que respeten el orden de la creación y satisfagan las necesidades primarias de todos» (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2010*, n. 10).

Por otra parte, ¿cómo olvidar que la lucha por acceder a los recursos naturales es una de las causas de numerosos conflictos, particularmente en África, así como una fuente de riesgo permanente en otros casos? Por este motivo, repito con firmeza que, para cultivar la paz, hay que proteger la creación. Además, hay todavía extensas zonas, por ejemplo en Afganistán o en ciertos países de Latinoamérica, donde la agricultura, lamentablemente relacionada todavía con la producción de droga, es una fuente nada despreciable de empleo y subsistencia. Si se quiere la paz, hay que preservar la creación mediante la reconversión de dichas actividades y, una vez más, quisiera pedir a la comunidad internacional que no se resigne al tráfico de drogas y a los graves problemas morales y sociales que esto produce.

Señoras y Señores, la protección de la creación es un factor importante de paz y justicia. Entre los numerosos retos que esta protección plantea, uno

de los más graves es el del aumento de los gastos militares, así como el del mantenimiento y desarrollo de los arsenales nucleares. Este objetivo absorbe ingentes recursos económicos que podrían ser destinados al desarrollo de los pueblos, sobre todo de los más pobres. En este sentido, espero firmemente que, en la Conferencia de examen del Tratado de no proliferación de armas nucleares, que tendrá lugar el próximo mes de mayo en Nueva York, se tomen decisiones eficaces con vistas a un desarme progresivo, que tienda a liberar el planeta de armas nucleares. En general, deploro que la producción y la exportación de armas contribuya a perpetuar conflictos y violencias, como en Darfur, Somalia o en la República Democrática del Congo. A la incapacidad de las partes directamente implicadas para evitar la espiral de violencia y dolor producida por estos conflictos, se añade la aparente impotencia de otros países y Organizaciones internacionales para restablecer la paz, sin contar la indiferencia casi resignada de la opinión pública mundial. No es necesario subrayar cuánto perjudican y degradan estos conflictos al medio ambiente. Asimismo, se ha de mencionar el terrorismo, que pone en peligro muchas vidas inocentes y causa una difusa ansiedad. En esta solemne ocasión, quisiera renovar el llamamiento que hice el 1 de enero, en la oración del Ángelus, a todos los que pertenecen a cualquier grupo armado, para que abandonen el camino de la violencia y abran sus corazones al gozo de la paz.

Las graves violencias que acabo de evocar, unidas a las plagas de la pobreza y el hambre, así como a las catástrofes naturales y a la destrucción del medio ambiente, hacen que aumente el número de quienes abandonan sus propias tierras. Frente a dicho éxodo, deseo exhortar a las Autoridades civiles implicadas de un modo u otro a trabajar con justicia, solidaridad y clarividencia. Quisiera referirme aquí, en particular, a los cristianos de Oriente Medio. Amenazados de muchos modos, incluso en el ejercicio de su libertad religiosa, dejan la tierra de sus padres, donde creció la Iglesia de los primeros siglos. Con el fin de darles apoyo y hacerles sentir la cercanía de sus hermanos en la fe, he convocado para el próximo otoño una Asamblea especial del Sínodo de Obispos sobre Oriente Medio.

Señoras y Señores Embajadores, hasta aquí he evocado solamente algunos aspectos relacionados con el problema del medio ambiente. Las raíces de la situación que está a la vista de todos son, sin embargo, de tipo moral y la cuestión tiene que ser afrontada en el marco de un gran esfuerzo educativo, con el fin de promover un cambio efectivo de la mentalidad y establecer nuevos modelos de vida. La comunidad de los creyentes puede y quiere participar en ello, pero para hacerlo es necesario que se reconozca su papel público. Lamentablemente, en ciertos países, sobre todo occidentales, se difunde en ámbitos políticos y culturales, así como en

los medios de comunicación social, un sentimiento de escasa consideración y a veces de hostilidad, por no decir de menosprecio, hacia la religión, en particular la religión cristiana. Es evidente que si se considera el relativismo como un elemento constitutivo esencial de la democracia se corre el riesgo de concebir la laicidad sólo en términos de exclusión o, más exactamente, de rechazo de la importancia social del hecho religioso. Dicho planteamiento, sin embargo, crea confrontación y división, hiere la paz, perturba la ecología humana y, rechazando por principio actitudes diferentes a la suya, se convierte en un callejón sin salida. Es urgente, por tanto, definir una laicidad positiva, abierta, y que, fundada en una justa autonomía del orden temporal y del orden espiritual, favorezca una sana colaboración y un espíritu de responsabilidad compartida. Desde este punto de vista, pienso en Europa que, con la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, ha abierto una nueva fase de su proceso de integración, que la Santa Sede seguirá con respeto y cordial atención. Al observar con satisfacción que el Tratado prevé que la Unión Europea mantenga con las Iglesias un diálogo «abierto, transparente y regular» (art. 17), formulo mis votos para que Europa, en la construcción de su porvenir, encuentre continua inspiración en las fuentes de su propia identidad cristiana. Ésta, como ya afirmé en mi viaje apostólico a la República Checa el pasado mes de septiembre, tiene un papel insustituible «para la formación de

la conciencia de cada generación y para la promoción de un consenso ético de fondo, al servicio de toda persona que a este continente lo llama “mi casa”» (*Encuentro con las Autoridades civiles y el Cuerpo diplomático*, 26 septiembre 2009).

Continuando con nuestra reflexión, es preciso señalar la complejidad del problema del medio ambiente. Se podría decir que se trata de un prisma con muchas caras. Las criaturas son diferentes unas de otras y, como nos muestra la experiencia cotidiana, se pueden proteger o, por el contrario, poner en peligro de muchas maneras. Uno de estos ataques proviene de leyes o proyectos que, en nombre de la lucha contra la discriminación, atentan contra el fundamento biológico de la diferencia entre los sexos. Me refiero, por ejemplo, a países europeos o del continente americano. Como dice San Columbano, «si eliminas la libertad, eliminas la dignidad» (*Epist. 4 ad Attela*, en *S. Columbani Opera*, Dublín, 1957, p. 34). Pero la libertad no puede ser absoluta, ya que el hombre no es Dios, sino imagen de Dios, su criatura. Para el hombre, el rumbo a seguir no puede ser fijado por la arbitrariedad o el deseo, sino que debe más bien consistir en la correspondencia con la estructura querida por el Creador.

La salvaguardia de la creación comporta también otros desafíos, a los que solamente se puede responder a través de la solidaridad internacional. Pienso

en las catástrofes naturales que a lo largo del año pasado han sembrado muerte, sufrimiento y destrucción en Filipinas, Vietnam, Laos, Camboya y en la Isla de Taiwán. ¿Cómo no recordar también Indonesia y, muy cerca de nosotros, la región de los Abruzzos, golpeadas por devastadores temblores de tierra? Ante dichos acontecimientos, nunca debe faltar la asistencia generosa, pues está en juego la vida misma de las criaturas de Dios. Pero la salvaguardia de la creación, además de solidaridad, requiere también la concordia y estabilidad de los Estados. Cuando surgen divergencias y hostilidades entre ellos, para defender la paz, deben perseguir con tenacidad la vía de un diálogo constructivo. Esto es lo que sucedió hace 25 años con el Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile, concluido gracias a la mediación de la Sede Apostólica y del que se derivaron abundantes frutos de colaboración y prosperidad que, en cierta manera, beneficiaron a toda Latinoamérica. En esta misma parte del mundo, me alegra el acercamiento que Colombia y Ecuador han emprendido tras muchos meses de tensión. Más cerca de aquí, me alegro por el entendimiento logrado entre Croacia y Eslovenia a propósito del arbitraje relativo a sus fronteras marítimas y terrestres. Me alegro asimismo por el Acuerdo entre Armenia y Turquía con vistas a la reanudación de las relaciones diplomáticas y deseo también que a través del diálogo se mejoren las relaciones entre todos los países del Cáucaso meridional. Durante mi peregrinación a Tierra Santa, hice un llamamiento acu-

ciante a Israelíes y Palestinos a dialogar y respetar los derechos del otro. Una vez más, alzo mi voz para que el derecho a la existencia del Estado de Israel sea reconocido por todos, así como a gozar de paz y seguridad en las fronteras reconocidas internacionalmente. Asimismo, que el pueblo palestino vea reconocido su derecho a una patria soberana e independiente, a vivir con dignidad y a desplazarse libremente. Quisiera, además, pedir el apoyo de todos para que sean protegidos la identidad y el carácter sagrado de Jerusalén, cuya herencia cultural y religiosa tiene un valor universal. Sólo así, esta ciudad única, santa y atormentada, podrá ser signo y anticipo de la paz que Dios desea para toda la familia humana. Por amor al diálogo y a la paz, que salvaguardan la creación, exhorto a los gobernantes y ciudadanos de Irak a superar las divisiones, la tentación de la violencia e intolerancia, para construir juntos el futuro de su país. Las comunidades cristianas quieren también ofrecer su aportación, pero para ello es necesario que se les asegure respeto, seguridad y libertad. Pakistán ha sido también golpeado duramente por la violencia en los últimos meses y ciertos episodios han afectado directamente a la minoría cristiana. Pido que se haga todo lo posible para que dichas agresiones no se vuelvan a repetir y que los cristianos puedan sentirse plenamente integrados en la vida de su país. Por otra parte, a propósito de la violencia contra los cristianos, no puedo dejar de mencionar el deplorable atentado que en los últimos días ha sufrido la comunidad

copta egipcia, precisamente cuando celebraba la fiesta de Navidad. En cuanto a Irán, espero que, a través del diálogo y la colaboración, se encuentren soluciones comunes tanto a nivel nacional como en el ámbito internacional. Deseo que el Líbano, que ha superado una larga crisis política, continúe por la vía de la concordia. Espero que Honduras, después de un tiempo de incertidumbre y agitación, se encamine hacia la recuperación de la normalidad política y social. Deseo que, con la ayuda desinteresada y efectiva de la comunidad internacional, suceda lo mismo en Guinea y Madagascar.

Señoras y Señores Embajadores, al final de este rápido recorrido que, debido a su brevedad, no se puede detener en todas las situaciones que lo merecerían, me vienen a la mente las palabras del Apóstol Pablo, para quien «la creación entera está gemiendo con dolores de parto» y «también nosotros gemimos en nuestro interior» (*Rm* 8, 22-23). En efecto, hay muchos sufrimientos en la humanidad y el egoísmo humano hiere a la creación de muchas maneras. Por eso mismo, el anhelo de salvación que atañe a toda la creación, es todavía más intenso y está presente en el corazón de todos, creyentes o no. La Iglesia indica que la respuesta a esta aspiración está en Cristo «primogénito de toda criatura; porque por medio de Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres» (*Col* 1, 15-16). Fijando mis ojos en Él, exhorto a toda persona de buena voluntad a trabajar con con-

fianza y generosidad por la dignidad y la libertad del hombre. Que la luz y la fuerza de Jesús nos ayuden a respetar la ecología humana, conscientes de que la ecología medioambiental se beneficiará también de ello, ya que el libro de la naturaleza es único e indivisible. De esta manera, podremos consolidar la paz, hoy y para las generaciones venideras. Os deseo a todos un feliz año.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los administradores de la región
del Lacio del Ayuntamiento y de la
provincia de Roma***

*Sala Clementina. Jueves, 14 de enero
de 2010*

Ilustres señores y amables señoras:

Me alegra encontrarme con vosotros en esta cita tradicional, que nos brinda la ocasión para un intercambio de felicitaciones por el año nuevo y para reflexionar sobre la realidad de nuestro territorio, en el que desde hace dos mil años está presente el Sucesor de Pedro, como Obispo de Roma y arzobispo metropolitano de la provincia eclesiástica romana, que comprende todo el Lacio. Os agradezco esta visita y dirijo mi deferente y cordial saludo al vicepresidente de la junta regional del Lacio, Esterino Montino; al alcalde de Roma, Gianni Alemanno; y al presidente de la provincia de Roma, Nicola Zingaretti, a quienes deseo expresar mi

sentido agradecimiento por las amables palabras que me han dirigido, también en nombre de las administraciones que dirigen. Saludo asimismo a los presidentes de los respectivas asambleas consiliarias y a todos los presentes.

La crisis que ha afectado a la economía mundial -como se ha recordado- también ha tenido consecuencias para los habitantes y las empresas de Roma y del Lacio. Al mismo tiempo, ha permitido redefinir el modelo de crecimiento aplicado en estos últimos años. En la encíclica *Caritas in veritate* recordé que el desarrollo humano, para ser auténtico, tiene que concernir a la totalidad de la persona y debe realizarse en la caridad y en la verdad. De hecho, la persona humana está en el centro de la acción política y su crecimiento moral y espiritual debe ser la primera preocupación para quienes han sido llamados a administrar la comunidad civil. Es fundamental que cuantos han recibido de la confianza de los ciudadanos la elevada responsabilidad de gobernar las instituciones sientan como prioritaria la exigencia de perseguir constantemente el bien común, que “no es un bien que se busca por sí mismo, sino para las personas que forman parte de la comunidad social, y que sólo en ella pueden conseguir su bien realmente y de modo más eficaz” (*Caritas in veritate*, 7). A fin de que esto suceda, es oportuno que desde las sedes institucionales se intente favorecer una sana dialéctica, porque cuanto más compartidas sean las decisiones y las medidas

tomadas, tanto más permitirán un desarrollo eficaz para los habitantes de los territorios administrados.

En este contexto, deseo expresar mi aprecio por los esfuerzos realizados por vuestras administraciones en favor de las franjas más débiles y marginadas de la sociedad, con vistas a la promoción de una convivencia más justa y solidaria. Al respecto, quiero invitaros a poner todo vuestro empeño a fin de que la centralidad de la persona humana y de la familia constituya el principio inspirador de todas vuestras decisiones. De modo especial, es preciso referirse a este principio en la realización de los nuevos asentamientos de la ciudad, para que los complejos de viviendas que van surgiendo no sean sólo barrios-dormitorio. Para ello, es oportuno prever las estructuras que favorecen los procesos de socialización, evitando de este modo que surja y se incrementa el individualismo cerrado y la atención exclusiva a los propios intereses, que dañan toda convivencia humana. La Iglesia, respetando las competencias de las autoridades civiles, se alegra de dar su contribución para que en esos barrios haya una vida social digna del hombre. Sé que en varias zonas periféricas de la ciudad esto ya ha sucedido, gracias al compromiso de la administración municipal en la realización de obras importantes, y espero que en todas partes se tengan presentes estas exigencias. Agradezco la consolidada colaboración existente entre las administraciones que dirigís y el Vicariato,

especialmente en lo que se refiere a la construcción de los nuevos complejos parroquiales, que, además de ser puntos de referencia para la vida cristiana, desempeñan una función educativa y social fundamental.

Esta colaboración ha permitido alcanzar objetivos significativos. Al respecto, me complace recordar que en algunos de los nuevos barrios, donde viven sobre todo familias jóvenes con niños pequeños, las comunidades eclesiales, conscientes de que la apertura a la vida es el centro del verdadero desarrollo humano (cf. *ib.*, 28), han realizado los “oratorios de los pequeños”. Estas útiles estructuras permiten a los niños pasar las horas del día, mientras los padres están en el trabajo. Confío en que una sinergia cada vez más fecunda entre las distintas instituciones permita que surjan en las zonas periféricas, al igual que en el resto de la ciudad, estructuras análogas, que ayuden a los padres jóvenes en su tarea educativa. Espero también que se adopten más medidas en favor de las familias, especialmente las numerosas, de modo que toda la ciudad goce de la insustituible función de esta institución fundamental, primera e indispensable célula de la sociedad.

En el contexto de la promoción del bien común, la educación de las nuevas generaciones, que constituyen el futuro de nuestra región, representa una preocupación predominante que los administradores públicos comparten con la Iglesia y con todas las organizaciones

formativas. Desde hace algunos años, la diócesis de Roma y las del Lacio están comprometidas en dar su contribución para afrontar las exigencias cada vez más urgentes que llegan del mundo juvenil y que requieren respuestas educativas adecuadas de alto perfil. A la vista de todos está la necesidad y la urgencia de ayudar a los jóvenes a proyectar la vida según valores auténticos, que hacen referencia a una visión “alta” del hombre y que encuentran en el patrimonio religioso y cultural cristiano una de sus expresiones más sublimes. Hoy las nuevas generaciones quieren saber quién es el hombre y cuál es su destino, y buscan respuestas que les puedan indicar el camino que conviene recorrer para fundar su existencia en valores perennes. En concreto, en las propuestas formativas sobre los grandes temas de la afectividad y la sexualidad, tan importantes para la vida, hay que evitar proponer a los adolescentes y a los jóvenes caminos que favorezcan la banalización de estas dimensiones fundamentales de la existencia humana. Para lograr este objetivo, la Iglesia pide la colaboración de todos, especialmente de quienes trabajan en la escuela, para educar a una visión elevada del amor y de la sexualidad humana. Deseo, por esto, invitar a todos a comprender que, cuando pronuncia su *no*, la Iglesia en realidad dice *sí* a la vida, al amor vivido en la verdad del don de sí mismo al otro, al amor que se abre a la vida y no se cierra en una visión narcisista de la pareja. Está convencida de que solamente estas opciones pueden llevar a un modelo de

vida en el que la felicidad es un bien compartido. Sobre estos temas, como también sobre los de la familia fundada en el matrimonio y en el respeto de la vida desde su concepción hasta su fin natural, la comunidad eclesial no puede menos de ser fiel a la verdad, “que es la única garantía de libertad y de la posibilidad de un desarrollo humano integral” (*ib.*, 9).

Por último, no puedo menos de exhortar a las autoridades competentes a una atención constante y coherente al mundo de la enfermedad y del sufrimiento. Las estructuras sanitarias, tan numerosas en Roma y en el Lacio, que prestan un servicio importante a la comunidad, deben ser lugares en los que se encuentren una gestión cada vez más atenta y responsable de la causa pública, competencias profesionales y dedicación al enfermo, cuya acogida y cuidado deben ser el criterio supremo de quienes trabajan en ese ámbito. Roma y el Lacio, junto a estas estructuras sanitarias públicas, cuentan desde hace siglos con la presencia de las de inspiración católica, que actúan en favor de amplias franjas de la población. En ellas, se intenta conjugar la competencia profesional y la atención al enfermo con la verdad y la caridad de Cristo. Inspirándose en el Evangelio, se esfuerzan en acercarse a los que sufren con amor y esperanza, sosteniendo también la búsqueda de sentido e intentando dar respuestas a los interrogantes que inevitablemente surgen en el corazón de quienes viven la difícil dimensión de la enfermedad y del do-

lor. De hecho, el hombre necesita que se le cuide en su unidad de ser espiritual y corporal. Por lo tanto, confío en que, a pesar de las persistentes dificultades económicas, se apoye adecuadamente a estas estructuras en su valioso servicio.

Ilustres autoridades, a la vez que os agradezco sinceramente vuestra amable y grata visita, os aseguro mi cercanía cordial y mi oración por vosotros, por las importantes responsabilidades que os han sido encomendadas y por los habitantes de los ámbitos que administráis. Que el Señor os sostenga, os guíe y haga realidad las expectativas de bien presentes en el corazón de cada uno.

Con estos sentimientos, con afecto y benevolencia imparto la bendición apostólica, que extendiendo de corazón a vuestras familias y a cuantos viven y trabajan en Roma, en su provincia y en todo el Lacio.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asambela
Plenaria de la Congregación para la
Doctrina de la Fe***

*Sala Clementina. Viernes, 15 de enero
de 2010*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
queridos fieles colaboradores:*

Es para mí motivo de gran alegría encontrarme con vosotros con ocasión

de la sesión plenaria y manifestaros los sentimientos de profundo agradecimiento y de cordial aprecio por el trabajo que lleváis a cabo al servicio del Sucesor de Pedro en su ministerio de confirmar a los hermanos en la fe (cf. *Lc 22, 32*).

Agradezco al señor cardenal William Joseph Levada sus palabras de saludo, en las que ha recordado los temas de los que se ocupa actualmente la Congregación, así como las nuevas responsabilidades que el *motu proprio Ecclesiae Unitatem* le ha confiado, uniendo de modo estrecho al dicasterio la Comisión pontificia *Ecclesia Dei*.

Quisiera ahora detenerme brevemente en algunos aspectos que usted, señor cardenal, ha expuesto. Ante todo, deseo subrayar que vuestra Congregación participa del *ministerio de unidad*, confiado de modo especial al Romano Pontífice, mediante su compromiso por la fidelidad doctrinal. De hecho, la unidad es en primer lugar *unidad de fe*, sostenida por el sagrado depósito, cuyo primer custodio y defensor es el Sucesor de Pedro. Confirmar a los hermanos en la fe, manteniéndolos unidos en la confesión de Cristo crucificado y resucitado, constituye para quien se sienta en la Cátedra de Pedro el deber primero y fundamental que Jesús le ha conferido. Es un servicio inderogable, del que depende la eficacia de la acción evangelizadora de la Iglesia hasta el final de los siglos.

El Obispo de Roma, de cuya *potestas docendi* participa vuestra Congregación, debe proclamar constantemente: *Dominus Iesus*, “Jesús es el Señor”. La *potestas docendi* conlleva la obediencia a la fe, para que la Verdad, que es Cristo, siga resplandeciendo en su grandeza y resonando para todos los hombres en su integridad y pureza, de modo que haya un solo rebaño, reunido en torno al único Pastor.

Alcanzar el testimonio común de fe de todos los cristianos constituye, por tanto, la prioridad de la Iglesia de todos los tiempos, con el fin de llevar a todos los hombres al encuentro con Dios. Con este espíritu confío de modo especial en el compromiso del dicasterio para que se superen los problemas doctrinales que aún persisten, a fin de alcanzar la plena comunión con la Iglesia, por parte de la *Fraternidad San Pío X*.

Deseo, además, congratularme por el compromiso en favor de la plena integración en la vida de la Iglesia católica de personas y grupos de fieles, que antes pertenecían al anglicanismo, según cuanto se establece en la constitución apostólica *Anglicanorum coetibus*. La fiel adhesión de estos grupos a la verdad recibida de Cristo y propuesta por el Magisterio de la Iglesia no es, en modo alguno, contraria al movimiento ecuménico, sino que muestra su objetivo último, que consiste en alcanzar la comunión plena y visible de los discípulos del Señor.

En el valioso servicio que prestáis al Vicario de Cristo, quiero recordar también que la Congregación para la doctrina de la fe, en septiembre de 2008, publicó la Instrucción *Dignitas personae* sobre algunas cuestiones de bioética. Después de la encíclica *Evangelium vitae* del siervo de Dios, Juan Pablo II, en marzo de 1995, este documento doctrinal, centrado en el tema de la dignidad de la persona, creada en Cristo y por Cristo, representa un nuevo punto firme en el anuncio del Evangelio, en plena continuidad con la Instrucción *Donum vitae*, publicada por este dicasterio en febrero de 1987.

En temas tan delicados y actuales, como los que se refieren a la procreación y a las nuevas propuestas terapéuticas que conllevan la manipulación del embrión y del patrimonio genético humano, la Instrucción ha recordado que “el valor ético de la ciencia biomédica se mide tanto con referencia al respeto incondicional debido a cada ser humano, en todos los momentos de su existencia, como a la tutela de la especificidad de los actos personales que transmiten la vida” (*Dignitas personae*, n. 10). De este modo, el Magisterio de la Iglesia pretende dar su contribución a la formación de la conciencia, no sólo de los creyentes, sino de cuantos buscan la verdad y aceptan argumentaciones que proceden de la fe, pero también de la propia razón. La Iglesia, al proponer valoraciones morales para la investigación biomédica sobre la vida humana, se vale de la luz tanto de la

razón como de la fe (cf. *ib.*, n. 3), pues tiene la convicción de que “la fe no sólo acoge y respeta lo que es humano, sino que también lo purifica, lo eleva y lo perfecciona” (*ib.*, n. 7).

En este contexto, se da también una respuesta a la mentalidad generalizada según la cual la fe se presenta como obstáculo a la libertad y a la investigación científica, porque estaría constituida por un conjunto de prejuicios que viciarían la comprensión objetiva de la realidad. Frente a esta postura, que tiende a sustituir la verdad con el consenso, frágil y fácilmente manipulable, la fe cristiana da, en cambio, una contribución verdadera también en el ámbito ético-filosófico, no proporcionando soluciones ya preparadas a problemas concretos, como la investigación y la experimentación biomédica, sino proponiendo perspectivas morales fiables dentro de las cuales la razón humana puede buscar y encontrar soluciones válidas.

Hay, de hecho, determinados contenidos de la revelación cristiana que arrojan luz sobre las cuestiones bioéticas: el valor de la vida humana, la dimensión relacional y social de la persona, la conexión entre los aspectos unitivo y procreativo de la sexualidad, la centralidad de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer. Estos contenidos, inscritos en el corazón del hombre, también son comprensibles racionalmente como elementos de la ley moral natural y pueden hallar acogida

también entre quienes no se reconocen en la fe cristiana.

La ley moral natural no es exclusiva o predominantemente confesional, aunque la Revelación cristiana y la realización del hombre en el misterio de Cristo ilumine y desarrolle en plenitud su doctrina. Como afirma el *Catecismo de la Iglesia católica*, la ley moral natural “indica los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral” (n. 1955). Fundada en la naturaleza humana misma y accesible a toda criatura racional, constituye así la base para entrar en diálogo con todos los hombres que buscan la verdad y, más en general, con la sociedad civil y secular. Esta ley, inscrita en el corazón de cada hombre, toca uno de los nudos esenciales de la reflexión misma sobre el derecho e interpela igualmente la conciencia y la responsabilidad de los legisladores.

A la vez que os animo a proseguir vuestro comprometedor e importante servicio, deseo expresaros también en esta circunstancia mi cercanía espiritual, impartiendoos de corazón a todos, como prenda de afecto y gratitud, la bendición apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, con ocasión de la concesión de la Ciudadanía de Honor de Freising

Sala Clementina. Sábado, 16 de enero de 2010

Señor alcalde; querido señor cardenal; querido señor arzobispo; querido señor

obispo auxiliar; queridos ciudadanos y ciudadanas de Freising; queridos amigos:

Para mí es un momento de conmoción convertirme, ahora también jurídicamente, en ciudadano de Freising y pertenecer así de un modo nuevo, muy amplio y profundo, a esta ciudad, de la que siento íntimamente que formo parte. Por esto, sólo puedo decir de corazón: “Vergelt’s Gott” (Dios os lo pague). Es una alegría que ahora me acompaña y permanecerá en mí. En la biografía de mi vida -en la biografía de mi corazón, si puedo decir así- la ciudad de Freising desempeña un papel muy especial. En ella, recibí la formación que desde entonces caracteriza mi vida. Así, de alguna manera esta ciudad se encuentra siempre presente en mí y yo en ella. Y el hecho de que -como ha observado usted, señor alcalde- yo haya incluido en mi escudo al moro y al oso de Freising muestra a todo el mundo hasta qué punto pertenezco a ella. Y como coronación ahora soy ciudadano de Freising, también desde el punto de vista legal; lo cual me alegra profundamente.

En esta ocasión, aflora a mi mente un horizonte lleno de imágenes y recuerdos. Usted ha citado varios, querido señor alcalde. Quiero retomar algunos ejemplos. Ante todo, el 3 de enero de 1946. Después de una larga espera, por fin había llegado el momento para el seminario de Freising de abrir sus puertas a cuantos regresaban. De hecho, todavía era un lazareto para ex

prisioneros de guerra, pero ya podíamos comenzar. Ese momento representaba un viraje en la vida: estar en el camino al que nos sentíamos llamados. Viéndolo desde la perspectiva de hoy, vivíamos de modo muy “anticuado” y privado de comodidades: estábamos en dormitorios, en salas de estudio, etc., pero éramos felices, no sólo porque habíamos escapado por fin a las miserias y las amenazas de la guerra y del dominio nazi, sino también porque éramos libres y, sobre todo, porque estábamos en el camino al que nos sentíamos llamados. Sabíamos que Cristo era más fuerte que la tiranía, que el poder de la ideología nazi y de sus mecanismos de opresión. Sabíamos que el tiempo y el futuro pertenecen a Cristo, y sabíamos que él nos había llamado y nos necesitaba, que tenía necesidad de nosotros. Sabíamos que la gente de aquellos tiempos cambiados nos esperaba, esperaba sacerdotes que llegaran con un nuevo impulso de fe para construir la casa viva de Dios.

En esta ocasión, debo elevar un pequeño himno de alabanza también al viejo ateneo, del que formé parte, primero como estudiante y después como profesor. Había estudiosos muy serios, algunos incluso de fama internacional, pero lo más importante -a mi parecer- es que no eran sólo estudiosos, sino también maestros, personas que no ofrecían solamente las primicias de su especialización, sino personas a las que interesaba dar a los estudiantes lo esencial, el pan sano que necesitaban

para recibir la fe desde dentro. Y era importante que nosotros -si ahora puedo decir nosotros- no nos sentíamos expertos individualmente, sino como parte de un conjunto; que cada uno de nosotros trabajaba en el conjunto de la teología; que con nuestra labor debía hacerse visible la lógica de la fe como unidad, y, de ese modo, crecer la capacidad de dar razón de nuestra fe, como dice san Pedro (1 P 3, 15), de transmitirla en un tiempo nuevo, en un contexto de nuevos desafíos.

La segunda imagen que quiero retomar es el día de la ordenación sacerdotal. La catedral siempre fue el centro de nuestra vida, al igual que en el seminario éramos una familia y fue el padre Höck quien hizo de nosotros una verdadera familia. La catedral era el centro y en el día inolvidable de la ordenación sacerdotal se convirtió en el centro para toda la vida. Son tres los momentos que me quedaron especialmente grabados. El primero, estar postrados en el suelo durante las letanías de los santos. Al estar así postrados, se toma una vez más conciencia de toda nuestra pobreza y uno se pregunta: ¿soy realmente capaz? Y al mismo tiempo resuenan los nombres de todos los santos de la historia y la imploración de los fieles: “Escúchanos; ayúdalos”. Así crece la conciencia: sí, soy débil e inadecuado, pero no estoy solo, hay otros conmigo, toda la comunidad de los santos está conmigo, me acompañan y, por lo tanto, puedo recorrer este camino y convertirme en compañero y guía para los demás.

El segundo, la imposición de las manos por parte del anciano y venerable cardenal Faulhaber -que me impuso las manos a mí, y a todos, de modo profundo e intenso- y la conciencia de que es el Señor quien impone sus manos sobre mí y dice: me perteneces, no te perteneces simplemente a ti mismo, te quiero, estás a mi servicio; pero también la conciencia de que esta imposición de las manos es una gracia, que no crea sólo obligaciones, sino que, por encima de todo, es un don, que él está conmigo y que su amor me protege y me acompaña. Después seguía el viejo rito, en el que el poder de perdonar los pecados se confería en un momento aparte, que comenzaba cuando el obispo decía, con las palabras del Señor: “Ya no os llamo siervos; a vosotros os llamo amigos”. Y yo sabía -nosotros sabíamos- que no es sólo una cita de *Juan 15*, sino una palabra actual que el Señor me está dirigiendo ahora. Él me acepta como amigo; estoy en esta relación de amistad; él me ha otorgado su confianza, y en esta amistad puedo actuar y hacer que otros lleguen a ser amigos de Cristo.

A la tercera imagen usted, señor alcalde, ya ha hecho alusión: pude pasar otros tres años y medio inolvidables con mis padres en el *Lerchenfeldhof* y, por lo tanto, sentirme de nuevo plenamente en casa. Estos últimos tres años y medio con mis padres fueron para mí un don inmenso e hicieron de Freising realmente mi casa. Pienso en las fiestas, en cómo celebrábamos juntos

la Navidad, la Pascua, Pentecostés; en los paseos que dábamos juntos por los prados; en nuestras salidas al bosque para recoger ramas de abeto y musgo para el belén, y en nuestras excursiones a los campos a orillas del río Isar. Así Freising se convirtió para nosotros en una verdadera patria, y como patria la conservo en mi corazón.

Hoy a las puertas de Freising se encuentra el aeropuerto de Munich. Quien aterriza o despegue ve las torres de la catedral de Freising, ve el *mons doctus*, y quizá puede intuir un poco de su historia y de su presente. Freising siempre ha tenido una amplia panorámica sobre la cadena de los Alpes; con el aeropuerto ha llegado a ser, en cierto sentido, también mundial y abierta al mundo. Y, sin embargo, quiero subrayar que la catedral con sus torres indica una altura que es muy superior y distinta respecto a la que alcanzamos con los aviones, es la verdadera altura, la altura de Dios, de la que proviene el amor que nos da la auténtica humanidad. Pero la catedral no sólo indica la altura de Dios, que nos forma y nos señala el camino, sino que indica también la amplitud, y esto no sólo porque la catedral encierra siglos de fe y de oración, pues en ella está presente, por decirlo así, toda la comunidad de los santos, de todos aquellos que han creído, rezado, sufrido, gozado antes de nosotros. En general, indica la gran amplitud de los creyentes de todas las épocas, mostrando también de ese modo una inmensidad que va más allá de la

globalización, porque en la diversidad, incluso en el contraste de las culturas y los orígenes, da la fuerza de la unidad interior, da lo que puede unirnos: la fuerza unificadora del ser amados por Dios. Así, para mí Freising también es la indicación de un camino.

Para concluir quiero dar las gracias una vez más por el gran honor que me hacéis; también a la banda musical, que hace presente aquí la cultura verdaderamente bávara. Mi deseo -mi oración- es que el Señor siga bendiciendo a esta ciudad y que Nuestra Señora de la catedral de Freising la proteja, a fin de que sea, también en el futuro, un lugar de vida humana de fe y de alegría. Muchas gracias.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en su visita a la comunidad judía de
Roma***

*Sinagoga de Roma. Domingo 17 de
enero de 2010*

«El Señor ha estado grande con ellos”.
El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres» (*Sal 126*)

«Ved: qué dulzura, qué delicia
convivir los hermanos unidos» (*Sal
133*)

*Señor rabino jefe de la comunidad
judía de Roma, señor presidente de la
Unión de las comunidades judías de*

Italia, señor presidente de la Comunidad judía de Roma, señores rabinos, distinguidas autoridades, queridos amigos y hermanos:

1. Al inicio del encuentro en el Templo mayor de los judíos de Roma, los Salmos que hemos escuchado nos sugieren la actitud espiritual más auténtica para vivir este particular y feliz momento de gracia: la alabanza al Señor, que ha estado grande con nosotros, nos ha reunido aquí con su *Hèsed*, el amor misericordioso, y el agradecimiento por habernos dado el don de encontrarnos juntos para hacer más firmes los vínculos que nos unen y seguir recorriendo el camino de la reconciliación y de la fraternidad. Deseo expresarle viva gratitud ante todo a usted, rabino jefe, doctor Riccardo Di Segni, por su invitación y por las significativas palabras que me ha dirigido. Agradezco también a los presidentes de la Unión de las comunidades judías de Italia, abogado Renzo Gattegna, y de la Comunidad judía de Roma, señor Riccardo Pacifici, las corteses palabras que han querido dirigirme. Me dirijo también a las autoridades y a todos los presentes, así como, de modo particular, a la comunidad judía romana y a cuantos han colaborado para hacer posible el momento de encuentro y de amistad que estamos viviendo.

Al venir entre vosotros por primera vez como cristiano y como Papa, mi venerado predecesor, Juan Pablo II, hace casi veinticuatro años, quiso dar

una decidida contribución a la consolidación de las buenas relaciones entre nuestras comunidades, para superar toda incomprensión y prejuicio. Mi visita se inserta en el camino trazado, para confirmarlo y reforzarlo. Con sentimientos de viva cordialidad me encuentro en medio de vosotros para manifestaros la estima y el afecto que el Obispo y la Iglesia de Roma, como también toda la Iglesia católica, albergan hacia esta comunidad y hacia las comunidades judías esparcidas por el mundo.

2. La doctrina del concilio Vaticano II ha representado para los católicos un punto firme al que referirse constantemente en la actitud y en las relaciones con el pueblo judío, marcando una etapa nueva y significativa. El acontecimiento conciliar dio un impulso decisivo al compromiso de recorrer un camino irrevocable de diálogo, de fraternidad y de amistad, camino que se ha profundizado y desarrollado en estos cuarenta años con pasos y gestos importantes y significativos, entre los cuales deseo mencionar nuevamente la histórica visita de mi venerable predecesor a este lugar, el 13 de abril de 1986; los numerosos encuentros que mantuvo con personalidades judías, también durante los viajes apostólicos internacionales; la peregrinación jubilar a Tierra Santa en el año 2000; los documentos de la Santa Sede que, tras la declaración *Nostra aetate*, han ofrecido valiosas orientaciones para un desarrollo positivo en las relaciones entre

católicos y judíos. También yo, en estos años de pontificado, he querido mostrar mi cercanía y mi afecto hacia el pueblo de la Alianza. Conservo muy vivos en mi corazón todos los momentos de la peregrinación a Tierra Santa que tuve la alegría de realizar en mayo del año pasado, como también los numerosos encuentros con comunidades y organizaciones judías, de modo especial en las sinagogas de Colonia y Nueva York.

Además, la Iglesia no ha dejado de deplorar las faltas de sus hijos e hijas, pidiendo perdón por todo aquello que ha podido favorecer de algún modo las heridas del antisemitismo y del antijudaísmo (cf. Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo, *Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah*, 16 de marzo de 1998). Que estas heridas se cicatricen para siempre. Vuelve a la mente la apremiante oración del Papa, Juan Pablo II, ante el Muro del Templo, en Jerusalén, el 26 de marzo de 2000, que resuena verdadera y sincera en lo profundo de nuestro corazón: “Dios de nuestros padres, tú has elegido a Abraham y a su descendencia para que tu Nombre fuera dado a conocer a las naciones: nos duele profundamente el comportamiento de cuantos, en el curso de la historia, han hecho sufrir a estos hijos tuyos y, a la vez que te pedimos perdón, queremos comprometer-nos en una auténtica fraternidad con el pueblo de la Alianza”.

3. El paso del tiempo nos permite reconocer que el siglo XX fue una

época verdaderamente trágica para la humanidad: guerras sangrientas que sembraron más destrucción, muerte y dolor que nunca; ideologías terribles que hundían sus raíces en la idolatría del hombre, de la raza, del Estado, y que llevaron una vez más al hermano a matar al hermano. El drama singular y desconcertante del Holocausto representa, de algún modo, el culmen de un camino de odio que nace cuando el hombre olvida a su Creador y se pone a sí mismo en el centro del universo. Como dije en la visita del 28 de mayo de 2006 en el campo de concentración de Auschwitz, que sigue profundamente grabada en mi memoria, “los potentados del Tercer Reich querían aplastar al pueblo judío en su totalidad” y, en el fondo, “con la aniquilación de este pueblo (...), querían matar a aquel Dios que llamó a Abraham, que hablando en el Sinaí estableció los criterios para orientar a la humanidad, criterios que son válidos para siempre” (*Discurso en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau: L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de junio de 2006, p. 15).

En este lugar, ¿cómo no recordar a los judíos romanos que fueron arrancados de estas casas, ante estas paredes, y con horrenda saña fueron asesinados en Auschwitz? ¿Cómo es posible olvidar sus rostros, sus nombres, las lágrimas, la desesperación de hombres, mujeres y niños? El exterminio del pueblo de la Alianza de Moisés, primero anunciado y después sistemáticamente programa-

do y realizado en la Europa dominada por los nazis, aquel día también alcanzó trágicamente a Roma. Por desgracia, muchos permanecieron indiferentes; pero muchos, también entre los católicos italianos, sostenidos por la fe y por la enseñanza cristiana, reaccionaron con valor, abriendo sus brazos para socorrer a los judíos perseguidos y fugitivos, a menudo arriesgando su propia vida, y merecen una gratitud perenne. También la Sede Apostólica llevó a cabo una acción de socorro, a menudo oculta y discreta.

La memoria de estos acontecimientos debe impulsarnos a reforzar los vínculos que nos unen para que crezcan cada vez más la comprensión, el respeto y la acogida.

4. Nuestra cercanía y fraternidad espirituales tienen en la Sagrada Biblia -en hebreo *Sifre Qodesh* o “Libros de Santidad”- el fundamento más sólido y perenne, sobre cuya base nos hallamos constantemente ante nuestras raíces comunes, ante la historia y el rico patrimonio espiritual que compartimos. Escrutando su misterio, la Iglesia, pueblo de Dios de la Nueva Alianza, descubre su propio vínculo profundo con los judíos, elegidos por el Señor los primeros entre todos para acoger su palabra (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 839). “A diferencia de las otras religiones no cristianas, la fe judía ya es una respuesta a la revelación de Dios en la Antigua Alianza. Pertenecen al pueblo judío “la adopción filial, la glo-

ria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas, y los patriarcas; de todo lo cual procede Cristo según la carne” (*Rm* 9, 4-5) porque “los dones y la vocación de Dios son irrevocables” (*Rm* 11, 29)” (*ib.*).

5. Numerosas pueden ser las implicaciones que se derivan de la herencia común tomada de la Ley y de los Profetas. Quisiera recordar algunas: ante todo, la solidaridad que une a la Iglesia y al pueblo judío “a nivel de su misma identidad” espiritual, y que ofrece a los cristianos la oportunidad de promover “un renovado respeto por la interpretación judía del Antiguo Testamento” (cf. Pontificia Comisión Bíblica, *El pueblo judío y sus Sagradas Escrituras en la Biblia cristiana*, 2001, pp. 12 y 55); la centralidad del Decálogo como mensaje ético común de valor perenne para Israel, la Iglesia, los no creyentes y la humanidad entera; el compromiso por preparar o realizar el reino del Altísimo en el “cuidado de la creación” confiada por Dios al hombre para que la cultive y la custodie responsablemente (cf. *Gn* 2, 15).

6. En particular, el *Decálogo* -las “Diez Palabras” o Diez Mandamientos (cf. *Ex* 20, 1-17; *Dt* 5, 1-21)-, que procede de la *Torá* de Moisés, constituye la antorcha de la ética, de la esperanza y del diálogo, estrella polar de la fe y de la moral del pueblo de Dios, e ilumina y guía también el camino de los cristianos. Constituye un faro y una norma de vida en la justicia y en el amor, un “gran código” ético para toda la huma-

nidad. Las “Diez Palabras” iluminan el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, según los criterios de la conciencia recta de toda persona humana. Jesús mismo lo repitió en varias ocasiones, subrayando que es necesario un compromiso concreto siguiendo el camino de los Mandamientos: “Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos” (*Mt* 19, 17). Desde esta perspectiva, hay varios campos de colaboración y testimonio. Quisiera recordar tres particularmente importantes para nuestro tiempo.

Las “Diez Palabras” exigen reconocer al único Señor, superando la tentación de construirse otros ídolos, de hacerse becerros de oro. En nuestro mundo, muchos no conocen a Dios o lo consideran superfluo, sin relevancia para la vida; así, se han fabricado otros dioses nuevos ante los que se postra el hombre. Despertar en nuestra sociedad la apertura a la dimensión trascendente, dar testimonio del único Dios es un servicio precioso que judíos y cristianos pueden y deben prestar juntos.

Las “Diez Palabras” exigen respeto, protección de la vida contra toda injusticia y abuso, reconociendo el valor de toda persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. ¡Cuántas veces, en todas las partes de la tierra, cercanas o lejanas, se sigue pisoteando la dignidad, la libertad y los derechos del ser humano! Testimoniar juntos el valor supremo de la vida contra todo egoísmo es dar una aportación importante para un

mundo en el que reine la justicia y la paz, el “shalom” deseado por los legisladores, los profetas y los sabios de Israel.

Las “Diez Palabras” exigen conservar y promover la santidad de la familia, en la cual el “sí” personal y recíproco, fiel y definitivo, del hombre y de la mujer abre el espacio para el futuro, para la auténtica humanidad de cada uno, y se abre, al mismo tiempo, al don de una nueva vida. Testimoniar que la familia sigue siendo la célula esencial de la sociedad y el contexto básico en el que se aprenden y practican las virtudes humanas es un servicio precioso que se ha de prestar para la construcción de un mundo de rostro más humano.

7. Como enseña Moisés en el *Shemá* (cf. *Dt* 6, 5; *Lv* 19, 34), y como afirma Jesús en el Evangelio (cf. *Mt* 22, 37-40), todos los mandamientos se resumen en el amor a Dios y en la misericordia hacia el prójimo. Esta regla compromete a judíos y cristianos a practicar en nuestro tiempo una generosidad especial con los pobres, las mujeres, los niños, los extranjeros, los enfermos, los débiles, los necesitados. En la tradición judía, hay un admirable dicho de los padres de Israel: “Simón el Justo solía decir: “El mundo se funda en tres cosas: la Torá, el culto y los actos de misericordia”” (*Abot* 1, 2). Con la práctica de la justicia y de la misericordia, judíos y cristianos están llamados a anunciar y a dar testimonio del reino del Altísimo que viene, y por el que rezamos y trabajamos cada día en la esperanza.

8. En esta dirección, podemos dar pasos juntos, conscientes de las diferencias que existen entre nosotros, pero también de que, si logramos unir nuestros corazones y nuestras manos para responder a la llamada del Señor, su luz se hará más cercana para iluminar a todos los pueblos de la tierra. Los pasos dados en estos cuarenta años por el Comité internacional conjunto católico-judío y, en años más recientes, por la Comisión mixta de la Santa Sede y del Gran Rabinado de Israel, son un signo de la voluntad común de continuar un diálogo abierto y sincero. Precisamente mañana, la Comisión mixta celebrará aquí, en Roma, su noveno encuentro sobre “La enseñanza católica y judía sobre la creación y el medio ambiente”. Les deseamos un diálogo fecundo sobre un tema tan importante y actual.

9. Cristianos y judíos tienen en común gran parte de su patrimonio espiritual, rezan al mismo Señor, tienen las mismas raíces, pero con frecuencia se desconocen mutuamente. Nos corresponde a nosotros, respondiendo a la llamada de Dios, trabajar para que quede siempre abierto el espacio del diálogo, del respeto recíproco, del crecimiento en la amistad, del testimonio común ante los desafíos de nuestro tiempo, que nos invitan a colaborar por el bien de la humanidad en este mundo creado por Dios, el Omnipotente y el Misericordioso.

10. Por último, un pensamiento particular a nuestra ciudad de Roma,

donde, desde hace cerca de dos mil años, conviven, como dijo el Papa, Juan Pablo II, la comunidad católica con su Obispo y la comunidad judía con su rabino jefe. Que esta convivencia sea animada por un creciente amor fraterno, que se exprese también en una cooperación cada vez más estrecha para dar una contribución eficaz a la solución de los problemas y de las dificultades que se han de afrontar.

Invoco del Señor el don precioso de la paz en el mundo entero, sobre todo en Tierra Santa. Durante mi peregrinación de mayo del año pasado, en Jerusalén, ante el Muro del Templo, pedí a Aquél que todo lo puede: “Derrama tu paz sobre Tierra Santa, sobre Oriente Medio, sobre toda la familia humana; despierta el corazón de todos los que invocan tu nombre, para caminar humildemente por la senda de la justicia y la compasión” (Oración en el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén, 12 de mayo de 2009).

Nuevamente elevo a él la acción de gracias y la alabanza por este encuentro, pidiéndole que refuerce nuestra fraternidad y haga más firme nuestro entendimiento.

הַלְלוּ אֶת־יְהוָה כָּל־גּוֹיִם שְׁבַחֻהוּ כָּל־הָאֻמִּים :
 כִּי נִבְרָא עָלֵינוּ חַסְדּוֹ וְאַמְת־יְהוָה לְעוֹלָם
 הַלְלוּ־יְהוָה :

[«Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos. Firme es su misericordia con nosotros,

su fidelidad dura por siempre. Aleluya» (Sal 117).]

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
a una delegación ecuménica de
Finlandia***

Lunes, 18 de enero de 2010

Distinguidos amigos:

Os saludo con afecto a todos vosotros, miembros de la delegación ecuménica, que habéis venido a Roma para la celebración de la fiesta de san Enrique. Esta ocasión coincide con el vigésimo quinto aniversario de vuestras visitas anuales a Roma. Por eso, recuerdo con gratitud que estos encuentros han contribuido de manera significativa al fortalecimiento de las relaciones entre los cristianos en vuestro país.

El concilio Vaticano II, comprometió a la Iglesia católica «de modo irreversible a recorrer el camino de la acción ecuménica, poniéndose a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los “signos de los tiempos”» (*Ut unum sint*, 3). Éste es el camino que la Iglesia católica ha emprendido decididamente desde entonces. Las Iglesias de Oriente y de Occidente, cuyas tradiciones se hallan presentes en vuestro país, comparten una auténtica comunión, aunque aún imperfecta. Esto constituye un motivo para lamentar los problemas del pasa-

do, pero seguramente también es un motivo que nos impulsa a esfuerzos cada vez mayores de comprensión y reconciliación, a fin de que nuestra amistad fraterna y nuestro diálogo puedan desembocar en una unidad visible y perfecta en Jesucristo.

En su discurso, usted ha mencionado la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación*, firmada hace diez años, que es un signo concreto de la fraternidad redescubierta entre luteranos y católicos. En este contexto, me complace observar la obra reciente del diálogo nórdico luterano-católico en Finlandia y Suecia sobre cuestiones relativas a la *Declaración conjunta*. Es de desear que el texto que resulte del diálogo contribuya positivamente al camino que lleva al restablecimiento de nuestra unidad perdida.

Una vez más me alegra expresar mi gratitud por vuestra perseverancia en estos veinticinco años de peregrinación común. Demuestran vuestro respeto por el Sucesor de Pedro, así como vuestra buena fe y el deseo de unidad mediante el diálogo fraterno. Oro fervientemente a Dios para que las distintas Iglesias cristianas y comunidades eclesiales que representáis se basen en este sentido de fraternidad, mientras perseveramos en nuestra peregrinación común. Sobre vosotros y sobre cuantos han sido encomendados a vuestra solicitud pastoral, me complace invocar las abundantes bendiciones de Dios todopoderoso.

HOMILIAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración eucarística con la comunidad del “Centro Aletti” de Roma con ocasión del 90º cumpleaños del Cardenal Tomás Spidlik, S.J.

Capilla Redemptoris Mater del Palacio Apostólico Vaticano. Jueves, 17 de diciembre de 2009

Queridos amigos:

Con la liturgia de hoy entramos en el último tramo del camino del Adviento, que exhorta a intensificar nuestra preparación para celebrar con fe y alegría la Navidad del Señor, acogiendo con íntimo estupor a Dios que se hace cercano al hombre, a cada uno de nosotros.

La primera lectura nos presenta al anciano Jacob que reúne a sus hijos para la bendición: es un acontecimiento de gran intensidad y conmoción. Esta bendición es como un sello de la fidelidad a la alianza con Dios, pero también es una visión profética, que mira hacia adelante e indica una misión. Jacob es el padre que, por los caminos no siempre rectos de su historia, llega a la alegría de reunir a sus hijos a su alrededor y a trazar el futuro de cada uno de ellos y de su descendencia. En particular, hoy hemos escuchado la referencia a la tribu de Judá, de la que se exalta la fuerza regia, representada por

el león, como también a la monarquía de David, representada por el cetro, el bastón de mando, que alude a la venida del Mesías. Así, estas dos imágenes indican el futuro misterio del león que se convierte en cordero, del rey cuyo bastón de mando es la cruz, signo de la verdadera realeza. Jacob toma conciencia progresivamente del primado de Dios, comprende que la fidelidad del Señor guía y sostiene su camino, y no puede menos de responder con adhesión plena a la alianza y al designio de salvación de Dios, convirtiéndose a su vez, junto con su descendencia, en eslabón del proyecto divino.

El pasaje del evangelio de san Mateo nos presenta la “genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mt 1, 1), subrayando y explicitando todavía más la fidelidad de Dios a la promesa, que realiza no sólo mediante los hombres, sino también *con ellos* y, como en el caso de Jacob, a veces a través de caminos tortuosos e imprevistos. El Mesías esperado, objeto de la promesa, es verdadero Dios, pero también verdadero hombre; Hijo de Dios, pero también Hijo dado a luz por la Virgen, María de Nazaret, carne santa de Abraham, en cuya descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (cf. Gn 22, 18). En esta genealogía, además de María, se recuerda a cuatro mujeres. No son Sara, Rebeca, Lía, Raquel, es decir, las grandes figuras de la historia de Israel. Paradójicamente, en

cambio, son cuatro mujeres paganas: Rajab, Rut, Betsabé y Tamar, que aparentemente “perturban” la pureza de una genealogía. Pero en estas mujeres paganas, que aparecen en puntos determinados de la historia de la salvación, se refleja el misterio de la Iglesia de los paganos, la universalidad de la salvación. Son mujeres paganas en las que se manifiesta el futuro, la universalidad de la salvación. Son también mujeres pecadoras y, así, en ellas se manifiesta también el misterio de la gracia: no son nuestras obras las que redimen el mundo, sino que es el Señor quien nos da la vida verdadera. Son mujeres pecadoras, sí, en las que se manifiesta la grandeza de la gracia que todos nosotros necesitamos. Sin embargo, estas mujeres revelan una respuesta ejemplar a la fidelidad de Dios, mostrando la fe en el Dios de Israel. Así vemos reflejada la Iglesia de los paganos, misterio de la gracia, la fe como don y como camino hacia la comunión con Dios. La genealogía de san Mateo, por lo tanto, no es simplemente la lista de las generaciones: es la historia realizada primariamente por Dios, pero con la respuesta de la humanidad. Es una genealogía de la gracia y de la fe: precisamente sobre la fidelidad absoluta de Dios y sobre la fe sólida de estas mujeres se apoya la continuidad de la promesa hecha a Israel.

La bendición de Jacob armoniza muy bien con el feliz aniversario de hoy: el 90° cumpleaños del querido cardenal Spidlík. Su larga vida y su singular camino de fe testimonian que

es Dios quien guía a los que se ponen en sus manos. Pero el cardenal Spidlík también ha recorrido un rico itinerario de pensamiento, comunicando siempre con ardor y profunda convicción que el centro de toda la Revelación es un Dios Tripersonal y que, por consiguiente, el hombre creado a su imagen es esencialmente un misterio de libertad y de amor, que se realiza en la comunión: la manera de ser de Dios. Esta comunión no existe por sí misma, sino que procede -como no se cansa de afirmar el Oriente cristiano- de las Personas divinas que se aman libremente. La libertad y el amor, elementos constitutivos de la persona, no se pueden aferrar mediante las categorías racionales, por lo que no se puede comprender a la persona si no es en el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y en la comunión con él, que se convierte en acogida de la “divino-humanidad” también en nuestra existencia.

Fiel a este principio, el cardenal Spidlík ha entret Tejido a lo largo de los años una visión teológica sagaz y en muchos aspectos original, en la que confluyen orgánicamente el Oriente y el Occidente cristianos, intercambiándose recíprocamente sus dones. Su fundamento es la vida en el Espíritu; el principio del conocimiento: el amor; el estudio: una iniciación a la memoria espiritual; el diálogo con el hombre concreto: un criterio indispensable; y su contexto: el cuerpo siempre vivo de Cristo, que es su Iglesia. Estrechamente vinculada

a esta visión teológica está la paternidad espiritual, que el cardenal Spidlík ha ejercido constantemente y sigue ejerciendo. Hoy podríamos decir que en torno a él, en la celebración de los Divinos Misterios, se reúne una “pequeña descendencia” espiritual suya, el “Centro Aletti”, que quiere recoger sus preciosas enseñanzas, haciéndolas fructificar con nuevas intuiciones y nuevas investigaciones, también mediante la representación artística.

En este contexto, me parece especialmente bello subrayar el vínculo entre teología y arte que deriva de su pensamiento. En efecto, hace diez años mi venerado y amado predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II, dedicó esta Capilla, la *Redemptoris Mater*, afirmando que “esta obra se propone como expresión de la teología que respira con dos pulmones y puede dar nueva vitalidad a la Iglesia del tercer milenio”. Y prosigue el Papa: “La imagen de la *Redemptoris Mater*, que resalta en el muro central, pone ante nuestros ojos el misterio del amor de Dios, que se hizo hombre para darnos a nosotros, seres humanos, la capacidad de convertirnos en hijos de Dios... (Es el) mensaje de salvación y alegría que Cristo, nacido de María, trajo a la humanidad” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de noviembre de 1999, p. 8).

A usted, querido cardenal Spidlík, le deseo de todo corazón la abundancia de las gracias del Señor, para que siga iluminando con sabiduría a los miem-

bros del “Centro Aletti” y a todos sus hijos espirituales. Siguiendo con la celebración de los Santos Misterios, encomiando a cada uno a la protección materna de la Madre del Redentor, invocando del Verbo divino, que asumió nuestra carne, la luz y la paz anunciada por los ángeles en Belén. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de las
Vísperas con los universitarios
romanos***

Basílica Vaticana. Jueves, 17 de diciembre de 2009

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado, ilustres señores y señoras, queridos hermanos y hermanas:

¿Qué sabiduría nace en Belén? Esta pregunta quisiera planteármela a mí mismo y a vosotros en este tradicional encuentro pre-navideño con el mundo universitario romano. Hoy, en vez de la santa misa, celebramos las Vísperas, y la feliz coincidencia con el inicio de la novena de Navidad nos hará cantar dentro de poco la primera de las antífonas llamadas “mayores”:

“Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad, ven y muéstranos el camino de la salvación” (*Liturgia de las Horas, Vísperas del 17 de diciembre*).

Esta estupenda invocación se dirige a la “Sabiduría”, figura central en los libros de los *Proverbios*, la *Sabiduría* y el *Sirácida*, que por ella, se llaman precisamente “sapienciales” y en los que la tradición cristiana ve una prefiguración de Cristo. Esa invocación resulta realmente estimulante y, más aún, provocadora, cuando nos situamos ante el belén, es decir, ante la paradoja de una Sabiduría que, brotando “de los labios del Altísimo”, yace envuelta en pañales dentro de un pesebre (cf. *Lc* 2, 7.12.16).

Ya podemos anticipar la respuesta a la pregunta inicial: la Sabiduría que nace en Belén es la Sabiduría de Dios. San Pablo, en su carta a los Corintios, usa esta expresión: “La sabiduría de Dios, misteriosa” (*ICo* 2, 7), es decir, un designio divino, que por largo tiempo permaneció escondido y que Dios mismo reveló en la historia de la salvación. En la plenitud de los tiempos, esta Sabiduría tomó un rostro humano, el rostro de Jesús, el cual, como reza el Credo apostólico, “fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos”.

La paradoja cristiana consiste precisamente en la identificación de la Sabi-

duría divina, es decir, el *Logos* eterno, con el hombre Jesús de Nazaret y con su historia. No hay solución a esta paradoja, si no es en la palabra “Amor”, que, en este caso, naturalmente se debe escribir con “A” mayúscula, pues se trata de un Amor que supera infinitamente las dimensiones humanas e históricas. Así pues, la Sabiduría que esta tarde invocamos es el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad; es el Verbo, que, como leemos en el Prólogo de san Juan, “en el principio estaba con Dios”, más aún, “era Dios”, que con el Padre y el Espíritu Santo creó todas las cosas y que “se hizo carne” para revelarnos al Dios que nadie puede ver (cf. *Jn* 1, 2-3. 14. 18).

Queridos amigos, un profesor cristiano, o un joven estudiante cristiano, lleva en su interior el amor apasionado por esta Sabiduría. Lee todo a su luz; descubre sus huellas en las partículas elementales y en los versos de los poetas; en los códigos jurídicos y en los acontecimientos de la historia; en las obras de arte y en las expresiones matemáticas. Sin ella no se hizo nada de lo que existe (cf. *Jn* 1, 3) y, por consiguiente, en toda realidad creada se puede vislumbrar un reflejo de ella, evidentemente según grados y modalidades diferentes. Todo lo que capta la inteligencia humana, puede ser captado porque, de alguna manera y en alguna medida, participa de la Sabiduría creadora. También aquí radica, en definitiva, la posibilidad misma del estudio, de la investigación, del diálogo científico en todos los campos del saber.

Al llegar a este punto, no puedo menos de hacer una reflexión un poco incómoda, pero útil para nosotros que estamos aquí y que, por lo general, pertenecemos al ambiente académico. Preguntémosnos: ¿Quién estaba, la noche de Navidad, en la cueva de Belén? ¿Quién acogió a la Sabiduría cuando nació? ¿Quién acudió a verla, la reconoció y la adoró? No fueron doctores de la ley, escribas o sabios. Estaban María y José, y luego los pastores. ¿Qué significa esto? Jesús dirá un día: “Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (*Mt* 11, 26): has revelado tu misterio a los pequeños (cf. *Mt* 11, 25).

Pero, entonces ¿para qué sirve estudiar? ¿Es incluso nocivo y contraproducente para conocer la verdad? La historia de dos mil años de cristianismo excluye esta última hipótesis, y nos sugiere la correcta: se trata de estudiar, de profundizar los conocimientos manteniendo un espíritu de “pequeños”, un espíritu humilde y sencillo, como el de María, la “Sede de la Sabiduría”. ¿Cuántas veces hemos tenido miedo de acercarnos a la cueva de Belén porque estábamos preocupados de que pudiera ser obstáculo para nuestro espíritu crítico y para nuestra “modernidad”? En cambio, en esa cueva cada uno de nosotros puede descubrir la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, sobre sí mismo. En ese Niño, nacido de la Virgen, ambas verdades se han encontrado: el anhelo del hombre de la vida eterna enterneció el corazón de Dios, que no se avergonzó de asumir la condición humana.

Queridos amigos, ayudar a los demás a descubrir el verdadero rostro de Dios es la primera forma de caridad, que para vosotros asume el carácter de caridad intelectual. Me ha complacido saber que el itinerario de la pastoral universitaria diocesana de este año tendrá como tema: “Eucaristía y caridad intelectual”. Se trata de una elección comprometedora, pero apropiada, pues en toda celebración eucarística, Dios viene en la historia en Jesucristo, en su Palabra y en su Cuerpo, dándonos la caridad que nos permite servir al hombre en su existencia concreta. El proyecto “Una cultura para la ciudad” ofrece, además, una propuesta prometedora de presencia cristiana en el ámbito cultural. Esperando que ese itinerario vuestro sea fructífero, no puedo menos de invitar a todos los ateneos a ser lugares de formación de auténticos agentes de la caridad intelectual. De ellos, depende en gran medida el futuro de la sociedad, sobre todo en la elaboración de una nueva síntesis humanística y de una nueva capacidad de proyectar (cf. *Caritas in veritate*, 21). Animo a todos los responsables de las instituciones académicas a proseguir juntos, colaborando en la construcción de comunidades en las que todos los jóvenes puedan formarse para ser hombres maduros y responsables a fin de realizar la “civilización del amor”.

Al concluir esta celebración, la delegación universitaria australiana entregará a la delegación africana el icono de María *Sedes Sapientiae*. Encomen-

demos a la Virgen santísima a todos los universitarios del continente africano y el compromiso de cooperación que estos meses, después del Sínodo especial para África, se está llevando a cabo entre los ateneos de Roma y los africanos. Renuevo mi apoyo a esta nueva perspectiva de cooperación y espero que de ella nazcan y crezcan proyectos culturales capaces de promover un verdadero desarrollo integral del hombre.

Que la ya cercana Navidad, queridos amigos, os traiga alegría y esperanza a vosotros, a vuestras familias y a todo el ambiente universitario, en Roma y en el mundo entero.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la solemnidad de la
Natividad del Señor. Misa de
Nochebuena***

*Basilica Vaticana. 24 de diciembre de
2009*

Queridos hermanos y hermanas

«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado» (Is 9,5). Lo que, mirando desde lejos hacia el futuro, dice Isaías a Israel como consuelo en su angustia y oscuridad, el Ángel, del que emana una nube de luz, lo anuncia a los pastores como ya presente: «Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor» (Lc 2,11). El Señor está presente. Desde este momento,

Dios es realmente un «Dios con nosotros». Ya no es el Dios lejano que, mediante la creación y a través de la conciencia, se puede intuir en cierto modo desde lejos. Él ha entrado en el mundo. Es quien está a nuestro lado. Cristo resucitado lo dijo a los suyos, nos lo dice a nosotros: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Por vosotros, ha nacido el Salvador: lo que el Ángel anunció a los pastores, Dios nos lo vuelve a decir ahora por medio del Evangelio y de sus mensajeros. Ésta es una noticia que no puede dejarnos indiferentes. Si es verdadera, todo cambia. Si es cierta, también me afecta a mí. Y, entonces, también yo debo decir como los pastores: Vayamos, quiero ir derecho a Belén y ver la Palabra que ha sucedido allí. El Evangelio no nos narra la historia de los pastores sin motivo. Ellos nos enseñan cómo responder de manera justa al mensaje que se dirige también a nosotros. ¿Qué nos dicen, pues, estos primeros testigos de la encarnación de Dios?

Ante todo, se dice que los pastores eran personas vigilantes, y que el mensaje les pudo llegar precisamente porque estaban velando. Nosotros hemos de despertar para que nos llegue el mensaje. Hemos de convertirnos en personas realmente vigilantes. ¿Qué significa esto? La diferencia entre uno que sueña y uno que está despierto consiste ante todo en que, quien sueña, está en un mundo muy particular. Con su yo, está encerrado en este

mundo del sueño que, obviamente, es solamente suyo y no lo relaciona con los otros. Despertarse significa salir de dicho mundo particular del yo y entrar en la realidad común, en la verdad, que es la única que nos une a todos. El conflicto en el mundo, la imposibilidad de conciliación recíproca, es consecuencia del estar encerrados en nuestros propios intereses y en las opiniones personales, en nuestro minúsculo mundo privado. El egoísmo, tanto del grupo como el individual, nos tiene prisionero de nuestros intereses y deseos, que contrastan con la verdad y nos dividen unos de otros. Despertad, nos dice el Evangelio. Salid fuera para entrar en la gran verdad común, en la comunión del único Dios. Así, despertarse significa desarrollar la sensibilidad para con Dios; para los signos silenciosos con los que Él quiere guiarnos; para los múltiples indicios de su presencia. Hay quien dice «no tener religiosamente oído para la música». La capacidad perceptiva para con Dios parece casi una dote para la que algunos están negados. Y, en efecto, nuestra manera de pensar y actuar, la mentalidad del mundo actual, la variedad de nuestras diversas experiencias, son capaces de reducir la sensibilidad para con Dios, de dejarnos «sin oído musical» para Él. Y, sin embargo, de modo oculto o patente, en cada alma hay un anhelo de Dios, la capacidad de encontrarlo. Para conseguir esta vigilancia, este despertar a lo esencial, roguemos por nosotros mismos y por los demás, por los que parecen «no tener este oído musical» y en los cua-

les, sin embargo, está vivo el deseo de que Dios se manifieste. El gran teólogo Orígenes dijo: si yo tuviera la gracia de ver como vio Pablo, podría ahora (durante la Liturgia) contemplar un gran ejército de Ángeles (cf. *In Lc 23,9*). En efecto, en la sagrada Liturgia, los Ángeles de Dios y los Santos nos rodean. El Señor mismo está presente entre nosotros. Señor, abre los ojos de nuestro corazón, para que estemos vigilantes y con ojo avizor, y podamos llevar así tu cercanía a los demás.

Volvamos al Evangelio de Navidad. Nos dice que los pastores, después de haber escuchado el mensaje del Ángel, se dijeron uno a otro: «Vamos derechos a Belén... Fueron corriendo» (*Lc 2,15s.*). Se apresuraron, dice literalmente el texto griego. Lo que se les había anunciado era tan importante que debían ir inmediatamente. En efecto, lo que se les había dicho iba mucho más allá de lo acostumbrado. Cambiaba el mundo. Ha nacido el Salvador. El Hijo de David tan esperado ha venido al mundo en su ciudad. ¿Qué podía haber de mayor importancia? Ciertamente, les impulsaba también la curiosidad, pero sobre todo la conmoción por la grandeza de lo que se les había comunicado, precisamente a ellos, los sencillos y personas aparentemente irrelevantes. Se apresuraron, sin demora alguna. En nuestra vida ordinaria, las cosas no son así. La mayoría de los hombres no considera una prioridad las cosas de Dios, no les acucian de modo inmediato. Y también nosotros, como la inmen-

sa mayoría, estamos bien dispuestos a posponerlas. Se hace ante todo lo que aquí y ahora parece urgente. En la lista de prioridades, Dios se encuentra frecuentemente casi en último lugar. Esto – se piensa – siempre se podrá hacer. Pero el Evangelio nos dice: Dios tiene la máxima prioridad. Así, pues, si algo en nuestra vida merece premura sin tardanza, es solamente la causa de Dios. Una máxima de la Regla de San Benito, reza: «No anteponer nada a la obra de Dios (es decir, al Oficio divino)». Para los monjes, la liturgia es lo primero. Todo lo demás va después. Y en lo fundamental, esta frase es válida para cada persona. Dios es importante, lo más importante en absoluto en nuestra vida. Ésta es la prioridad que nos enseñan precisamente los pastores. Aprendamos de ellos a no dejarnos subyugar por todas las urgencias de la vida cotidiana. Queremos aprender de ellos la libertad interior de poner en segundo plano otras ocupaciones – por más importantes que sean – para encaminarnos hacia Dios, para dejar que entre en nuestra vida y en nuestro tiempo. El tiempo dedicado a Dios y, por Él, al prójimo, nunca es tiempo perdido. Es el tiempo en el que vivimos verdaderamente, en el que vivimos nuestro ser personas humanas.

Algunos comentaristas hacen notar que los pastores, las almas sencillas, han sido los primeros en ir a ver a Jesús en el pesebre y han podido encontrar al Redentor del mundo. Los sabios de Oriente, los representantes de quienes

tienen renombre y alcurnia, llegaron mucho más tarde. Y los comentaristas añaden que esto es del todo obvio. En efecto, los pastores estaban allí al lado. No tenían más que «atravesar» (cf. *Lc* 2,15), como se atraviesa un corto trecho para ir donde un vecino. Por el contrario, los sabios vivían lejos. Debían recorrer un camino largo y difícil para llegar a Belén. Y necesitaban guía e indicaciones. Pues bien, también hoy hay almas sencillas y humildes que viven muy cerca del Señor. Por decirlo así, son sus vecinos, y pueden ir a encontrarlo fácilmente. Pero la mayor parte de nosotros, hombres modernos, vive lejos de Jesucristo, de Aquél que se ha hecho hombre, del Dios que ha venido entre nosotros. Vivimos en filosofías, en negocios y ocupaciones que nos llenan totalmente y desde las cuales el camino hasta el pesebre es muy largo. Dios debe impulsarnos continuamente y de muchos modos, y darnos una mano para que podamos salir del enredo de nuestros pensamientos y de nuestros compromisos, y así encontrar el camino hacia Él. Pero hay sendas para todos. El Señor va poniendo hitos adecuados a cada uno. Él nos llama a todos, para que también nosotros podamos decir: ¡Ea!, emprendamos la marcha, vayamos a Belén, hacia ese Dios que ha venido a nuestro encuentro. Sí, Dios se ha encaminado hacia nosotros. No podríamos llegar hasta Él sólo por nuestra cuenta. La senda supera nuestras fuerzas. Pero Dios se ha abajado. Viene a nuestro encuentro. Él ha hecho el tramo más largo

del recorrido. Y ahora nos pide: Venid a ver cuánto os amo. Venid a ver que yo estoy aquí. *Transeamus usque Bethleem*, dice la Biblia latina. Vayamos allá. Superémonos a nosotros mismos. Hagámonos peregrinos hacia Dios de diversos modos, estando interiormente en camino hacia Él. Pero también a través de senderos muy concretos, en la Liturgia de la Iglesia, en el servicio al prójimo, en el que Cristo me espera.

Escuchemos directamente el Evangelio una vez más. Los pastores se dicen uno a otro el motivo por el que se ponen en camino: «Veamos qué ha pasado». El texto griego dice literalmente: «Veamos esta Palabra que ha ocurrido allí». Sí, ésta es la novedad de esta noche: se puede mirar la Palabra, pues ésta se ha hecho carne. Aquel Dios del que no se debe hacer imagen alguna, porque cualquier imagen sólo conseguiría reducirlo, e incluso falsearlo, este Dios se ha hecho, él mismo, visible en Aquél que es su verdadera imagen, como dice San Pablo (cf. *2 Co* 4,4; *Col* 1,15). En la figura de Jesucristo, en todo su vivir y obrar, en su morir y resucitar, podemos ver la Palabra de Dios y, por lo tanto, el misterio del mismo Dios viviente. Dios es así. El Ángel había dicho a los pastores: «Aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (*Lc* 2,12; cf. 16). La señal de Dios, la señal que ha dado a los pastores y a nosotros, no es un milagro clamoroso. La señal de Dios es su humildad. La señal de Dios es que Él se hace pequeño; se

convierte en niño; se deja tocar y pide nuestro amor.

Cuánto desearíamos, nosotros los hombres, un signo diferente, imponente, irrefutable del poder de Dios y su grandeza. Pero su señal nos invita a la fe y al amor, y por eso nos da esperanza: Dios es así. Él tiene el poder y es la Bondad. Nos invita a ser semejantes a Él. Sí, nos hacemos semejantes a Dios si nos dejamos marcar con esta señal; si aprendemos nosotros mismos la humildad y, de este modo, la verdadera grandeza; si renunciamos a la violencia y usamos sólo las armas de la verdad y del amor. Orígenes, siguiendo una expresión de Juan el Bautista, ha visto expresada, en el símbolo de las piedras, la esencia del paganismo: paganismo es falta de sensibilidad, significa un corazón de piedra, incapaz de amar y percibir el amor de Dios. Orígenes dice que los paganos, «faltos de sentimiento y de razón, se transforman en piedras y madera» (*in Lc* 22,9). Cristo, en cambio, quiere darnos un corazón de carne. Cuando le vemos a Él, al Dios que se ha hecho niño, se abre el corazón. En la Liturgia de la Noche Santa, Dios viene a nosotros como hombre, para que nosotros nos hagamos verdaderamente humanos. Escuchemos de nuevo a Orígenes: «En efecto, ¿para qué te serviría que Cristo haya venido hecho carne una vez, si Él no llega hasta tu alma? Oremos para venga a nosotros cotidianamente y podamos decir: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí (*Ga* 2,20)» (*in Lc* 22,3).

Sí, por esto queremos pedir en esta Noche Santa. Señor Jesucristo, tú que has nacido en Belén, ven con nosotros. Entra en mí, en mi alma. Transfórmame. Renuévame. Haz que yo y todos nosotros, de madera y piedra, nos convirtamos en personas vivas, en las que tu amor se hace presente y el mundo es transformado.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante las Vísperas de la
solemnidad de Santa María, Madre
de Dios, y canto del “TE DEUM”***

*Basílica Vaticana. 31 de diciembre de
2009*

Queridos hermanos y hermanas:

Al término de un año rico en acontecimientos para la Iglesia y para el mundo, esta tarde nos encontramos en la basílica vaticana para celebrar las primeras Vísperas de la solemnidad de María Santísima, Madre de Dios, y para elevar un himno de acción de gracias al Señor del tiempo y de la historia.

Ante todo, las palabras del Apóstol san Pablo, que acabamos de escuchar, arrojan una luz especial sobre la conclusión del año: “Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer (...) para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4, 4-5).

El denso pasaje paulino nos habla de la “plenitud de los tiempos” y nos ilumina sobre el contenido de esta expresión. En la historia de la familia humana, Dios quiso introducir su Verbo eterno, haciendo que asumiera una humanidad como la nuestra. Con la encarnación del Hijo de Dios, la eternidad entró en el tiempo, y la historia del hombre se abrió al cumplimiento en el absoluto de Dios. El tiempo ha sido -por decirlo así- “tocado” por Cristo, el Hijo de Dios y de María, y de él ha recibido significados nuevos y sorprendentes: se ha convertido en tiempo de salvación y de gracia. Precisamente desde esta perspectiva debemos considerar el tiempo del año que concluye y del que comienza, para poner las distintas vicisitudes de nuestra vida -importantes o pequeñas, sencillas o indescifrables, alegres o tristes- bajo el signo de la salvación y acoger la llamada que Dios nos hace para conducirnos hacia una meta que está más allá del tiempo: la eternidad.

El texto paulino también quiere subrayar el misterio de la cercanía de Dios a toda la humanidad. Es la cercanía propia del misterio de la Navidad: Dios se hace hombre y al hombre se le da la inaudita posibilidad de ser hijo de Dios. Todo esto nos llena de gran alegría y nos lleva a alabar a Dios. Estamos llamados a decir con la voz, el corazón y la vida nuestro “gracias” a Dios por el don del Hijo, fuente y cumplimiento de todos los demás dones con los cuales el amor divino colma la existencia

de cada uno de nosotros, de las familias, de las comunidades, de la Iglesia y del mundo. El canto del *Te Deum*, que hoy resuena en las Iglesias de todos los lugares de la tierra, quiere ser un signo de la gozosa gratitud que manifestamos a Dios por todo lo que nos ha dado en Cristo. Verdaderamente “de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia” (Jn 1, 16).

Siguiendo una feliz costumbre, esta tarde quiero agradecer junto con vosotros al Señor, especialmente, las gracias sobreabundantes que ha concedido a nuestra comunidad diocesana de Roma a lo largo de este año que llega a su fin. Deseo dirigir, ante todo, un saludo especial al cardenal vicario, a los obispos auxiliares, a los sacerdotes, a las personas consagradas, al igual que a los numerosos fieles laicos aquí reunidos. Saludo, asimismo, con deferente cordialidad al señor alcalde y a las autoridades presentes. Extiendo también mi saludo a todos los que viven en nuestra ciudad, especialmente a los que pasan por situaciones de dificultad y de malestar: a todos y cada uno aseguro mi cercanía espiritual, avalorada por el constante recuerdo en la oración.

En cuanto al camino de la diócesis de Roma, renuevo mi aprecio por la elección pastoral de dedicar tiempo a una verificación del itinerario recorrido, a fin de aumentar el sentido de pertenencia a la Iglesia y favorecer la corresponsabilidad pastoral. Para subrayar la importancia de esta verifica-

ción, también yo he querido dar mi contribución, interviniendo, el 26 de mayo pasado por la tarde, en la Asamblea diocesana en San Juan de Letrán. Me alegra que el programa de la diócesis esté avanzando positivamente con una acción apostólica capilar, que se lleva a cabo en las parroquias, en las prefecturas y en las varias asociaciones eclesiales sobre dos ámbitos esenciales para la vida y la misión de la Iglesia, como son la celebración de la Eucaristía dominical y el testimonio de la caridad. Aliento a los fieles a participar en gran número en las asambleas que se realizarán en las distintas parroquias, para poder dar una contribución eficaz a la edificación de la Iglesia. También hoy el Señor quiere dar a conocer a los habitantes de Roma su amor por la humanidad y confía a cada uno, en la diversidad de los ministerios y las responsabilidades, la misión de anunciar su palabra de verdad y de testimoniar la caridad y la solidaridad.

Sólo contemplando el misterio del Verbo encarnado el hombre puede encontrar la respuesta a los grandes interrogantes de la existencia humana y descubrir así la verdad sobre su identidad. Por esto la Iglesia, en todo el mundo y también aquí, en la Urbe, está comprometida en promover el desarrollo integral de la persona humana. Por lo tanto, he acogido favorablemente la programación de una serie de “encuentros culturales en la catedral”, que tendrán por tema mi reciente encíclica *Caritas in veritate*.

Desde hace algunos años muchas familias, numerosos educadores y las comunidades parroquiales se dedican a ayudar a los jóvenes a construir su futuro sobre bases sólidas, especialmente sobre la roca que es Jesucristo. Deseo que este renovado compromiso educativo realice cada vez más una fecunda sinergia entre la comunidad eclesial y la ciudad para ayudar a los jóvenes a planear su vida. Asimismo, espero que el congreso organizado por el Vicariato, que tendrá lugar el próximo mes de marzo, dé también una valiosa contribución en este importante ámbito.

Para ser testigos autorizados de la verdad sobre el hombre, es necesaria una escucha orante de la Palabra de Dios. Al respecto, deseo recomendar sobre todo la antigua tradición de la *lectio divina*. Las parroquias y las distintas realidades eclesiales, también gracias al material que el Vicariato ha preparado, podrán promover útilmente esta antigua práctica, de manera que se convierta en parte esencial de la pastoral ordinaria.

La Palabra, creída, anunciada y vivida nos impulsa a comportamientos de solidaridad y a compartir. A la vez que alabo al Señor por la ayuda que las comunidades cristianas han sabido dar con generosidad a cuantos han llamado a sus puertas, deseo alentar a todos a proseguir el compromiso de aliviar las dificultades por las que pasan, todavía hoy, tantas familias probadas por la crisis económica y el desempleo. Que

el Nacimiento del Señor, que nos recuerda la gratuidad con la que Dios ha venido a salvarnos, haciéndose cargo de nuestra humanidad y dándonos su vida divina, ayude a todos los hombres de buena voluntad a comprender que el comportamiento humano sólo cambia y se transforma si se abre al amor de Dios, convirtiéndose en levadura de un futuro mejor para todos.

Queridos hermanos y hermanas, Roma necesita sacerdotes que sean anunciadores valientes del Evangelio y, al mismo tiempo, revelen el rostro misericordioso del Padre. Invito a los jóvenes a no tener miedo de responder con el don total de su vida a la llamada que el Señor les dirige a seguirlo por el camino del sacerdocio o de la vida consagrada.

Deseo, desde ahora, que el encuentro del 25 de marzo próximo, 25° aniversario de la institución de la Jornada mundial de la juventud y 10° aniversario de la inolvidable que se celebró en Tor Vergata, constituya para todas las comunidades parroquiales y religiosas, los movimientos y las asociaciones, un momento fuerte de reflexión y de invocación para obtener del Señor el don de numerosas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Al despedirnos del año que concluye y comenzar uno nuevo, la liturgia de hoy nos introduce en la solemnidad de María Santísima, Madre de Dios. La Virgen santa es Madre de la Iglesia y

Madre de cada uno de sus miembros, es decir, Madre de cada uno de nosotros, en Cristo. Pidámosle a ella que nos acompañe con su solícita protección, hoy y siempre, para que Cristo nos acoja un día en su gloria, en la asamblea de los santos: *Aeterna fac cum sanctis tuis in gloria numerari*. ¡Aleluya! Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la
solemnidad de Santa María, Madre
de Dios. XLIII Jornada Mundial de
la Paz***

*Basílica Vaticana. Viernes, 1 de enero
de 2010*

*Venerados hermanos, ilustres señores y
señoras, queridos hermanos y hermanas:*

En el primer día del nuevo año, tenemos la alegría y la gracia de celebrar a la santísima Madre de Dios y, al mismo tiempo, la Jornada mundial de la paz. En ambos aniversarios, celebramos a Cristo, Hijo de Dios, nacido de María Virgen y nuestra verdadera paz. A todos vosotros, que estáis aquí reunidos: representantes de los pueblos del mundo, de la Iglesia romana y universal, sacerdotes y fieles; y a todos los que están conectados mediante la radio y la televisión, repito las palabras de la antigua bendición: el Señor os muestre su rostro y os conceda la paz (cf. *Nm* 6, 26). Precisamente hoy quiero desarro-

llar el tema del Rostro y de los rostros a la luz de la Palabra de Dios -Rostro de Dios y rostros de los hombres-, un tema que nos ofrece también una clave de lectura del problema de la paz en el mundo.

Hemos escuchado, tanto en la primera lectura -tomada del *Libro de los Números*- como en el Salmo responso-rial, algunas expresiones que contienen la metáfora del rostro referida a Dios: “El Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor” (*Nm* 6, 25); “El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros: conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación” (*Sal* 66, 2-3). El rostro es la expresión por excelencia de la persona, lo que la hace reconocible; a través de él se muestran los sentimientos, los pensamientos y las intenciones del corazón. Dios, por su naturaleza, es invisible; sin embargo, la Biblia le aplica también a él esta imagen. Mostrar el rostro es expresión de su benevolencia, mientras que ocultarlo indica su ira e indignación. El *Libro del Éxodo* dice que “el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (*Ex* 33, 11), y también a Moisés el Señor promete su cercanía con una fórmula muy singular: “Mi rostro caminará contigo y te daré descanso” (*Ex* 33, 14). Los *Salmos* nos presentan a los creyentes como los que buscan el rostro de Dios (cf. *Sal* 26, 8; 104, 4) y que en el culto aspiran a verlo (cf. *Sal* 42, 3), y nos dicen que “los buenos verán su rostro” (*Sal* 10, 7).

Todo el relato bíblico se puede leer como un progresivo desvelamiento del rostro de Dios, hasta llegar a su plena manifestación en Jesucristo. “Al llegar la plenitud de los tiempos -nos ha recordado también hoy el apóstol san Pablo-, envió Dios a su Hijo” (*Ga 4, 4*). Y en seguida añade: “nacido de mujer, nacido bajo la ley”. El rostro de Dios tomó un rostro humano, dejándose ver y reconocer en el hijo de la Virgen María, a la que por esto veneramos con el título altísimo de “Madre de Dios”. Ella, que conservó en su corazón el secreto de la maternidad divina, fue la primera en ver el rostro de Dios hecho hombre en el pequeño fruto de su vientre. La madre tiene una relación muy especial, única y en cierto modo exclusiva con el hijo recién nacido. El primer rostro que el niño ve es el de la madre, y esta mirada es decisiva para su relación con la vida, consigo mismo, con los demás y con Dios; y también es decisiva para que pueda convertirse en un “hijo de paz” (*Lc 10, 6*). Entre las muchas tipologías de iconos de la Virgen María en la tradición bizantina, se encuentra la llamada “de la ternura”, que representa al niño Jesús con el rostro apoyado -mejilla con mejilla- en el de la Madre. El Niño mira a la Madre, y esta nos mira a nosotros, casi como para reflejar hacia el que observa, y reza, la ternura de Dios, que bajó en ella del cielo y se encarnó en aquel Hijo de hombre que lleva en brazos. En este icono mariano, podemos contemplar algo de Dios mismo: un signo del amor inefable que lo impulsó a “dar a

su Hijo unigénito” (*Jn 3, 16*). Pero ese mismo icono nos muestra también, en María, el rostro de la Iglesia, que refleja sobre nosotros y sobre el mundo entero la luz de Cristo, la Iglesia mediante la cual llega a todos los hombres la buena noticia: “Ya no eres esclavo, sino hijo” (*Ga 4, 7*), como leemos también en san Pablo.

Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, señores embajadores, queridos amigos: meditar en el misterio del Rostro de Dios y del hombre es un camino privilegiado que lleva a la paz. En efecto, la paz comienza por una mirada respetuosa, que reconoce en el rostro del otro a una persona, cualquiera que sea el color de su piel, su nacionalidad, su lengua y su religión. ¿Pero quién, sino Dios, puede garantizar, por decirlo así, la “profundidad” del rostro del hombre? En realidad, sólo si tenemos a Dios en el corazón, estamos en condiciones de ver en el rostro del otro a un hermano en la humanidad; no un medio, sino un fin; no un rival o un enemigo, sino otro yo, una faceta del misterio infinito del ser humano. Nuestra percepción del mundo, y en particular de nuestros semejantes, depende esencialmente de la presencia del Espíritu de Dios en nosotros. Es una especie de “resonancia”: quien tiene el corazón vacío, no percibe más que imágenes planas, sin relieve. En cambio, cuanto más habite Dios en nosotros, tanto más sensibles seremos también a su presencia en lo que nos rodea: en todas las criaturas, y especial-

mente en las demás personas, aunque a veces precisamente el rostro humano, marcado por la dureza de la vida y del mal, puede resultar difícil de apreciar y de acoger como epifanía de Dios. Con mayor razón, por tanto, para reconocernos y respetarnos como realmente somos, es decir, como hermanos, necesitamos referirnos al rostro de un Padre común, que nos ama a todos, a pesar de nuestras limitaciones y nuestros errores.

Es importante ser educados desde pequeños en el respeto al otro, también cuando es diferente a nosotros. Hoy en las escuelas, es cada vez más común la experiencia de clases compuestas por niños de varias nacionalidades, aunque incluso cuando esto no ocurre, sus rostros son una profecía de la humanidad que estamos llamados a formar: una familia de familias y de pueblos. Cuanto más pequeños son estos niños, tanto más suscitan en nosotros la ternura y la alegría por una inocencia y una fraternidad que nos parecen evidentes: a pesar de sus diferencias, lloran y ríen de la misma manera, tienen las mismas necesidades, se comunican de manera espontánea, juegan juntos... Los rostros de los niños son como un reflejo de la visión de Dios sobre el mundo. ¿Por qué, entonces, apagar su sonrisa? ¿Por qué envenenar su corazón? Desgraciadamente, el icono de la Madre de Dios de la ternura encuentra su trágico opuesto en las dolorosas imágenes de tantos niños y de sus madres afectados por las guerras y la violencia: prófugos,

refugiados, emigrantes forzados. Rostros minados por el hambre y las enfermedades, rostros desfigurados por el dolor y la desesperación. Los rostros de los pequeños inocentes son una llamada silenciosa a nuestra responsabilidad: ante su condición inerme, se desploman todas las falsas justificaciones de la guerra y de la violencia. Solamente debemos convertirnos a proyectos de paz, deponer las armas de todo tipo y comprometernos todos juntos a construir un mundo más digno del hombre.

Mi *Mensaje* para la XLIII Jornada mundial de la paz de hoy: “Si quieres promover la paz, protege la creación”, se sitúa dentro de la perspectiva del Rostro de Dios y de los rostros humanos. De hecho, podemos afirmar que el hombre es capaz de respetar a las criaturas en la medida en la que lleva en su espíritu un sentido pleno de la vida; de otro modo se despreciará a sí mismo y lo que lo rodea, no respetará el entorno en el que vive, la creación. Quien sabe reconocer en el cosmos los reflejos del rostro invisible del Creador, tendrá mayor amor a las criaturas, mayor sensibilidad hacia su valor simbólico. Especialmente el *Libro de los Salmos* es rico en ejemplos de este modo propiamente humano de relacionarse con la naturaleza: con el cielo, el mar, las montañas, las colinas, los ríos, los animales... “¡Cuántas son tus obras, Señor! -exclama el salmista-. Todas las hiciste con sabiduría. La tierra está llena de tus criaturas” (*Sal* 103, 24).

La perspectiva del “rostro” invita en particular a reflexionar en lo que, también en este *Mensaje*, llamé “ecología humana”. Existe un nexo muy estrecho entre el respeto a la persona y la salvaguardia de la creación. “Los deberes respecto al medio ambiente se derivan de los deberes para con la persona, considerada en sí misma y en su relación con los demás (*ib.*, 12). Si el hombre se degrada, se degrada el entorno en el que vive; si la cultura tiende a un nihilismo, si no teórico, al menos práctico, la naturaleza no podrá menos de pagar las consecuencias. De hecho, se puede constatar un influjo recíproco entre el rostro del hombre y el “rostro” del medio ambiente: “cuando se respeta la ecología humana en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia” (*ib.*; cf. *Caritas in veritate*, 51). Renuevo, por tanto, mi llamada a invertir en educación, poniéndose como objetivo, además de la necesaria transmisión de nociones técnico-científicas, una más amplia y profunda “responsabilidad ecológica”, basada en el respeto al hombre y a sus derechos y deberes fundamentales. Sólo así el compromiso por el medio ambiente puede convertirse verdaderamente en educación para la paz y en construcción de la paz.

Queridos hermanos y hermanas, en el tiempo de Navidad se repite un Salmo que contiene, entre otras cosas, también un ejemplo estupendo de cómo la venida de Dios transfigura la creación y provoca una especie de

fiesta cósmica. Este himno comienza con una invitación universal a la alabanza: “Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre” (*Sal* 95, 1). Pero en cierto momento este llamamiento al júbilo se extiende a toda la creación: “Alégrese el cielo, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena; vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque” (*ib.* 11-12). La fiesta de la fe se convierte en fiesta del hombre y de la creación: la fiesta que en Navidad se expresa también mediante los adornos en los árboles, en las calles y en las casas. Todo vuelve a florecer porque Dios ha venido a nosotros. La Virgen Madre muestra al Niño Jesús a los pastores de Belén, que se alegran y alaban al Señor (cf. *Lc* 2, 20); la Iglesia renueva el misterio para los hombres de todas las generaciones, les muestra el rostro de Dios, para que, con su bendición, puedan caminar por la senda de la paz.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la
solemnidad de la Epifanía del Señor***

*Basilica Vaticana. Martes, 6 de enero
de 2010*

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, solemnidad de la Epifanía, la gran luz que irradia desde la cueva de Belén, a través de los Magos proceden-

tes de Oriente inunda a toda la humanidad. La primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, y el pasaje del Evangelio de san Mateo, que acabamos de escuchar, ponen la promesa junto a su cumplimiento, en la tensión particular que se produce cuando se leen sucesivamente pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Así se nos presenta la espléndida visión del profeta Isaías, el cual, tras las humillaciones infligidas al pueblo de Israel por las potencias de este mundo, ve el momento en el que la gran luz de Dios, aparentemente sin poder e incapaz de proteger a su pueblo, surgirá sobre toda la tierra, de modo que los reyes de las naciones se inclinarán ante él, vendrán desde todos los confines de la tierra y depositarán a sus pies sus tesoros más preciosos. Y el corazón del pueblo se estremecerá de alegría.

En comparación con esa visión, la que nos presenta el evangelista san Mateo es pobre y humilde: nos parece imposible reconocer allí el cumplimiento de las palabras del profeta Isaías. En efecto, no llegan a Belén los poderosos y los reyes de la tierra, sino unos Magos, personajes desconocidos, tal vez vistos con sospecha; en cualquier caso, no merecen particular atención. Los habitantes de Jerusalén son informados de lo sucedido, pero no consideran necesario molestarse, y parece que ni siquiera en Belén hay alguien que se preocupe del nacimiento de este Niño, al que los Magos llaman Rey de los judíos, o de estos hombres venidos de

Oriente que van a visitarlo. De hecho, poco después, cuando el rey Herodes da a entender quién tiene efectivamente el poder obligando a la Sagrada Familia a huir a Egipto y ofreciendo una prueba de su crueldad con la matanza de los inocentes (cf. *Mt 2, 13-18*), el episodio de los Magos parece haberse borrado y olvidado. Por tanto, es comprensible que el corazón y el alma de los creyentes de todos los siglos se hayan sentido más atraídos por la visión del profeta que por el sobrio relato del evangelista, como atestiguan también las representaciones de esta visita en nuestros belenes, donde aparecen los camellos, los dromedarios, los reyes poderosos de este mundo que se arrodillan ante el Niño y depositan a sus pies sus dones en cofres preciosos. Pero conviene prestar más atención a lo que los dos textos nos comunican.

En realidad, ¿qué vio Isaías con su mirada profética? En un solo momento, vislumbra una realidad destinada a marcar toda la historia. Pero el acontecimiento que san Mateo nos narra no es un breve episodio intrascendente, que se concluye con el regreso apresurado de los Magos a sus tierras. Al contrario, es un comienzo. Esos personajes procedentes de Oriente no son los últimos, sino los primeros de la gran procesión de aquéllos que, a lo largo de todas las épocas de la historia, saben reconocer el mensaje de la estrella, saben avanzar por los caminos indicados por la Sagrada Escritura y saben encontrar, así, a Aquel que aparentemente es débil

y frágil, pero que en cambio puede dar la alegría más grande y más profunda al corazón del hombre. De hecho, en él se manifiesta la realidad estupenda de que Dios nos conoce y está cerca de nosotros, de que su grandeza y su poder no se manifiestan en la lógica del mundo, sino en la lógica de un niño inerme, cuya fuerza es sólo la del amor que se confía a nosotros. A lo largo de la historia, siempre hay personas que son iluminadas por la luz de la estrella, que encuentran el camino y llegan a él. Todas viven, cada una a su manera, la misma experiencia que los Magos.

Llevaron oro, incienso y mirra. Esos dones, ciertamente, no responden a necesidades primarias o cotidianas. En ese momento, la Sagrada Familia habría tenido mucha más necesidad de algo distinto del incienso y la mirra, y tampoco el oro podía serle inmediatamente útil. Pero estos dones tienen un significado profundo: son un acto de justicia. De hecho, según la mentalidad vigente en aquel tiempo en Oriente, representan el reconocimiento de una persona como Dios y Rey: es decir, son un acto de sumisión. Quieren decir que desde aquel momento los donadores pertenecen al soberano y reconocen su autoridad. La consecuencia que deriva de ello es inmediata. Los Magos ya no pueden proseguir por su camino, ya no pueden volver a Herodes, ya no pueden ser aliados de aquel soberano poderoso y cruel. Han sido llevados para siempre al camino del Niño, al camino que les hará desentenderse de los grandes y los

poderosos de este mundo y los llevará a Aquél que nos espera entre los pobres, al camino del amor, el único que puede transformar el mundo.

Así pues, no sólo los Magos se pusieron en camino, sino que desde aquel acto comenzó algo nuevo, se trazó una nueva senda, bajó al mundo una nueva luz, que no se ha apagado. La visión del profeta se ha realizado: esa luz ya no puede ser ignorada en el mundo: los hombres se moverán hacia aquel Niño y serán iluminados por la alegría que sólo él sabe dar. La luz de Belén sigue resplandeciendo en todo el mundo. San Agustín recuerda a cuantos la acogen: “También nosotros, reconociendo en Cristo a nuestro rey y sacerdote muerto por nosotros, lo honramos como si le hubiéramos ofrecido oro, incienso y mirra; sólo nos falta dar testimonio de él tomando un camino distinto del que hemos seguido para venir” (*Sermo 202. In Epiphania Domini, 3, 4*).

Por consiguiente, si leemos juntamente la promesa del profeta Isaías y su cumplimiento en el Evangelio de san Mateo en el gran contexto de toda la historia, resulta evidente que lo que se nos dice, y lo que en el belén tratamos de reproducir, no es un sueño ni tampoco un juego vano de sensaciones y emociones, sin vigor ni realidad, sino que es la Verdad que se irradia en el mundo, a pesar de que Herodes parece siempre más fuerte y de que ese Niño parece que puede ser relegado entre aquéllos que no tienen importancia,

o incluso pisoteado. Pero solamente en ese Niño, se manifiesta la fuerza de Dios, que reúne a los hombres de todos los siglos, para que bajo su señorío recorran el camino del amor, que transfigura el mundo. Sin embargo, aunque los pocos de Belén se han convertido en muchos, los creyentes en Jesucristo parecen siempre pocos. Muchos han visto la estrella, pero son pocos los que han entendido su mensaje. Los estudiosos de la Escritura del tiempo de Jesús conocían perfectamente la Palabra de Dios. Eran capaces de decir sin dificultad alguna qué se podía encontrar en ella acerca del lugar en el que habría de nacer el Mesías, pero, como dice san Agustín: “Les sucedió como a los hitos (que indican el camino): mientras dan indicaciones a los caminantes, ellos se quedan inertes e inmóviles” (*Sermo 199. In Epiphania Domini*, 1, 2).

Entonces podemos preguntarnos: ¿cuál es la razón por la que unos ven y encuentran, y otros no? ¿Qué es lo que abre los ojos y el corazón? ¿Qué les falta a aquéllos que permanecen indiferentes, a aquéllos que indican el camino pero no se mueven? Podemos responder: la excesiva seguridad en sí mismos, la pretensión de conocer perfectamente la realidad, la presunción de haber formulado ya un juicio definitivo sobre las cosas hacen que su corazón se cierre y se vuelva insensible a la novedad de Dios. Están seguros de la idea que se han hecho del mundo y ya no se dejan conmover en lo más profundo por la aventura de un Dios que quiere en-

contrarse con ellos. Ponen su confianza más en sí mismos que en él, y no creen posible que Dios sea tan grande que pueda hacerse pequeño, que se pueda acercar verdaderamente a nosotros.

Al final, lo que falta es la humildad auténtica, que sabe someterse a lo que es más grande, pero también la valentía auténtica, que lleva a creer en lo que es verdaderamente grande, aunque se manifieste en un Niño inerte. Falta la capacidad evangélica de ser niños en el corazón, de asombrarse y de salir de sí para avanzar por el camino que indica la estrella, el camino de Dios. Sin embargo, el Señor tiene el poder de hacernos capaces de ver y de salvarnos. Así pues, pidámosle que nos dé un corazón sabio e inocente, que nos permita ver la estrella de su misericordia, seguir su camino, para encontrarlo y ser inundados por la gran luz y por la verdadera alegría que él ha traído a este mundo. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de la Santa
Misa en la fiesta del Bautismo
del Señor y administración del
Bautismo a 14 bebés***

Capilla Sixtina. Domingo, 10 de enero de 2010

Queridos hermanos y hermanas:

En la fiesta del Bautismo del Señor, también este año tengo la alegría de ad-

ministrar el sacramento del Bautismo a algunos recién nacidos, cuyos padres presentan a la Iglesia. Bienvenidos, queridos padres y madres de estos niños, padrinos y madrinan, amigos y familiares que los acompañáis. Damos gracias a Dios que hoy llama a estas siete niñas y a estos siete niños a convertirse en sus hijos en Cristo. Los rodeamos con la oración y con el afecto, y los acogemos con alegría en la comunidad cristiana, que desde hoy se transforma también en su familia.

Con la fiesta del Bautismo de Jesús, continúa el ciclo de las manifestaciones del Señor, que comenzó en Navidad con el nacimiento del Verbo encarnado en Belén, contemplado por María, José y los pastores en la humildad del pesebre, y que tuvo una etapa importante en la Epifanía, cuando el Mesías, a través de los Magos, se manifestó a todos los pueblos. Hoy Jesús se revela, en la orillas del Jordán, a Juan y al pueblo de Israel. Es la primera ocasión en la que, ya hombre maduro, entra en el escenario público, después de haber dejado Nazaret. Lo encontramos junto al Bautista, a quien acude gran número de personas, en una escena insólita. En el pasaje evangélico que se acaba de proclamar, san Lucas observa ante todo que el pueblo estaba “a la espera” (*Lc 3, 15*). Así subraya la espera de Israel; en esas personas, que habían dejado sus casas y sus compromisos habituales, percibe el profundo deseo de un mundo diferente y de palabras nuevas, que parecen encontrar respuesta precisa-

mente en las palabras severas, comprometedoras, pero llenas de esperanza, del Precursor. Su bautismo es un bautismo de penitencia, un signo que invita a la conversión, a cambiar de vida, pues se acerca Aquél que “bautizará en Espíritu Santo y fuego” (*Lc 3, 16*). De hecho, no se puede aspirar a un mundo nuevo permaneciendo sumergidos en el egoísmo y en las costumbres vinculadas al pecado. También Jesús deja su casa y sus ocupaciones habituales para ir al Jordán. Llega en medio de la muchedumbre que está escuchando al Bautista y se pone en la fila, como todos, en espera de ser bautizado. Al verlo acercarse, Juan intuye que en ese Hombre hay algo único, que es el Otro misterioso que esperaba y hacia el que había orientado toda su vida. Comprende que se encuentra ante Alguien más grande que él, y que no es digno ni siquiera de desatar la correa de sus sandalias.

En el Jordán, Jesús se manifiesta con una humildad extraordinaria, que recuerda la pobreza y la sencillez del Niño recostado en el pesebre, y anticipa los sentimientos con los que, al final de sus días en la tierra, llegará a lavar los pies de sus discípulos y sufrirá la terrible humillación de la cruz. El Hijo de Dios, el que no tiene pecado, se mezcla con los pecadores, muestra la cercanía de Dios al camino de conversión del hombre. Jesús carga sobre sus hombros el peso de la culpa de toda la humanidad, comienza su misión poniéndose en nuestro lugar, en el lugar

de los pecadores, en la perspectiva de la cruz.

Cuando, recogido en oración, tras el bautismo, sale del agua, se abren los cielos. Es el momento esperado por tantos profetas: “Si rompieras los cielos y descendieras”, había invocado Isaías (*Is* 63, 19). En ese momento -parece sugerir san Lucas- esa oración es escuchada. De hecho, “se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo” (*Lc* 3, 21-22); se escucharon palabras nunca antes oídas: “Tú eres mi hijo amado; en ti me complazco” (*Lc* 3, 22). Al salir de las aguas, como afirma san Gregorio Nacianceno, “ve cómo se rasgan y se abren los cielos, los cielos que Adán había cerrado para sí y para toda su descendencia” (*Discurso 39 en el Bautismo del Señor: PG* 36). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo descienden entre los hombres y nos revelan su amor que salva. Si los ángeles llevaron a los pastores el anuncio del nacimiento del Salvador, y la estrella guió a los Magos llegados de Oriente, ahora es la voz misma del Padre la que indica a los hombres la presencia de su Hijo en el mundo e invita a mirar a la resurrección, a la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

El alegre anuncio del Evangelio es el eco de esta voz que baja del cielo. Por eso, con razón, san Pablo, como hemos escuchado en la segunda lectura, escribe a Tito: “Hijo mío, se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (*Tt* 2, 11). De hecho, el

Evangelio es para nosotros gracia que da alegría y sentido a la vida. Esa gracia, sigue diciendo el apóstol san Pablo, “nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad” (v. 12); es decir, nos conduce a una vida más feliz, más hermosa, más solidaria, a una vida según Dios. Podemos decir que también para estos niños hoy se abren los cielos. Recibirán el don de la gracia del Bautismo y el Espíritu Santo habitará en ellos como en un templo, transformando en profundidad su corazón. Desde este momento, la voz del Padre los llamará también a ellos a ser sus hijos en Cristo y, en su familia que es la Iglesia, dará a cada uno de ellos el don sublime de la fe. Este don, ahora que no tienen la posibilidad de comprenderlo plenamente, se depositará en su corazón como una semilla llena de vida, que espera desarrollarse y dar fruto. Hoy son bautizados en la fe de la Iglesia, profesada por sus padres, padrinos y madrinan, y por los cristianos presentes, que después los llevarán de la mano en el seguimiento de Cristo. El rito del Bautismo recuerda con insistencia el tema de la fe ya desde el inicio, cuando el celebrante recuerda a los padres que, al pedir el bautismo para sus hijos, asumen el compromiso de “educarlos en la fe”. Esta tarea se exige de manera aún más fuerte a los padres y padrinos en la tercera parte de la celebración, que comienza dirigiéndoles estas palabras: “Tenéis la tarea de educarlos en la fe para que la vida divina que reciben como don sea preser-

vada del pecado y crezca cada día. Por tanto, si en virtud de vuestra fe estáis dispuestos a asumir este compromiso (...), profesad vuestra fe en Jesucristo. Es la fe de la Iglesia, en la que son bautizados vuestros hijos”. Estas palabras del rito sugieren que, en cierto sentido, la profesión de fe y la renuncia al pecado de padres, padrinos y madrinas representan la premisa necesaria para que la Iglesia confiera el Bautismo a sus hijos.

Inmediatamente antes de derramar el agua en la cabeza del recién nacido, se alude nuevamente a la fe. El celebrante dirige una última pregunta: “¿Queréis que este niño reciba el Bautismo en la fe de la Iglesia, que todos juntos hemos profesado?”. Sólo después de la respuesta afirmativa se administra el sacramento. También en los ritos explicativos -unción con el crisma, entrega del vestido blanco y de la vela encendida, gesto del “*effetà*” - la fe representa el tema central. “Prestad atención -dice la fórmula que acompaña la entrega de la vela- para que vuestros niños (...) vivan siempre como hijos de la luz; y, perseverando en la fe, salgan al encuentro del Señor que viene”; “Que el Señor Jesús -sigue diciendo el celebrante en el rito del “*effetà*”- te conceda la gracia de escuchar pronto su palabra y de profesar tu fe, para alabanza y gloria de Dios Padre”. Todo concluye, después, con la bendición final, que recuerda una vez más a los padres su compromiso de ser para sus hijos “los primeros testigos de la fe”.

Queridos amigos, para estos niños hoy es un gran día. Con el Bautismo, al participar en la muerte y resurrección de Cristo, comienzan con él la aventura gozosa y entusiasmante del discípulo. La liturgia la presenta como una experiencia de luz. De hecho, al entregar a cada uno la vela encendida en el cirio pascual, la Iglesia afirma: “Recibid la luz de Cristo”. El Bautismo ilumina con la luz de Cristo, abre los ojos a su resplandor e introduce en el misterio de Dios a través de la luz divina de la fe. En esta luz, los niños que van a ser bautizados tendrán que caminar durante toda la vida, con la ayuda de las palabras y el ejemplo de los padres, de los padrinos y madrinas. Éstos tendrán que esforzarse por alimentar con palabras y con el testimonio de su vida las antorchas de la fe de los niños para que pueda resplandecer en este mundo, que con frecuencia camina a tientas en las tinieblas de la duda, y llevar la luz del Evangelio que es vida y esperanza. Sólo así, ya adultos, podrán pronunciar con plena conciencia la fórmula que aparece al final de la profesión de fe de este rito: “Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Y nosotros nos gloriamos de profesarla en Cristo Jesús, nuestro Señor”.

También en nuestros días la fe es un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar. Que en esta celebración del Bautismo, el Señor nos conceda a todos la gracia de vivir la belleza y la alegría de ser cristianos para que podamos introducir

a los niños bautizados en la plenitud de la adhesión a Cristo. Encomendemos a estos pequeños a la intercesión materna de la Virgen María. Pidámosle a ella que, revestidos con

el vestido blanco, signo de su nueva dignidad de hijos de Dios, sean durante toda su vida fieles discípulos de Cristo y valientes testigos del Evangelio. Amén.

MENSAJES

Mensaje URBI ET ORBI del Papa, Benedicto XVI

Navidad, martes, 25 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero, y a todos vosotros, hombres y mujeres a quien Dios ama:

«Lux fulgebit hodie super nos, quia natus est nobis Dominus. Hoy brillará una luz sobre nosotros, porque nos ha nacido el Señor» (Misal Romano, Natividad del Señor, Misa de la aurora, Antífona de entrada).

La liturgia de la Misa de la aurora nos ha recordado que la noche ya pasó, el día está avanzado; la luz que proviene de la gruta de Belén resplandece sobre nosotros.

Pero la Biblia y la Liturgia no nos hablan de la luz natural, sino de una luz diferente, especial, de algún modo proyectada y orientada hacia un «noso-

tros», el mismo «nosotros» por el que el Niño de Belén «ha nacido». Este «nosotros» es la Iglesia, la gran familia universal de los creyentes en Cristo, que han aguardado con esperanza el nuevo nacimiento del Salvador, y hoy celebran en el misterio la perenne actualidad de este acontecimiento.

Al principio, en torno al pesebre de Belén, ese «nosotros» era casi invisible a los ojos de los hombres. Como nos dice el Evangelio de san Lucas, incluía, además de a María y José, a unos pocos sencillos pastores, que llegaron a la gruta avisados por los ángeles. La luz de la primera Navidad fue como un fuego encendido en la noche. Todo alrededor estaba oscuro, mientras en la gruta resplandecía la luz verdadera «que alumbra a todo hombre» (*Jn* 1, 9). Y, no obstante, todo sucede con sencillez y en lo escondido, según el estilo con el que Dios actúa en toda la historia de la salvación. Dios quiere ir poniendo focos de luz concretos, para dar luego claridad hasta el horizonte. La Verdad, como el Amor, que ella contiene, se enciende allí donde la

luz es acogida, difundándose después en círculos concéntricos, casi por contacto, en los corazones y en las mentes de los que, abriéndose libremente a su resplandor, se convierten a su vez en fuentes de luz. Es la historia de la Iglesia que comienza su camino en la gruta pobre de Belén, y, a través de los siglos, se convierte en Pueblo y fuente de luz para la humanidad. También hoy, por medio de quienes van al encuentro del Niño Jesús, Dios sigue encendiendo fuegos en la noche del mundo, para llamar a los hombres a que reconozcan en Él el «signo» de su presencia salvadora y liberadora, extendiendo el «nosotros» de los creyentes en Cristo a toda la humanidad.

Dondequiera que haya un «nosotros» que acoge el amor de Dios, allí resplandece la luz de Cristo, incluso en las situaciones más difíciles. La Iglesia, como la Virgen María, ofrece al mundo a Jesús, el Hijo que ella misma ha recibido como un don, y que ha venido para liberar al hombre de la esclavitud del pecado. Como María, la Iglesia no tiene miedo, porque ese Niño es su fuerza. Pero no se lo guarda para sí: lo ofrece a cuantos lo buscan con corazón sincero, a los humildes de la tierra y a los afligidos, a las víctimas de la violencia, a todos los que desean ardentemente el bien de la paz. También hoy, dirigiéndose a la familia humana profundamente marcada por una grave crisis económica, pero antes de nada de carácter moral, y por las dolorosas heridas de guerras y conflictos, la Igle-

sia repite con los pastores, queriendo compartir y ser fiel al hombre: «Vamos derechos a Belén» (*Lc 2, 15*), allí encontraremos nuestra esperanza.

El «nosotros» de la Iglesia vive donde nació Jesús, en Tierra Santa, para invitar a sus habitantes a que abandonen toda lógica de violencia y venganza, y se comprometan con renovado vigor y generosidad en el camino hacia una convivencia pacífica. El «nosotros» de la Iglesia está presente en los demás países de Oriente Medio. ¿Cómo no pensar en la borrascosa situación en Irak y en el pequeño rebaño de cristianos que vive en aquella Región. Sufre a veces violencias e injusticias, pero está siempre dispuesto a dar su propia contribución a la edificación de la convivencia civil, opuesta a la lógica del enfrentamiento y del rechazo de quien está al lado. El «nosotros» de la Iglesia está activo en Sri Lanka, en la Península coreana y en Filipinas, como también en otras tierras asiáticas, como fermento de reconciliación y de paz. En el continente africano, no cesa de elevar su voz a Dios para implorar el fin de todo abuso en la República Democrática del Congo; invita a los ciudadanos de Guinea y de Níger al respeto de los derechos de toda persona y al diálogo; pide a los de Madagascar que superen las divisiones internas y se acojan mutuamente; recuerda a todos que están llamados a la esperanza, a pesar de los dramas, las pruebas y las dificultades que los siguen afligiendo.

En Europa y en América septentrional, el «nosotros» de la Iglesia impulsa a superar la mentalidad egoísta y tecnicista, a promover el bien común y a respetar a los más débiles, comenzando por los que aún no han nacido. En Honduras, ayuda a retomar el camino institucional; en toda Latinoamérica, el «nosotros» de la Iglesia es factor de identidad, plenitud de verdad y caridad que no puede ser reemplazado por ninguna ideología, un llamamiento al respeto de los derechos inalienables de cada persona y a su desarrollo integral, anuncio de justicia y hermandad, fuente de unidad.

Fiel al mandato de su Fundador, la Iglesia es solidaria con los afectados por las calamidades naturales y por la pobreza, también en las sociedades opulentas. Ante el éxodo de quienes emigran de su tierra y a causa del hambre, la intolerancia o el deterioro ambiental se ven forzados a marchar lejos, la Iglesia es una presencia que llama a la acogida. En una palabra, la Iglesia anuncia por doquier el Evangelio de Cristo, no obstante las persecuciones, las discriminaciones, los ataques y la indiferencia, a veces hostil, que más bien le permiten compartir la suerte de su Maestro y Señor.

Queridos hermanos y hermanas, qué gran don es formar parte de una *comunión* que es *para todos*. Es la comunión de la Santísima Trinidad, de cuyo corazón ha descendido al mundo el Emmanuel, Jesús, Dios-con-noso-

tros. Como los pastores de Belén, contemplemos embargados de maravilla y gratitud este misterio de amor y luz. Feliz Navidad a todos.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
al Arzobispo de Santiago de
Compostela con ocasión de
la apertura del Año Santo
Compostelano 2010***

A Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela.

1. Con ocasión de la apertura de la Puerta Santa, que da comienzo al Jubileo Compostelano de 2010, hago llegar un cordial saludo a Vuestra Excelencia y a los participantes en esa significativa ceremonia, así como a los pastores y fieles de esa Iglesia particular, que por su vinculación inmemorial con el Apóstol Santiago hunde sus raíces en el Evangelio de Cristo, ofreciendo este tesoro espiritual a sus hijos y a los peregrinos de Galicia, de otras partes de España, de Europa y de los más lejanos rincones del mundo.

Con este acto solemne, se abre un tiempo especial de gracia y de perdón, de la «gran perdonanza», como dice la tradición. Una oportunidad particular para que los creyentes recapaciten sobre su genuina vocación a la santidad de vida, se impregnen de la Palabra de Dios, que ilumina e interpela, y reconozcan a Cristo, que sale a su encuen-

tro, les acompaña en las vicisitudes de su caminar por el mundo y se entrega a ellos personalmente, sobre todo en la Eucaristía. Pero también los que no tienen fe, o tal vez la han dejado marchitar, tendrán una ocasión singular para recibir el don de «Aquél que ilumina a todos los hombres para que puedan tener finalmente vida» (*Lumen gentium*, 16).

2. Santiago de Compostela se distingue desde tiempos remotos por ser meta eminente de peregrinos, cuyos pasos han marcado un Camino que lleva el nombre del Apóstol, hasta cuyo sepulcro acuden gentes especialmente de las más diversas regiones de Europa para renovar y fortalecer su fe. Un Camino sembrado de tantas muestras de fervor, penitencia, hospitalidad, arte y cultura, que nos habla elocuentemente de las raíces espirituales del Viejo Continente.

El lema de este nuevo Año Jubilar Compostelano, «*Peregrinando hacia la luz*», así como la carta pastoral para esta ocasión, «*Peregrinos de la fe y testigos de Cristo resucitado*», siguen fielmente esta tradición y la reponen como una llamada evangelizadora a los hombres y mujeres de hoy, recordando el carácter esencialmente peregrino de la Iglesia y del ser cristiano en este mundo (cf. *Lumen gentium*, 6.48-50). En el Camino, se contemplan nuevos horizontes que hacen recapacitar sobre las angosturas de la propia existencia y la inmensidad que el ser humano tiene dentro

y fuera de sí, preparándole para ir en busca de lo que realmente su corazón anhela. Abierto a la sorpresa y la trascendencia, el peregrino se deja instruir por la Palabra de Dios, y de este modo va decantando su fe de adherencias y miedos infundados. Así hizo el Señor resucitado con los discípulos que, aturcidos y desalentados, iban de camino hacia Emaús. Cuando a la palabra se añadió el gesto de partir el pan, a los discípulos «se les abrieron los ojos» (cf. *Lc* 24,31) y reconocieron al que creían sumido en la muerte. Entonces se encuentran personalmente con Cristo, que vive para siempre y forma parte de sus vidas. En ese momento, su primer y más ardiente deseo es anunciar y atestiguar lo ocurrido ante los demás (cf. *Lc* 24,35).

Pido fervientemente al Señor que acompañe a los peregrinos, que se dé a conocer y entre en sus corazones, «para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10,10). Ésta es la verdadera meta, la gracia, que el mero recorrido material del Camino no puede alcanzar por sí solo, y que lleva al peregrino a convertirse en testigo ante los demás de que Cristo vive y es nuestra esperanza imperecedera de salvación. En esa archidiócesis, junto a otras muchas organizaciones eclesiales, se han puesto en marcha múltiples iniciativas pastorales para ayudar a lograr este fin esencial de la peregrinación a Santiago de Compostela, de carácter espiritual, aunque en ciertos casos se tienda a ignorarlo o desvirtuarlo.

3. En este Año Santo, en sintonía con el Año Sacerdotal, un papel decisivo corresponde a los presbíteros, cuyo espíritu de acogida y entrega a los fieles y peregrinos ha de ser particularmente generoso. Peregrinos también ellos, están llamados a servir a sus hermanos ofreciéndoles la vida de Dios, como hombres de la Palabra divina y de lo sagrado (cf. *Al retiro sacerdotal internacional en Ars*, 28 septiembre 2009). Aliento, pues, a los sacerdotes de esa Archidiócesis, así como a los que se sumen a ellos durante este Jubileo y a los de las diócesis por donde pasa el Camino, a prodigarse en la administración de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, pues lo más buscado, lo máspreciado y característico del Año Santo es el Perdón y el encuentro con Cristo vivo.

4. En esta circunstancia, expreso mi especial cercanía a los peregrinos que llegan y seguirán llegando a Santiago. Les invito a que hagan acopio de las sugestivas experiencias de fe, caridad y fraternidad que encuentren en su andadura, a que vivan el Camino sobre todo interiormente, dejándose interpelar por la llamada que el Señor hace a cada uno de ellos. Así podrán decir con gozo y firmeza en el Pórtico de la Gloria: «Creo». Les ruego también que en su oración cadenciosa no olviden a los que no pudieron acompañarles, a sus familias y amigos, a los enfermos y necesitados, a los emigrantes, a los frágiles en la fe y al Pueblo de Dios con sus Pastores.

5. Agradezco cordialmente a la archidiócesis de Santiago, así como a las autoridades y otros colaboradores, sus esfuerzos en la preparación de este Jubileo Compostelano, como también a los voluntarios y a cuantos están dispuestos a contribuir a su buen desarrollo. Confío los frutos espirituales y pastorales de este Año Santo a nuestra Madre del cielo, la Virgen Peregrina, y al Apóstol Santiago, el «amigo del Señor», a la vez que imparto a todos con afecto la Bendición Apostólica.

Vaticano, 19 de diciembre de 2009

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XVIII Jornada Mundial del
Enfermo***

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, se celebrará en la basílica vaticana la XVIII Jornada mundial del enfermo. La feliz coincidencia con el 25° aniversario de la institución del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios constituye un motivo más para agradecer a Dios el camino recorrido hasta ahora en el sector de la pastoral de la salud. Deseo de corazón que ese aniversario sea ocasión para un celo apostólico más generoso al servicio de los enfermos y de quienes cuidan de ellos.

Cada año, con la Jornada mundial del enfermo, la Iglesia quiere sensibilizar a toda la comunidad eclesial sobre la importancia del servicio pastoral en el vasto mundo de la salud, un servicio que es parte integrante de su misión, ya que se inscribe en el surco de la misma misión salvífica de Cristo. Él, Médico divino, “pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo” (*Hch* 10, 38). En el misterio de su pasión, muerte y resurrección, el sufrimiento humano encuentra sentido y la plenitud de la luz. En la carta apostólica *Salvifici doloris*, el siervo de Dios, Juan Pablo II, tiene palabras iluminadoras al respecto: “El sufrimiento humano -escribió- ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez, ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unido al amor (...), a aquel amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento, así como el bien supremo de la redención del mundo ha sido sacado de la cruz de Cristo, y de ella toma constantemente su origen. La cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva” (n. 18).

El Señor Jesús en la última Cena, antes de volver al Padre, se inclinó para lavar los pies a los Apóstoles, anticipando el acto supremo de amor de la cruz. Con ese gesto invitó a sus discípulos a entrar en su misma lógica, la del amor que se da especialmente a los más pequeños y a los necesitados (cf. *Jn* 13, 12-17). Siguiendo su ejemplo,

todo cristiano está llamado a revivir, en contextos distintos y siempre nuevos, la parábola del buen Samaritano, el cual, pasando al lado de un hombre al que los ladrones dejaron medio muerto al borde del camino, “al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva”” (*Lc* 10, 33-35).

Al final de la parábola, Jesús dice: “Ve y haz tú lo mismo” (*Lc* 10, 37). Con estas palabras se dirige también a nosotros. Nos exhorta a inclinarnos sobre las heridas del cuerpo y del espíritu de tantos hermanos y hermanas nuestros que encontramos por los caminos del mundo; nos ayuda a comprender que, con la gracia de Dios acogida y vivida en la vida de cada día, la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento puede llegar a ser escuela de esperanza. En verdad, como afirmé en la encíclica *Spe salvi*, “lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que sufrió con amor infinito” (n. 37).

Ya el concilio ecuménico Vaticano II recordaba la importante tarea de la Iglesia de ocuparse del sufrimiento humano. En la constitución dogmática

ca *Lumen gentium*, leemos que como “Cristo fue enviado por el Padre “para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para sanar a los de corazón destrozado” (*Lc* 4, 18), “a buscar y salvar lo que estaba perdido” (*Lc* 19, 10); de manera semejante la Iglesia abraza con amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador, pobre y sufriente, se preocupa de aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo” (n. 8).

Esta acción humanitaria y espiritual de la comunidad eclesial en favor de los enfermos y los que sufren a lo largo de los siglos se ha expresado en múltiples formas y estructuras sanitarias también de carácter institucional. Quisiera recordar aquí las gestionadas directamente por las diócesis y las que han nacido de la generosidad de varios institutos religiosos. Se trata de un valioso “patrimonio” que responde al hecho de que “el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado” (*Deus caritas est*, 20). La creación del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, hace veinticinco años, forma parte de esa solicitud eclesial por el mundo de la salud. Y debo añadir que, en el actual momento histórico-cultural, se siente todavía más la exigencia de una presencia eclesial atenta y generalizada al lado de los enfermos, así como de una presencia en la sociedad capaz de transmitir de manera eficaz los valores evangélicos para

la defensa de la vida humana en todas sus fases, desde su concepción hasta su fin natural.

Quisiera retomar aquí el *Mensaje a los pobres, a los enfermos y a todos los que sufren*, que los padres conciliares dirigieron al mundo al final del concilio ecuménico Vaticano II: “Vosotros que sentís más el peso de la cruz -dijeron (...), vosotros que lloráis (...), vosotros los desconocidos del dolor, tened ánimo: vosotros sois los preferidos del reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; vosotros sois los hermanos de Cristo sufriente y con él, si queréis, salváis al mundo” (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*. BAC, Madrid 1966, p. 845). Agradezco de corazón a las personas que cada día “realizan un servicio para con los que están enfermos y los que sufren”, haciendo que “el apostolado de la misericordia de Dios, al que se dedican, responda cada vez mejor a las nuevas exigencias” (Juan Pablo II, constitución apostólica *Pastor bonus*, art. 152).

En este Año sacerdotal, mi pensamiento se dirige en particular a vosotros, queridos sacerdotes, “ministros de los enfermos”, signo e instrumento de la compasión de Cristo, que debe llegar a todo hombre marcado por el sufrimiento. Os invito, queridos presbíteros, a no escatimar esfuerzos para prestarles asistencia y consuelo. El tiempo transcurrido al lado de quien se encuentra en la prueba es fecundo en

gracia para todas las demás dimensiones de la pastoral. Me dirijo por último a vosotros, queridos enfermos, y os pido que recéis y ofrezcáis vuestros sufrimientos por los sacerdotes, para que puedan mantenerse fieles a su vocación y su ministerio sea rico en frutos espirituales, para el bien de toda la Iglesia.

Con estos sentimientos, imploro para los enfermos, así como para los que los asisten, la protección maternal de María, *Salus infirmorum*, y a todos imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 22 de noviembre de 2009, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la XLIV Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

«El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra»

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales—«*El sacerdote y la pastoral en el mundo digital: los nuevos medios al servicio de la Palabra*»— se inserta muy apropiadamente en el camino del Año Sacerdotal, y pone en primer plano la reflexión sobre un ámbito pastoral vasto y delicado como es el

de la comunicación y el mundo digital, ofreciendo al sacerdote nuevas posibilidades de realizar su particular servicio a la Palabra y *de* la Palabra. Las comunidades eclesiales, han incorporado desde hace tiempo los nuevos medios de comunicación como instrumentos ordinarios de expresión y de contacto con el propio territorio, instaurado en muchos casos formas de diálogo aún de mayor alcance. Su reciente y amplia difusión, así como su notable influencia, hacen cada vez más importante y útil su uso en el ministerio sacerdotal.

La tarea primaria del sacerdote es la de anunciar a Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, y comunicar la multiforme gracia divina que nos salva mediante los Sacramentos. La Iglesia, convocada por la Palabra, es signo e instrumento de la comunión que Dios establece con el hombre y que cada sacerdote está llamado a edificar en Él y con Él. En esto, reside la altísima dignidad y belleza de la misión sacerdotal, en la que se opera de manera privilegiada lo que afirma el apóstol Pablo: «Dice la Escritura: “Nadie que cree en Él quedará defraudado”... Pues “todo el que invoca el nombre del Señor se salvará”. Ahora bien, ¿cómo van a invocarlo si no creen en Él? ¿Cómo van a creer si no oyen hablar de Él? ¿Y cómo van a oír sin alguien que les predique? ¿Y cómo van a predicar si no los enseñan?» (Rm 10,11.13-15).

Las vías de comunicación abiertas por las conquistas tecnológicas se han

convertido en un instrumento indispensable para responder adecuadamente a estas preguntas, que surgen en un contexto de grandes cambios culturales, que se notan especialmente en el mundo juvenil. En verdad, el mundo digital, ofreciendo medios que permiten una capacidad de expresión casi ilimitada, abre importantes perspectivas y actualiza la exhortación paulina: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16). Así pues, con la difusión de esos medios, la responsabilidad del anuncio no solamente aumenta, sino que se hace más acuciente y reclama un compromiso más intenso y eficaz. A este respecto, el sacerdote se encuentra como al inicio de una «nueva historia», porque en la medida en que estas nuevas tecnologías susciten relaciones cada vez más intensas, y cuanto más se amplíen las fronteras del mundo digital, tanto más se verá llamado a ocuparse pastoralmente de este campo, multiplicando su esfuerzo para poner dichos medios al servicio de la Palabra.

Sin embargo, la creciente multimedia y la gran variedad de funciones que hay en la comunicación, pueden comportar el riesgo de un uso dictado sobre todo por la mera exigencia de hacerse presentes, considerando internet solamente, y de manera errónea, como un espacio que debe ocuparse. Por el contrario, se pide a los presbíteros la capacidad de participar en el mundo digital en constante fidelidad al mensaje del Evangelio, para ejercer su papel de animadores de comunidades que se

expresan cada vez más a través de las muchas «voces» surgidas en el mundo digital. Deben anunciar el Evangelio valiéndose no sólo de los medios tradicionales, sino también de los que aporta la nueva generación de medios audiovisuales (foto, vídeo, animaciones, blogs, sitios web), ocasiones inéditas de diálogo e instrumentos útiles para la evangelización y la catequesis.

El sacerdote podrá dar a conocer la vida de la Iglesia mediante estos modernos medios de comunicación, y ayudar a las personas de hoy a descubrir el rostro de Cristo. Para ello, ha de unir el uso oportuno y competente de tales medios —adquirido también en el período de formación— con una sólida preparación teológica y una honda espiritualidad sacerdotal, alimentada por su constante diálogo con el Señor. En el contacto con el mundo digital, el presbítero debe transparentar, más que la mano de un simple usuario de los medios, su corazón de consagrado que da alma no sólo al compromiso pastoral que le es propio, sino al continuo flujo comunicativo de la «red».

También en el mundo digital, se debe poner de manifiesto que la solicitud amorosa de Dios en Cristo por nosotros no es algo del pasado, ni el resultado de teorías eruditas, sino una realidad muy concreta y actual. En efecto, la pastoral en el mundo digital debe mostrar a las personas de nuestro tiempo y a la humanidad desorientada de hoy que «Dios está cerca; que en Cristo

todos nos pertenecemos mutuamente» (*Discurso a la Curia romana para el intercambio de felicitaciones navideñas*, 21 diciembre 2009).

¿Quién mejor que un hombre de Dios puede desarrollar y poner en práctica, a través de la propia competencia en el campo de los nuevos medios digitales, una pastoral que haga vivo y actual a Dios en la realidad de hoy? ¿Quién mejor que él para presentar la sabiduría religiosa del pasado como una riqueza a la que recurrir para vivir dignamente el hoy y construir adecuadamente el futuro? Quien trabaja como consagrado en los medios, tiene la tarea de allanar el camino a nuevos encuentros, asegurando siempre la calidad del contacto humano y la atención a las personas y a sus auténticas necesidades espirituales. Le corresponde ofrecer a quienes viven éste nuestro tiempo «digital» los signos necesarios para reconocer al Señor; darles la oportunidad de educarse para la espera y la esperanza, y de acercarse a la Palabra de Dios que salva y favorece el desarrollo humano integral. La Palabra podrá así navegar *mar adentro* hacia las numerosas encrucijadas que crea la tupida red de autopistas del ciberespacio, y afirmar el derecho de ciudadanía de Dios en cada época, para que Él pueda avanzar a través de las nuevas formas de comunicación por las calles de las ciudades y detenerse ante los umbrales de las casas y de los corazones y decir de nuevo: «Estoy a la puerta llamando. Si alguien oye y me abre, entraré y cenaremos juntos» (*Ap 3, 20*).

En el Mensaje del año pasado, animé a los responsables de los procesos comunicativos a promover una cultura de respeto por la dignidad y el valor de la persona humana. Ésta es una de las formas en que la Iglesia está llamada a ejercer una «diaconía de la cultura» en el «continente digital». Con el Evangelio en las manos y en el corazón, es necesario reafirmar que hemos de continuar preparando los caminos que conducen a la Palabra de Dios, sin descuidar una atención particular a quien está en actitud de búsqueda. Más aún, procurando mantener viva esa búsqueda como primer paso de la evangelización. Así, una pastoral en el mundo digital está llamada a tener en cuenta también a quienes no creen y desconfían, pero que llevan en el corazón los deseos de absoluto y de verdades perennes, pues esos medios permiten entrar en contacto con creyentes de cualquier religión, con no creyentes y con personas de todas las culturas. Así como el profeta Isaías llegó a imaginar una casa de oración para todos los pueblos (cf. *Is 56,7*), quizá sea posible imaginar que podamos abrir en la red un espacio –como el «patio de los gentiles» del Templo de Jerusalén– también a aquellos para quienes Dios sigue siendo un desconocido.

El desarrollo de las nuevas tecnologías y, en su dimensión más amplia, todo el mundo digital, representan un gran recurso para la humanidad en su conjunto y para cada persona en la singularidad de su ser, y un estímulo para

el debate y el diálogo. Pero constituyen también una gran oportunidad para los creyentes. Ningún camino puede ni debe estar cerrado a quien, en el nombre de Cristo resucitado, se compromete a hacerse cada vez más prójimo del ser humano. Los nuevos medios, por tanto, ofrecen sobre todo a los presbíteros perspectivas pastorales siempre nuevas y sin fronteras, que lo invitan a valorar la dimensión universal de la Iglesia para una comunión amplia y concreta; a ser testigos en el mundo actual de la vida renovada que surge de la escucha del Evangelio de Jesús, el Hijo eterno que ha habitado entre nosotros para salvarnos. No hay que olvidar, sin embargo, que la fecundidad del ministerio sacerdotal deriva sobre todo de Cristo, al que encontramos y escuchamos en la oración; al que anunciamos con la predicación y el testimonio de

la vida; al que conocemos, amamos y celebramos en los sacramentos, sobre todo en el de la Santa Eucaristía y la Reconciliación.

Queridos sacerdotes, os renuevo la invitación a asumir con sabiduría las oportunidades específicas que ofrece la moderna comunicación. Que el Señor os convierta en apasionados anunciantes de la Buena Noticia, también en la nueva «ágora» que han dado a luz los nuevos medios de comunicación.

Con estos deseos, invoco sobre vosotros la protección de la Madre de Dios y del Santo Cura de Ars, y con afecto imparto a cada uno la Bendición Apostólica.

Vaticano, 24 de enero 2010, Fiesta de San Francisco de Sales.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

ENERO

- Día 1: Solemne Celebración de la Fiesta de Santa María Madre de Dios, copatrona de la Diócesis, en la iglesia de Santa María Madre.
- Día 16: Nueva jornada del Curso de Doctrina Social de la Iglesia, organizado por la Fundación Santa María Nai, en el Salón Padre Feijóo, bajo el epígrafe: “El diálogo a través de la DSI”.
- Día 19: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 19-22: Ciclo de Conferencias en el Liceo de Ourense, pronunciadas por el Sr. Arzobispo de Santiago de Compostela y los Sres. Obispos de Mondoñedo-Ferrol y Lugo, con motivo de la IIª Semana de Teología y organizadas dentro del Octavario por la Unidad de los Cristianos.
- Día 20: Exequias por el E. D. del Rvdo. José Álvarez Bugallo, en la Parroquia de Santa María do Mundil.
- Día 22: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.
- Días 22-24: Visita Pastoral a la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora en el Arciprestazgo de Ourense Este, y bendición de las reformas del Templo parroquial.
- Día 23: Jornada de formación en técnicas de dinámicas de grupos, organizada por la Delegación de Pastoral Familiar, en la Casa de Ejercicios. Vísperas Solemnes y Santa Misa en la S. I. Catedral con motivo de la Oración por la Unidad de los Cristianos, clausurando la IIª Semana de Teología.
- Día 24: Toma de Posesión del nuevo Deán-Presidente del Cabildo Catedral. Ilmo. Sr. D. Serafín Marqués Gil.
- Día 26: Encuentro del Sr. Obispo con los periodistas en el Seminario Mayor con motivo de la festividad de San Francisco de Sales, Patrono de los escritores y periodistas.



Beati misericordes